UN CRIMEN
DE GUERRA JAMÁS DEBERÍA
QUEDAR IMPUNE
LA SOMBRA DESTRUIDA
LUIS J. PEDRERO

LA SOMBRA DESTRUIDA

(УНИШТЕНА СЕНКА)

LUIS J. PEDRERO

Luis J. Pedrero. Copyright © 2022
Correctora: Ana Vacarasu
Diseño de la cubierta: Pedro Tarancón

ÍNDICE

Parte I
ПРВИ ДЕО
Parte II
ДРУГИ ДЕО

Para Zoran, Carla y Giovanni
За Зорана, Карлу и Ђованија

PARTE I

ПРВИ ДЕО

1

Algo explota dentro de mí cuando reconozco a la hija de Stimac. Bum. Una granada que lo destroza todo. Me amputa la conciencia, arrasa mi espíritu y lo convierte en escombro. Ya no sé dónde estoy. ¿Vivo o sueño? Sí, es una revelación. Ella no sabe quién soy yo o quién fui. Señor, ayúdame, ten piedad de mí.

Primera hora de la mañana. El cielo de Belgrado se está abriendo. Soy como una estatua vestida de negro. Ella se aleja ignorando la tormenta que acaba de desatar. Tiene que saber por qué deserté del Ejército de la República de Srspka hace catorce años. Y por qué estoy oculto desde entonces alejado de mi familia.

Quiero gritar el nombre de Stimac para que te gires y me veas. Pero ¿después qué? ¿cuál será tu reacción? ¿seguir caminando? ¿y qué diría yo? Sí, ya lo sé. Ljubica, quiero formularte una pregunta que me corroe el alma. ¿Cómo puedes dormir sabiendo que tu padre es el criminal de guerra más buscado del mundo?

Señor, bienaventurados los hambrientos y los sedientos de justicia porque serán saciados.

Tu piel blanca, tu melena rubia, los ojos azules de tu padre. El general tenía una foto en su despacho en la que salías adolescente. Tímida sonrisa junto a tu padre. Stimac mirándote, orgulloso, militar, la guerra.

Dios mío, ¿qué hago ahora? ¿Por qué no soy capaz de tomar una decisión? ¿Sigo mi camino? ¿Te digo algo? ¿Me quedo quieto y te digo adiós?

Nieve sobre la acera. El sonido de un claxon, cerca. Una madre empuja el carrito de bebé. Edificios y farolas. El tranvía se detiene. La explosión dentro de mí. Bum. El horror, la sangre, la culpa… El pasado. La oscuridad se me echa encima.

Ljubica se escapa, sí, para siempre; siempre se escapan. ¿Voy detrás de ella? Noto el corazón acelerado. Ella camina recta, nada la distrae. ¿Qué hora será? Deben de ser casi las nueve. Ya llego tarde.

Tengo que acudir sin falta a la cita con el obispo. No ha resultado sencillo conseguirla porque es un hombre muy ocupado. Y muchos desean su aprobación. Yo también, claro. Si no voy, ¿qué le contaré al abad cuando me pregunte?

¿Adónde vas, Ljubica? Si no reacciono pronto desaparecerá al doblar la esquina y se convertirá en un recuerdo. La revelación desperdiciada. ¿Cuándo volverá el Señor a disponerme de una

oportunidad como esta? Si lo supiera estaría preparado.

Pero si no acudo a la cita con el obispo será una falta de respeto y tendré que ofrecer explicaciones al abad. Responsabilidad, compromiso. Confían en mí. Además, llevamos preparando la cita desde hace tiempo. No, no puedo ausentarme. Dale la espalda a Ljubica y retoma tu vida sosegada, monje.

¿Qué estás haciendo, Marko? La estoy siguiendo, sí. Solo unos metros. Tengo un presentimiento, no lo sé. Creo que algo va a suceder si hallo el significado de la revelación. Quizá todos acabemos ardiendo en el infierno. O no.

Más deprisa, Marko. Cuidado, la acera está resbaladiza por la nieve. No importa si la gente mira. No han de extrañarse de ver un monje con la túnica y la kamilavka.

El pasado se asoma de entre los muertos. Lo sensato es acudir a la cita con el obispo. Hablar sobre tu ascenso a Gran Shima. Olvida al general Stimac. Por el amor de Dios, ¿qué necesidad tienes de alterar tu paz interior, de destruir tu alma de una vez por todas? Aún estás a tiempo de que nada cambie.

Deja de seguirla, dice Stimac. Ahora. Es una orden, soldado.

Ljubica camina decidida. Nunca he espiado a nadie. Desconozco cuál es una medida razonable para pasar desapercibido. ¿Veinte metros, diez, cincuenta? Más despacio, Marko. Así, muy bien, mantén el equilibrio.

Concéntrate en su melena rubia y su abrigo gris de algodón. Pantalón negro. Bolso oscuro. Absorta en sus pensamientos.

¿Estoy dejando atrás mi vida actual por una nueva o revivo el pasado?

No sé nada de ella. Quizá acude a trabajar. ¿Cuál debe de ser su profesión? La forma de vestir es elegante, aunque sin alardes. Tiene altura y atractivo físico. Podría ser modelo. Aquí, en Belgrado, es donde puede trabajar para una agencia importante y obtener los trabajos más reputados. O ha quedado con alguien para desayunar, ¿con una amiga, su marido, algún familiar? Qué sé yo. Lleva un maletín, tendrá documentos importantes.

Es inútil especular. Solo es un juego de la mente para darle un sentido a lo que estoy haciendo. Sigo a una mujer y he entrado en una dimensión paralela en la que solo existimos ella y yo.

No, hay una persona más. Stimac es el tercer vértice del triángulo. Su ausencia no es real. Vive en la distancia física que me separa de Ljubica. Noto su sombra creciendo a cada instante.

Observa a tu alrededor. Stimac aparecerá de la nada para detenerte, para obligar a que la deje sola. Te llamará por tu apellido e impartirá la orden del poder supremo.

Ella no tiene nada que ver con lo que pasó entre nosotros, Gurovic,

dice Stimac.

Pero esta vez le desobedezco, señor. Ya no soy un niño. No necesito su abominable salvación.

Tiene las manos manchadas de sangre para siempre, dice. Huya cuanto quiera. Es lo mejor que saben hacer los traidores como usted.

¿Huir? ¿Cómo se atreve a usar esa palabra con desprecio? ¿Quién se cree que es, un dios? Huir de la oscuridad es el camino a la libertad. Nunca lo entenderá porque usted ignora lo que es decencia y honorabilidad.

Cobarde… Me repugnan los débiles.

No me explico que gente como usted siga libre. Parece que a nadie le importa.

Tienen miedo de apresarme. Saben que habrá consecuencias.

La cita con el obispo se perderá. Ya es irremediable. Me disculparé y solicitaré una nueva. Si Dios quiere la concertarán para el mes que viene. Es vital que hable con el obispo. Exponerle mis argumentos para ser Gran Shima, pero sobre todo mi fe. Convencido de que dará su aprobación. Pero ¿cómo me excusaré ante el abad? Me había permitido salir del monasterio solo para acudir a la cita. Le diré la verdad, como siempre. Él sabe lo de Srebrenica. Él sabe de Stimac.

Si Dios me ayuda Ljubica llegará pronto a su casa. ¿Para qué quieres saber dónde vive? No lo sé.

Agacha la cabeza por si acaso de repente se detiene y se gira. En ese caso no me daría tiempo a disimular, porque seguro que cometería un gesto involuntario que me delatase.

Nieve fundida, zapatos de hombre, una puerta que se abre y se cierra, un motor acelerando, ¿un coche?, bordillo de acera. Me cuesta no levantar la vista y fijarme en ella. ¿Y si miro a otro lado?

Pared vieja de cemento, una ventana, y otra. Una señora me mira e inclina la cabeza. Será una de las feligresas. No conozco mucho de Belgrado, casi nada. Creo que es la primera vez que paseo por esta calle.

Ljubica se detiene. No sé qué hacer. ¿Me paro en seco o continúo? ¿Se ha dado cuenta de mi presencia? ¿Me va a tender una trampa? Si finjo que me ato los cordones me descubrirá. Demasiado obvio.

Más despacio, más despacio. Necesitas tiempo. ¿Qué estás haciendo ahora, Ljubica, mirando la fachada? ¿O alguien te habla desde el portal? Estoy muy lejos, no puedo oír, y el tráfico.

Oigo la risa del soldado Pavlovic, huelo el humo de los porros en los barracones, la foto de su hijo recién nacido, la historia de cómo conoció a Hana, su esposa, sus enseñanzas en el búnker con la estación de radio, mi amigo. La última vez que lo vi estaba muerto. Catorce años. Ahora estará con el Señor. Los recuerdos quieren salir, tomar el aire, renacer. La alta traición del otro, de Jovan.

Cada vez me acerco más. No puedo volverme invisible de repente. Tengo las manos heladas. Qué rígido estoy. Ahora veo su perfil. ¿Finge su distracción? ¿Y si saca una pistola y me apunta? La pistola Zastava que me regaló Stimac por convertirme en un ser maligno.

A cuatro, cinco metros. Quisiera abalanzarme, sacudirla por los hombros y gritarle: ¿sabes lo que ordenó tu padre en Srebrenica? ¿lo sabes? ¿y qué has hecho al respecto?

Se asustaría. Pensaría que soy un loco, un monje loco y peligroso. Pediría ayuda a la gente. La gente se volvería contra mí. Un desastre. Echaría a perder mi ventaja sobre ella. No me conoce. Controla tu ímpetu, Marko. Respira hondo. Eso es.

Ya está detrás de mí. Justo lo que no deseaba. He de continuar con la farsa para que mi comportamiento parezca natural. Cruzo con apremio. Creo que estoy cometiendo un error al seguir caminando sin verla. Ya es tarde para rectificar. El Señor te ayudará. Fe.

Nadie sabe dónde está Stimac. Al firmarse la paz se escondió para que la fiscal de La Haya no lo apresara. Dicen que su paradero es un misterio. Puede ocultarse en cualquier ciudad, en cualquier pueblo, en cualquier rincón, detrás de mí. Apuesto a que el Ejército de Serbia le apoya de cualquier manera. No está solo. Seguro que aún cuenta con el hombre que quiso matarme: Cvetkovic.

No se me da bien actuar. ¿Por qué me mira la gente? Claro, porque murmuro los números de los portales como si hablara solo. Me equivoqué. Vuelve a la acera, Marko. Sí, es lo mejor. Si cometes más errores, la perderás. Concéntrate, por el amor de Dios.

¿Y si han encontrado a Stimac mientras he estado viviendo en el monasterio? Al vivir al margen del mundo exterior no lo hubiera sabido al momento. Quizá ahora esté en la cárcel. Cadena perpetua. Un general sin nadie a quien mandar. Iría a visitarlo donde fuera. Un cara a cara. Un maestro a discípulo.

¿A quién podía preguntarle? ¿Al obispo? No, debería justificar mi repentino interés. ¿Al abad? Vive como yo, tampoco lo sabría. Mi familia debe de saberlo. Los podría llamar y preguntarles como si se me acabara de ocurrir. Ellos solo saben parte de la verdad, no toda su magnitud. ¿Para qué preocuparles? Si lo supieran me lo habrían dicho. Ellos saben lo que pasó en Srebrenica.

Tengo que encontrar la información por mí mismo. Si sigue en libertad alguien debe hacer algo. Ese hombre debe pagar. ¿Y su esposa? ¿No tiene nada que decir? ¿Se habrá escapado con él? Cómo puede dormir sabiendo que su marido es un criminal de guerra…

Ya estás a su espalda. Párate unos segundos. Después te acercas y te alejas. No dejes que sienta tus ojos en su cabeza porque se girará y entonces será el fin. No sé por qué sucede eso. Es como un sexto sentido de la gente.

Dios lo ve todo, lo escucha todo y todos los rincones son su dominio. Dios me acompaña porque Él me está enseñando el camino. No dejará que ella me descubra.

Si me descubrieran siguiendo a una mujer clamarían al cielo. Tendré que confesarme. Dice Salomón que no existe un hombre que no viva y que no caiga en el pecado. Es cierto, sobre todo cuando uno se adentra en el mundo exterior. Siento un hormigueo. Claro, es la culpa de cometer un acto en contra de lo que el Señor, los hermanos y el abad me han inculcado.

La espiaré todo el día vaya a donde vaya. Quizá se reúne con alguien. Si alguien la recoge en un coche y desaparece para siempre será la gran catástrofe. ¿Qué es lo que voy a hacer si averiguo dónde vive o trabaja? ¿Cuándo le diré quién soy? Esa es mi única ventaja, todo lo demás son… ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar, Marko?

2

El campamento del Batallón Independiente se situaba en plena montaña. En un lugar remoto al que accedimos un día de julio de 1995 a través de una estrecha y sinuosa carretera. Amanecía cuando se detuvo el camión. A pesar de la niebla pude distinguir algunos barracones, tiendas de campaña y todoterrenos aparcados a la entrada. Descubrí una improvisada avenida central con un suelo de piedras y hierba reseca. Jovan y yo nos miramos sonrientes. Por fin habíamos llegado. Por fin íbamos a formar parte del Ejército de la República Srspka.

Cogí mi petate y bajé el primero de un salto. Después Jovan y los demás reclutas, unos diez. Costaba formarse una idea precisa de la dimensión completa del recinto. Los troncos de la arboleda se veían borrosos entre los arbustos. Flotaba un ligero olor a romero y resina; y el silencio era tan profundo que parecía que nadie vivía allí, ni siquiera un mísero pájaro.

A lo lejos la niebla ocultaba la sierra y se fundía con el cielo. Me dio la impresión de que el campamento era un pequeño reino secreto y que solo unos elegidos sabían de su existencia. Qué lejos quedaba el mes de instrucción. El conductor se despidió de todos con un apretón de mano y palmadas en la espalda. Subió a la cabina, arrancó el motor y se fue por donde vino ante la inquieta mirada de algunos. Nos quedamos a la espera de que alguien viniera a recibirnos para asignarnos un barracón. Saqué el tabaco, el mechero y encendí un cigarrillo. Un viento helado me acarició la cara de repente.

—¿Te imaginas que aparece el mismísimo general Stimac a darnos la bienvenida? —le dije a Jovan.

—Sería interesante pero lo veo crudo. Es probable que esté ocupado con tareas más importantes que recibir a unos niñatos.

Él era un año mayor, un joven de cabello oscuro, cejas tupidas y un aire de constante melancolía que, según él, a las mujeres les resultaba atractivo. Le gustaba escribirles notas secretas llenas de sueños y poesía, aunque nunca leí ninguna, como si construyese un mundo solo para él. La primera noche de la instrucción conversamos largamente sobre fútbol. Mi equipo favorito era el Partizán de Belgrado; el suyo, el Estrella Roja. Pero ahí no acababan nuestras diferencias. A mí me fascinaba hablar del júbilo irrefrenable que supone una victoria épica sobre el rival; él prefería centrarse en la trascendencia y el legado de los grandes jugadores, como Dragan

Stojkovic. De alguna manera, el creía en la individualidad por encima de todo mientras que yo era un partidario firme del trabajo colectivo. Aún no lo sabíamos, pero eso marcaría nuestra amistad.

—Dicen que se sabe de memoria el nombre de todos los soldados de este batallón —apuntó un compañero.

—¿Seguro? —dijo Jovan, desconfiado.

—Pues en cuanto empecemos a disparar a bosnios y croatas conocerá los nuestros —dije, y expulsé el humo del cigarro.

—Es una exageración que se sepa los nombres. Es imposible, somos muchos.

—Eres hombre de poca fe, Jovan —cogí mi petate—. Compañeros, no sé vosotros pero yo estoy cansado de esperar. Vámonos de exploración.

A través de la niebla avanzamos en silencio por la avenida central mirando a un lado y a otro. Los barracones eran de diferente de tamaño y material. Deduje que las tiendas de campaña serían para los soldados rasos y los de aluminio para los oficiales. A través de una ventana reparé en un soldado despeinado que nos miraba con indolencia. Le saludé con la mano pero no se inmutó.

—Para estar en una guerra aquí hay mucho silencio —dijo Jovan.

—Habrán tenido una noche dura.

—¡Eh, vosotros! —exclamó alguien de repente a nuestra espalda.

Al girarnos vimos a un hombre joven, delgado, con barba y los galones de sargento. Más tarde sabríamos que se trataba de Yurkovic. Llevaba una taza de café humeante y estaba sentado junto a la puerta de un barracón de aluminio. Me dio la impresión de que llevaba unos minutos observándonos.

—Ahí tenéis vuestro hotel —dijo con una media sonrisa apuntando con la mano a una tienda de campaña verde oscuro que no parecía muy consistente—. Dejad vuestras cosas y asignaos vosotros mismos un catre. Preparad la cartilla. Ahora me pasaré para revisión y firma. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —dijimos al unísono.

La tienda se levantaba cerca del perímetro de la base. Fuimos entrando de uno en uno apartando la cortinilla impermeable. Oí la voz de Jovan, que entró de los primeros, diciendo «Joder, qué es esto», y supuse que algo andaba mal.

No me extrañó que se disgustara. La tienda estaba completamente vacía, como si la acabaran de montar. Me pregunté si el sargento nos estaba gastando algún tipo de novatada.

—Genial, el suelo será el colchón —dijo Jovan.

Elegimos un lugar cerca de una de las salidas laterales. El resto se fue acomodando entre caras fúnebres y algún que otro comentario ocurrente. Jovan me dijo que usaría el petate como almohada. Deseé

que al menos nos entregasen una manta para protegernos del frío de la noche. Después de vestirme con el uniforme, saqué la cartilla del petate y la dejé a mano para cuando el sargento la solicitara.

Alguien preguntó si nos darían el desayuno, pero antes de que nadie respondiese el sonido a lo lejos de una ráfaga de ametralladora nos dejó sobrecogidos. ¿Eran los bosnios, los croatas o uno de los nuestros? Esperamos la siguiente ráfaga. Nadie se atrevía a moverse. ¿Y si nos llamaban en ese preciso instante para combatir?

En las calles de Sarajevo, tres años atrás, con la ciudad sitiada por los nuestros, oí por primera vez el sonido de la guerra: el disparo de un francotirador bosnio. Recordé el estremecimiento que recorrió mi espina dorsal. Ahora convertido en un soldado de la República Srspka había algo más en esa ráfaga de ametralladora. Sentí que era un mensaje contundente de advertencia dirigido a nosotros. Cuidado, la muerte está al acecho.

Poco a poco, la tensión fue desapareciendo y eso nos permitió relajarnos.

—¡Eh, por ahí va el general Stimac! —exclamó uno de repente.

A toda prisa nos arremolinamos a la entrada sin disimular nuestro entusiasmo. Entre las cabezas de mis compañeros atisbé el perfil adusto y su porte elegante. Nunca pensé que lo vería tan pronto. Caminaba con determinación por la avenida central, escoltado por lo que deduje que serían sus dos oficiales de máxima confianza. Conversaban aunque estábamos demasiado lejos para escucharles. Sin lugar a dudas, Stimac desprendía el aura de una figura mística.

Se subió a un todoterreno que arrancó y desapareció a los pocos segundos dejando una polvareda. Volvimos a nuestros lugares en silencio, guardando para el resto de nuestras vidas el recuerdo de haber visto al célebre general por primera vez.

DURANTE EL RESTO del día el sargento nos asignó tareas de limpieza y desinfección por todo el campamento. La suciedad era tan abrumadora que pensé que el batallón esperaba con ansiedad desde hacía meses que alguien se encargara por fin de asear los barracones. Después de cenar apagamos las luces para dormir y, rendidos por el esfuerzo, pronto reinó el silencio. Sin embargo, en mitad de la noche me desperté sobresaltado. Voces airadas irrumpiendo en la tienda. Linternas moviéndose con frenesí. Malos modos instando a levantarse en el acto. La estupefacción se adueñó de la tienda. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguí a varios veteranos. Uno de ellos llevaba el kalasnikov colgando del hombro.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

Me cegó con la luz de la linterna y ordenó que me callara. Me giré para hablar con Jovan pero seguía durmiendo a pierna suelta con la

boca abierta y un rastro de asquerosa saliva asomando por la comisura.

—Jovan, despierta —dije, zarandeándole.

Ni un terremoto hubiera sido capaz de despertarle. En la instrucción siempre había sido el último. Le zarandeé y dio señales de vida. Abrió los ojos con pesadez y se quedó inmóvil, como si esperase que el resto del cuerpo cobrara fuerza para levantarse. Su capacidad para abstraerse con semejante alboroto era digno de estudio, sin embargo, el veterano no se dejó impresionar. Se acercó en dos zancadas y le propinó un puntapié en las costillas.

—¡Arriba, gandul!

Jovan hizo un gesto de dolor y, ante la amenaza de otro golpe, se vistió y calzó a toda velocidad. Salimos de la tienda y anduvimos a paso ligero en mitad de la noche detrás de los veteranos, quienes alumbraban el camino. A nuestras espaldas otro grupo cerraba la columna. No teníamos escapatoria. Alguien preguntó adónde nos llevaban pero obtuvo como respuesta otro tajante «cállate».

Nos adentramos en la oscuridad de la montaña, con el frío mordiendo los huesos aunque nadie se quejaba. Jovan me precedía. La pendiente era tan pronunciada que causó que formáramos una línea muy apretada. Árboles, arbustos y ortigas flanqueaban el camino a lo desconocido. A pesar de las subidas, bajadas y cambios abruptos de sentido me dio la impresión de que nos movíamos en círculos. ¿Vamos a estar toda la noche de maniobras?

—¡Conteo, conteo! —exclamaron los veteranos de repente.

Oí susurros desde el principio de la fila. Esperé a que Jovan se girara hacía mí sin detenerse y me dijera su número. Siete. Entonces me giré al compañero de atrás y le dije que yo era el ocho. Él le dijo al de atrás que era el nueve. Segundos después el mismo compañero me dijo nueve, y yo le dije a Jovan ocho, y así sucesivamente hasta llegar al uno, que era el primero de la columna. Al finalizar el conteo no se ordenó el alto lo que significaba que nadie se había perdido.

Algunos minutos más tarde, el frío pasó a ser secundario y el cansancio ocupó el primer lugar de nuestras preocupaciones. Llegamos a un claro iluminado por la luz de la luna. Mientras recuperábamos el fuelle nos miramos con expectación. Y ahora, ¿qué? ¿volvemos al campamento? Sospechaba que estábamos cerca de averiguarlo, aunque preferí guardar silencio.

Delante de nosotros se encendieron de repente más linternas, unas veinte o treinta, lo que significaba que otro grupo de veteranos esperaban nuestra llegada. ¿Qué está pasando aquí? Oímos risas. Disfrutaban de nuestro desconcierto.

—Acercaos, acercaos —dijo una voz desconocida.

Alumbraron un punto entre los arbustos.

—Venga, joder, que no tenemos toda la noche —dijo otra voz, que me pareció la del sargento Yurkovic.

Me aproximé con precaución. Sobre el suelo de tierra y hojas, descubrí una olla vieja, enorme y tapada. Perplejo, miré a mis compañeros, que estaban justo detrás de mí, en busca de alguna respuesta. Nadie habló. Al retirar la tapa enseguida reconocí el intenso olor del rakia.

—¡Repartid los vasos! —exclamaron por un lateral—. ¡Deprisa, que no tenemos toda la noche!

Cada uno de nosotros fue sirviéndose una generosa ración. Después los veteranos se sirvieron hasta la última gota. La intempestiva y misteriosa excursión se convirtió, gracias al alcohol, en una relajada y festiva. Bebimos rodeados de efusividad y supuesto compañerismo. Yo no me relajé del todo hasta pasados unos diez minutos, aunque luego me entraron ganas de fumar. El sargento Yurkovic nos estrechó la mano y nos dio oficialmente la bienvenida al Batallón Independiente.

Pero la noche nos depararía una sorpresa más. Cuando pensaba que la fiesta llegaba a su fin, un rumor creciente atrajo nuestra atención. Los veteranos se removieron, inquietos, y apuraron sus bebidas. Jovan y yo preguntamos cuál era el motivo del revuelo pero nadie respondió. Aquella noche seríamos los últimos en enterarnos de todo.

—¡Atención, todos a formar! —exclamó el sargento.

Arrojamos los vasos y obedecimos. Guiados por el haz de luz de una linterna, tres sombras surgieron desde la profundidad del bosque y se situaron frente a nosotros. Se formó un silencio excepcional. El resplandor de las linternas alumbró las facciones del general Stimac. Hasta ese momento solo las había visto en televisión; en triunfales entrevistas a pie de calle cada vez que tomaba posesión de una ciudad. Me había cautivado que hablara con orgullo del espíritu combativo de nuestro pueblo, que no permitiría que Europa se convirtiera en un estado islámico, y que acusara sin tapujos a la ONU de corrupta y de favorecer los intereses de Estados Unidos. En esas imágenes descubrí a un hombre de ojillos azules y taimados, de rasgos afilados; siempre bien afeitado y con una dentadura reluciente, como un maduro actor de cine.

Sin embargo, delante de mí, bajo la luz hiriente de las linternas, su cara parecía flotar al igual que un espectro. Lo más llamativo eran sus ojos, grandes y oscuros. Poseían la capacidad de mirar dentro de ti y apoderarse del secreto más hondo. Ya no quedaba rastro de ese encanto que traspasaba la pantalla del televisor. Jamás en mi vida me había sentido tan confuso.

Se mantuvo firme y en silencio con los brazos detrás de la espalda, como si esperase una señal para continuar. ¿Cuánto debe medir, un

metro ochenta?, me pregunté. Stimac por fin asintió con la cabeza. Empezó a hablar con una voz que resonó en la inmensidad de la noche.

—¡Al otro lado más allá de las montañas, el enemigo quiere quemar nuestras iglesias, desahuciarnos de nuestras casas, asesinar a nuestros padres y violar a nuestras mujeres! Ya lo ha hecho y lo volverá a hacer si les dejamos. Ustedes están aquí para impedirlo, por eso llevan el emblema de la doble águila en el brazo. ¡El futuro de Srspka depende de ustedes, compañeros! Sé que son valientes y lo van a demostrar con creces, por eso les prometo que la guerra va a sacar lo mejor de cada uno. Luchemos por recuperar lo que fue nuestro y que fue robado a nuestros antepasados. La hora de la venganza ha llegado. Sé que van a dejarse la piel si hace falta para lograr nuestro sueño más glorioso: ¡la Gran Serbia! ¿Están preparados?

—¡Sí, señor! —exclamamos a la vez, embriagados por el alcohol.

—¿Quién quiere combatir?

—¡Nosotros!

La noche se cargó de un fervor patriótico que alimentó nuestros corazones.

—¿Dispuestos a morir en el campo de batalla para conquistar Srebrenica?

—¡Sí, señor!

Stimac asintió de nuevo con la cabeza. Después dio un paso al frente y pasó revista, examinando la cara de cada uno. Para reprimir mi ansia de fumar me fijé en el horizonte estrellado. De pronto, soltó una orden que nos dejó rígidos.

—¡Un voluntario para presentarse!

—¡Yo, señor! —exclamé sin dudar.

Sin alterar su expresión, se acercó en dos grandes zancadas a menos de un metro. De todo su ser emanaba una autoridad implacable.

—¿Nombre?

—Marko Gurovic, señor.

—¿Dónde nació?

—Sarajevo, señor.

—¿Por qué se presentó voluntario al Ejército?

Sentí como si hubiera recibido una corriente eléctrica. Sabía algo de mí y eso me impresionó y a la vez acentuó mi nerviosismo.

—Sarajevo es mi ciudad y odio verla en manos de los bosnios. Tenemos que hacer algo para vencer de una vez por todas. Quiero que Sarajevo sea para siempre la capital de Srspka.

—¿Sabe cuál es la mejor estrategia para vencer?

—No, señor.

Stimac sonrió y se inclinó hacía mí.

—Sembrando el horror —musitó.

3

Unas semanas después, a Jovan y a mí nos ordenaron nuestra primera guardia en el búnker, situado en lo alto de una montaña. Ante nuestros ojos se extendía un estremecedor paisaje de valles y bosques enmarcado por la estrecha ventana roída de hormigón. Suponía un esfuerzo considerable abstraerse del esplendor de la naturaleza en vez de concentrarse en descubrir un movimiento sospechoso de los bosnios. El búnker se dividía en tres o cuatro habitáculos oscuros, gélidos y abandonados, conectados por un pasillo que terminaba en las escaleras de entrada. Todas las paredes estaban desconchadas y pintarrajeadas. A pesar de que el exterior se camuflaba con gigantescas rocas y frondosos pinos, no lograba desprenderme de la sensación de que en cualquier momento recibiría un balazo.

No estábamos solos. Dragan Pavlovic era el compañero al mando. Llevaba en el Ejército desde 1992 y era mayor que nosotros, con veintisiete o veintiocho años. Sus gestos transmitían una calma exquisita y su voz nunca se alteraba sin importar el peligro. Venía de un pueblo de esos perdidos en la sierra de Bosnia, Toplica, cerca de la frontera con Serbia, donde cultivaba un huerto junto a su esposa y su hijo pequeño. Iba siempre despeinado y su nariz de tan alargada y puntiaguda parecía una flecha. Le colgaba del cuello una cruz de madera tallada por él mismo.

—¿Sabéis manejarla, verdad? —preguntó Pavlovic refiriéndose a la Zastava M84, una ametralladora con un afuste de tres patas, mira telescópica y una culata de madera.

—No —dije.

Pavlovic hizo una mueca de perplejidad.

—¿Por qué? —preguntó.

Jovan y yo nos encogimos de hombros. Desde el primer día en el campamento nos percatamos de que la instrucción había adolecido de fundamentos para el combate.

—Es capaz de disparar unas setecientas u ochocientas balas por minuto —dijo Pavlovic—, con un alcance de un kilómetro más o menos. Y pesa como un demonio. Eso es todo lo que necesitáis saber.

—Vaya profesor de mierda —dijo Jovan.

—Para ti hoy no hay porro por listo —replicó Pavlovic, sonriendo.

—¿Cuál es la mejor manera de sostenerlo? —pregunté.

—Fijaos donde pongo la mano izquierda —dijo, mostrándolo—. Encima de la culata para que vibre lo menos posible, y con la derecha

aprieto el gatillo y disparo a bosnios, croatas y lo que se ponga por delante. Y la munición siempre a la vista. Bien, esa es la lección de hoy, niños. ¿Alguna pregunta?

—No —respondí.

—¿Alguien quiere encargarse?

Jovan accedió y adoptó la postura bajo la supervisión de Pavlovic. Imitó el ruido de la ametralladora con la boca mientras desplazaba el cañón de un lado a otro. Dijo que no se le iba a escapar ninguno vivo.

Pavlovic consultó su reloj, y después se acercó al equipo de radio portátil que permanecía siempre en el búnker. Debía de pesar como unos diez kilos. Contaba con dos asas por si era necesario sacarlo de la funda. El panel de control acogía una serie de botones, reguladores de frecuencia y puertos de entrada. Me fijé en una plaquita de color negro donde se mostraba el modelo: RU-2/1. Era la primera vez que tenía uno delante de mí. En la instrucción nos informaron con orgullo que los equipos de radio se habían construido en Banja Lunka con el protocolo necesario, y que servían para comunicarse entre batallones y cuerpos de infantería. Sin embargo, solo nos mencionaron por encima las herramientas necesarias para encriptar las comunicaciones. Ahora veíamos uno a punto de ser usado. Llenos de curiosidad, Jovan y yo descuidamos la vigilancia.

—JNA, JNA, JNA, aquí C2, C2 —dijo Pavlovic, sosteniendo el auricular KY-189 que se conectaba a la estación de radio.

Parecía el auricular de un teléfono corriente de casa, pero con los números incorporados mediante un teclado entre el altavoz y el micrófono, y una base más ancha para dar cabida a la batería. También disponía de un clip metálico para sujetarlo al uniforme. Un panel electrónico mostró el código de seguridad cuando Pavlovic pulsó el botón para hablar.

—C2, C2, C2 aquí JNA, JNA —respondieron.

Cuando terminó la comunicación Pavlovic nos reveló cómo funcionaba el protocolo. Primero se nombra tres veces la estación a la que se llama, después el emisor se identifica dos veces. No solo se trataba de saciar nuestro interés, sino también de ser prácticos. Tanto Jovan como yo podíamos necesitar manejarlo en cualquier momento.

—En cuanto pulso este botón —dijo señalando con el dedo un pulsador que abarcaba el teclado al completo—, veo el código y lo pongo en el teclado, así el mensaje que emito estará encriptado, pero cuando les llegue a los nuestros le llegará desencriptado. Cada vez que lo pulso se genera un nuevo código, ¿lo veis?

Aquello me pareció fascinante y no veía la hora de probarlo. En un lugar perdido del mundo un pequeño artilugio me convertía en una especie de soldado-espía. Una vez guardado el equipo de radio, Pavlovic se despojó de la gorra, como si con ese gesto dejara a las

claras que descansaba por unos minutos. De uno de sus bolsillos laterales empezó a sacar el material: papel de fumar, tabaco, un encendedor y la piedrecita de hachís. Vaya pieza este Pavlovic, pensé. Con expresión sosegada, le dio al porro una profunda calada. Después cerró los ojos con placidez y apoyó la cabeza contra la pared. Jovan, que rechazaba las drogas por cuestiones éticas, efectuaba la guardia.

—Ya sabes lo que siempre te digo: uno de vez en cuando no hace daño —dijo Pavlovic.

—No necesito drogas —zanjó Jovan.

Pavlovic me alcanzó el porro y yo no dudé en llevármelo a los labios. No deseaba un colocón, sino un suave viaje al presente, una tregua antes de embarrarme con lo que quedaba del día.

—¿Qué se siente al matar a alguien por primera vez? —le pregunté, devolviéndole el porro.

Pavlovic alzó las cejas sorprendido por mi curiosidad. Se tomó su tiempo para responder. Primero tomó otra calada y se perdió por un instante en las volutas de humo, después se encogió de hombros. Jovan le miraba con creciente interés.

—Nada —dijo, con sinceridad—. Es extraño, lo sé, pero es la verdad. Debe de ser un mecanismo de defensa de la mente. No, no soy una persona fría ni mucho menos. Tengo miedo de que cuando la guerra termine y regrese a casa todo caiga sobre mí como una losa. Hay que ser fuerte para salir adelante, por mi mujer e hijo.

—¿El primer muerto fue un civil o un soldado? —pregunté.

—Un soldado, un croata. El primer día que llegué, la primera noche, mejor dicho. No recuerdo nada más ni quiero hacerlo. La guerra no es un asunto personal, es un trabajo que hay que hacer, que nos obligan. Somos funcionarios. Si queremos sobrevivir eso es lo que somos, funcionarios de la muerte.

—Pero estamos ayudando a nuestra república, eso también debe ser importante para nosotros —apunté.

Pavlovic hizo un gesto de desdén.

—Lo que tiene que ser importante es que no nos den un balazo, o peor, que caigamos prisioneros. Esos cabrones nos matarán de hambre o nos torturarán —su expresión cambió, como si se hubiera acordado de algo importante—. ¿Queréis ver una momia?

DESPUÉS DE PRODUCIRSE el relevo los tres bajamos en dirección al campamento base. La mañana se había presentado sin novedad, lo que había dejado en nuestro ánimo una sensación de alivio y desidia al mismo tiempo. Llevaba varias semanas sin ver a Stimac desde la noche de bienvenida. Esperaba que de algún modo me llegaran por los barracones comentarios o noticias sobre él, pero no fue así. ¿Se acordará de mí?, me pregunté. No sabía cómo sentirme después de

nuestra breve conversación. Resultaba complicado olvidarse de esos ojos siniestros, pero ¿qué esperabas, Marko, un abrazo y un beso? Es el Comandante en Jefe del Ejército de la República Srspka. Debe infundir respeto, incluso temeridad.

«¿Es usted el que se presentó voluntario?», me había preguntado y no dejaba de resonar en mi cabeza. Me dejó helado. Alguien se lo había mencionado al general. ¿Me otorgaba una condición especial frente a los demás? ¿O eran unas palabras de cortesía? Un voluntario es alguien que no debe probar su compromiso, que se da por hecho. Supuse que eso le había agradado. Me parece de justicia alabar su presencia esa noche delante de los reclutas; nosotros, el último escalafón. Otros generales hubieran preferido quedarse aislados en su trono. Sin embargo, Stimac bajó de su pedestal para forjar un vínculo. ¿Quién se comporta de esa manera? Solo alguien que valora a su tropa.

—Pavlovic, ¿qué piensas del general? —le pregunté.

Se tomó unos segundos para responder. Bajábamos los tres por una colina envueltos en el aroma de las flores silvestres.

—Nunca he conocido a un hombre con tanto carisma. Creo que cualquiera de nosotros le seguiría hasta la muerte, y es un genio con la táctica, dicen que se graduó con la máxima nota en la escuela militar. ¿Por qué lo dices?

—Por curiosidad. Se ha oído hablar tanto de él…

—Pero ¿por qué es carismático? —preguntó Jovan—, porque tiene muchos conocimientos y experiencia. A mí me parece un hombre normal y corriente no un dios. No sé por qué la gente se impresiona tanto.

—Fue suya la brillante idea de secuestrar al presidente de los bosnios para que dejaran de asediar los cuarteles de Sarajevo —dije—. Eso no lo hace un hombre normal y corriente.

—¿Y cómo sabes que fue idea suya? —preguntó Jovan—. A lo mejor fue sugerido por un oficial. Además, no me gusta que el poder lo tenga una persona. Stimac es un general que tiene como verdadero jefe a Karazdic. Él lo puede destituir cuando le parezca bien y, por cierto, lo del secuestro acabó mal, ya lo sabéis.

—Me aburrís —zanjó Pavlovic—. ¿Queréis ver la momia sí o no?

—¿Está muy lejos? —pregunté.

—No, solo hay que desviarse unos quinientos metros hacia el este. Seguimos en el perímetro de seguridad.

Me había salido una ampolla en la planta del pie, pero no quería regresar solo a la base y mucho menos perderme el espectáculo morboso.

—¿Por qué sabes que está ahí esa momia? —preguntó Jovan.

—La descubrí por casualidad en unas maniobras. Tuve un apretón,

me aparté un poco, me bajé los pantalones y ahí estaba. Muy cómico.

—¿Y no lo enterraste? —pregunté—. Hubiera sido lo justo.

Pavlovic guardó silencio.

—¿Era bosnio? —preguntó Jovan.

—Dímelo tú cuando lo veas. Se aceptan apuestas.

Entre la ampolla, el fuerte calor y el agotamiento sentía la necesidad de un breve receso. Sin detenerme, saqué de la mochila la cantimplora y bebí un trago. El resto me lo eché por la cabeza. La naturaleza había perdido su encanto y ya empezaba estar harto de la aridez de la montaña. Ascendimos por un repecho en el que debimos escalar un poco. Después cruzamos un zarzal y casi me tropiezo con la gruesa raíz de un árbol. Jovan se dobló un tobillo. Nos sentamos para recuperar el aliento. Esos quinientos metros me parecieron quinientos kilómetros. Lo más curioso fue que Pavlovic se mantuvo de pie: era inmune al cansancio.

—Esto parece una travesura de niños —dijo Jovan, sudando a mares.

—Creedme, echaréis de menos estos momentos de tranquilidad cuando estéis en el frente.

—No veo la hora de estrenar mi kalasnikov —dijo Jovan—. ¿Y tú, Marko?

—También. Vamos a descubrir de qué material estamos hechos.

Reanudamos la marcha y al cabo de unos diez minutos oímos la buena noticia.

—¡Ahí está la momia! —exclamó Pavlovic, apuntando con el dedo.

Una pierna sobresalía boca abajo entre los matorrales. Estaba vestida con vaqueros y un pie calzaba una estropeada zapatilla deportiva. Al acercarnos el zumbido de las moscas nos dio la bienvenida. ¿Cómo había llegado el cuerpo a este lugar alejado de la mano de Dios? Recordé los cadáveres sobre las calles de Sarajevo abatidos por francotiradores. Mezcla de ropa y sangre sobre el asfalto.

El tórax estaba desgajado de la cadera y los brazos habían desaparecido. La imagen era tan repulsiva que Jovan y yo nos mantuvimos a unos cuantos metros de distancia. El cráneo, inmundo, me recordó a la cabeza de un muñeco de trapo dejado al sol una eternidad. Supuse que se trataba de un hombre. Las moscas zumbaban ansiosas por aterrizar en nuestras frentes. Al acercarme un poco más descubrí un brazo en un aparte, horriblemente hinchado y de un color macilento. Los dedos, contraídos como garfios. Faltaba el dedo gordo. ¿Lo habían torturado o un animal se lo había arrancado de cuajo? Me agaché para obtener una mejor visión de la cara. Las cuencas de los ojos eran dos agujeros siniestros y borrosos, pero lo más llamativo era que uno de los pómulos parecía que hubiese estallado. Dios mío, qué triste final para la vida de una persona. Y ni siquiera era un soldado.

Quizá su familia piense que sigue vivo.

—¿Cuánto tiempo llevará aquí? —preguntó Jovan.

—Yo creo que dos o tres años.

—¿Es bosnio o croata? ¿Qué piensas? —preguntó Pavlovic riendo entre dientes—. A lo mejor es uno de los nuestros.

—¡Yo qué sé! —exclamó Jovan.

—Esto no es una momia, es un cadáver momificado. No es lo mismo —corregí mirando a Pavlovic.

Él se encontraba detrás velando por nosotros, como un padre a sus chiquillos en el parque. Había dejado el kalasnikov apoyado en el tronco de un pino y la mochila a sus pies. Sentado sobre una roca fumaba con parsimonia. Pavlovic era un hombre de esos rudos de montaña, que trabajan sin quejarse en su huerto de sol a sol.

—Para mí es lo mismo, Gurovic —dijo con seriedad, y expulsó el humo—. Pero acercaos más, no seáis niñas, no muerde. Compañeros, esa es la muerte, acostumbraos a ella porque muy pronto la veréis todos los días, incluso en vuestras pesadillas. Oledla, tocadla, perdedle el respeto, escupidla, mead encima, masturbaos, lo que os dé la gana… Ese que está ahí podéis ser vosotros mismos mañana o pasado. Y no importa porque es la ley no escrita de la guerra. Veréis a compañeros muertos sobre los que tengáis que pasar por encima, sangre por todas partes y gritos de locura, ¿estamos? Os entrarán ganas de dejarlo todo y salir corriendo, pero no os lo recomiendo porque os puede caer un consejo de guerra, y ya os podéis imaginar quién es el fiscal, el defensor y el juez. Os llamarán traidores y estaréis condenados para siempre.

4

¿De qué estarán hablando? Ljubica parece muy cómoda con él. No para de hablar y de mover las manos. El hombre es joven, de su edad, creo. ¿Su novio, su marido? Debería haberme acercado a la ventana para ver cómo se saludaban y así intuir algo. Un detalle sustancial. Pero quizá me hubieran descubierto. ¿Se están cogiendo de la mano? Puede ser. O es un efecto óptico. Tienen la mesita llena de cosas. Parece que la prisa no va con ellos.

No me gusta este sitio. La calle. Estoy muy a la vista vestido de negro. Es un milagro que no me haya descubierto. Creo que voy a retroceder un poco. Dios mío, ¿qué será de la viuda de Pavlovic? ¿Y su niño? Ya un adolescente, crecer sin padre… Terrible. ¿Seguirán viviendo en Toplica? Confío en que sí. Pero Djoko quizá haya fallecido. El pobre Djoko.

¿Qué hora será? Me temo que el obispo habrá llamado al abad para preguntarle por qué no he acudido a la cita. Olvídate de eso ahora. Ya no tiene remedio. Solo quiero saber dónde vive y después volveré al monasterio. ¿Vivirá con su madre o sola? El joven sonríe, parece como si quisiera seducirla.

Una señora la saluda con efusividad. ¿Por qué ignora al joven? Qué maleducada. Ljubica parece algo incómoda. Se marcha. Ljubica y el joven retoman la conversación. A él no le importa que sea la hija de un criminal de guerra. No es su culpa, no. Pero si fuera mi padre no querría saber nada de él. ¿Eh? ¿Está nevando? No, es una gota de agua.

Señor, Boban Cvetkovic también debería pagar lo que hizo. ¿Estará en prisión? ¿Fugado? Será más difícil saberlo. No estaba en primera línea como Stimac. Dios quiera que esté en la cárcel. Sería lo justo.

Quizá después se marchen a otro sitio. ¿Espiar a dos personas será más fácil que a una? Estarán concentrados en la conversación y no pendientes de lo que sucede alrededor. Qué poco conozco de Belgrado. Es demasiado grande para mí. El camarero les trae dos tazas más. ¿Té o café? No veo el maletín. Lo habrá dejado en el suelo.

~

LA NOCHE anterior a la ofensiva contra Srebrenica me fue imposible conciliar el sueño. En sigilo me levanté y salí de la tienda. Los compañeros dormían como lirones y los envidié. Me senté en unas

cajas vacías de refrescos que habíamos dejado en la entrada a modo de asientos. Saqué el paquete de tabaco, el mechero y me dispuse a fumar para huir de la inquietud. El campamento, sumido en el silencio, reflejaba una falsa calma.

Seguro que no soy el único al que le cuesta dormir, me dije.

Durante la instrucción sabía que esa noche llegaría, la noche previa al combate. Era como una frontera entre lo real y lo imaginado. No disponía de tiempo para curtirme como soldado. Cuando apenas empezaba a elaborar una idea de lo que significaba, me lanzaban a lo más crudo de la guerra. En la vida uno no está siempre bien preparado para lo que se avecina. Se aprende mientras sucede. No hay otra. Al día siguiente lo iba a experimentar por mí mismo. Pase lo que pase conservaré la sangre fría. Si consigo sobrevivir será mi gran victoria. Y si conquistamos Srebrenica, doble felicidad.

El plan estaba concebido al milímetro. El subteniente Boban Cvetkovic nos lo había revelado en una larga y agotadora sesión. Sobre nuestro batallón recaía una de las misiones más arriesgadas. Penetrar en el área de seguridad establecido por la ONU y detenernos a un kilómetro de la ciudad. Si los bosnios lo impedían, abrir fuego a discreción sin dudarlo ni un segundo. Los cascos azules no supondrían un obstáculo serio. Solo eran observadores.

Todos hubiéramos deseado que el general Stimac nos explicase el plan, sin embargo, Cvetkovic ocupó su lugar. Cumplió con su papel. Explicaciones claras y precisas. Era algo mayor que Stimac. Un hombre encerrado en su propia amargura. De esos que no te miran a los ojos hasta que ganas su respeto. Pavlovic nos contó que había ostentado el grado de teniente coronel, pero en una borrachera legendaria abofeteó al hijo de un prominente político. Se desconoce dónde ocurrió el suceso, si en un bar o en el cuartel de Sarajevo. Ni siquiera Stimac, su gran valedor, pudo evitar su caída en desgracia.

Pero esa noche eludí pensar en oficiales más de lo debido. Quería acordarme de mis padres y mi hermana. A esa hora estarían durmiendo. Mi madre se levantará a medianoche y, calzada en sus viejas pantuflas, recorrerá el pasillo hasta mi habitación. Abrirá la puerta y se quedará desconcertada una vez más al encontrar la cama vacía. Les había mentido. Dije que me habían llamado a filas, aunque en realidad me había presentado voluntario. Les conozco bien. Si les hubiera confesado la verdad habrían intentado disuadirme. Y mi decisión era firme. Deseaba convertirme en soldado a las órdenes de Stimac. Quería sentirme orgulloso de mí mismo. Si el destino había dictaminado mi muerte, que al menos encontraran mi cadáver en el campo de batalla y que lo mandaran a casa para ser enterrado con honores.

En el campo de batalla oí disparos, explosiones, sufrimiento.

Recuerdo un silbido que era la amenaza total. Se oía cercano y rasgaba el cielo como un cuchillo. Era el aviso del obús. ¿Caerá sobre mí? ¿Me destrozará? ¿Dónde estoy a salvo? Era inútil levantar la vista. Más allá de las copas de los abedules y los pinos solo veía nubes. Como si el proyectil disfrutara del poder de la invisibilidad. El sudor me escocía en los ojos, la sangre dejó de circular, faltaba el aire y de mi cuerpo se apoderó un temblor interminable.

Pavlovic tenía razón. Sentía unas ganas irrefrenables de arrojar el morral y el fusil, de huir a cualquier parte. Pero no me movía. Cerraba los ojos por un instante y me preparaba para morir, aunque no recuerdo lo que me pasaba por la cabeza. ¿Pensaba en la familia o rezaba por mi alma? Cuando el estallido sonaba lejos me permitía el lujo de volver a respirar. A veces la explosión derribaba árboles, otras se producía una masacre, otras no lo sé. Aún oigo los gritos desesperados pidiendo ayuda. Luego venía nuestro turno. Cañonazos, tres, a veces cuatro o cinco; pero tan estruendosos que la tierra retumbaba. En las raras ocasiones en las que reinaba el silencio, yo seguía escuchando un zumbido eléctrico. Pensé que sería un daño permanente en los oídos.

Avanzábamos disparando a las sombras que se escondían detrás de las rocas, de los troncos, de los arbustos. ¿A cuántos hombres maté? Uno, cinco, decenas o ninguno. No recuerdo apuntar con conciencia asesina, sino como una manera de evitar que me matasen. Defendía mi vida. En mi interior habitaba un instinto salvaje, sí. El bosque se convirtió en una tormenta de bruma y fuego. Los bosnios cedían terreno, pero nos costaba horas avanzar un metro. Con el rabillo del ojo vislumbraba a los compañeros, algunos como yo, disparando; otros heridos, otros muertos. No sabía nada del sargento Yurkovic, ni de Pavlovic, ni de Jovan.

Tropecé y me caí por un terraplén, golpeándome con fuerza en un brazo. Gruñí. ¿Me lo había roto? La camisa se había rasgado y sangraba. Además, estaba magullado. Mi preocupación máxima consistía en recuperar el kalasnikov. Aturdido, me levanté para buscarlo entre los matorrales. Las explosiones y las ráfagas de metralla no cesaban. Por fin, lo encontré y me lo eché al hombro. El brazo me dolía horrores, pero el hueso continuaba firme. Subí como pude, con las botas llenas de tierra y el alma vapuleada. ¡No te vengas abajo! ¡Adelante! ¡Por Stimac y la Gran Serbia! Arrastrándome por las hojas, ramas y raíces busqué cobijo de la lluvia de balas. Cada respiración era mi último aliento. Me levanté, corrí medio agachado y me senté detrás de un grueso tronco. No sabía dónde estaba el norte o el sur. Vi compañeros tumbados boca abajo, seguramente muertos. ¿Quién iría a recoger los cadáveres después? No había tiempo para ser compasivo. Creí oír mi apellido repetidas veces pero pudo ser mi imaginación.

Esa roca de ahí es más segura. Desesperado y sudando como un cerdo me aproximé. Me llevó unos segundos que me parecieron eternos. Jadeando, recargué la munición; boca seca, trago de agua. Concéntrate. Deja que la locura se destruya sola. Necesitas sentido común. Es inútil. No hay tiempo. Y este es mi primer día. A unos diez metros descubrí a uno de los nuestros tumbado, con las manos cubriéndose la cabeza, sin el fusil ni el morral cerca. Al descubierto. Me figuré que había muerto porque estaba inmóvil.

Tenía la sensación de que era el único superviviente de mi columna. Que había sido una masacre. Que perderíamos la batalla por Srebrenica y, lo que era peor, la guerra. Pero fue un pensamiento que tan rápido como apareció se deshizo por sí solo. Un aviso de que mi cerebro no discurría, que estaba embotado de miedo. Me asomé detrás de la roca, apreté el gatillo y el kalasnikov escupió una ráfaga de balas. Disparar me recordaba que seguía con vida. Insultaba al enemigo como si pudiera oírme. Al esconderme para recargar me llevé una sorpresa. El compañero muerto movía las piernas. Pero algo le sucedía. Quizá estaba herido.

—¡Eh, tú! —exclamé—. ¿Qué te pasa?

Al girarse solté un respingo. Lo reconocí, era Jovan. Sin pensarlo dos veces me despojé del morral y solté el fusil. Me arrastré no sin dificultad. Su mirada parecía ida, como si no supiera dónde estaba. Debía de haberse desmayado. Cuando llegué junto a él su cuerpo tiritaba. Una granada estalló muy cerca y nos cubrió de tierra. Le llamé por su nombre varias veces pero no respondía. Le zarandeé. Nada. Parecía estar en trance. Le rodeé por el hombro y le grité en la oreja.

—¡Jovan!

Parpadeó. Sus ojos se fijaron en mí.

—¡Suéltame, joder, suéltame! —exclamó.

—¡Ven conmigo, no puedes quedarte aquí!

—¡No, no quiero! ¡Déjame en paz! ¡Me quedo aquí!

—¡Deja de decir tonterías!

Jovan se removió. Intenté sujetarle por los brazos, pero acabó por darme un puñetazo en la mandíbula que me temblaron los dientes.

—¡Déjame solo! ¡Quiero morir!

—¿Estás herido?

—¡No!

Eché un vistazo a mi alrededor. Nos encontrábamos solos. Tenía que actuar pero me costaba respirar y las fuerzas estaban a punto de abandonarme.

—¡No te voy a dejar aquí!

—¿Estás sordo, idiota? ¡Maldita sea, Marko, que me quedo aquí te he dicho!

Me arrodillé y lo levanté por los hombros. Jovan se resistía. Por suerte yo era más fornido. Le golpeé el estómago con el puño. Se dobló. Aproveché para sostenerlo del cinturón como pude. Con la otra mano le sujetaba por la axila. La distancia hasta la roca me pareció kilométrica. Si conseguíamos llegar ilesos sería un milagro. ¿Cuántos llevaba ya? Había perdido la cuenta. Esperaba que me quedara uno en la recámara. Jovan tosía. A lo lejos vislumbré el llameante resplandor de un cañón. Decidí que, con la cabeza hacia abajo, correría hasta reventar sin fijarme en lo que sucediese a mi alrededor. Conté hasta tres y salí corriendo. Una bala pasó a dos centímetros de mi cara. A mitad de camino me desplomé, incapaz de aguantar su peso. El brazo me seguía doliendo, pero agarré a Jovan por los hombros otra vez y lo arrastré hasta la roca en medio de un subidón de adrenalina. Ya a resguardo, sucio y exhausto, incapaz de mover un músculo, se me escapó una risa nerviosa. Jovan había cerrado los ojos, como si no quisiera saber nada. Me fijé en que tenía el cuello manchado de sangre reseca. Quería animar a mi amigo pero no sabía qué decirle. Ignoraba si esto era el principio o el final.

—¿Por qué no me has hecho caso, eh? —dijo, entre sollozos.

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—¡No, no lo hubiera hecho!

Jovan me dio la espalda, avergonzado. Empecé a respirar con fluidez. Aquel receso me iba recomponiendo poco a poco. Dejaré aquí a Jovan y avanzaré hasta donde pueda, pensé. Hasta el día de hoy aún desconozco si el hombre sabía de antemano que estábamos allí. O si se debió a una casualidad. El caso es que de repente vi el agujero oscuro de un cañón a un palmo de mi nariz. El corazón se volvió loco. Una cara que nunca olvidaré. Casi esquelética. Ojos de sapo. Los labios tenían un color morado y reseco, deduje que por efecto del sol. La barbilla, con un hoyuelo. Debía de rondar los treinta años aunque se veía envejecido. No llevaba uniforme. Vestía una camiseta blanca con el cuello roído y las mangas rotas. ¿Sería un miliciano? Estaba como tumbado sobre la roca, apoyándose en el codo para sostener el cañón con la mano. El índice de la otra mano descansaba sobre el gatillo. ¿Cómo no le había oído llegar? Jovan seguía de espaldas, en su mundo.

Sin que él lo demandara alcé las manos lentamente. Tragué saliva.

Nos miramos fijamente. Cada uno plantándonos en la mente del otro, como una especie de duelo descompensado. Pensé que haría un gesto con la cabeza para indicarme que alertara a Jovan, pero no ocurrió. El cañón seguía apuntándome. Se mojó los labios. ¿Quería hablarme? ¿Quería pronunciar las últimas palabras que yo oiría? Lo único que sabía con certeza era que yo no iba a decir por favor, o te lo ruego o ten piedad. Prefería quedarme callado y aceptar mi destino

con resignación. Ahora pienso que fui un estúpido, pero cuando la muerte te mira a la cara el único refugio es una brizna de dignidad. Transcurrieron diez segundos o diez minutos, no lo sé. Sus ojos castaños y sanguinolentos no pestañearon en ningún momento, como si esperase una reacción de mi parte. Sin embargo, yo seguía con las manos levantadas, esperando que la bala traspasara mi cerebro. El hombre bajó el arma. Todavía hoy me pregunto por qué. Quizá porque me vio salvar a Jovan. Quizá porque fue misericordioso. Quizá porque ya albergaba suficientes fantasmas en su cabeza. Solo Dios conoce el motivo.

El hombre bajó el arma y, sin dejar de mirarme, se irguió. La camiseta lucía un retrato desdibujado de Toni Kukoc, el jugador croata de baloncesto. Seguí con las manos levantadas. Creo que se esperaba un gesto de reconocimiento o de gratitud, sin embargo, yo aún desconfiaba. ¿Qué quiere ahora de mí? ¿Nos dirá que somos sus prisioneros? Solo cuando se alejó monte arriba, mi corazón volvió a latir. Solté un suspiro largo y profundo. Volvieron los sonidos vertiginosos y destructores, pero ya no me importaba porque estaba vivo. Me entró el ansia de fumar.

5

Al día siguiente, nuestra columna fue una de las últimas en tomar posesión de Srebrenica a última hora de la tarde. Cuando llegamos a la plaza del centro se habían congregado cientos de soldados que festejaban la victoria con cánticos y alcohol. Se habían plantado dos tanques con los cañones apuntando hacia los edificios de viviendas como una muestra de conquista e intimidación.

Según nos dijeron a Jovan, Pavlovic y a mí, el general Stimac había acudido por la mañana para establecer su base de operaciones en el ayuntamiento. Me figuré que estaría orgulloso de sus hombres. La guerra avanzaba a nuestro favor y seguramente el general ya preparaba la siguiente ofensiva. Se imponía consolidar nuestra posición en Srebrenica, aunque Pavlovic nos desveló que el siguiente objetivo se encontraba al sur, en Zepa. Un pueblo que casi no opondría resistencia al estar pobremente defendido.

Preferí no recordar a Jovan su ataque de pánico porque confiaba que él mismo sacaría el tema. Quería sugerirle que acudiera al médico, pero no parecía interesado en hablarlo; la mayor parte del tiempo se mostraba parco en palabras. Aprovechando que nos quedamos a solas unos minutos, se lo comenté a Pavlovic.

—No me sorprende —dijo haciendo una mueca de disgusto—. He visto a unos cuantos hombres en ese estado y no es una cosa buena.

—¿Qué podemos hacer?

—Vigilarle. No queda otra. Por él y por nosotros.

—¿Y si hablamos con el sargento Yurkovic?

—Eso es lo peor que podemos hacer. El sargento no se va a complicar la vida. No va a hacer nada y Jovan quedará marcado.

A través de un radiocasete empezaron a oírse las primeras notas de un acordeón con aire de marcha militar. La música *chetnik* invadió la plaza. Los compañeros se sabían la letra de memoria. No estaba seguro si celebraban la toma de Srebrenica o seguir vivos un día más.

—Pero a lo mejor lo destina a la base para cocinar o limpiar.

—Y entonces cada día tendríamos un nuevo soldado con ataques de pánico. El campamento quedaría como los chorros del oro —Me rodeó por el hombro —. Estaremos cerca de él, Marko. No te preocupes.

La noche fue cayendo sobre la pequeña ciudad, pero solo las ventanas de algunas casas se iluminaron. La mayor parte de los habitantes se ocultaban de nosotros. Me imaginé a la gente

aterrorizada, sin saber cuál sería su destino. Todo iba a cambiar en Srebrenica. La llegada de una furgoneta fue motivo de jolgorio general. Un grupo se arremolinó en la puerta trasera para recibir un bidón por cabeza. Le pregunté a Pavlovic a qué venía todo aquello. Me dijo escuetamente que era gasolina, como si no fuera necesario explicar nada más. Reconocí a paramilitares que después supe que actuaban en Bosnia en escuadrones de la muerte.

Minutos después los negocios a pie de calle eran saqueados. Alfombras, jarrones, ropa, fruta, conservas, pilas, radios, walkmans, revistas, zapatos, hasta máquinas registradoras… Todos salían con su botín con la arrogancia de quien se cree con derecho a ello. Para contribuir al caos en la plaza se sucedían los disparos al aire.

—Vamos —les dije a Jovan y a Pavlovic, pisando el cigarrillo que me acababa de fumar.

Los tres entramos en una tienda de lámparas, como podíamos haber entrado en cualquier otra. Dentro de poco sería noche cerrada, había que apresurarse. No en todos los lugares había luz. Los cristales crujieron a nuestros pies. Las estanterías estaban volcadas. El mostrador, destrozado. El saqueo había transcurrido en cuestión de minutos. ¿Quedaría algo para nosotros? Pavlovic y Jovan se alejaron en busca de su recompensa. ¿Yo necesitaba una lámpara? En absoluto. Solo estaba allí arrastrado por una fuerza desatada y peligrosa. Una fuerza irresistible que me llenaba de cierto poder. Las reglas habían desaparecido. Nosotros las creábamos. Lo merecíamos. Éramos una jauría imparable.

La trastienda también había sido arrasada. Por el suelo, mesas, sillas y cajas. Dejábamos la huella de la destrucción a nuestro paso. Oí las voces eufóricas de Jovan, Pavlovic y de otro más. Han encontrado algún objeto de valor, pensé. Más tarde me enseñarían su botín: pilas y un reloj con calculadora. Cuando estaba a punto de marcharme me fijé en una fotografía arrinconada con el marco agrietado. Una pareja de novios celebraba su boda. Ella cubría su cabeza con un velo blanco sobre un pañuelo negro e iba vestida con una especie de túnica morada. En las manos sostenía un ramillete de violetas. Él llevaba un traje negro, con una corbata y camisa blanca. En el reverso no había ninguna anotación. Volví a examinar sus caras. Debían de rondar los veinte años. Jóvenes, ilusionados, enamorados. El peinado del novio era moderno, con las sienes rapadas. Quizá era el hijo del dueño del negocio o lo era ella. Ambos sonreían, pletóricos de felicidad, aunque sus cuerpos se esforzaban por mantener la compostura. A sus espaldas me pareció que el paisaje de montaña y casas pertenecía a Srebrenica.

—¡Gurovic! —exclamó Pavlovic—. ¿Qué estás haciendo? ¡Sal ahora mismo!

Dejé la fotografía en el suelo y fui a reunirme con mis compañeros.

Jovan y Pavlovic con expresión divertida rociaban con gasolina lámparas, mobiliario, cajas y papeles. En la calle se había congregado un nutrido y expectante grupo de compañeros que les jaleaban. Al terminar, Jovan y Pavlovic arrojaron los bidones vacíos por ahí, de mala gana. El olor era tan intenso que costaba respirar.

—¿Quién hace los honores? —preguntó Jovan.

—Yo mismo —respondí sin dudar.

Me agaché sobre el reguero de gasolina, saqué el mechero del bolsillo del pantalón y prendí la llama. Jovan y Pavlovic ya se encontraban afuera. Era la primera vez que me disponía a dañar algo con una profunda sensación de impunidad. Revisé que el camino a la salida estuviera despejado de cristales. Fui acercando la llama con una creciente palpitación. De repente la gasolina se prendió. Salí corriendo a través del escaparate en ruinas. Los compañeros me palmearon la espalda, agradecidos por el espectáculo que estaban a punto de presenciar. En cuestión de segundos el fuego se había adueñado de todo. Me sentí un testigo privilegiado de un espectáculo devastador y único. Nadie movió un músculo hasta que las llamas alcanzaron el techo y el humo empezó a salir. Nos fuimos apartando poco a poco.

Otras tiendas sufrirían el mismo destino, quedar reducidas a cenizas. Srebrenica era nuestra.

AMANECÍA CUANDO DESPERTÉ en la tienda de campaña. Una tímida luz se colaba a través de las ventanitas. La quietud me invadió poco a poco produciendo una sensación reconfortante, aunque no se prolongó demasiado. El cuerpo también empezó a despertarse. La espalda acusó la rigidez del suelo. Las piernas aún me pesaban. Los antebrazos estaban llenos de picaduras de pulgones. Los recuerdos de la guerra me asaltaron a traición. Los obuses, las explosiones, las ráfagas, el desconcierto, el olor a tierra seca, el cañón apuntándome, el miedo, Jovan, los gritos, la sangre, los cadáveres. Notaba cómo se iban grabando a fuego en mi cabeza. La oscuridad delimitando su territorio para siempre.

Los compañeros dormían a excepción de uno que nunca regresó. Alguien acudió temprano a recoger sus pertenencias y enviarlas a su familia. ¿Cómo se llamaba? No lo recuerdo o quizá nunca lo supe. ¿Y yo? ¿Era justo que siguiese vivo? Si aquel miliciano hubiera apretado el gatillo ahora estaría muerto. Mi lugar en la tienda hubiese quedado libre. Las pertenencias se hubieran enviado a mi familia. El cuerpo se hubiera recuperado o no. Dios mío, aún hoy me sigo preguntando por qué me perdonó la vida. ¿Cómo era posible que hacía solo un mes estuviese en casa con mis padres? ¿Cómo era posible que la vida de alguien pueda sufrir un cambio tan violento en tan poco tiempo?

Me entraron ganas de fumar, pero decidí guardar el cigarro hasta

después del desayuno. El toque de diana iba a producirse de un momento a otro. Necesitaba un poco más de silencio para anclarme al presente. Aproveché para vestirme con calma. Jovan, para no perder la costumbre, disfrutaba de un profundo sueño. Recordé las palabras de Pavlovic sobre la advertencia de estar pendientes de él. Me pregunté qué pasaría por la mente de mi amigo cuando se despertase. ¿Le ocurriría cómo a mí o su mente bloquearía los recuerdos más crueles? Supuse que nos miraríamos sin decir nada, que nos ocultaríamos en el consuelo de la rutina. No deseaba profundizar en sus experiencias puesto que ya tenía suficiente con las mías.

Jovan y yo proveníamos de Sarajevo, de abandonar nuestras casas en el centro histórico. A causa de que los musulmanes eran mayoría en la ciudad, nuestras familias se vieron obligadas a buscar cobijo en las casas de los parientes lejanos, en los aledaños. Cuando coincidimos en la instrucción nos conocíamos de vista. Siempre le había visto por la calle con un libro en la mano. Enseguida creí intuir en el cuartel la esencia de Jovan. La de un espíritu que necesita sobrevivir en un mundo al que siente que no pertenece. Era el único que aprovechaba el escaso tiempo libre para leer hasta altas horas de la noche. Siempre releía la misma novela. «El señor de los anillos». Una edición de tapa dura que conservaba como su gran tesoro. Solo una vez le pregunté acerca del libro, pero como no dejó de hablar durante una hora de ese universo extraño y mitológico poblado de personajes medievales a la vez que fantasiosos, jamás le volví a preguntar. Cada uno elige su manera de evadirse y el momento adecuado y yo, por aquel entonces, necesitaba realidad y cuanto más, mejor.

Siempre pensé que su evidente desinterés por Stimac era más una pose que una actitud genuina. No acababa de comprender que alguien no sintiera por el general un mínimo de admiración. Sobre sus hombros pesaba la responsabilidad de llevarnos a la victoria final y, hasta ese día, sus estrategias habían sido acertadas en su mayoría. Lo dijo mi madre: Los bosnios y los croatas se han unido contra nosotros para apoderarse de Bosnia. Con él los serbobosnios no tenemos miedo.

En el barracón desayunamos café y unos huevos revueltos con yogur. Por desgracia, no se permitía repetir. El sargento Yurkovic nos citó en una hora para informar de las órdenes del día. A algunos de nosotros nos tocaría vigilar en Srebrenica y otros seguirían avanzando. En el camino de regreso a la tienda nos topamos con un corrillo de unos diez o quince, que apuntaban con sus fusiles a algo que no veíamos con nitidez. Reconocimos enseguida a Cvetkovic que consultaba su reloj de muñeca. Intercambié miradas de curiosidad con mis compañeros.

Al acercarnos vimos a un soldado en el centro, arrodillado, con la cabeza gacha y las manos atadas con una brida. Llevaba la camisa del

uniforme por fuera, desgarrada. Tenía una cicatriz larga y horrorosa en la frente. Parecía como si le hubieran abierto la cabeza. El escudo amarillo y azul en su uniforme no dejaba lugar para la duda: bosnio. Más tarde supe que lo habían capturado cerca del búnker al que nos asignaron aquel día a Pavlovic, Jovan y a mí.

Recuerdo que murmuré a Jovan que me alegraba de no estar en su pellejo. En ese momento no fui consciente del tamaño del error que acababa de cometer. El subteniente Cvetkovic dio unos pasos hacia mí. Se cruzó de brazos y en ese breve instante me fijé en el tatuaje decorando su antebrazo. Una cobra erguida y espeluznante mostrando los colmillos afilados, a punto de morder con su veneno letal.

—¿Ocurre algo, soldado? —me dijo con el ceño fruncido.

Era la primera vez me dirigía la palabra, aunque no me miraba a los ojos.

—No, señor.

—¿Qué le ha dicho a su compañero?

Cuando ya pensaba que su furia caería sobre mí, el general Stimac se materializó como de la nada y acaparó toda la atención. Cvetkovic, de momento, se olvidó de mí. Nos pusimos firmes. Llevaba una gorra calada hasta las cejas. En la mano sostenía una radio portátil con una larga antena. Dijo buenos días con una sonrisa cautivadora. ¿Qué hace aquí?, me pregunté. El subteniente y él se saludaron con un gesto seco de la cabeza.

—Señor, Guduric y Karanovic le trajeron —dijo Cvetkovic, refiriéndose al bosnio.

—Les felicito, soldados —dijo Stimac, estrechando sus manos—. Buen trabajo. Pasen después por mi despacho. Se han ganado un vaso de mi mejor rakia.

Guduric se puso rojo como un tomate, Karanovic se inclinó ligeramente con solemnidad, pero su momento de gloria se desvaneció enseguida porque Stimac se olvidó de ellos para dirigirse al prisionero.

—¿Cómo te llamas?

El hombre alzó la cabeza.

—Ibrahim Besic, señor —respondió con un hilo de voz.

—¿Cuál es tu rango?

—Sargento de la Defensa Territorial, señor.

—¿Cuántos milicianos forman la columna que se dirige a Tuzla?

—Son muchos pero es imposible saberlo con exactitud. Hay gente que se arrepiente y decide quedarse en Srebrenica. Hay también médicos y políticos que no van armados. Mucha gente no ha comido hace días y el agua escasea.

—¿Y soldados?

—Unos cinco mil.

Cvetkovic escupió en el suelo.

—Quítate las botas, por favor —dijo el general.

Ibrahim se tomó su tiempo. Creo que intentaba aparentar una calma imposible o quizá se sentía mermado de fuerzas. Desató los nudos, se descalzó y las colocó una junto a la otra. Se veían sucias y con las suelas muy desgastadas. Los calcetines eran llamativos: uno azul y otro amarillo, como los colores de la bandera de Bosnia. Me fijé en mis compañeros. Si hubiera caído una granada a un palmo ni se habrían percatado.

—Tendremos en cuenta el regalo, amigo —dijo Stimac con ironía —. Muchas gracias. Y no te preocupes, antes de lo que esperas volverás con tu familia.

—Gracias, señor.

Stimac paseó la mirada por el corrillo, evaluándonos uno a uno. Esperábamos con creciente interés su orden. Pensé: Se lo llevarán al barracón de los prisioneros para canjearlo por uno de los nuestros cuando se produzca un alto el fuego. Cuando sus ojos azules se clavaron en mí, me estremecí. Por instinto bajé la cabeza. Recuerdo el deseo de sentirme invisible de golpe. Me odié a mí mismo por no ser capaz de levantar la barbilla, como entendí que debía comportarse un hombre. Stimac y Cvetkovic conversaron en voz baja, pero lo más inquietante fue que en el transcurso de su improvisado conciliábulo el subteniente me dedicó una fugaz y sospechosa mirada. Tuve el presentimiento de que hablaban sobre mí. Stimac se marchó sin decir nada. Le vimos alejándose con paso decidido; supuse que se reuniría con su Estado Mayor. Mi brazo a cambio de oír cómo discuten las nuevas estrategias, pensé.

—¡Gurovic! —bramó Cvetkovic.

Me sobresalté.

—Va a escoltar al prisionero —dijo—. Traiga su fusil. ¡Ahora!

Fui corriendo a la tienda, orgulloso de que me hubieran encomendado una tarea que no fuera de limpieza. ¿Acaso Stimac lo había ordenado expresamente? Me hice con el morral y el kalasnikov. Al regresar, el corrillo se había disuelto a excepción de Cvetkovic y el prisionero. Las botas habían desaparecido. Con un gesto de la mano el subteniente me llamó a un aparte. Nunca olvidaré sus palabras.

—El general quiere que lo lleve a un paseo por la montaña.

—¿Cómo? ¿Un paseo? —pregunté, confuso.

—Sí, es lo que he dicho. Un paseo…

Se inclinó hacia mí y se me congeló la sangre. En su mirada se reflejaba el brillo aterrador de la muerte, el verdadero significado de aquel *paseo*.

—¿Es que no oye bien? ¿Quiere que se lo diga más alto?

—Pero… —balbuceé.

—¿Me ha entendido? ¿Sabe lo que hay que hacer?

—Sí, señor.

—Si no lo hace habrá consecuencias, Gurovic. Se lo prometo. Cumpla con la orden y no me haga perder más el tiempo.

—Señor, yo…

—¿Todavía está aquí? No quiero oírle más. ¡En marcha! Demuestre que es un hombre.

Me fijé en Ibrahim Besic, que continuaba sentado con la cabeza gacha y los hombros caídos, un soldado sin alma. La tarea que me había encomendado resultaba evidente pero ¿sería capaz de asesinar a un hombre a sangre fría?

6

El deseo de fumar resucita. Todo mi ser exige nicotina con un gruñido ansioso. Por un instante imagino el aroma del tabaco, pero eso no me calma. Ljubica no fuma. Eso es bueno para ella.

Mi última calada fue a la puerta del monasterio. El hermano Branko me esperaba con paciencia para entregarme ropa y enseñarme la celda. El abad había aprobado mi ingreso a prueba después de relatarle mi huida desesperada del ejército.

Sí, fue piadoso conmigo porque yo no buscaba a Dios, sino que me ocultaba porque mi vida corría peligro. Yo solo quería huir. Ahora me doy cuenta de que en realidad anhelaba recuperar mi alma, que había sido arrebatada por mi inconsciencia.

Pedid y se os dará. El que busca, halla. Llamad y se os abrirá. Mateo 7:7-8.

Aplasté la colilla en la tierra seca. Solté la última bocanada de humo mientras paseaba la vista por las montañas. Recuerdo el sol y extrañamente temblar de frío. Le dije al hermano Branko que no necesitaba la ropa, que solo estaría unos días, pero replicó que si me buscaban, más valía ser uno de ellos. La puerta se cerró detrás de mí con estruendo. Dejaba atrás mi vida pensando que la recuperaría enseguida. El abad me dijo que todos los días sin excepción en el monasterio debería practicar la fe y la virtud ortodoxa según la Biblia. Y añadió:

—Tu obligación es ser feliz porque tu alma la ha creado Dios. Él la reparará poco a poco para convertirla en espiritual y eterna.

Dije que sí con la cabeza, aunque entonces no le entendí. Mi mente no razonaba, solo se limitaba a mantenerme consciente. Dios mío, han pasado catorce años y me parecen treinta. ¿En qué año estamos? ¿Por qué me noto viejo y cansado? Solo tengo treinta y dos años. El ansia de fumar resucita pero no caeré en la tentación.

Ignoro cuántos minutos llevo en la biblioteca vigilando a Ljubica. Existen dos tiempos en el mundo: el nuestro y el externo. En el monasterio el tiempo carece de finalidad. Las horas, los minutos y los segundos son un rayo de luz sobre la pared, sobre la vidriera, sobre la mesa. Un rayo de luz que siempre vuelve al día siguiente. En el exterior el tiempo nunca regresa, huye hacia adelante y embiste a todos.

Debería levantarme y comprobar qué hace. Si ella se escapa nunca sabré el significado de la revelación. ¿Es pecado espiar a una mujer?

El pecado trajo la muerte de Adán y Eva. Ahora no es el momento de que pienses así. Marko, tienes que recuperar al soldado que llevas dentro.

¿Qué hace un monje en una biblioteca pública?, se preguntarán algunos. Sostengo la mirada y la esconden avergonzados. Me hubiera gustado estudiar Derecho pero el asedio a Sarajevo lo impidió. Me meso la barba una y otra vez.

Creo que intentan averiguar qué libro estoy leyendo. No saben que he dejado que el azar me guíe. La novela se llama «El diario de Jasmina» de Jasmina Tesanovic. Edición de bolsillo. Está abierta por la página 27. Las palabras son mi trinchera. Basta de tocarte la barba.

Me levanto como si fuera a coger otro libro. Tengo que vigilar a la hija de Stimac. Oigo toses. Sillas que se arrastran. Murmullos.

Se ha escapado, Gurovic, dice Stimac. La perdiste. Ella es más lista que tú.

¿A dónde ha ido al Cielo o al Infierno?

A ti qué te importa dónde esté. Nunca la encontrarás. Ni a mí tampoco. Pierdes el tiempo. Vuelve al monasterio, monje.

¿Sabe ella lo que hiciste en la guerra?

Mi hija siempre estará orgullosa de su padre, pase lo que pase.

Siempre supiste rodearte de discípulos que te adoran.

Tú fuiste uno de ellos.

Fue un momento de debilidad. Nunca más.

Hay oscuridad en ti. Yo lo vi, Gurovic. Por eso te elegí. Por eso lo ordené. Solo a ti.

Las estanterías son altas y me impiden la visión de toda la estancia. Busco con la mirada. Me gustaría saber cómo terminará este día. Pero solo lo sabe Dios. La biblioteca del monasterio es muy digna. Allí los estantes alcanzan el techo y la luz se filtra a través de una hermosa vidriera. A veces, pegado a la ventana, leo pasajes de los Libros Simbólicos. Me lo recomendó el hermano Branko al poco de ingresar. En el cristianismo se trata de creer.

¿Dios mío, dónde estás, Ljubica?

Bien, vuelvo a tener el control. Allí está, ajena a todo lo que la rodea. La cabeza inclinada sobre un libro abierto. Un mechón de pelo rubio recogido detrás de la oreja. ¿Qué libro está..? Es muy grueso. Espera, parece más que leerlo, lo consulta. Toma notas, vuelve al libro, toma notas, piensa. ¿Será periodista o escritora? ¿Eh? Una mujer se acerca, susurran, parece que Ljubica no la conoce, ¿qué querrá? la mujer gesticula mucho, le estrecha la mano, se marcha, sonríe ilusionada. Ljubica sigue a lo suyo.

Floto como una fantasma entre las estanterías. Soy el hombre invisible que viene del pasado. Podría acercarme más, un poco más. Espera, puede ser peligroso y echar por tierra el seguimiento. Si alza

la vista y me descubre no me olvidará por mi atuendo.

Una foto enorme de Slobodan Milosevic en la portada de un periódico. Paso la página. Murió en el 2006 en la cárcel de un infarto de miocardio, en La Haya. Lo enviaron allí. Es lo justo. Espero que se arrepintiese. Tuvo su parte de culpa. También Radovan Karadzic, claro. Ljubica sigue con su tarea. Me siento. Esto me interesa. Quizá digan si Stimac permanece en busca y captura. ¿Dónde está la fecha? Ah, aquí: 3 de diciembre de 2009. Estamos en 2009.

«Arrestado en su domicilio en el barrio de Dedinje».

«Cuando se esparció el rumor de que la policía iba a detenerle, acudieron unas trescientas personas para evitarlo».

«Nunca me detendrán con vida, les aseguró desde su balcón».

Quizá pensó que se encontraba en un mitin. A la vista está que les mintió.

«Fue una tarde intensa y llena de confusión. No solo en Belgrado sino también en los círculos diplomáticos de otros países, atentos al desenlace».

«Por un lado los rumores afirmaban que se había entregado. Pero personas afines a Milosevic, como Zivorad Igid, lo desmentían. Sigue en casa junto a su familia, dijo a la prensa».

«La negociación fue dura. Se le prometió que no sería llevado a La Haya para ser juzgado. Milosevic temía esta maniobra porque allí le esperaba con sed de justicia la fiscal Carla del Ponte, autora de la orden de extradición».

«Se oyeron disparos en la noche. Algunos dicen que fue Milosevic porque su comportamiento fue violento desde el principio. Otros que fue la hija con la pistola de su padre. Otros que Milosevic amenazó con suicidarse pero que antes mataría a su esposa y su hija. Esto último lo dijo Cedomir Jovanic, mano derecha del primer ministro, Zoran Djindic».

Qué locura, Dios mío. ¿Qué culpa tendrían la esposa y la hija? ¿Qué será de ellas ahora? ¿Vivirán todavía en Belgrado? Por ahora nada de Stimac.

«Las negociaciones duraron siete horas, tras las cuales se prometió que el trato que se le iba a dispensar sería acorde a su estatus. Incluso acudió un juez a leerle los cargos. Durante ese tiempo se sucedieron las declaraciones de la clase política. Primero las provenientes del partido socialista, después las del bando contrario, la coalición en el poder, asegurando que se ofrecería un juicio justo».

La última vez que supe de Stimac debió ser hace… un año o dos. La policía registró el monasterio de arriba a abajo. ¿Ljubica? Sigue con lo suyo.

«Milosevic fue trasladado a La Haya. Dos meses después de su detención se cometió una nueva ilegalidad, ya que debería haber sido

juzgado por los tribunales serbios. La verdad es imposible de enmascarar pese a los intentos del Gobierno de Zoran Djindjic en su momento».

«A cambio de la extradición se han obtenido mil trescientos millones de euros, que ha sido la recompensa establecida por Bush. El juicio fue vital para la OTAN porque de esta forma justificó legalmente sus desmanes contra la antigua Yugoslavia y Serbia».

«Delante de los jueces Milosevic declaró que se trata de una farsa, que es un juicio político y que no reconoce el tribunal. Además, rechaza la ayuda de abogado alguno para defenderse. "No se me acusa de ningún crimen, sino de actuar de una manera contra una determinada población. Lo que debe juzgarse son las acciones contra la antigua Yugoslavia", declaró».

Y todo esto mientras yo vivía enclaustrado. ¿Qué más ha sucedido? Me gustaría disponer de tiempo para leerlo todo, pero no sé cuánto le queda a Ljubica aquí. No, no puedo llevarme el periódico.

Zoran Djindic. Lo recuerdo. La noticia agitó el monasterio. El presidente del Gobierno asesinado. Cuando se dirigía al edificio del Gobierno recibió dos disparos por la espalda. Murió en la ambulancia camino al hospital. Sospecharon de un francotirador. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Que Dios lo acoja en su seno.

¿Quiénes le asesinaron? ¿El Ejército Serbio, los *chetniks*, la mafia? El periódico no dice nada sobre Stimac. Recuerdo que el hermano Branko nos dijo que le habían dicho en el mercado que miles de personas acompañaron el ataúd del presidente, en dirección al Nuevo Cementerio. Creo que dejó una viuda y dos niños. Pobres almas indefen…

Alerta. El chirrido de una silla. Un tintineo metálico. Alguien llega o se va. ¿Ljubica? Asómate. Se ha puesto el abrigo, el libro lo deja en la estantería. Sí, ha terminado lo que sea que estuviera haciendo. Atento, se marcha. Escóndete.

Sus tacones resuenan en las escaleras. En cuestión de segundos pisará la calle. ¿Cuánta distancia le dejo?

¿Ya? No, no, espera un poco más. No sea que mire hacia arriba y te vea. Sé paciente. Incomprensible: tengo frío en las manos. Deberías haberla esperado abajo, cerca de la salida. Así no estarías a ciegas. Mal hecho.

Ahora.

Marko, camina y baja.

¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido? ¿Ya está en la calle? No, ahí, melena rubia apoyada en el mostrador. Habla con la bibliotecaria. No oigo la conversación, demasiado lejos. Quizá se conocen o solo le pregunta si tiene tal libro o lo que sea.

Voy a dar un rodeo. Actúa como si buscaras un libro específico. No, no, no, espera, se marcha. Va a abrir la puerta. Dale unos segundos. No, no vaya a ser que la pierdas entre la gente. Sal ahora, sí, es lo mejor.

Vuelta a la calle. Todo se vuelve a complicar. ¿Adónde irá ahora?

Como siempre, no la mires fijamente porque se volverá de repente y te cazará. ¿Eh? Una pareja la detiene y hablan. ¿Se conocen? Estrechan la mano y se alejan. ¿Ljubica conoce a todo el mundo? Qué extraño. Claro, la conocen, es la hija del general Stimac. Significa que mucha gente le apoya. Insensatos.

Qué complicado es seguir a alguien. Y sin conocer Belgrado. Mira a toda esa gente con sus compras innecesarias. Llevan una vida superficial, sin humildad y respeto. No es lo correcto. Perdónales, Señor.

Parece que va a cruzar por el paso de cebra. Tendré que acercarme.

¿Qué? ¿Por qué echa a correr? ¿Me ha descubierto?

Calma, aguanta.

Si se gira hacia el tranvía es que va a subir.

Se va a subir, sí. Le dará tiempo, hay gente esperando, pero hasta que no la vea dentro no me subo.

¿Dónde está? Ahí. Puedes relajarte, mira hacia la calle.

Casi no puedo ni mover los brazos, si por lo menos pasara desapercibido… pero con la túnica y la kamilavka es complicado. Veo las dos puertas y si se baja de repente puedo reaccionar. Recuerda estar muy pendiente en cada una de las paradas.

¿En qué estará pensando, en su padre? Si ella pudiera saber mis recuerdos de Stimac se asustaría. Dirías que tu padre no lo hizo, que mis recuerdos son apócrifos. ¿Y quién podría culparte? La relación de los hijos con los padres se basa en una profunda dependencia emocional, casi la misma que profesamos hacia Dios. Creer en nuestros padres por encima de todo es creer en nosotros mismos. Si nuestros padres fallan nosotros también, por eso en muchas ocasiones cerramos los ojos a la verdad.

Alarma. Se acerca a la puerta delantera. Parece que va a bajarse en la siguiente. Acércate a la salida y baja cuando ella ya esté fuera. Nos detenemos. Atento, Marko, las puertas se abrirán en breve.

Ahora.

¿Eh? ¿Qué pasa? Alguien me coge del brazo. No puedo bajar.

—El billete.

—No lo tengo.

—¿Cómo que no lo tiene?

Las puertas se cierran.

—No me ha dado tiempo. He subido rápido y…

—Pague la multa y el billete. Me da igual que sea monje.

Nos ponemos en marcha. Dios mío, esto no puede estar pasando.

—¿Me ha oído? —dice el revisor.

—Lo siento, pero no llevo dinero.

—Qué sorpresa. Nunca he oído esa excusa. Deme su carta de identidad.

—¿Para qué?

—Le llegará la multa al monasterio, padre.

—Vivo en el de San Esteban. Pare el tranvía y me bajo ahora mismo.

Soy el centro de las miradas.

—No, está prohibido. En cuanto se pone en marcha no se puede detener. Se bajará en la siguiente parada. Y dé gracias que no llame a la policía.

Tengo que bajar cueste lo que cueste. Golpeo la puerta con todas mis fuerzas. Ábrete, maldita sea, ábrete.

—¿Qué está haciendo? ¿Se ha vuelto loco? —dice el revisor.

7

La he perdido.

Dios del Cielo, ¿dónde estás? ¿acaso te has evaporado de la faz de la Tierra? No sé que calle tomar o si norte o sur. Quizá ha entrado en un portal. Cada segundo cuenta. No te quedes parado como una estatua. Toma una decisión ya.

No, no es esa. Demasiado mayor. Oigo el petardeo de una motocicleta. ¿Belgrado es siempre tan estruendosa? Me van a explotar los oídos. Tampoco es esa mujer, demasiado baja y su corte de pelo es diferente. Calma, evita caer en la insensatez y precipitarte.

¿Es este el lugar exacto en el que la vi por última vez? No dispuse de tiempo para fijarme bien. Creo que sí. Dirección noreste.

Marko, más deprisa. No importa si empiezas a sudar, con este frío te vendrá bien entrar en calor. Ruego no equivocarme en mis decisiones. Otra vez. Mi padre siempre nos ha dicho a mi hermana y a mí que eso de que de los errores se aprende es una falacia, que se aprende mucho más de los aciertos.

Qué edificio más suntuoso. No creo que esté dentro. Puede estar en cualquier parte. La encontraré gracias a Dios. Cómo brilla la nieve en esa callejuela. Qué vacía. En una parecida, en Sarajevo antes de la guerra aprendí a manejar la bicicleta sin manos. Creo que para un niño no existe mayor sensación de ser adulto que conducir una bicicleta sin manos.

¿Y si Ljubica se ha marchado en coche? Será imposible dar con ella. Ahí está. Gracias a Dios. Vuelta a empezar. Como si no hubiera sucedido nada. Respira tranquilo, Marko, pero no te relajes.

Toda esta alteración de mi alma es abrumadora. Algo amenaza con desmoronarse en mi interior. Una especie de aullido lejano. Un fuego que no deja de crecer. Parece que es un sentimiento que cuesta apercibir, es correoso e impredecible. Señor, ¿qué me está pasando? Tengo que hablar de esto con el abad en cuanto regrese al monasterio. Creo que es la consecuencia de irrumpir en el mundo exterior sin estar preparado. Sí, será eso.

¿Qué calle es esta? No sé dónde estoy. Después de tantas vueltas estoy perdido. Freno el impulso de pedirle ayuda otra vez al Señor. Pienso que sería injusto. Los edificios son algunos señoriales, de otro tiempo. Otros son más austeros.

Oigo en mi cabeza: Hazme conocer el camino que he de andar porque hacia ti he levantado mi alma.

¿Esa persona camina y habla por teléfono? Dios mío, qué invento. Mi hermana me enseñó uno de esos cuando me visitó al monasterio con mis padres. Recuerdo la enorme sorpresa al ver cómo la pantalla y el teclado se iluminaban. Y qué ligero.

Antes me insistieron para que abandonara el monasterio.

—Vuelve a casa, hijo —decía mi madre con lágrimas en los ojos—. Sarajevo se está recuperando de las heridas.

Mi hermana asentía. Mi padre se reponía de verme convertido en novicio. Les dije que aún era peligroso regresar. Que el Ejército me estaría buscando por deserción y acabaría en un consejo de guerra. Les desvelé todo lo sucedido. La masacre, lo que Stimac me obligó a hacer, la muerte de Pavlovic y la mujer sin nombre, el intento de asesinarme. Quizá no debería haberlo hecho. ¿Para qué preocuparles? Ahora que lo pienso lo que temía era que me consideraran un cobarde.

—Aquí estoy seguro —les dije, tomando la mano de mi madre—. Vacío la mente de guerra y la lleno de paz. No lo vais a entender porque no habéis estado en Srebrenica, pero tenéis que confiar en mí. Necesito esto… Una guía para vivir el presente, el día a día.

Mi madre no comprendía por qué en Serbia estaba más seguro que en Bosnia. Al fin y al cabo los serbios nos apoyaron con armas, dinero y un discurso político. Le aclaré que los desertores de Srspka eran la última prioridad del Ejército serbio. No van a dedicar recursos a buscarnos porque es evidente que no soy el único, existen más soldados como yo. Serbia ahora mismo tiene otras preocupaciones, le dije. Si hubieran detenido a Stimac, me lo hubieran dicho por teléfono. El general sigue libre.

Espera, detente. Entra en un edificio. No parece su casa. ¿Otra biblioteca? No, imagino que será dónde trabaja o tiene una cita con alguien. ¿Dónde la espero? Ahí hay una tienda, pero no voy a estar todo el tiempo. Es una calle ancha, sin tráfico, sin coches aparcados, puede verme desde cualquier ventana. Si sale de repente puede descubrirme ahí parado. Tengo que esconderme más lejos. En la esquina, sí, la esquina.

Antes asómate a la entrada del edificio. ¿Es buena idea? Sí, será un segundo. No sea que haya otra salida y esperes en balde. Cuidado, sale alguien. Falsa alarma. Es un hombre. Parece que tiene prisa.

¿Qué hace esa mujer detrás de la mesa? Parece que recibe a la gente. No me ve, está ocupada con el ordenador. ¿Qué sitio es este? ¿Una consulta de un médico? Al fondo veo unas escaleras. Muévete o atraerás la atención. Ve a la esquina y espérala. ¿Eh? ¿Ljubica? ¿Es ella? Sí, es ella. Pero ¿qué hace su foto en un cartel? «Partido Nacionalista de Serbia. Fuerza joven. Ljubica Stimac. Portavoz». Claro, por eso la gente la saluda por la calle. Ljubica trabaja en un partido político. Los Stimac siempre atraídos por el poder.

General Stimac, ya tengo a su hija localizada.

CUANDO NIEVA ES COMO si los tejados del monasterio desaparecieran. La palidez del cielo se funde con el manto blanco que los cubre. Cuesta distinguir la cruz de oro sobre la cúpula y la de piedra. La fachada de ladrillos rojizos con el icono de la Madre del Señor sigue bien visible.

La aldaba resuena en el silencio de las colinas. Tengo las manos congeladas. Diez o doce grados. Los hermanos estarán en sus celdas, aunque siempre hay alguien en la entrada. Siento que voy contrarreloj, que voy tarde. La cabeza me bulle de ideas.

¿Cómo es posible que el general continúe en libertad? ¿Es que todo un país no ha podido encontrarle? Stimac no es alguien corriente, Marko, ya lo sabes. ¿Dónde se esconde? ¿Qué vida llevará? No lo veo en una isla paradisíaca. No lo veo recolectando verduras. Me cuesta creer que viva lejos de su familia. Él adoraba a su hija, me acuerdo bien. Apuesto a que se esconde en algún lugar recóndito de Serbia y logra comunicarse con ella.

Tengo que buscarlo y entregarlo yo mismo. Nadie más puede hacerlo. ¿Cómo lo vas a hacer? No lo sé. Pero deberé resucitar al soldado que fui. Resucitar la furia y el delirio. Siendo un monje no puedo, debería romper los votos. Avergonzado. No, eso sí que no. La palabra de Dios. Mi promesa. Solo queda una solución, Marko. Debes asumirla cuanto antes. Colgar el hábito. Me duele el pecho, falta el aire… Aguijones en el estómago. Tienes que estar convencido. Vas a dejar atrás tu refugio. Te vas a exponer. Dolor. Quizá pierdas lo más valioso. Estoy convencido, Señor. Si no lo intento me arrepentiré toda mi vida. El abad dirá que me estoy precipitando, que necesito reflexionar, que me alejaré de mis hermanos para siempre, pero tengo que cumplir mi última misión como soldado. Llevar al general ante la justicia.

Soy el hermano Marko y traigo la decepción. Señor, espero que algún día me perdones. Sí, tengo que hablar con el abad cuanto antes. Espero que me bendiga. Creo que me ayudará. ¿Dónde voy a pernoctar? Necesito un lugar económico y seguro. Alquilar una casa es excesivamente costoso. Alquilar una habitación, sí. ¿A quién conoces en Belgrado? A nadie. Empezamos bien.

La puerta se abre con un chirrido metálico. Esos ojillos que se asoman son los del hermano Dejan.

—¿Dónde está el abad? —le pregunto, ansioso.

—Me imagino que en su despacho, hermano.

Lo más sensato sería avisarle con antelación, pero no hay tiempo. Ha de ser hoy. Él sabe todo lo que me sucedió en la guerra. Me entenderá mejor que nadie. Volveré a Belgrado con lo puesto. Mis

padres me dejarán un poco de dinero. Entro llamando quedamente. Está al teléfono. Solo.

—Padre, tengo que hablar con usted. Es urgente.

—Un momento, hijo. Cierre la puerta y espere fuera.

Obedezco. ¿Se ha molestado? Es posible. Esta noche ya he de dormir en Belgrado. O quizá sea mejor mañana por la mañana. Me apostaré en la esquina de la sede de ese partido político y le seguiré cuando regrese a su casa. Me imagino que vivirá en el centro. Ljubica Stimac. Fuerza joven. Nacionalismo puro y duro. Señor, no deberían existir los partidos políticos. Mucha gente los entiende como una religión y eso es una ofensa.

Su voz a lo lejos me dice que pase.

—Padre, siento interrumpir de esta manera —digo, sentándome frente a él.

—Hermano Marko, ¿sabe con quién acabo de hablar? Con el obispo. ¿Me puede explicar por qué no ha acudido a la cita? ¿Le ha ocurrido un infortunio?

—No, padre, nada de eso. Gracias a Dios estoy bien. El Señor me ha enviado una señal, por eso no he acudido a la cita.

—¿Cómo?

—Padre, he visto hoy a la hija de Stimac por la calle. Fue de casualidad, iba camino a ver al obispo. Me quedé conmocionado unos segundos.

—Pero, no lo entiendo, ¿por qué no continuó?

—Sentí un impulso, no puedo explicarlo, me arrastró una corriente misteriosa… Y la seguí.

—¿La siguió? Hermano Marko, no doy crédito a lo que estoy oyendo. Si no reconociera su voz diría que este pobre ciego tiene delante a otra persona. Esta mañana el hermano que yo conocí fue ilusionado a recibir la bendición del obispo para seguir adelante con su carrera monástica. Yo pensé que ya estaba preparado para ser nombrado Gran Shima. Ahora no sé qué pensar.

—Padre, lo deseo con todo mi corazón, pero desde que la he visto mi alma se ha perturbado. Necesito colgar el hábito y recibir su bendición. Tengo que hablar con la hija de Stimac para rogarle que confiese a la policía dónde se esconde su padre. Si le relato lo que sucedió en Srebrenica seguro que Dios la iluminará.

—Hermano, le ruego que medite sus palabras. Comprendo que esa mujer representa una oscuridad que usted dejó atrás con mucho rezo, silencio y amor, pero no debe echar por tierra todo su camino a la Salvación. No puedo darle mi bendición porque eso rompe los votos cristianos.

—Padre, tiene usted toda la razón, pero esto no es un paso atrás, sino hacia adelante. Es un capítulo de mi vida que debo cerrar, si no

siempre será como un nido de angustia en mi interior. Lo que sufrí en la guerra me llevó hasta el Señor, ahora tengo que hacer el camino inverso siendo un espíritu diferente, con alma.

—Si ella tiene un corazón cristiano tarde o temprano entrará en razón. Recemos juntos, ese es el camino que debemos recorrer. El rezo y la piedad. No hay más, hermano.

—En catorce años nunca le he pedido nada, ni siquiera tiempo para visitar a mi familia o visitar otros monasterios. He sido un fiel devoto de San Esteban. Sé que me acogió por caridad y que no me deben nada, al contrario, yo no sé dónde estaría si no fuera por usted y mis hermanos. Pero no creo que pueda seguir sirviendo a Dios como está escrito si cuando creo que me está hablando, lo ignoro.

El abad se rasca la cabeza. Medita sus palabras.

—Es tan inusual… Nunca en mis años ni como monje ni como abad he visto una situación parecida. Colgar los hábitos de un día para otro siguiendo un impulso, porque eso es lo que es, un impulso, hermano Marko. No salgo de mi asombro, Dios mío.

—Padre, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro, hijo.

—¿Cuántos monjes ha conocido que hayan sufrido los desmanes de la guerra en Srebrenica?

—Ninguno.

—¿Lo ve? Lo mío es un caso especial. Mi espíritu solo descansará cuando Stimac entre en prisión.

—Piénselo una noche con sosiego, hijo.

—Si lo pienso dos veces Stimac seguirá libre para siempre. Alguien tiene que hacer algo. Estoy decidido, padre. Hoy mismo.

—¿Hoy mismo quiere colgar el hábito?

—Se lo ruego —digo, de rodillas.

Silencio. Niega con la cabeza. ¿Es buena o mala señal? Quizá piense «no, de ninguna manera» o «nunca me lo perdonaré si le digo que no». Estoy dispuesto a marcharme sin su bendición aunque pierda mi alma para siempre.

Golpea el suelo con el bastón.

—Está bien, hermano Marko, tiene mi bendición, pero le ruego que tenga cuidado. El mundo exterior está lleno de peligros. ¿Cuándo se marcha?

—Esta noche.

—No me sorprende dadas las circunstancias. Rezaré por usted. ¿Dónde se va a quedar en Belgrado?

—Lo ignoro, pero le pediré ayuda al hermano Branko. Él conoce a mucha gente en la ciudad.

Se pone cómodo. Quiere decirme algo relevante.

—Llegado a este punto me gustaría ofrecer una visión de lo que

sucederá en el mundo exterior. Hermano Marko, lo hago para que esté bien preparado no como una forma de disuadirlo. Es decir, que lo hago de buena fe.

—Le escucho, padre.

—Algunos hermanos que partieron regresaron después de un tiempo, conscientes del error que cometieron al marcharse. Se lo voy a decir porque a pesar de todo le tengo en muy alta estima y algo de todo lo que sienta a partir de ahora será previsible —Cierra las manos y las sopla para entrar en calor. La estufa que tiene a sus pies no es suficiente. Sigue nevando—. Primero sentirá una euforia al darse cuenta de que tiene ante usted la libertad, que puede hacer lo que se le antoje sin rendir cuentas a nadie, pero será un sentimiento efímero y falaz porque enseguida tendrá una crisis. ¿Quién no la tendría? Aquí en el monasterio usted es alguien, atesora una identidad, es cabeza de ratón, pero ¿afuera? Afuera estará solo, será cola de león. Lo primero que tiene que hacer es buscarse un trabajo. Es posible que piense que nada de lo que aprendió es útil para encontrar uno, y posiblemente, será verdad, por eso tendrá que reinventarse. No será fácil, pero lo logrará gracias a Dios. No obstante, eso no será lo más preocupante. Es posible también que se dé cuenta de su incapacidad para intimar. No hablo del acto físico sino del emocional. Durante su carrera monástica su única realidad ha sido la nuestra, porque hemos abierto nuestros corazones sin pedir nada a cambio, pero en el mundo exterior siempre hay que pagar un peaje. En su verdad siempre habrá algo de mentira por eso deberá aprender a venderse para relacionarse con los demás, de lo contrario se quedará solo con Dios. Requerirá un gran esfuerzo personal revertir esta situación, pero usted es joven y sano y estoy convencido que lo conseguirá. Venga aquí, por favor.

¿Qué desea? ¿Por qué tan cerca?

—¿Dónde está? Acérquese más, hijo —dice palpando en el aire—. Arrodíllese, hágame el favor.

Si no me oye acercarme y arrodillarme le tocaré la mano para que sepa dónde estoy. ¿Estaré bien aquí? Parece que sí. Al sentir sus manos posándose sobre mi cabeza empieza a murmurar una plegaria.

Será la última vez que vea los eternos párpados cerrados. Su barba enmarañada y canosa. La cruz colgando del pecho. El cálido beso en la cabeza me lo llevo como recuerdo.

«Mi incapacidad de intimar». «Cola de león».

—Vaya con Dios y que haya alegría en su espíritu —dice.

—Gracias, padre.

Cierro la puerta. Estoy lleno de energía y determinación. Sabía que el Señor me ayudaría. Suya fue la revelación: cierra el pasado. ¿Qué hago ahora? Primero hablaré con el hermano Branko. Creo que se encontrará en la cocina. Ni siquiera he almorzado. Tomaré algo de

fruta antes de irme. Le pediré la dirección de alguien que alquile una habitación. Quizá hasta me diga cómo llegar. Que no se te olvide esta vez comprar el billete. Recuperaré mis pertenencias de soldado de Srspka. No las he tocado en catorce años. Estará el dinero que me regaló Djoko. No recuerdo la cantidad, solo espero que sea suficiente. No puedo decirle a nadie que me llevaré la pistola. ¿Ljubica reconocerá la pistola de su padre? Eso le demostrará que digo la verdad.

8

¿Qué había hecho este hombre para merecer la muerte? ¿Por qué no se lo llevaron al barracón de los prisioneros para canjearlo después por uno de los nuestros?

La ausencia de respuesta me consumía por dentro, pero nadie iba a explicarme nada. En alguna parte se escondía una verdad a la que yo accedería a su debido tiempo. Lo más importante es lo que nunca se dice. Eso lo aprendí en Srebrenica.

Avanzábamos por el sendero en completo silencio. El sol de la mañana empezaba a dominar la montaña. Aún no sudaba pero lo haría en cuestión de minutos. Me costaba un mundo despegar la mirada de sus calcetines amarillos y azules. Cada vez más sucios sobre las hojas, sobre las piedras. Caminaba casi de puntillas. ¿Sabes ya que vas a morir, Ibrahim Besic? No te lo pienso decir. Tú mismo llegarás a esa conclusión cuando llegue la hora.

El kalasnikov iba pegado a mi cintura. Una mano aguantando con firmeza el cañón. La otra en la culata con el índice rozando el gatillo, atento a no tropezarme. ¿Le pego un tiro en la frente o en la sien? ¿Dónde es más efectivo? ¿Ojos abiertos o cerrados, de pie o de rodillas? En la instrucción no lo enseñaron.

Me mantenía alejado a unos dos metros. Lo suficiente para reaccionar en caso de que se volviera para atacarme por sorpresa. Ansiaba fumar como un loco pero no me atrevía a bajar la guardia.

¿Tengo que enterrarlo con mis propias manos? Cvetkovic no me ha dicho nada. No, lo dejaré por ahí. Como el cadáver que nos enseñó Pavlovic. Solo tengo que alejarme más de la base. No debe encontrarse su cuerpo en nuestros caminos habituales. La carne putrefacta es repugnante. Ibrahim Besic muerto por un disparo de Marko Gurovic. Quizá hasta me crucé con él en Sarajevo alguna vez. Prefiero no saberlo.

Seguíamos avanzando ladera arriba cada vez con más dificultad. Me pregunté cuántos *paseos* se habrían llevado a cabo desde que empezó la guerra. ¿Era este el destino de todos los prisioneros?

Besic era un poco más bajo que yo. A veces movía la cabeza a un lado o a otro, como si quisiera asegurarse de que yo continuaba detrás. Otras veces alzaba la vista, quizá absorbiendo sus últimas imágenes y sonidos. Una parte de mí quería pegarle el tiro mientras caminaba. En el cogote, de repente, ahorrar el sufrimiento. Pero en el momento que me detuviese para apuntarle oiría el silencio y se

giraría. Sus ojos me preguntarían si ha llegado ya la hora de morir.

Se detuvo. Yo también. Me puse en alerta. Le pregunté qué pasaba.

—Solo quiero decir una cosa —dijo, de perfil, buscándome con la mirada. Era difícil no fijarse en su horrible cicatriz. El índice tocaba el gatillo del kalasnikov. Dispuesto a abrir fuego al menor movimiento.

—Tú solo apareciste sin saber nada. ¿Sabes qué? Te perdono.

—Camina, prisionero —dije, cortante.

Lo último que deseaba era una charla amistosa con el hombre al que iba a asesinar.

—Pareces muy joven, hermano, ¿qué edad tienes?

—¡Cállate! Quiero silencio, turco. Y no vuelvas a llamarme hermano. ¡Sigue caminando!

Pero no obedeció.

—¡Vas a matarme! Al menos quiero saber quién eres. ¿Tengo derecho o no? ¿Es tan extraño lo que pido?

—No te voy a decir nada. ¿Lo entiendes?

—No, no lo entiendo. ¿Y tu corazón? ¿Y tu alma? Yo me llamo Ibrahim y tengo cinco hijos. Mi esposa se llama Ajla. Llevamos once años casados. ¿Estás casado?

Le propiné un culatazo en el cuello. Soltó una exclamación de dolor y se cayó de rodillas.

—Espero que te haya quedado claro quién manda aquí —le dije—. Si te digo que no voy a decir nada es que no voy a decir nada. ¿Te ha quedado claro?

Murmuró algo. El cuello se le había enrojecido.

—¡No te oigo!

—Sí, señor —dijo todavía agachado.

—Ponte en pie si no quieres otro golpe.

Seguimos caminando. Empecé a notar cómo el sol apretaba. El antebrazo me picaba por los mordiscos de los pulgones. El cansancio asomaba poco a poco. Quería estar ya de vuelta a la base para tumbarme en la tienda y no saber nada de la guerra.

Los calcetines de Basic eran ya oscuros por la planta. Cada minuto que transcurría con Basic respirando me exponía a que todo se torciese. Necesitaba estar muy alerta. Aún con las manos atadas, un hombre que no tiene nada que perder es imprevisible.

Me acordé de Pavlovic. Sentí un estremecimiento al recordar el cadáver que nos había enseñado. Quizá también se había tratado de una ejecución. Me gustaría saberlo.

—¿Qué te ha pasado en la frente?

—Los chetniks me dejaron un recuerdo de su visita —respondió con ironía—. Y fui de los afortunados.

Le ordené que se desviara por un ramal. Unos veinte metros después consideré que ya estábamos muy lejos. No merecía que se

prolongase la angustia. Bajo la sombra de unos arbolillos, me pareció el lugar idóneo.

—Para —le ordené.

Obedeció. Escruté el alrededor no sé muy bien por qué. Quizá para asegurarme de la ausencia de testigos. Tenía la boca seca. Basic suspiró largamente.

—¿Es este el lugar? —dijo, barriendo el paisaje con la mirada.

Odié con toda mi alma que jugara el papel de mártir.

—Deja de lamentarte, turco. Estamos en guerra. ¿Qué esperabas? Ten un poco de dignidad.

—Espero que acabes en el Yahannam —dijo, con odio.

—No sé lo que es, pero no me importa.

Me coloqué delante de él, como a un metro. Acomodé la culata al hombro y le apunté al centro de la frente.

—Yo soy un soldado del Ejército de la República Srspka y obedezco al general Stimac —le dije mirando su cicatriz repulsiva—. Ponte de rodillas. Yo soy un soldado del Ejército de la República Srspka y obedezco al general Stimac. Cierra los ojos. Yo soy un soldado del Ejército de la República Srspka y obedezco al general Stimac. Te ordeno que dejes de rezar. Yo soy un soldado del Ejército de la República Srspka y obedezco al general Stimac. Vas a morir.

Una gota de sudor me causó que el ojo escociera. La bala debía perforar su cerebro asqueroso. Dios mío, era tan sencillo. Solo apretar el gatillo y ya está. El imbécil se puso a rezar. Los brazos me pesaban una tonelada. Venga, Marko, solo hay que mover el índice. Dios mío, qué calor. ¿Es que no eres capaz de matar? No seas cobarde. Para reunir la fuerza necesaria, volví a repetir como un mantra las últimas palabras que él oiría.

—Yo soy un soldado del Ejército de la República Srspka y obedezco al general Stimac Yo soy un soldado del Ejército de la República Srspka y obedezco al general Stimac. Yo soy un soldado del Ejército de la República Srspka y obedezco al general Stimac. Yo soy un soldado del Ejército de la República Srspka y obedezco al general Stimac. Vas a morir.

Pero el dedo sobre el gatillo no me obedecía, permanecía rígido, como si no formara parte de la mano. Entonces mi mente se aclaró. Con resignación, bajé el arma. Besic seguía rezando.

—Vete —ordené, cabizbajo.

Besic calló de golpe y alzó la vista, confuso.

—¿Qué estás mirando? ¡He dicho que te largues! ¡Vete antes de que me arrepienta!

Se incorporó y salió corriendo de puntillas. Se giró varias veces. Imagino que para asegurarse de que no le dispararía por la espalda. Cuando estaba a punto de desaparecer entre la espesura del bosque, se

detuvo para mirarme. Inclinó la cabeza levemente a modo de agradecimiento y siguió huyendo. Lo último que vi de él fueron sus calcetines bicolores. Levanté el kalasnikov y disparé al aire una sola vez para que me oyeran desde la base.

AL REGRESAR a la tienda de campaña, mis compañeros estaban cada uno a lo suyo, esperando la reunión para recibir las órdenes del día. Unos escuchaban música, otros conversaban, otros leían la correspondencia y otros jugaban a las cartas. Jovan ordenaba su mochila con la concentración de un ajedrecista. ¿Han oído el disparo o estaba demasiado lejos?

En cuanto se percataron de mi presencia dejaron lo que tenían entre manos y se acercaron a mí. Me rodearon con preguntas, incluido Jovan al que sin duda habrían informado de adónde me habían mandado. Deseé que mi actitud hosca fuera suficiente para disuadirles de obtener respuestas, pero al no dar resultado exigí con un grito que me dejaran en paz. Reaccionaron con sorpresa aunque obedecieron.

Sentía una rabia a punto de explotar, sin embargo, no estaba seguro de contra quién. Si contra mis compañeros por su curiosidad morbosa, o contra mí por no haber reunido el valor de ejecutar a Besic, o contra Basic por darme las gracias. Seguramente todo a la vez.

La vida de una persona, un enemigo, se había impuesto por encima de todo con lo que me sentía identificado: Stimac, el Ejército, mis compañeros, Srspka. ¿Debía sentirme contento de ser un rebelde o todo lo contrario? Aún no lo sabía. ¿El hombre de la camiseta de Toni Kukoc sentiría la misma confusión que yo después de salvarme la vida? Busqué en mi mochila un paquete nuevo de tabaco, salí por un lateral y busqué sombra. Fumé. Tarde o temprano debía responder a sus preguntas de lo contrario sería sospechoso. Al tercer cigarrillo apareció Jovan y se sentó a mi lado.

—Estoy orgulloso de ti, Marko.

—Gracias.

—Me hubiera gustado verlo.

Di una calada profunda y expulsé el humo. Un todoterreno bajó por la calle central.

—No ha sido para tanto —dije—. Pum, un disparo seco entre ceja y ceja. Cayó como un cerdo.

—¿Suplicó por su vida, verdad?

—¿Tú que crees?

Me hubiera gustado que lo dejara ahí. Yo solo quería olvidar, que todo fuera como un mal sueño, pero él necesitaba más.

—¿Fue fácil?

—¿Fácil? ¿Qué pregunta es esa?

—No lo sé. Estoy intentando meterme en tu cabeza. ¿Por qué no

quieres contar nada?

Suspiré.

—¿A qué viene este interrogatorio?

—No es un interrogatorio, es curiosidad.

—Ya está bien de preguntas tontas, Jovan. ¿Puedo fumar tranquilo?

Jovan se quedó callado, pero no tardó en abrir su bocaza.

—Para matar a alguien a sangre fría hace falta valor. ¿Estás de acuerdo?

—¿Valor?

Arrojé la colilla al suelo y la aplasté con la bota.

—Sí, valor.

¿Qué me estaba diciendo Jovan? ¿Qué sabría él del valor? Si había sufrido un ataque de pánico en el frente. Él se habría meado en los pantalones solo de pensar en ejecutar a Besic.

—Dime, Marko. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy cansado. Déjame tranquilo.

—¿Qué mosca te ha picado? Solo es una pregunta.

Me puse de pie.

—¿Me estás diciendo que yo no tengo valor? ¿Eh? ¿Es eso lo que intentas decir?

Jovan se volvió pálido.

—Marko, ¿te has vuelto loco? Joder, nunca te he visto así. Solo quería darte un cumplido y…

—No necesito tus cumplidos, Jovan. Deberías pensar más en ti mismo.

—¿Qué quieres decir?

Jovan me quería decir algo pero mi mente estaba demasiado ofuscada para comprenderlo. No era el momento para esa clase de conversación.

—Nada, olvídalo —dije—. Tengo ganas de salir de aquí, eso es todo. Ya hablaremos en…

Nos interrumpió una voz surgiendo del interior de la tienda. Un compañero me dijo que Cvetkovic me buscaba, que me presentase en el barracón de los suboficiales. Extrañado, palmeé el hombro de Jovan y me fui.

Recuerdo que el camino se me hizo muy corto. Sospechaba que el subteniente me pediría explicaciones sobre el prisionero. O quizá aún peor, me exigiría que le mostrase el cadáver. Ante la sola idea de ser descubierto me quedé helado. ¿Qué excusa podría aducir para no indicar el lugar? Lo único que se me ocurría era decirle que no lo recordaba con exactitud, que había sido improvisado, pero cuanto más lo pensaba, más endeble parecía. ¿Cuál es la pena por mentir a un superior? Lo desconocía. Por si fuera poco Stimac se acabaría

enterando. No sé qué temía más. Se me ocurrió también fingir una enfermedad. Caigo redondo ahora mismo y quien me encuentre que me lleve a la enfermería. Absurdo. Solo funcionaría si simulaba perder el habla o estar en coma. Las ideas, de tan descabelladas que se me ocurrían, casi me provocaron una carcajada nerviosa. La cuestión era ¿confesaría enseguida o seguiría el juego hasta que me viese perdido en la montaña? Lo más sensato era confesar enseguida. Sí, eso es lo que haré.

Al entrar en el barracón me presenté al ayudante, un flacucho detrás de una mesa de camping. Sin más me señaló al fondo. Nadie reparó en mí hasta que llegué a la mesa de Cvetkovic. Sobre una mesa de papeles con cierto desorden, el subteniente estaba limpiando con mimo un fusil M76 semiautomático con mira telescópica. No tenía ni un arañazo.

—Señor, se presenta Gurovic.

Cvetkovic no se inmutó. Seguía limpiando la culata con una gamuza. Me fijé en sus manos huesudas. Pavlovic nos había contado que había sido el mejor francotirador del Ejército hasta que el alcohol le arruinó.

—¿Ha cumplido con la orden, soldado? —dijo al fin, pero sin mirarme.

—Sí, señor.

—Nadie le acompañó. A lo mejor lo ha dejado marcharse con vida. ¿Cómo puedo saber que es verdad?

Algo dentro de mí me hizo cambiar de plan.

—Podría enseñarle el cadáver, señor, aunque el camino es largo.

Volví a reparar en el tatuaje de la cobra. Estaba muy logrado, incluso la piel brillaba y la lengua bífida resultaba amenazadora. Escupió sobre la gamuza y la pasó por el cañón. ¿A cuántas personas habría liquidado, cien, doscientas?

—Un soldado inteligente hubiera traído una prueba —dijo.

—Es cierto, señor.

—¿Por qué no la ha traído?

Sentí que en la respuesta me estaba jugando mi futuro en el ejército.

—Señor, no pensé que se desconfiaría de mí. Soy un recluta pero en el frente me he dejado la piel.

—El sargento le acompañará para que usted le muestre el cadáver. Si no lo encuentra, aténgase a las consecuencias.

Tragué saliva. Era el fin.

—Sí, señor.

—¿Hay algo que quiera decirme? —preguntó mientras le daba la vuelta al fusil con cuidado.

Me sentí incapaz de confesar aunque era lo más sensato.

—No, señor.

Cvetkovic inspiró largamente mientras contemplaba el M76 como si fuera una obra de arte.

—Si usted me da su palabra de honor de que mató a ese bastardo no llamaré al sargento.

Alzó la vista. Sus ojos eran dos bayonetas que se clavaron en lo más profundo de mi ser.

—¿Me da su palabra? —preguntó.

Si agachaba la cabeza me delataría y Cvetkovic llamaría al sargento.

—Sí, señor —dije sin titubear, devolviéndole la mirada—. Tiene mi palabra.

—Piérdase de mi vista, soldado.

9

Recuerdo el sol otra vez en lo más alto, brillante, devastador, fundiendo nuestras cabezas. Fusil en mano, vigilábamos que las mujeres y niños bosnios subieran en orden a los autobuses con el fin de abandonar Srebrenica. Debíamos intervenir solo si se producía algún altercado. Nos juntábamos en pequeños grupos para conversar de esto y aquello, y así amenizar la soporífera tarea. Detrás de nosotros se extendía el verdor inmenso de las colinas. Jovan dosificaba el agua de la cantimplora tomando pequeños sorbos regularmente. A mí ya no me quedaba nada que beber desde hacía una hora, y apenas tenía saliva para humedecer los labios.

Me había obligado a olvidarme de Basic, pero no resultaba una labor sencilla. Primero, había desobedecido una orden y después había faltado a mi palabra de honor. No sé en qué clase de soldado me estaba convirtiendo. ¿Hasta qué punto me había afectado que el de la camiseta de Toni Kukoc me perdonara la vida? ¿Hubiera reaccionado de la misma forma con Basic si no hubiera sucedido? Lo único que tenía claro era que nadie podía recriminarme nada. Una vida por otra y ahora empezaba de cero. Pobre de aquel que se cruce por mi camino, me dije.

Me acerqué a Pavlovic. Jovan le había contado mi paseo con el prisionero, pero no me importó. Al contrario, ahora me apetecía oír la opinión de un veterano. Pavlonic era el único que no se quejaba del calor. Al contrario, cuando deseaba más sol cerraba los ojos y alzaba levemente la barbilla. Parecía una lagartija. Vaya pieza este Pavlovic. Le pedí un cigarro.

—Hay algo que no entiendo —dije, después de una primera calada —.¿Por qué había que matar a ese prisionero?

—Muy sencillo —dijo, encogiéndose de hombros—. Porque era bosnio.

Pavlovic olía a porro y me pregunté cómo se las apañaba para que el sargento Yarkovic nunca le sorprendiera.

—Sí, pero ¿por qué no canjearlo por uno de los nuestros?

—Demasiado jaleo por un hombre, Gurovic —dijo, esbozando lentamente una sonrisa, que no supe si se debía a la droga o a mi pregunta—. Montar un operativo requiere tiempo y energía. Aunque cueste decirlo un sargento bosnio no lo merece.

—¿Y meterlo en una celda?

—Hay que alimentarlo y custodiarlo. No te inquietes, ellos hacen

lo mismo con nosotros. Es la guerra —dijo, como si eso lo explicara todo—. ¿Es verdad que Stimac te lo ordenó?

—No lo sé, fue Cvetkovic quien me lo dijo directamente.

—Cvetkovic no mea sin el permiso del general. Es su perro fiel. Cualquier cosa que él haga lo sabe Stimac. Cuidado con eso. Yo creo que te hicieron una prueba.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, para saber tu grado de compromiso con la causa.

Me sorprendió que no fuera suficiente ser voluntario y mostrarse decidido en el frente. Se necesitaba algo más. Entonces lo ignoraba pero ese «más» significaba crueldad.

—¿A ti también te hicieron la prueba?

Pavlovic cerró los ojos y expuso su cara al cielo despejado. Su alargada nariz empezaba a enrojecerse.

—Eso no se pregunta, amigo mío.

Después de un rato oímos la voz nerviosa de Jovan. Se esforzaba por calmar a un grupo de mujeres para que subieran al autobús en orden. Los niños cargaban mochilas o arrastraban pesadas bolsas. Los más pequeños iban en brazos o cogidos de la mano. Se les veía despeinados y sudorosos. En sus miradas se adivinaba desconcierto y tristeza. Recuerdo un mar de velos de todos los colores y tamaños. Las mujeres ayudaban a los ancianos a caminar, murmuraban, se apresuraban, gritaban el nombre de sus hijos, se desesperaban… Cuando sus ojos reparaban en nosotros brillaba la desconfianza y el temor; en los niños, la curiosidad y el asombro. Para los bosnios el calor era secundario. Lo que necesitaban era huir de Srebrenica a territorio bosnio cuanto antes. No se disponía ni comida ni bebida para tantas personas. Los cascos azules eran convidados de piedra.

Unos minutos después nos percatamos a lo lejos de un pequeño revuelo. Enseguida vimos que no se trataba de un incidente, sino de un grupo de militares rodeado de civiles que recorría la fila de autobuses mezclándose con los musulmanes, hablando con ellos.

—¿Qué está pasando ahí? —pregunté mirando a Jovan, que se encogió de hombros.

No tardé en distinguir, en el centro, al general Stimac rodeado de periodistas y cámaras de televisión. En cuanto se acercó nos pusimos en guardia por si se dirigía a nosotros, sin embargo, pronto resultó evidente que su presencia obedecía a otros motivos. Olvidé el sudor y la vigilancia para centrarme en él. A pesar de la alta temperatura vestía con el uniforme de manga larga y abotonado hasta arriba. Su sonrisa era exultante. Parecía un ser inmune a lo mundano. Caminaba con la soltura de quien pasea por el campo un domingo cualquiera. No había rastro de la severidad con la que apareció por la mañana en la base para interrogar a Basic. Ese era el Stimac que yo había conocido

a través de la televisión. Cercano, apuesto y carismático. ¿En la noche de la presentación en el bosque había conocido otra cara del general o todo había sido una actuación? No tardaría en averiguarlo.

Uno de los suboficiales que le acompañaba sacó una botella de agua de una bolsa. Se la entregó al general y este a su vez a un niño, que corrió alegremente con el regalo hasta reunirse con su madre. El gesto se repitió sin cesar. A veces el general acariciaba la cabeza de los niños y les dedicaba unas palabras amistosas. Otras veces entregaba varias botellas a una misma mujer, aunque lo agradecían en voz baja y sin mirarle. Después Stimac respondió las preguntas de los periodistas, la mayoría internacionales.

Observamos con envidia cómo las familias bebían agua fresca hasta saciarse. Al cabo de unos quince minutos las botellas se acabaron. Stimac siguió hablando hasta que, con un gesto tímido de la mano y una sonrisa amable, dio a entender que la rueda de prensa había finalizado. Los periodistas bajaron los micrófonos y las cámaras, y a los pocos minutos se marcharon por donde habían venido. Enseguida apareció un todoterreno. Stimac y algunos de la comitiva se acercaron. Antes de abrir la puerta se aproximó a nosotros y fue estrechando la mano a cada uno. Cuando llegó mi turno mirándome con sus ojos azules y taimados, me dijo:

—Gurovic, buen trabajo.

Algo en su forma de pronunciar esas palabras me dio a entender que no se refería a la labor actual, sino a la ejecución de Basic. O quizá fue solo mi interpretación. En ese momento entendí por qué no había confesado la verdad a nadie. No quería decepcionar a Stimac. Ansiaba impresionarle.

—Gracias, señor.

Cuando el general subió al todoterreno y se marchó, Cvetkovic se materializó de repente. Nos llamó con un chasqueo de los dedos. Pavlovic, Jovan y yo nos acercamos.

—Vayan a la parte de atrás de la fábrica de zinc y den el relevo a los compañeros —dijo sin mirarnos—. Ellos les dirán lo que tienen que hacer. ¡Muévanse!

Con el sol pegado al cogote y el kalasnikov colgando del hombro, nos dirigimos a la fábrica en completo silencio. El camino de tierra quedó atrás e invadimos un césped plagado de malas hierbas. Jovan preguntó si teníamos alguna idea de la tarea que nos aguardaba. Pavlovic y yo respondimos que no. Fuera lo que fuese recé para que ocurriera a la sombra. Rodeamos la fábrica. Se veían cristales rotos, pintadas en contra del Ejército y el interior oscuro. Me pregunté si estaría abandonada desde hacía tiempo.

Al dirigirnos a la parte de atrás, descubrimos un viejo tractor enganchado a un remolque vacío con manchas resecas de sangre.

Después el horror. Me entraron ganas de vomitar. Vimos una fila de cadáveres boca abajo. ¿Cuántos eran? ¿Diez, quince, veinte? Recuerdo brazos y piernas inmóviles sobre la tierra. La mayoría eran hombres adultos pero también, lo más aterrador, había adolescentes, niños y ancianos. Todos con un agujero en la cabeza. Recuerdo también la sangre aún fresca y reluciente. Jovan se giró de espaldas inmediatamente. Cerró los ojos como si deseara borrar la oscura imagen de la mente. Pavlovic, sin despegar la vista, se restregó el sudor de la frente con el antebrazo. Luego mordió el collar con el crucifijo de madera. Abrí la boca para preguntar qué había sucedido, pero negó con la cabeza como diciendo «ahora no». No era la primera vez que Pavlovic se enfrentaba a algo tan siniestro.

Había alguien más con nosotros. Bajo la sombra, cuatro compañeros estaban sentados con la espalda apoyada en la pared. Cada uno cerca de su fusil. Uno fumaba, otro mascaba chicle, y los otros dos parecían dormitar. Uno saludó moviendo la cabeza.

—¿Cvetkovic os ha dicho que nos dierais el relevo, verdad? —Sin esperar confirmación, prosiguió—. Subidlos al remolque e id dirección norte un par de kilómetros. Os esperan en diez minutos. Venga, no hay tiempo que perder.

Los cuatro se pusieron en pie y se marcharon hablando entre ellos. Quise preguntarles por el motivo de la matanza, pero recordé la negativa tajante de mi amigo y preferí no hacerlo. Los cadáveres seguían ahí, esperando que alguien tomara la iniciativa. Al acercarme observé la cara de uno de ellos, un anciano que parecía dormir con placidez. El padre, el abuelo y el hermano de alguien que llorará su ausencia. Como si no quisiera perturbar su sueño me acerqué a otro cuerpo, el de un adolescente, que yacía al lado de un soldado bosnio. Tenía los brazos pegados al cuerpo y las piernas abiertas. Vestía una camiseta estrecha, con algunos rotos, y un pantalón corto de lana. Un rastro de sangre le manchaba el pelo y el cuello.

—Ayudadme —les dije.

Pavlovic y Jovan le agarraron de las piernas mientras que yo lo hacía de las muñecas. Sentí un escalofrío al percibir la tibieza de su piel. ¿Cuánto tiempo llevaba muerto? Quizá solo minutos. En completo silencio lo trasladamos en volandas hasta el remolque, donde lo acomodé boca arriba en un rincón. No me atreví a fijarme en la cara, consciente de que nunca la olvidaría.

—¿Es que nadie va a decir nada? —les pregunté, molesto, mientras nos acercábamos al siguiente muerto.

Jovan y Pavlovic intercambiaron una mirada. Cada uno expectante a la respuesta del otro.

—¡Son civiles! ¡Niños y adolescentes!—exclamé desde el fondo de mi alma.

—¡No hemos sido nosotros, Marko! —replicó Jovan—. ¿Qué culpa tenemos? Solo obedecemos órdenes, esto es el Ejército, siempre órdenes, órdenes y órdenes.

—¿Hacemos como si no pasara nada? ¿Es eso lo que quieres decir? —Señalé a un hombre con una camisa de cuadros—. Esto está mal, Jovan.

—¡Díselo a Stimac! —dijo, cada vez más molesto—. Seguro que te pone una medalla. Lo que quiero es terminar esta mierda cuanto antes e irme a mi casa. ¿Sabes lo que te digo? Me alegro de que sean ellos y no nosotros. Lo único que quiero es sobrevivir.

—Dime, Pavlovic, ¿esto es habitual?

Suspiró y puso cara de fastidio.

—Ya estamos. ¿Por qué tienes que analizar todo lo que pasa? Acata las órdenes y ya está. Todo tiene un motivo. No te comprometas. Deja de darle vueltas a todo de una puta vez.

—¿Y cómo lo hago, me paso el día drogado como tú?

Pavlovic avanzó hacía mí con los puños bien apretados, aunque Jovan se interpuso.

—¡Tengo una esposa y un hijo rezando para que vuelva con vida, idiota! —dijo a grito pelado, enrojecido—. ¡Llevo desde casi el principio de esta maldita guerra! ¿Sabes lo que es eso? ¡Tú llevas un mes! ¡No tienes ningún derecho a reclamarme nada! ¡Y sí, es habitual! ¡En Srebrenica va a morir mucha gente y nadie lo va a impedir! ¡Entérate de una vez, imbécil!

—Ya está bien, Pavlovic —dijo Jovan, reteniéndole.

Pasmado por su reacción me quedé sin palabras. El Pavlovic que había conocido hasta ese momento, despreocupado y amigable, se reveló como una fachada. En lo más hondo de sí mismo latía una rabia y un miedo contenidos a presión. Se deshizo de mala gana de Jovan y se acercó rezongando a la pared. Palpó los bolsillos de la camisa y del pantalón pero no encontró lo que buscaba.

Jovan y yo seguimos cargando los cuerpos en el remolque. Las palabras de mi amigo sobre su mujer e hijo retumbaban en mi cabeza. Durante las largas guardias en el búnker me había relatado su historia. Pavlovic nació en Brcko, una pequeña ciudad a orillas del río Sava, al borde de la frontera con Croacia. Antes de la guerra trabajaba en un taller mecánico con su padre desde que era mayor de edad. Como a cualquier otro joven al llegar el fin de semana salía con los amigos para reivindicar su libertad. En esa época ambicionaba montar su propio taller para coches de alta gama. El azar quiso que un día entrase Hana acompañando a su padre. Acudían a recoger la furgoneta de reparto que necesitaban para trabajar. La chispa entre ellos no tardó en encenderse. A Pavlovic le impresionó su salvaje honestidad y su deseo de ser actriz a pesar de ser musulmana en un hogar

conservador. A Hana le atrajo la bondad y el respeto con el que la protegía.

Sin embargo, las familias se opusieron a la relación, por eso a casi nadie le sorprendió que se fugaran para casarse en Sarajevo por la iglesia y la mezquita. Acordaron que ninguno impondría sus creencias al otro y que su hijo elegiría si prefiere el Islam o la Biblia. Después cortaron toda relación con sus familias para vivir en paz y se mudaron a Toplica, un pueblo en la montaña cerca de la frontera con Serbia, donde Hana y su hijo de dos años le esperaban. Por desgracia, jamás volvió.

Cuando llevábamos la mitad de los muertos ocupando el remolque, sentí como si hubiera recibido un disparo en el estómago.

—¿Qué te pasa, Marko? Estás blanco —dijo Jovan.

—Estoy… bien —balbuceé.

Mentí. Nunca en mi vida me había sentido peor. Empecé a respirar con dificultad. Quería gritar pero me contuve.

—Necesito… —musité.

Caminé como un autómata hasta la pared y me senté. Pavlovic y Jovan movieron el cadáver hasta el remolque. Sí, era él, sin duda; allí estaba su horrible cicatriz en la frente. La cicatriz de Ibrahim Besic. Como si le hubieran abierto la cabeza. Fueron los *chetniks*, dijo. Los calcetines bicolores y sucios por la planta de los pies. Lo habían matado. ¿Qué broma cruel del destino era aquella? Huir de la muerte para caer luego en ella sin remedio, pero en aquel momento su mala fortuna no me importaba. Lo que a mí me tenía preocupado era que si Cvetkovic descubría el cuerpo estaba sentenciado.

10

Palpé con ansia los bolsillos del pantalón y la camisa hasta que encontré el tabaco y el mechero. Encendí un cigarro. Aspiré una profunda calada. Bastaba con un golpe de mala suerte para que Cvetkovic reparara en el cadáver de Basic. Imposible que hubiera olvidado la maldita cicatriz. ¿Cuál será la represalia si descubre la mentira? El nerviosismo me arrastró de una manera que tiré el cigarrillo al suelo, sin darme cuenta de que lo acababa de encender.

—¡Marko, espabila! —exclamó Jovan desde el tractor ya en marcha.

Recogí mis cosas a toda prisa, me subí de un salto junto a Pavlovic, que conducía, y abandonamos la fábrica. La imagen de los cuerpos apilados en el remolque era macabra. Parecía que cargábamos bolsas de patatas en vez de seres humanos. Saqué un nuevo cigarrillo y me lo puse entre los labios sin encenderlo, después lo arrugué y lo arrojé. No sabía lo que estaba haciendo. Cvetkovic y la dureza del sol me impedían razonar con claridad. Solo tenía claro que ya era tarde para arrepentirme de mentir, y me inundó una sensación de fracaso.

—Lo dejé escapar —les dije, guiado por un impulso.

—¿Eh? ¿Qué dices, de qué estás hablando? —dijo Pavlovic, mirándome extrañado.

El ruido del motor me obligó a alzar la voz.

—El prisionero bosnio que debía ejecutar, Ibrahim Besic, dejé que se marchara… No quise disparar pero no sirvió de nada porque después le han matado.

Pavlovic sacudió la cabeza, incrédulo. Después se giró hacia Jovan, que era el fiel retrato de la perplejidad. Miré a mi alrededor. No veía más que casas de tejados rojizos y huertos maltrechos, algún que otro coche aparcado. Oí los ladridos de un perro. A plena luz del día esconder un cadáver con discreción parecía una misión imposible, pero no disponía de alternativas.

—Está ahí atrás —continué—. Si Cvetkovic lo reconoce me caerá una buena. Tengo que deshacerme de él. He pensado que voy a sacar el cuerpo y lo voy a dejar por aquí, donde sea. Os pido que nadie se entere.

—Gurovic, espera —dijo Pavlovic—. Este no es el mejor sitio. En la montaña hay vegetación. Ahí lo podemos tirar y nadie lo descubrirá. ¿Qué te parece?

—Sí, es verdad, tiene razón. Aquí puede verte cualquiera —dijo

Jovan.

Lo pensé un instante. Quizá Pavlovic estuviese en lo cierto. Resultaba más cómodo, rápido y fiable esconderlo entre el follaje de la montaña. Solo debía asegurarme de que el cuerpo no fuese visible desde la carretera.

—Está bien —dije, aún tenso.

Me pregunto, ahora, catorce años después, que se le pasó por la cabeza a ese hombre, Besic, antes de morir cuando dispuso de la libertad y la dejó escapar. En ese breve tiempo quizá bendijo su suerte, e imaginó reunirse con su familia y vivir en paz hasta el fin de sus días. ¿Cómo fue capturado Besic? ¿Cuánto tiempo estuvo libre? En vez de unirse a la columna que huía a Tuzla regresó a Srebrenica. ¿Por qué? ¿O le volvieron a atrapar en el bosque? El indulto había sido en balde, y le odiaba por eso y le compadecía al mismo tiempo.

Agradecimos que la sombra de las montañas nos protegiera del calor. La estrecha y sinuosa carretera estaba desierta. Ningún habitante de Srebrenica se atrevía a salir y eso me beneficiaba.

—Ese es un buen sitio —dije, más tarde, al descubrir un pequeño barranco cubierto de matorrales—. Sí, el cuerpo rodará hasta el fondo. A no ser que se busque expresamente será imposible de descubrir por casualidad. Para aquí, Pavlovic.

A punto de mover el volante para detener el tractor a un lado, rectificó y seguimos avanzando.

—¿Qué pasa? —pregunté, extrañado.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Tenemos compañía —dijo mirando por el retrovisor.

Al girarme, vi un coche oficial que a cada segundo se acercaba más y más. ¿El mismo que había usado Stimac en el área de los autobuses? Maldije para mis adentros. La misión quedaba abortada de momento. Deseé que nos adelantasen y se perdiesen de vista, aunque los deseos a veces son solo eso, ilusiones sin fundamento. El todoterreno se aproximó a unos metros. Por fin las caras de los ocupantes se hicieron visibles. No reconocí al conductor pero sí a quien estaba a su lado. La expresión hosca de Cvetkovic era inconfundible. Mantuvieron la distancia. Le dije a Pavlovic que se desplazara a un costado para dejarles pasar, sin embargo, el coche no se dio por aludido. Daba la impresión de que seríamos escoltados hasta el final del trayecto.

—Si se te ocurre una idea brillante ahora es el momento —me dijo Jovan, que también había reconocido al subteniente.

—Cuando lleguemos seguro que se quedará lejos, no se acercará a la fosa. Ten fe —dijo Pavlovic.

—¿No tiene otra cosa que hacer que vigilarnos? —pregunté.

—Por aquí rondan muchos cascos azules —dijo Pavlovic—. Hay

que andarse con ojo porque nos pueden denunciar. No me extrañaría que tuviéramos que excavar fosas para trasladar los muertos a lugares seguros. Nadie debe descubrirlos, por eso Cvetkovic lo supervisa todo.

—¿Cuántos muertos son? —pregunté.

—No lo sé, miles.

—¿Está Stimac enterado de todo? —preguntó Jovan.

—Claro —respondió Pavlovic.

—Si no los matamos nosotros primero, tarde o temprano ellos se vengarán —dijo Jovan—. Más vale ser precavidos.

Me reacomodé la correa del fusil sobre el hombro. Estaba demasiado inquieto para comprender el alcance de la masacre. Notaba cada gota de sudor brotando de la frente. Alcé la vista hacia el cielo despejado. El plan era sencillo: esperar un milagro. Ahora pienso que si se me hubiera ocurrido a tiempo cambiarle la ropa con otro muerto, un civil, quizá nada de lo que aconteció después hubiera sucedido. De nada sirven ya las lamentaciones.

Unos minutos después un soldado nos hizo señas con la mano al pie de la carretera. Debía de pertenecer al grupo de quienes nos esperaban y, siguiendo sus indicaciones, Pavlovic se desvió y detuvo el tractor en un caminito empinado. El todoterreno de Cvetkovic hizo lo mismo. Bajamos de los vehículos en silencio. Cuatro o cinco compañeros, a pecho descubierto, cavaban sin cesar. A sus espaldas nacía una encrespada colina llena de pinos. El sargento Yurkovic, de cuclillas, observaba con atención el progreso de la fosa, aunque al percatarse de la presencia del subteniente se irguió y le saludó. Pavlovic, Jovan y yo nos miramos. Debíamos cumplir con la tarea desagradable de verter los cuerpos en la fosa. Ajenos a nuestra llegada, los compañeros imprimían un ritmo constante y enérgico a las paladas. Me acerqué un poco más y comprobé que el hoyo ya era profundo y ancho. Estaban a punto de terminar.

Miré de refilón al subteniente con la esperanza de que decidiera marcharse, sin embargo, permanecía callado junto al conductor. Como había comentado Pavlovic, parecía decidido a no marcharse hasta que los muertos fueran enterrados. Pregunté la hora a Jovan para distraer la mente. ¿Cuánto tiempo más debíamos esperar? Hasta que la tierra no cayera sobre Basic para siempre no me sentiría a salvo. Saqué el tabaco y me fumé otro cigarrillo. ¿Cuántos llevaba ya? Quizá en otro momento hubiera disfrutado del bello paisaje de las montañas, los pinos y el olor puro del romero, pero aquel día empezó torcido, seguía torcido y acabaría de la misma forma.

Los compañeros detuvieron las paladas. La fosa estaba lista. El sargento se acercó con apremio e informó a Cvetkovic. Me fijé en que llevaba en la mano un radio-transistor.

—¿A qué están esperando para llevar los cuerpos? —nos preguntó

el subteniente sin mirarnos, fijando la vista en la fosa.

Tiré el cigarrillo a medias. Debido a lo irregular del terreno decidimos no acercar el remolque a la fosa. Los debíamos transportar uno a uno. Los compañeros se sentaron a la sombra a reponer fuerzas. Ahora era nuestro turno. Jovan subió al remolque y bajó la compuerta. Besic estaba oculto entre los cuerpos de un anciano y un niño. Si al menos pudiera quitarle los calcetines, pensé. Sin embargo, Cvetkovic no se distraía con nada. Además, quizá ni se hubiera fijado en ellos en la base. Al cargar con el primer muerto noté el olor hediondo. Era un hombre alto y su enorme peso nos obligó a arrastrarlo. El cuerpo cayó rodando a la fosa.

—¡Sargento, que esos hombres echen una mano! —bramó Cvetkovic, refiriéndose a los que descansaban—. ¡No quiero estar aquí todo el día!

—¡Sí, señor!

Gracias a la ayuda de los compañeros en pocos minutos el remolque estaba casi vacío. De vez en cuando Cvetkovic usaba la radio, aunque la distancia que nos separaba me impedía escuchar con claridad. Tal vez se comunica con Stimac, pensé. Con el fin de enterrar los muertos sin el peligro de ser descubiertos por los cascos azules, la cadena de mando debía saber en todo momento por donde se movían, y así alertar si se acercaban y obstruirles el paso con cualquier excusa. No éramos los únicos en Srebrenica que trasladaban cuerpos de un sitio a otro.

Le susurré a Jovan que me entregase a Besic y lo arrastró hasta el borde. En su mirada leí cierto nerviosismo. Cvetkovic seguía ahí, sin inmutarse a pesar del sol abrasador. Agarré a Besic de las muñecas y Pavlovic de los tobillos. En una postura algo forzada oculté la cabeza para evitar que la fea cicatriz quedara expuesta. Se trataba de recorrer quince metros con la máxima tranquilidad, pero intuí que me iban a parecer quince kilómetros. Dejamos caer el cuerpo y rodó hasta la fosa. Ya no podía hacer nada más. Me abandoné a lo que Dios me hubiera preparado. Si Él decidía que la cicatriz quedara escondida entre los demás cuerpos, por fin respiraría aliviado. Si, por el contrario, decidía que se mostrara, aún se prolongaría mi angustia.

Besic cayó boca arriba.

Oí al subteniente. Hablaba otra vez por la radio. No me atreví a darme la vuelta. Desesperado, se me ocurrió una idea. Bajé hasta el borde de la fosa, cogí las palas y le lancé una a Pavlovic, que enseguida comprendió mi intención. Ambos empezamos a echar tierra sobre los cadáveres. Los compañeros arrojaron los últimos cuerpos. Cvetkovic estaba demasiado lejos de la fosa; solo si se acercaba descubriría la cicatriz. Por un instante, fugaz, pensé que me libraría, pero entonces uno de los compañeros señaló a Besic:

—Un momento, ¿ese no es el sargento que atrapamos esta mañana y lo llevamos a la base? ¿Qué hace ahí, se escapó?

No lo reconocí del corro que se había formado en la base alrededor de Besic. Nunca supe si fue consciente de lo que acarrearían sus palabras. El sargento se acercó a la fosa. Cvetkovic, extrañado, cortó la comunicación por radio.

—¿Qué ocurre?

—Nada, señor —dijo el sargento—. Dice Bjelac que a ese lo atrapamos esta mañana. Si le parece continuamos con la tarea.

Cvetkovic levantó la mano en señal de pausa. Pavlovic y yo nos detuvimos. Bajó, se acuclilló y escudriñó la cicatriz espeluznante de Besic. ¿Qué hace ese hombre ahí?, se debió preguntar. Como estaba previsto, en sus ojos centelleó la revelación. Después apretó las mandíbulas y me miró con una frialdad sobrecogedora.

11

¿A dónde me llevarán?, me pregunté. Sentado en el asiento de atrás del todoterreno, veía el cogote de Cvetkovic y el del conductor. Nadie hablaba. En el maletero había guardado el morral y el kalasnikov. Desobedecer una orden o faltar a mi palabra, no sabía qué era lo peor. La palanca de cambios chirrió cuando el conductor metió cuarta. Decidí que lo sensato era guardar silencio. Para el subteniente mi sola existencia debía ser una ofensa sin igual.

—Estamos llegando —dijo Cvetkovic por radio.

Alguien nos esperaba. ¿Stimac?

Las calles del centro de Srebrenica estaban vacías. Los tanques de la plaza habían desaparecido. Las tiendas que habíamos quemado, chamuscadas. El coche se detuvo con el motor en marcha. Cvetkovic y yo nos bajamos. El ayuntamiento era de dos plantas y con la fachada decorada con infinidad de agujeros de proyectil. En el balcón ondeaba nuestra bandera. Dos soldados flanqueando la entrada le saludaron con la mano en la frente. Recordé que mis cosas se habían quedado en el maletero, pero no era el momento idóneo para mencionarlo. Nos acogió un patio interior con escasa luz en cuyo centro se habían depositado mesas, armarios, sillas, libros y papeles. ¿Iban a prenderle fuego a todo o a arrojarlo a la basura? Alcé la vista y descubrí ventanas rotas. Siempre detrás de Cvetkovic subimos por las escaleras. La planta estaba organizada en varias dependencias, y en alguna de ellas observé al personal del Ejército trabajando en escritorios. Oí una música de violín brotando de alguna parte que se volvió más intensa cuanto más nos acercamos al final de pasillo. Cvetkovic llamó a una puerta de cristal esmerilado que estaba entreabierta, la música cesó de repente y la voz de Stimac le autorizó a entrar.

—Espere aquí —me ordenó el subteniente.

—Sí, señor.

Deduje que la conversación giraría sobre mí. ¿Cómo habrá reaccionado el general al enterarse de que dejé al prisionero en libertad? Si dispongo de una oportunidad de defenderme resaltaré mi comportamiento en el frente. Si me preguntan por qué he desobedecido la orden les confesaré que me pareció una injusticia. Supongo que me arrestarán unos días. Tal vez la peor consecuencia sería caer en desgracia y limpiar retretes hasta el final de la guerra. Sentí ganas de fumar pero había dejado el tabaco en el morral. Nunca disponía de nicotina cuando más lo necesitaba.

La puerta se abrió y apareció Cvetkovic. Me levanté como empujado por un resorte. Al marcharse sin pronunciar una sola palabra, volví a sentarme. Daba la impresión de que estaría a solas con el general. Las manos me empezaron a sudar. Entonces me llegó de nuevo el lamento del violín. ¿Stimac tocando? Qué extraño, pensé, hubiese esperado su afición por marchas militares y nacionalistas del *turbofolk*, pero ¿esa melodía tan vibrante y melancólica? Escuché con profunda concentración, olvidándome de la razón por la que me encontraba allí. La música era como una armonía hipnótica aunque también encerraba una cierta tensión. Invadido por la curiosidad me levanté y por el resquicio de la puerta atisbé al general. Todo su enorme cuerpo de espaldas se estremecía con cada nota. Los dedos se movían con agilidad. El arco subía y bajaba con elegancia. El contraste entre la envergadura de Stimac y la fragilidad de la música me dejó desconcertado. El timbre del teléfono causó que interrumpiera bruscamente su actuación. Gruñó y, con desgana, habló durante una media hora en la que mi nerviosismo regresó. Le oí colgar con rudeza y enseguida me llamó.

—¡Gurovic! —exclamó el general.

Me levanté y abrí la puerta con un nudo en la garganta. Le saludé y me quedé en posición de firme. Su despacho era espacioso, con la suficiente luz natural gracias a una pequeña terraza. Los muebles se veían desgastados, aunque conservaban una cierta dignidad. En un rincón, sobre una mesita de cristal, descansaba el estuche del violín.

—Siéntese —me ordenó con una fría sonrisa.

Le obedecí. Desde la calle me llegó el murmullo de voces y el ruido de un coche pasando. Sobre la mesa se extendía un mapa topográfico. En una esquina, a un lado del radio transmisor, reparé en una fotografía. Stimac, vestido de uniforme, sentado alegre en un banco junto a su esposa que miraba hacia la cámara con timidez, como encogida en su propio mundo. Al otro lado del general estaba Ljubica. Esa fue la primera vez que la vi. Hasta entonces ni siquiera había pensado en si el general era padre de familia. ¿Cuántos años tendría Ljubica? Similar a los míos, diecisiete. Una deslumbrante rubia con los ojos azules de su padre y la expresión seria de su madre. Vestía con un fino vestido que entallaba su figura. Los brazos de Stimac rodeaban a su esposa y a su hija. Había algo en la mirada que él dedicaba a su hija que daba a entender un profundo orgullo. ¿Cómo adivinar que catorce años después me cruzaría con ella en Belgrado? ¿Cómo adivinar que la reconocería al instante por una sola fotografía?

Stimac sentado incluso parecía más alto. Mi destino estaba en manos del hombre más poderoso del Ejército. Podía hacer conmigo lo que deseara, incluso convertirme en su esclavo. Señor Todopoderoso, ¿es justo que un hombre pueda disponer así de las personas? Se

levantó y paseó con los brazos cruzados hasta que se detuvo cerca de la ventana y miró hacia la calle. Su uniforme brillaba por el efecto de la luz. La expresión concentrada parecía indicar que sopesaba tomar una decisión. Se sentó en el escritorio y sus inquietantes ojos azules se fijaron en mí. ¿De haber sabido que Stimac acabaría enterándose, habría desobedecido la orden de matar al prisionero Besic? Quiero pensar que sí, pero en aquel momento, delante del general, confieso que hubo un momento en que me arrepentí.

—Cvetkovic me ha puesto al corriente de lo sucedido —dijo con seriedad—. Es muy grave lo que ha hecho, soldado. ¿Hay algo que quiera comentar? Es el momento. Stimac le escucha.

Me hubiera gustado decirle que fui incapaz de asesinar a sangre fría, que esa capacidad no reside en mí, pero temí que me acusara de cobardía.

—Bueno, yo…. —carraspeé—. Señor, es cierto que dejé en libertad al prisionero y que le dije al subteniente que había cumplido la orden.

Stimac se mantuvo en silencio. ¿Qué iba a decir? Eso ya lo sabía por boca de Cvetkovic. Pero esas palabras vacías que acababa de pronunciar me habían servido para templar mi voz, para encontrar una fuerza mínima con la que defenderme a la desesperada sin perder mi dignidad. Conociendo lo que sucedió después, he de confesar que fracasé.

—Le apunté a un centímetro de su cara, señor, tuve mi dedo en el gatillo pero me di cuenta…

Me callé esperando que Stimac hablara, sin embargo, continuó sin decir nada. El silencio con el que me miraba era tan asfixiante que me obligó a seguir hablando.

—No estábamos en igualdad de condiciones. Él estaba desarmado, yo tenía un kalasnikov.

Stimac reaccionó por fin, aunque con una sonrisa condescendiente. Debió pensar que se encontraba frente a un chico ingenuo que necesitaba ser adoctrinado.

—¿Cree usted que en una guerra se espera la igualdad de condiciones?

—No, señor. Lo que…

Levantó la mano en alto para que me callara.

—El concepto de justicia que tiene usted es una utopía, y necesito que lo borre de su cabeza lo antes posible. No quiero filósofos, quiero soldados. ¿Por qué se alistó?

—Porque están en contra de nosotros. Bosnios, croatas y europeos quieren echarnos de nuestras tierras. Se han aliado para borrarnos del mapa.

—Bien —asintió con la cabeza—. ¿Le parece justo?

—No, señor.

—¿Y cómo se combate la injusticia? ¿Con justicia, con leyes, con palabras y apretones de mano?

No supe qué responder y bajé la vista.

—Antes de que pusiera un pie en la base yo sabía quién es usted, quién es su familia, cuántas veces acude al baño y si es virgen o no. Yo lo elegí a usted para que llevara al bosnio a la montaña, pero eso ya debió suponerlo usted. No voy a negarlo: me ha decepcionado, aunque también ha demostrado osadía. Quiero más gente como usted, Gurovic, voluntarios que amen Srpska por encima de todo, que tengan ideales patrióticos. Necesitamos líderes que inspiren confianza máxima, porque la confianza es la base para el éxito de cualquier ejército del mundo. Y no solo para ganar la guerra, sino también para la sociedad que vendrá después y que debemos construir nosotros —Se llevó la mano al pecho—. Cuando ganemos no se necesitarán políticos, se necesitarán militares para afianzar la paz con mano de hierro. ¿Entiende lo que le digo? Los militares tenemos un don: mientras que los demás afrontan la vida con ambigüedad, nosotros la vemos en blanco y negro, sin interpretaciones superfluas. Llamamos a las cosas por su nombre.

Me señaló con el dedo y volvió a esbozar una sonrisa complaciente.

—Yo sé muy bien lo que le pasó a usted con el bosnio. No fue una cuestión de desigualdad, fue algo que está en la naturaleza del ser humano: el miedo. El miedo le paralizó, y su mente se buscó la excusa de lo injusto de la situación para que usted se sintiera a gusto con su pueril conciencia. ¿A que se dijo a sí mismo que el bosnio no le había hecho nada? Pues bien, escuche con suma atención. Stimac le va a revelar cómo se combate el miedo.

Se inclinó a un lado para abrir un cajón del escritorio. Sacó un cinturón enrollado con una pistola y la desenfundó. Una Zastava M57 semiautomática. Relucía como si la acabaran de fabricar. La miró como si le trajera recuerdos imborrables y la dejó en el centro de la mesa. En la empuñadura de marfil se había grabado el escudo rojo de la doble cabeza de águila. Era su arma personal.

—Sacando a la bestia que uno lleva dentro —dijo con solemnidad, cerrando lentamente el puño en alto. Algo en su expresión me recordó la cara espectral de aquella primera noche en la montaña—. Todos guardamos una en las entrañas del alma. Solo necesitamos una chispa para que surjan llamaradas en la oscuridad.

El sol empezaba a esconderse y el calor había remitido cuando cruzamos el núcleo de Srebrenica con el todoterreno. El general conducía a una velocidad endiablada por las calles desiertas sin detenerse en cruces o semáforos. Desde que habíamos salido del despacho, era un torrente de palabras a las que yo asentía con la

cabeza.

—El error más catastrófico que puede cometer un ejército es confiarse. Siempre hay que explotar la ventaja. Los musulmanes que no han huido a Tuzla se han refugiado en los bosques y eso es peligroso. Es admirable lo bien que se esconden, pero tampoco me extraña porque conocen cada arbusto, rama y piedra como la palma de su mano. Lógico, porque se han criado aquí. Es arriesgado para nosotros que anden sueltos, sin control. Ignoramos el número exacto de musulmanes, pero estimamos que son unos cien o doscientos. Anoche salieron de sus escondrijos y se reagrupan para ayudarse, sabotearon nuestros vehículos e incluso atacaron con armamento. Hemos tenido que enviar a unos cuantos soldados en estado muy grave a la enfermería. Los destacamentos que mandé a peinar los bosques no han cumplido con las expectativas. Es necesario pasar a la acción, Gurovic. Han de sentirse acosados continuamente. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Me pregunté cuál sería mi papel en lo que fuese que el general maquinaba. Poco después el coche se detuvo de un frenazo en seco en las afueras, en la cuneta de un camino de tierra. Stimac se bajó el primero. Aspiró hondamente con los brazos en jarras. Esparció una mirada ensoñadora por el paisaje. A los pies de unos cerros cubiertos de árboles, sobre unos prados verdes se repartían granjas y alguna que otra casa a medio construir. ¿Estaría evocando algún recuerdo personal o se jactaba de la belleza de su reino?

—Sígame —ordenó.

A escasos metros observé un pelotón militar que rodeaba a un silencioso grupo de bosnios. Un detalle me extrañó. Los uniformes no pertenecían a nuestro Ejército, sino al enviado por Europa para supuestamente vigilar que no hubiese excesos en la guerra: los cascos azules.

—Señor, ¿qué están haciendo fuera de su perímetro? —le pregunté.

—No se inquiete, son nuestros compañeros disfrazados. Dios es sabio, me iluminó con la idea. Es un ardid para que los musulmanes se confíen y se entreguen sin violencia.

Uno de los falsos soldados de la ONU se acercó para hablar con el general. De unos cuarenta años y barba oscura. Nunca lo había visto.

—Estos son los primeros que han caído en la trampa —dijo, refiriéndose a los bosnios—. Como usted nos sugirió, hemos usado a un local como señuelo para que los convenza de que somos cascos azules.

—Quiero conocerle —dijo Stimac—. ¿Dónde está?

—Sí, señor —El soldado se giró hacia el pelotón—. ¡Markovic, trae

al viejo!

El viejo era un hombre encorvado, con el pelo gris y revuelto. Su ropa se veía sucia y arrugada. Recuerdo la mirada enterrada en el suelo y los brazos detrás de la espalda.

—¿Cómo se llama usted, amigo? —preguntó el general.

—Mevludin —susurró.

—Gracias por su colaboración, Mevludin. A cambio, no se preocupe, le trataremos bien a usted y a su familia.

Stimac le tendió la mano y Mevludin se pensó si estrecharla. Si el peso de la traición le consumía por dentro, mostrarse cómplice con el verdugo de sus vecinos podía arrastrarlo hacia una oscuridad más profunda e irreversible. Finalmente le estrechó la mano aunque sin convicción. Stimac, sonriente como de costumbre, le palmeó el hombro. El soldado lo apartó de su vista y nunca más supe de él.

—¡Traigan a los demás! —ordenó el general con un gesto enérgico de la mano.

Los soldados, también vestidos con los uniformes de la ONU, guiaron hasta nosotros a una fila de hombres y mujeres.

—Que se pongan de rodillas —ordenó Stimac al soldado que había hablado con él desde el principio, y que repitió la orden en voz alta.

Todos obedecieron. Por el aspecto lamentable de sus ropas parecía que llevaban semanas viviendo en la montaña, aunque solo hacía veinticuatro horas que habíamos conquistado Srebrenica. Algunos alzaban la vista con dignidad, otros hundían la barbilla y rezaban, otros se mordían los labios y sollozaban; otros temblaban y algunos permanecían impasibles.

Stimac se acercó en cuatro o cinco zancadas y desenfundó la Zastava de la cintura. El cañón apuntando al suelo. Se paseó delante de ellos en silencio, examinándolos con desprecio. Se detuvo, creo que sin razón aparente, por azar, delante de una mujer de mediana edad. Alzó el brazo con lentitud y apuntó a la cabeza de la mujer, que se quedó sin aliento. El pulso, firme. La mirada, cruel. Bang. Así, sin más. El disparo resonó en todo el valle. El cuerpo sin vida se desplomó hacia adelante. Otra de las mujeres gritó y un hombre rompió a llorar. La sangre empezó a manar sobre la pradera.

Stimac, imperturbable, se giró hacía mí.

—Acérquese.

Le obedecí con un nudo en la garganta. Sentí la mirada expectante de los compañeros, que hasta entonces no habían reparado en mí. Me llevó delante del hombre que sollozaba. Nunca olvidaré cómo las lágrimas le humedecían tanto los ojos que apenas lograba mantenerlos abiertos. Su cara se volvió roja. Un grueso mechón de pelo oscuro le cubría la frente. Stimac me tendió la pistola.

—Ha llegado el momento de saber quién es realmente usted y de

qué está hecho —dijo, y me fijé en el centelleo despiadado de sus ojos azules—. Demuestre de una vez por todas que es usted un digno soldado de infantería del Ejército de la República Srspka. Le advierto que no habrá una segunda oportunidad. Recuerde lo que ha aprendido en el despacho. Adelante, Gurovic, presiento que juntos nos espera un futuro glorioso.

12

Aquí es, sí, esta puerta. ¿Estará Mirjana? Si no, esperaré hasta que venga. Curioso, el timbre no suena. Llama con los nudillos. Toc, toc. ¿Cuándo fue la última vez que la viste? Un par de semanas, quizá un mes a la salida de misa. Hablamos un poco. Voz, pasos. Alguien viene, que sea ella. Espero que me reconozca sin la túnica.

—¿Quién es?

—Mirjana, soy el hermano Marko del monasterio de San Esteban.

La puerta se abre. Melena castaña hasta los hombros.

—Padre, qué sorpresa, ¿ha ocurrido algo? —pregunta, alarmada.

—Nada, despreocúpese —Sonrío—. Tengo que rogarle el favor de que me acoja en su casa. Sé que es precipitado pero…

—¿Cómo? Pero… ¿ahora?

—Solo unos días. Acabo de dejar el monasterio y necesito un lugar para pasar unos días mientras me organizo. El hermano Branko me dijo que buscaba a alguien para alquilar una habitación. ¿Está ya ocupada?

—No, está libre.

—Gracias a Dios, qué estupenda noticia. Me encantaría alquilarla.

—¿Ahora?

—Sí. ¿Es mal momento? Si lo prefiere, puedo venir mañana. Ya encontraré algo para esta noche.

—Espere, ¿cuánto tiempo quiere quedarse?

—Unos días, un par de semanas.

Se lo piensa.

—Está bien… Pase, pase.

El hermano Branko acertó con su sugerencia. Creo que debería haberla avisado con antelación, pero no parece que esté molesta. Hace un calor agradable. La estufa caldea muy bien. Qué original ese centro navideño hecho de madera con piedrecitas y plantas. Dice «Feliz Navidad».

Oigo conversaciones. ¿Tiene gente en casa? Ni se me había pasado por la cabeza. No, es el televisor. Llega el ruido de la calle, la luz de la lámpara es cálida. Todo está ordenado y limpio. ¿Dónde dejo mi bolsa? Aquí.

—Tiene una casa muy acogedora.

—Gracias, padre. Siéntese, por favor. Le voy a traer agua, jugo y té…

—Muchas gracias, pero no quiero molestarla.

—Si no es molestia, de verdad, al contrario. Ahora mismo le enseño la habitación.

Me vendrá bien descansar. Dios mío, qué día más ajetreado. Sí, mañana me levantaré muy temprano e iré a la sede del partido a buscar a Ljubica. Me ha dicho que me siente, pues me siento. Catorce años como mínimo que no entro en una casa. Antes de la guerra iba a menudo a la de Emir… Emir, ¿qué será de él?

—Aquí tiene, padre.

—Llámeme Marko. He colgado el hábito.

—Vaya sorpresa. Me deja de piedra. Espero que no sea por un motivo grave.

—Una especie de crisis de conciencia.

¿Qué hay en el plato? ¿Galletas? Mirjana sonríe y se sienta en el sillón. Apaga el televisor con el mando. Creo que espera más explicaciones. No le cuentes todo, solo una parte.

—Le ruego que me disculpe otra vez por presentarme sin avisar. A veces el Señor tiene para nosotros caminos imprevistos. Esta mañana iba a reunirme con el obispo para pedirle su bendición porque quería convertirme en Gran Shima. Pero digamos que me he dado cuenta de que necesito un cambio. Se ha cumplido un ciclo de mi vida.

—Padre, quiero decir Marko, no hace falta que me dé más explicaciones, mi casa es su casa. Puede quedarse el tiempo que necesite. Pruebe, pruebe una galleta. ¡Dusan, ven un momento!

¿Hace cuánto que no pruebo una? No lo recuerdo. Dusan debe de ser su hijo. ¿O era una hija? Si no lo recuerdo es que no va mucho por la iglesia. Le digo que la galleta está deliciosa.

—Hola, me llamo Dusan. ¿Y usted?

¿El cabello teñido de azul chillón? Qué modernidad, por Dios. Alto y delgado. Cara de niño travieso. ¿Dieciocho, veinte años? Nunca le he visto en la iglesia. Recordaría ese pelo.

—Marko.

—Marko, ¿por qué debería creer en Dios?

—Dusan, es nuestro invitado, ahora no es el momento de preguntas filosóficas.

—No se preocupe, Mirjana. Dusan, la cuestión no es si deberías creer o no en la existencia de Dios, sino si tienes o no fe.

—Fe…¿Fe en qué?

—No le haga caso —dice ella—. Cuando no trabaja se pasa el día conectado a internet. Eso sí, a misa no se le ocurre ir con su madre.

—¿Internet? ¿Qué es eso? —pregunto.

—¿No sabe lo que es internet? —pregunta Dusan, asombrado.

—En el monasterio estamos aislados del mundo exterior.

—Muy fácil de explicar. Es una red de miles de redes con ordenadores interconectados usando un protocolo para crear un

sistema de comunicación masivo —dice Dusan.

No entiendo nada y creo que Mirjana tampoco.

—Sirve para conectar a la gente sin importar dónde esté uno —aclara—. Tú envías por ejemplo un *mail* y la otra persona lo recibe a los pocos segundos.

—¿Un *mail*?

—Es como una carta pero escrita en un ordenador con un *software*. También puedes comprar cualquier cosa y te la envían a casa. Todo el mundo lo usa.

—En el monasterio carecemos de ese invento. Para escribir cartas usamos el papel, sobre y sellos. Somos tradicionales.

—Pero es que con internet puede hacer más cosas —dice Mirjana —. Leer los periódicos, saber el tiempo, mirar la cuenta bancaria, encontrar a amigos de la infancia, saber los horarios de autobuses, buscar empleo… ¡Desde casa! Pone lo que quiere en un buscador y ya está.

Dios mío, cómo ha cambiado el mundo exterior desde que lo abandoné.

—Dusan es el experto de la casa. Le encanta la tecnología y por las mañanas trabaja en una tienda de ordenadores. Hubiera querido que estudiase Informática, pero es tan terco como lo fue su padre.

Qué duro es crecer sin padre y perder al marido. ¿Cómo se llamaba? No lo recuerdo. Pobre hombre. Dios mío, esos bombardeos permitidos por la ONU. Cuántas muertes y sufrimiento innecesario. Familias rotas, desamparadas.

—Le he dicho a mamá que no necesito escuelas, ahora todo está en internet. Marko, ¿se imagina su monasterio conectado a internet?

—Me parece que iría contra nuestras creencias —digo, no muy convencido.

—Normal, algún monje se pasaría el tiempo viendo porno.

—¡Dusan, por favor! —Mirjana está colorada— ¡Déjanos tranquilos! ¿No tienes otra cosa que hacer? ¡A tu cuarto! Marko, perdone, qué verguenza.

Ríe por lo bajo y se marcha. Necesita disciplina.

—No se preocupe. Lo importante es que tenga un alma noble.

—Si quiere instálese en la habitación. Le aviso cuando sea la hora de cenar.

—¿Le importa si uso el aseo?

—Claro que no. Primera puerta a la izquierda.

—Gracias.

Ha sido todo un acierto el venir. Gracias, hermano Branko. Ahora veré la habitación y hablaremos del precio. Debe de ser razonable. Pasado mañana me llegará el dinero de mis padres y le pagaré. Estaban contentos por la noticia, aunque me sabe mal no confesarles

la verdad. ¿Por qué iba a preocuparles más? Ya sufrieron bastante. Qué raro me veo sin pelo largo y barba, sin la túnica y con la ropa de calle. Parezco otro, más delgado. Me reconforta cuando paso la mano sobre la nuca recién afeitada… Así llegué al monasterio la primera vez, en 1995. Y ahora estoy en el Belgrado de 2009; un salto en el tiempo y no conozco casi nada de esta ciudad. Esta mañana solo tenía ojos para Ljubica. Fue como si lo que nos rodeaba no existiese o careciera de importancia. Ella era lo único real. Si cierro los ojos, ¿qué recuerdo? Un bloque de pisos de ladrillos rojizos, los árboles esqueléticos del parque Kalemegdan con nieve, el puesto de jerséis y bufandas de la calle Knez Mihailova, las huellas de la gente sobre la nieve, los bancos cubiertos de nieve, esa calle ancha y reluciente en la que me perdí, el empedrado sucio, el antiguo sonido del tranvía, la decoración navideña del centro, el señor que me ayudó con un gorra de lana, un perro corriendo feliz sobre la nieve, un cartel viejo sobre la universidad en la fachada de una casa, una chica hablando por el móvil, el impresionante Sava a lo lejos, el músico callejero de cara melancólica, mi mano estrujando la bola de nieve… Todo es la mirada del monje pero ahora necesitas una mirada salvaje. Salvaje, sí. Belgrado te pertenece.

Salgo y ahí está Mirjana. Dice que me enseña la habitación. Vamos.

—¿Le gusta?

Pequeña pero acogedora y privada. No necesito más.

—Sí, así es.

Aquí mismo puedo dejar la bolsa. Después acomodaré la ropa y las cosas. Esta cama parece confortable aunque mi espalda está acostumbrada al catre. ¿Huele a manzana? Qué extraño se me hace todo. El estampado del cojín es un árbol navideño.

—Entonces le dejo que se instale. Si me necesita, estaré en la cocina.

Siéntate en la cama. ¿Eso que se oye es el muelle? Mirjana está siendo una anfitriona maravillosa. Qué Dios la bendiga y a Dusan también. Ese debe de ser el cuarto de Dusan. La pantalla del ordenador está encendida. ¿Estará con eso de internet? Curiosidad. Acércate.

—Dusan, tengo una duda sobre internet.

—Pase, Marko, no se quede ahí —me dice—. ¿Cuál es?

—Tu madre dijo que se podían consultar periódicos. ¿Cómo funciona eso?

Me mira como si fuera un primitivo de las cavernas. Yo también miraba así a mi padre cuando me preguntaba sobre tecnología.

—Muy fácil. Primero hay que saber el nombre del periódico, se escribe aquí y se pulsa *enter*. ¿Ve? Después se le da a un enlace… y esta es la portada. Se elige una noticia y se hace clic… Este es el texto,

mire. Después se pulsa aquí y se vuelve atrás, a la portada.

—Increíble. ¿Y esas noticias de cuándo son?

—De hoy, aunque puede haber alguna de ayer o de anteayer.

—¿Se publica cada día?

—No, no se publica como un periódico normal, sino que las noticias se actualizan, van cambiando, pero no desaparecen por si alguien las quiere leer después. Se consulta en Google el tema sobre el que se busca, y puede leer un artículo o un blog que se publicó hace unos días, por ejemplo.

—Dios mío, es como viajar en el tiempo… Pero ¿hasta cuándo?

—No lo sé, veinte, treinta años. ¿Quiere probar? Dígame un año.

—1995.

—Lo escribo aquí: «1995». Pulso *enter* y estos son los resultados. La guerra de Bosnia sale en primer lugar porque mucha gente lo consulta. Debajo hay más enlaces que tienen una previsualización para ver si interesa o no.

—Qué interesante… «El general Stimac rechaza los acuerdos de Dayton».

—Eso es un artículo de prensa. También se pueden buscar ciudades o personas.

—¿Ah, sí? ¿Personas también? Prueba Ljubica Stimac.

—¿Es su hija, no? Creo que alguna vez la he visto en televisión, pero me parece muy radical. Aquí están los resultados.

—Tecleas a una velocidad… ¿Puedo leerlos?

—Sin problema. Haz clic en cualquiera de ellos, y mira, aquí para subir o bajar el texto.

«Entrevista a Ljubica Stimac para la agencia de noticias rusa TASS (2 de febrero de 2007)».

Fotografía. Los ojos azules y fríos de Stimac. ¿Tendrá dos caras como él? Piel fina. Treinta y tantos. Atractiva. Seria. ¿Presumida?

«Una de las voces más jóvenes del panorama actual en Serbia, la secretaria de comunicación del Partido Nacionalista Serbio, habló con TASS sobre diferentes asuntos relacionados con la política. Es licenciada en Ciencias Políticas por la Universidad de Belgrado e ingresó en el partido en 2005.

—Srta. Stimac, su padre es un general retirado que sigue perseguido por el Tribunal de La Haya, ¿hay alguna esperanza de que cambie la situación?

—Lo dudo. Las potencias occidentales controlan a la fiscal y ella actúa en consecuencia, lanzando acusaciones sin pruebas sólidas, basándose en testimonios de dudoso origen. Pero no solo eso, sino que a mi padre se le atribuyen acciones que no son penadas por el derecho internacional. Es una irregularidad tras otra, pero ya no nos sorprende.

—Y como hija, ¿cuáles son sus emociones al no tenerlo cerca?

—No cuesta imaginarlo. A mi madre y a mí se nos ha visto privadas de la presencia de alguien capital en nuestras vidas, pero el dolor es mucho más profundo porque se trata de una injusticia de proporciones nunca vistas. Parece que los serbios siempre somos el blanco fácil, no sé por qué.

—Cambiando de tema, ¿qué opina de la expansión de la OTAN en los Balcanes?

—Estoy absolutamente en contra de que Serbia ingrese en la Unión Europea, y la OTAN es una organización bajo su ascendencia. Queremos ser independientes y ser dueños exclusivos de nuestro futuro. Por eso el tiempo de Boris Tadic como presidente de Serbia debe concluir de inmediato, si no será demasiado tarde para que nuestro país enderezca su rumbo. Ya está bien de traer alimentos de pésima calidad de Europa. Apoyemos a nuestros agricultores.

—Según su punto de vista, ¿cuáles deben ser las relaciones entre Serbia y Rusia?

—Muy estrechas. Me gustaría que ambos países lideraran una organización económica junto a Bielorrusia y Kazajistán. Y seguro que Putin estará de acuerdo. Por supuesto, cada país preservando su identidad y su ejército, aunque colaborando en situaciones puntuales. Necesitamos aliados fuertes que nos protejan de la OTAN, porque de lo contrario nos volverán a bombardear como ya hicieron en 1999. Por suerte, los serbios tenemos una piel muy resistente forjada en las treinta y ochos ocasiones en las que hemos tenido que reconstruir Belgrado a causa de las invasiones extranjeras.

—¿Qué opina sobre el mandato de George Bush?

—Es una mera continuación de sus predecesores en una carrera frenética por dominar el mundo a cualquier precio. Su guerra contra el terrorismo es una prueba de ello, una excusa para desplegar sin límites su ejército por Asia. No creo en la existencia de un eje del mal contra Estados Unidos».

Apoya a su padre, claro. Inteligente. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio? ¿Le están ayudando los rusos a esconderse? Imposible de saber. Solo conoces una versión de la historia, Ljubica. Es maravilloso este invento del Señor. Pensaba que los ordenadores solo servían para jugar o ver la televisión, como cuando era adolescente. ¿Y la esposa del general? Supongo que residirá aquí, en Belgrado, con su hija. Las dos viviendo juntas. ¿Podré saber la dirección?

—Dusan, ¿cómo puedo buscar a su madre? No sé su nombre.

—Escriba en el buscador, “esposa de Stimac” y dele a la tecla *enter*. ¿Es la primera vez que usa un ordenador?

—No, mi padre tenía uno, un Commodore. Bueno, lo compró para la familia, aunque al final solo lo usaba yo. Tenía un ratón que era

una bolita que se llenaba de polvo todo el tiempo. ¿Qué es esto?

—Este icono significa que es un vídeo. Una entrevista del año pasado. Se llama Vesna Stimac. Hay que darle a ese triangulito, ¿lo ve?

—Sí.

—Ahora ya empieza a reproducirse…

¿Es esa la esposa? De ella no me acuerdo tanto de la fotografía en el despacho de Stimac. ¿Imágenes de Belgrado? Ahora fotos familiares. Debe de ser su casa, el portal, el salón. Ah, comprendo, crean un contexto antes de… Habla Vesna:

«—… Después de la guerra, siempre mantuvo una cordial relación con el presidente. Le dijeron que le protegerían y que nunca lo enviarían a La Haya. Que estaban haciendo lo posible por juzgarlo aquí, pero que sería una maniobra para que Estados Unidos y Europa se contentaran. Pero después de lo que pasó con Milosevic, mi marido ya no se fiaba. Se sintió traicionado, y los militares son así, no soportan la traición de los suyos. Entonces rompió cualquier diálogo con ellos.

…A veces me despiertan en mitad de la noche y registran mi casa, mis cosas, me congelan la cuenta bancaria, vigilan quién entra y quién sale, las visitas, mi familia ya no viene por aquí. Ignoro donde está mi marido y mi hija tampoco lo sabe. Yo no puedo influir en él, pero me gustaría que se entregase y que defendiera la verdad en los tribunales, con buenos abogados y fiscales independientes. No puede estar toda la vida así, escondido, no es bueno para su corazón, ni para nosotras, que queremos verle en nuestras vidas.

…No entiendo qué es lo que ha cambiado en este país. Porque mi marido era un héroe y de la noche a la mañana la policía empezó a perseguirle. ¿Alguien me lo puede explicar? No lo entiendo».

Le echa de menos. Lágrimas. Se acaba la entrevista.

El general Stimac es astuto y quiere protegerla, por eso creo que no le ha confesado el lugar de su escondite. Dice que la tienen muy vigilada. ¿Merece la pena hablar con ella? Es una mujer mayor. No, no parece una buena idea. Vesna, reza a Dios para que se entregue Stimac y se acabe tu sufrimiento. Eso sería lo mejor para Srspka y Serbia. ¿Padece del corazón? Interesante.

13

Dirigí la mirada hacia los compañeros, aún disfrazados de cascos azules. Se sentían cómodos representando el tétrico papel de sus vidas. Ninguno se movía más de lo necesario para no perderse ningún detalle. Lo que ocurriera se convertiría en una historia que contarían al llegar a la base. Hoy el general ha hecho de un gallina, un hombre, dirían. ¡Celebración!

¿Cuántos eran? Aunque los recuerdo como si fueran diez o doce, quizá fueran cinco o seis. Nunca se me olvidará que me miraban en un silencio cómplice y desafiante. Señor, perdónales, porque quiero creer que después de regresar de ese infierno cambiaron. No, no era yo, se habrán dicho a sí mismos. Fue la guerra.

Volví la cabeza y ahí estaba él. Stimac. Su sonrisa era cálida, arrebatadora, televisiva, pero era lo único humano. En su fría mirada se encerraba el alma de todo el Ejército Srspka. La voracidad salvaje, el aullido tenebroso, el océano de sangre. No, él no se ha arrepentido ni se arrepentirá nunca. ¿Por qué se cruzaron nuestros caminos, Señor? ¿Qué querías enseñarme y por qué de esa manera?

Fijé la vista de nuevo en la pistola. Me adueñaría del trono del reino oscuro en cuanto la empuñara, pero en ese momento lo ignoraba. Cogí el arma. Noté un escalofrío recorriéndome la espalda. Mi cuerpo con ansiedad me exigió nicotina. «Tengo que decidir de qué lado estoy». Examiné la Zastava como si fuera una prolongación natural de mi mano. Sentí que la bestia poco a poco se abría paso en mí.

Cuando miré al hombre ya era demasiado tarde, ya me había transformado. Recuerdo su sollozo trágico e incontrolable. De pronto regresé al bosque, veinticuatro horas atrás, cuando tuve delante al prisionero Besic. Recogí el odio que corrió por mis venas. Me alimenté de ese odio, del silencio de mis compañeros y de Stimac para apuntarle con el pulso firme. Quería gritarle que se callara, pero las palabras no me salían. Las manos me sudaban.

Disparé. Bang.

El silencio estalló como una granada. Sentí una brisa helada. El hombre al que asesiné se había desplomado. Bajé el brazo lentamente. Otra vez la sangre tiñendo la pradera. Entonces ocurrió algo que aún hoy me cuesta explicarme. Una furia incontrolable se apoderó de mí. Un vendaval salvaje nubló mi conciencia. Bajo la atenta mirada de Stimac me acerqué al bosnio siguiente. Apunté y disparé. Muerto.

Después al siguiente y al siguiente. Muerto, muerto, muerto… Dios mío, no era yo; alguien había usurpado mi mente y mi cuerpo. Asesiné a toda la fila. No dejé nada con vida. ¿Qué clase de delirio me…?

—Marko, Marko…

¿Eh? ¿Quién me llama? ¿Mirjana?

—¿Qué ocurre?

—Iba a por un vaso de agua y le he visto sentado. ¡Está sudando! ¿Se encuentra bien?

Despierta. Estás en el salón. Es de noche.

—Sí, sí, no se preocupe. Solo estaba ensimismado.

—¿Por qué se ha quedado a oscuras?

—Me puse a repasar lo que tenía que hacer mañana y se me fue el santo al cielo.

—¿No tendrá fiebre?

—Estoy bien, gracias.

—Le voy a traer un jugo. Le sentará bien.

¿Me estaba llamando? No me he enterado. Qué concentración. Entregado a los recuerdos hasta ese punto de abandonar el presente. ¡Estoy sudando, es verdad! Aún me noto agitado. Claro, cómo olvidar la infamia. Si estuviera en el monasterio me acercaría para hablar con el abad para desahogarme. Siempre tiene la puerta abierta. En Srebrenica toqué fondo. Soy un asesino. La excusa de la guerra ya no me ampara desde hace catorce caños. He abandonado el monasterio, mi chaleco antibalas. Ahora estoy solo frente a mis viejos fantasmas. Me esperaban con ganas. La granada que explota en la mano.

—Es de ciruelas, el favorito de Dusan —dice Mirjana.

—Gracias y perdone la molestia. Mmmm… Riquísimo.

—Tómeselo entero, padre. Y no le dé vueltas a la cabeza, que eso no es bueno.

—Cuánta razón tiene. Por suerte, la meditación y el rezo ayudan mucho.

—Marko, espero que no le moleste. Me ha dicho Dusan que ha estado buscando información sobre la guerra. ¿Es que estuvo en ella?

—Sí, fui soldado de infantería en el Batallón Independiente. Dios quiso que lo fuera por escaso tiempo, cuando ya quedaba poco para acabar, aunque no lo sabíamos, claro.

—¿Y de soldado pasó a ser monje? Creo que eso lo dice todo. No lo debió pasar nada bien.

—Fue una dura prueba, no se lo voy a negar. Espero que jamás estemos involucrados en otra guerra. Tenemos que vivir en paz los unos con los otros, todas las religiones, las etnias, hay que encontrar la forma.

—Estoy de acuerdo, Marko. Mi marido y yo nunca estuvimos a favor de la guerra. Murieron muchas personas de todos los bandos. Y

ahora el mundo entero piensa que en Serbia solo hay francotiradores.

—¿Qué hora es? Acuéstese, por favor, Mirjana. No quiero que se desvele por mi culpa.

—Sí, voy. Mañana me espera un día duro en la oficina. Presentación de balances y previsiones para el 2010. Ahí es nada. Tenemos que vender más muebles para que la gruñona de mi jefa esté contenta. Si pasa frío no dude en encender la estufa. Buenas noches, Marko.

—Buenas noches, Mirjana.

Sí, Mirjana, cuánta razón tienes. Murieron muchas personas.

Quizá debería haber dejado la Zastava en el monasterio. No creo que Mirjana registre la bolsa, no le voy a dar motivos. ¿Debería haber sido más precavido?

Recuerdo que el general, dirigiéndose a mí, se llevó la mano a la frente. El saludo castrense de quien ha traspasado la frontera. Le hice el gesto de devolverle la pistola. Quédatela, me dijo Stimac con su sonrisa endiablada, te la has ganado.

Creo que Mirjana se molestará si la encuentra. Ya no puedo regresar al monasterio a guardarla. Estoy en plena misión. Me abandono a lo que el Señor tenga preparado. Mañana tendré a Ljubica frente a frente. Quizá su padre le habló de mí. ¿Le dijo que fui un héroe para él o que fui un desertor?

General, ahora quiero que usted vea la pistola cuando le envíe a prisión.

14

Al amanecer, salimos en busca de los rezagados de la columna bosnia que se dirigía a Tuzla a través de la colina de Kamenice. Huían en busca de un lugar seguro y cómodo donde asentarse. A pesar de que no habíamos recibido una orden expresa sobre qué hacer con ellos, se entendía que la misión era impedir a toda costa que llegaran los máximos posibles. Sin importar de que entre los soldados hubiese mujeres y niños.

Pavlovic, Jovan, otros compañeros y yo formábamos la primera línea. Avanzábamos en silencio, con calma y reservando fuerzas, conscientes de que el día se nos haría muy largo. El sol, como siempre, no daba tregua. Jovan no dejaba de mirar hacia atrás, como si temiese una emboscada. Pavlovic miraba con inquietud a todo lo que nos rodeaba: árboles, vegetación, rocas. Flotaba en el ambiente la incertidumbre de saber cuándo encontraríamos a los huidos, y eso era lo que más nos agotaba: el permanente estado de alerta.

La noche anterior, al llegar a la tienda después de mi encuentro con Stimac, Jovan y Pavlovic se interesaron por mí. No me apetecía hablar del baño de sangre que había protagonizado en las afueras de Srebrenica, pero sabía que tarde o temprano debería ofrecerles alguna explicación. Ahora sé que me avergonzaba de lo sencillo que había sido para Stimac manipularme. Le había entregado mi alma a cambio de una pistola, y cuanto más lo pensaba más me dolía. Dios mío, si es que yo era solo un crío. ¿Está preparado un joven de dieciocho años para soportar esa carga?

Les mentí. Les dije que me había disculpado, y que después había ayudado a Stimac a detener a un puñado de bosnios que se habían ocultado en el bosque. Jovan pareció satisfecho con la respuesta, sin embargo, no fue tan sencillo engañar a Pavlovic.

—¿Es que estás emparentado con el general? —preguntó medio en broma, medio en serio—. No he visto nunca a alguien al que le trate tan bien.

No supe qué responder. Todo lo que me había dicho Stimac en su despacho resonaba en mi cabeza, pero una mezcla de pudor y desconcierto me impedía desvelarlo. Me había ilusionado con acaparar la atención de Stimac y ahora que la disfrutaba me sentía extraño. Mi voz interior decía que algo no encajaba.

—Estás exagerando, Pavlovic —le dije—. Solo intenta motivar, eso es todo.

Un par de horas después nos detuvimos a descansar a la sombra refrescante de un pinar. Tomé un sorbo de agua. Me hubiera quedado una hora, pero no quería acomodarme demasiado. En cualquier momento el sargento Yarkovic ordenaría reanudar la marcha.

—Toma un trago.

Me habló el compañero Lukic, de pie, tendiéndome su cantimplora. Al sonreír me fijé en su aparato dental. Tenía una cabeza fina, las orejas de soplillo y una edad próxima a la de Pavlovic.

—Es agua mineral, no esa mierda de los garrafones —me dijo, guiñándome un ojo.

Llevaba la camisa caqui y marrón desabotonada dejando entrever unas cicatrices horribles en el abdomen. Al acercarme la cantimplora a la boca, reconocí al instante el olor inconfundible del rakia. Lukic se encogió de hombros y soltamos una carcajada cómplice. Después bebí un largo sorbo que me despejó la cabeza y le devolví la cantimplora. Lukic también bebió y al finalizar dejó escapar un eructo. De sus labios colgó una sonrisa infantil que era de las más tristes que había conocido.

Cuando nuestro Ejército empezó a invadir Modrica, Lukic cayó prisionero de los bosnios. Su pelotón irrumpió en el barrio musulmán y se desperdigó por las callejuelas con el objetivo de *liberar* la ciudad. Lukic entró en la casa de una familia gitana que tenía la puerta abierta. Olía a café. Les apuntó con el kalasnikov. El padre, la madre y un hijo adolescente levantaron las manos, asustados, pero la situación cambió de repente. Cuando estaba a punto de disparar alguien por detrás le arrojó un cazo de café hirviendo. Lucki soltó un grito y dejó caer el arma al suelo. La familia aprovechó para reducirlo.

Al día siguiente, el ejército bosnio se lo llevó a una granja abandonada a las afueras de la ciudad, donde se encontró con más presos serbobosnios. Lukic nos contó que olía a boñiga, que había telarañas y cristales rotos por todas partes. No le dieron de comer. Durante la madrugada fueron a buscarle y lo llevaron al campo. Le obligaron a desnudarse. Rodearon su pecho con alambre de espino y le patearon hasta que amaneció, pero no solo un día, sino durante una semana.

Le ofrecí un cigarro que rechazó.

—Hoy mismo he dejado de fumar —dijo, cerrando la cantimplora y guardándola en el morral—. Ya está bien de…

Algo oscuro y afilado se clavó en la cabeza de Lukic. El morral acabó en el suelo mientras yo me quedaba sin respiración. ¿Qué habría querido decirme? Nunca lo sabré. El hacha surgió de la nada. Sus ojos se agrandaron como platos. Se desplomó boca abajo. La hoja se había insertado en el cuero cabelludo, detrás de la oreja.

—¡Lukic! —exclamé para que me oyesen los compañeros.

Ya era demasiado tarde para ayudarle. La sangre empezó a manar. Alcé la vista y atisbé al asesino entre los matorrales. Se quedó inmóvil con expresión desafiante pero en cuanto los fusiles le apuntaron desapareció al momento. Una vigorosa lluvia de balas se abalanzó sobre él destrozando todo lo que encontraba a su paso. Ansiosos de venganza, tres o cuatro compañeros salieron en su busca sin que el sargento lo ordenase, lo que fue un error colosal. Pavlovic y Jovan se acercaron y le dimos la vuelta al cadáver. Le quité el hacha y la arrojé a un lado. ¿Qué más me queda por descubrir en esta guerra? Estoy cansado de tanta muerte, pensé.

—Hay que enterrarlo —dije, y evoqué el muerto que Pavlovic nos había enseñado hacía poco más de un mes—. No lo dejaremos tirado.

El sonido de los disparos de los compañeros se interrumpió de repente. Durante un instante se hizo un silencio. Vimos al pelotón que había salido a por el asesino corriendo hacia nosotros con la cara desencajada. Nos temimos lo peor.

—¡Retirada! —exclamó uno de ellos con desesperación.

Resultó que la columna bosnia aguardaba al otro lado de la colina. En vez de esperar a que les diésemos alcance, nos atacaban para cobrar ventaja en la sorpresa. Las ráfagas interminables de metralla buscaron aniquilarnos sin compasión. Nos pusimos a cubierto como pudimos. Estaban apostados en lo alto de un repecho, cubiertos por rocas y árboles. Era difícil saber de cuántos se trataba. Respondimos con fuego a discreción pero el enemigo no se amilanó. Una granada explotó apenas a veinte metros de mí. La siguiente podía haberme caído a menos de diez. Fue ahí cuando experimenté la plena sensación de miedo. Una fiebre incontrolable que aprieta hasta lo más profundo y no suelta, como las fauces de un cocodrilo. Un sinfín de órdenes contradictorias bullían en mi cabeza. ¡Ágachate, dispara, corre, mata, espera, grita, cállate!

¿Dónde estaban Jovan y Pavlovic? Me asomé y disparé un cargador completo. Me asusté cuando descubrí sangre en mi antebrazo, pero era un rasguño que me habría producido al rodar por la tierra. Revisé mi cuerpo por si acaso estaba herido y no me había percatado. El sargento, exasperado, impartía órdenes.

¿Cuánto tiempo va a durar esto? ¿Me quedo aquí o avanzo? El cuerpo de Lukic seguía boca arriba en tierra de nadie. Se formó una humareda y durante unos segundos no alcancé a ver más allá de dos metros. Cuando se hubo disipado vi a Pavlovic y Jovan pero algo me causó extrañeza. No disparaban. Forcejeaban entre ellos. Los fusiles estaban en el suelo. ¿Qué está pasando?, me pregunté sin salir de mi asombro. Esos idiotas pueden recibir un balazo en cualquier momento. Pavlovic le golpeó en el estómago, Jovan se aferró a su cintura y lo tumbó. Ahí supe que debía intervenir. Sin dejar el kalasnikov corrí

hacia ellos con un ojo puesto en el fuego enemigo.

—¿Os habéis vuelto locos? —les pregunté cuando los tuve cerca .

No me hicieron el más mínimo caso. Ambos resoplaban como animales. Me fijé en la cara de Jovan. Roja y llena de sudor. Su cuerpo, trémulo. Lo peor fue cuando reparé en su mirada vacía. Comprendí la situación en el acto: un ataque de pánico. Jovan intentaba zafarse de Pavlovic para huir como un loco hacia el enemigo.

—¿Qué haces ahí parado? —me gritó Pavlovic—. ¡Échame una mano, joder!

Solté el fusil y me abalancé a por Jovan. Me sorprendió su fuerza. Tenía la potencia de un animal desbocado. Mascullaba, escupía y soltaba manotazos. Las balas silbaban a un palmo. Si lo dejábamos escapar con toda probabilidad acabaría herido o muerto. Pavlovic me hizo un gesto para que agarrara con más ahínco a Jovan. Cogió su cantimplora y le bañó la cara con agua. Después le volvió a agarrar por las piernas. Jovan soltó un grito y se revolvió una vez más. Justo me preguntaba cuánto tiempo más Pavlovic y yo aguantaríamos, cuando noté que su cuerpo se relajó de golpe.

—¿Estás bien? —le pregunté a Jovan.

Poco a poco su mirada recobró algo de vida. Estaba en camino para ser el de antes. Al cabo de unos minutos lo soltamos.

—Hay que llevarle a la retaguardia —dijo Pavlovic—. Allí cuidarán de él.

—Me parece bien —dije.

Jovan miraba a un punto indeterminado. Dudé que fuera consciente de que estábamos a su lado. Definitivamente no era un hombre de guerra. Pavlovic me preguntó si quería acompañarlo. Jovan negó con la cabeza. Eché un vistazo a mi alrededor y descubrí que nos estábamos quedando rezagados.

—No hace falta. Estoy bien —dijo Jovan con un hilo de voz.

—¿Seguro? —pregunté.

—Sí. Estoy un poco mareado pero enseguida se me pasa.

—Dale más agua —le dije a Pavlovic.

Mientras Jovan bebía, alcé la vista. Los bosnios habían desaparecido, pero debíamos unirnos a la primera línea si no queríamos llevarnos una bronca del sargento.

—¿Nos movemos? —les pregunté.

Pavlovic dijo que sí y fue el primero en salir. Jovan se colgó el morral y cogió su kalasnikov, pero se quedó inmóvil. Su cara se volvió pálida. Temí que volviera a sufrir un ataque.

—Marko, ¿somos amigos, no? —me dijo.

—Claro, ¿qué ocurre? Puedes contarme lo que sea.

—Tengo que pedirte un favor.

—Lo que quieras.

Jovan sonrió con fragilidad. Miró hacia todos los lados, después se mordió los labios. Negó con la cabeza. Pavlovic se giró a lo lejos, extrañado de que no lo siguiéramos, pero con un gesto de la mano le dije que no se preocupara.

—Pégame un tiro en la pierna —me dijo.

—¿Qué?

—Quiero acabar con esto de una vez, Marko. Me llevarán a enfermería. Es lo mejor para mí.

—¿Tienes una idea de lo que me estás pidiendo?

—Esto es superior a mis fuerzas. Odio estar aquí. No me hagas pedírtelo de rodillas, Marko.

—¡Así no se arreglan las cosas!

—Si tú me lo pidieras, yo lo haría.

Resoplé. Jovan me cogió de la camisa pero le aparté de un manotazo. No quería oírle más.

—Espera a esta noche. Cuando regresemos a la base lo verás de otra forma. Tiene que haber otras soluciones.

—¿Cuáles? ¿Desertar? —dijo con la voz hueca—. No podría regresar a casa. ¡Los compañeros irían a buscarme!

—Habla con el sargento, Jovan. Tiene que entenderlo.

—¿Y qué va a decirme? ¿Oh, pobrecito, quiere usted quedarse tramitando documentación? ¡Va a decirme que me joda!

—¡No lo voy a hacer! ¡No voy a dispararte!

—¿Es que no tienes humanidad? —preguntó, angustiado.

—¡No! ¡No la tengo! ¡No tengo humanidad, ni alma, ni corazón! ¡Entérate de una vez!

Me fui y lo dejé plantado, harto de un diálogo absurdo. Sentí la necesidad de una buena dosis de nicotina. Sí, un cigarro me ayudaría a relajarme un poco. Un disparo en el suelo a un palmo de mi pie me hizo detenerme en seco. Al voltearme, noté cómo me estremecía. Jovan me apuntaba con el kalasnikov. Su mirada era febril.

—Haz lo que te digo o… —dijo, nervioso.

Respiré hondamente.

—¿Me vas a disparar? —pregunté, sin moverme, sabiendo que si él apretaba el gatillo recibiría un proyectil—. ¿Por qué no te disparas a ti mismo?

—¡No puedo!

Conté hasta tres, me giré y seguí caminando, imperturbable. Le imaginé tenso, apuntándome a la espalda.

—¡Marko, tú lo has querido! ¡Voy a dispararte!

Recuerdo que dejé la mente en blanco. En ese momento ambos perdimos la razón. Esperé el sonido de la detonación, pero lo que oí fue a Jovan acercarse a paso ligero para colocarse junto a mí. No lo

miré. Solo quería comportarme como si no hubiera pasado nada. Jovan había sido víctima de sí mismo y ya se había acabado, no obstante, aún le quedaba algo que decirme.

—Jamás te lo perdonaré.

15

—¡Compañeros, dejad de beber y escuchadme! —dijo Pavlovic de pie, sujetando un vaso de cerveza.

Esa noche el Hogar del Soldado, la cantina de la base, estaba abarrotada de gente, humo y alcohol. «Cantina» quizá era un nombre generoso para un barracón con una tabla larga de madera que ejercía de mostrador. Las sillas eran cajas vacías y las mesas, tablones apoyados en caballetes. Poco a poco las conversaciones se interrumpieron y la atención recayó en mi amigo.

—Así está mejor… —continuó Pavlovic—. ¡Eh, los del fondo, callaos!… Soy un orgulloso soldado de este Batallón. He visto más sangre en este tiempo de lo que veré en toda mi vida. Han muerto compañeros de un tiro en la cabeza, acribillados por la metralla o explotados por un obús. Que Dios los tenga en su gloria. No olvidemos nunca de los que se quedaron atrás porque si estamos aquí es gracias a ellos. ¿O no? La guerra terminará cuando toque. Volveremos a casa con nuestras familias, al trabajo también, y volveremos con la satisfacción del deber cumplido. Pero nunca dejaremos de ser soldados porque aquí hemos creado un vínculo de sangre entre nosotros que nadie jamás destruirá. Levantad los vasos y brindemos por nosotros. ¡Nunca olvidemos de dónde venimos! ¡Salud, compañeros!

Se bebieron generosos sorbos. Era extraño sentirse alegre, aunque fuese por unos segundos, con todo lo que pasaba a nuestro alrededor. Incluso en los momentos más lúgubres el ser humano necesita un trago de cerveza para recordar que sigue vivo.

—¡Quiero decir algo más! —exclamó Pavlovic con un brillo en la mirada, encantado de sentirse protagonista—. Brindemos por los reclutas. Todo ejército que se sienta orgulloso necesita sangre joven para ser fuerte e invencible. ¡Un brindis por estos cabrones!

—¡Salud! —gritaron todos al mismo tiempo con los vasos en alto.

Parecía que la cerveza era un tesoro inagotable. Jovan, Pavlovic, los compañeros y yo bebíamos sin cesar. Era la primera vez que acudía al Hogar del Soldado y agradecí olvidarme de mis problemas, aunque al final se agravaron por mi estupidez. Creí que el más beneficiado por esa noche libre era Jovan. Verle sonreír y reírse a carcajadas me hizo pensar que su desquiciada idea de lesionarse a propósito se había quedado en eso, en una idea, sin embargo, me equivoqué. A partir de esa noche todo fue de mal en peor.

Cvetkovic apareció y de repente el ambiente se volvió rígido, o tal

vez fue solo mi impresión. No le había visto desde que me llevara ante Stimac. Sin saludar a nadie se acercó a un grupo de veteranos, justo en el extremo opuesto a donde nos encontrábamos. Quisieron servirle cerveza pero la rechazó con un gesto seco.

—¿Qué hace aquí? ¿Está de descanso o ha venido a vigilarnos? —preguntó Jovan por lo bajo.

Mientras que Pavlovic, Jovan y el resto conversaban sobre el futuro de la guerra, de vez en cuando miraba de reojo a Cvetkovic. Su cara era un muro inexpresivo y eso me fastidiaba. Nuestras miradas se engancharon y enseguida desvié la mía, avergonzado de que me hubiera sorprendido. Pensé que no sería una mala idea si lograba conversar con él, al fin y al cabo era la mano derecha de Stimac. La sensación que imperaba en aquella noche era que la guerra se alargaría hasta principios del año siguiente, por lo tanto, me convenía llevarme bien con todos. Nadie podía prever que cuatro meses después se firmaría la paz con Bosnia y Croacia a regañadientes. Al poco, observé que Cvetkovic se separaba del grupo para coger una botella de agua. Apagué el cigarro y me acerqué con la excusa de servirme otra cerveza. Notaba el efecto chispeante del alcohol recorriendo mi cuerpo.

—Señor, ¿se toma una cerveza con nosotros? —pregunté, sonriendo.

Cvetkovic se giró.

—Puede que el general le ría sus gracias, pero a mí no me engaña, Gurovic —dijo, con arrogancia—. Primero perdona la vida de un bosnio, después ejecuta una fila entera. No es de fiar y esos son los más peligrosos. No me gustan en mi ejército porque cuanto más se exponen, mejor se ocultan. Ahora usted se cree intocable pero no se confíe.

Entonces lo ignoraba pero echando la vista atrás, creo que Cvetkovic ya había urdido un plan con el que hacerme caer en desgracia. Lo más curioso es que yo nunca había sentido el beneficio de ser el protegido de Stimac. Ni siquiera cuando me libré de la sanción por desobedecer la orden de asesinar a Besic. Si fui exonerado fue porque a cambio entregué mi alma al diablo al ejecutar a esos bosnios. Por lo tanto, el privilegio jamás existió. Si Stimac había preparado un futuro para mí que hubiera supuesto recelos entre los demás, es algo que nunca sabré.

Ignoro qué tenía Cvetkovic contra mí, un muchacho de dieciocho años que estaba abriendo los ojos a la atroz cara de la guerra. ¿Me odiaba porque había faltado a mi palabra? ¿Bastaba eso para granjearme su enemistad hasta el punto de querer matarme? Una cosa estaba clara: para Cvetkovic yo representaba una amenaza. Quizá intuyera lo que sucedería catorce años después. Intentaría atrapar a su

adorado general y entregarlo a la justicia.

~

TODAS ESTAS PERSONAS deben de acudir también al mitin de Ljubica. Mucha gente joven. ¿Cuántos deben de ser? Que el Señor me perdone por fingir que soy un seguidor del partido. Es una buena causa.

El hotel se ve cuidado y moderno. Dormir una noche aquí debe costar un año de cosecha en el huerto del monasterio. ¿Estará Ljubica ya dentro? Bien, por ahí asoma el sol. Manos heladas. Vamos adentro.

Vestíbulo. Mármol reluciente, espejo majestuoso, uniforme elegante, perfume embriagador, lámpara barroca… La ostentación. Cuánto despilfarro en la banalidad absoluta. Hermanos, sigamos rezando, el mundo exterior nos necesita.

Azul, rojo, blanco. Colores del Partido Nacionalista. Ahí es. Escaleras mecánicas. Más gente. Sí, agobio. No estoy acostumbrado a tanto ruido. ¿Ljubica? Imagino que estará con el resto de los políticos. ¿Hasta dónde llega la cola? Ah, va rápido.

Espero que nadie se acerque a hablarme. Seguro que alguno habrá acudido a nuestra iglesia. Quién iba a decirme que esa joven de la fotografía con Stimac se convertiría en una política. ¿Quién será ese hombre con el que se vio en la cafetería y después la acompañó al coche? Bien, me toca.

—¿Y su acreditación? —pregunta un señor.

—¿Qué acreditación?

—Se necesita una. Vaya a la mesa del fondo. Allí se la darán.

No me he fijado que la gente lleva… Pensé que estaría abierto al público. Mal. Espero que pueda sacarme una.

—¿Nombre? —me dicen en la mesa.

—Marko Gurovic.

¿Qué miran en esos papeles? No van a encontrar mi nombre.

—No está en el listado, no le corresponde ninguna acreditación. El mitin es solo para afiliados.

¿Lo decía en el cartel? Tengo poco que hacer aquí. Márchate.

Esto es un hotel, debe de haber otra entrada. Escaleras mecánicas. Ni se te ocurra rendirte. El Señor te alumbrará, seguro. ¿Y si pregunto en la recepción? Sí, puedo hacerme pasar por alguien que busca un huésped.

Esos parecen turistas. Un momento. ¿Adónde llevará ese pasillo? ¿A las habitaciones? Solo existe una forma de averiguarlo. ¿Derecha o izquierda? Por aquí. No se oye nada. Este pasillo es eterno. Saluda al camarero con seguridad.

Más escaleras. Solo puedo subir. Creo que me estoy alejando. Todas las puertas son idénticas. ¿Otro ascensor? «Uso exclusivo del

personal». Debe de ser un montacargas. Ruego que me perdone la dirección del hotel, pero se trata de una emergencia. Sí, es un montacargas. Pulsa el botón. Huele a goma quemada.

Quizá ahora Ljubica ya está hablando. ¿Tendrá el carisma de su padre? Eso es difícil de heredar. ¿Y si acude la esposa de Stimac? Quizá pueda acceder a Ljubica a través de su madre. Complicado. Si la veo al menos lo puedo intentar. Vesna tal vez esté sufriendo. Hay que rezar por ella.

Estás en las entrañas del hotel. Sigue el olor a comida. Se oyen conversaciones, ruido de cubiertos, pasos… ¿Esa es la cocina? Huele a queso, salchichas y huevos. Camareros. Si preguntan, me he perdido.

Allá va el soldado del Batallón Independiente del Ejército de Srspka. Allá va el soldado de Dios en misión secreta.

—¡Cuidado! —exclama uno.

Demasiado tarde. Me cae vino. ¿Dónde hay servilletas? No hay tiempo. Parece que el mitin no ha empezado todavía. La gente habla en corrillos y toman canapés. Caras serias, alguna sonrisa. Apretones de manos y abrazos. Organización y profesionalidad.

¿Y Ljubica? Es un alma que no pasa desapercibida. Huelo a vino, parezco un borracho. Necesito un lavabo. Camina con sosiego y encuéntralo.

¿Eh? Sí, es un lavabo. Entra. Pequeño y limpio. Papel y jabón. Perfecto. ¿Costará mucho eliminar el olor? Mírate al espejo. ¿Qué ves? Cómo serías ahora si no hubieras ido a la guerra. No hubieras sido monje. Estarías ahora en Sarajevo ejerciendo de abogado, con una novia y yendo a almorzar los domingos a casa de tus padres. Una vida en paz y con futuro. Pero ahora ves a un hombre flaco, pómulos marcados, pálido. Aún no me reconozco sin el pelo largo y sin barba. Sin la túnica me siento desprotegido.

La puerta se abre.

—Buenas tardes —dice un hombre con gafas.

Pasa detrás de mí. No me mira.

Dios mío, lo reconozco. Cvetkovic. Sí, es él. Calma. No te ha reconocido. Creo. Me cuesta tragar. Calmado. Sigue lavándote las manos. No pienses en nada. Así, muy bien. Actúa normal. Te lavas las manos y después las secas. Calmado, sí.

—Buenas tardes —le digo con voz ronca.

¿Qué está haciendo? Orinando. ¿Salgo o espero a que termine? Tienes que salir ya. Vendrá a limpiarse las manos y te verá la cara. ¡Termina de lavarte las manos! Señor, el corazón me va a estallar. Cvetkovic. Lo que hizo en la base merece también justicia. ¿Estará en busca y captura? No, claro que no. Estaría escondido como Stimac y no aquí. Nadie lo busca. Incomprensible.

¿Terminaste? Afuera, rápido.

Mujeres, hombres, caras serias.

¿Y si me ha reconocido y ha preferido no decirlo? ¿Se acordará de mi cara después de tanto tiempo? Físicamente estoy cambiado. Él lleva gafas. ¿Me habrá reconocido? El pasado, el pasado siempre acecha, ya lo sabes. Y hace bum, estalla y solo quedan pedazos. Sálvese quien pueda.

~

ME ARRESTARON uno o dos días después de la conversación con Cvetkovic en el Hogar del Soldado. Todo empezó al mandarnos formar en la explanada frente a la base. Recuerdo que las nubes tenían el color de la ceniza y el aire invitaba a pensar que chispearía en breve. Esos días de verano que de repente parecen el otoño. En los barracones se había rumoreado que parte de nuestro batallón marcharía a apoderarse de un pueblo llamado Zepa, al sur, que no opondría resistencia. El resto se quedaría vigilando Srebrenica. En mi caso prefería alejarme de la ciudad y de sus malos recuerdos.

El sargento Yarkovic pasaba revista cuando apareció el subteniente por sorpresa, con las manos detrás de la espalda y una expresión taciturna. Sonrió pero de una manera poco natural. Ambos empezaron a conversar por lo bajo. Jovan y yo nos miramos, expectantes. Detrás de mí oí a Pavlovic extrañarse junto a otros compañeros. ¿Cambio de planes? Me entró un dolor de cabeza solo de pensar que me quedaría más tiempo en Srebrenica.

Finalmente Cvetkovic dio un paso al frente, dando por terminada la breve conversación con el sargento. Deambuló frente a la primera fila durante unos segundos con la cabeza gacha, como si reflexionara para sí mismo, hasta que se decidió a hablar.

—Soldados de la República Srspka —dijo—, el general Stimac me ha dicho esta mañana que les transmita su más ferviente enhorabuena por su comportamiento con la columna de huidos a Tuzla. Sus palabras textuales han sido: «Diles que con ellos iría hasta el mismísimo infierno si hiciera falta. No esperaba menos de este Batallón, el más célebre del Ejército». Sin embargo, yo no estoy de acuerdo con el general. Para mí se comportaron como perros callejeros, sin orden, sin inteligencia, sin valentía. Más que soldados parecían una manada de simios. Pero ¿quieren saber lo que fue más desastroso? —Nadie respondió—. Que hubiera uno de ustedes que ni siquiera se dignó a combatir. En todos mis años como militar nunca he visto una actitud tan estúpida y suicida. Mientras que los compañeros se protegían del enemigo, este soldado en un ataque de locura quiso ponerse a descubierto, arriesgando su vida y, lo que es peor, la de sus compañeros, que quisieron detenerlo a toda costa.

Lancé una mirada furtiva a Jovan. Seguía en posición de firme pero descubrí una gota de sudor deslizándose por la sien. ¿Cómo se ha enterado Cvetkovic? Alguien nos vio y se lo ha contado. ¿El sargento? Esto no pinta nada bien, no.

—¿Qué es lo que pretendía? —continuó Cvetkovic—. No lo sé. Vamos a preguntárselo… Seguro que no soy el único que se muere de ganas por saberlo. ¡El soldado suicida que dé un paso al frente!

Durante unos segundos no hubo movimiento alguno hasta que Jovan, titubeante, obedeció. ¿Qué otra posibilidad tenía? Era evidente que Cvetkovic sabía su identidad. El subteniente se acercó hasta la segunda fila con pasmosa tranquilidad, y quedaron frente a frente.

—¿Cómo se llama?

—Jovan Zivkovic, señor.

—Zivkovic, ¿está usted loco?

—¡No, señor!

—Se lo volveré a preguntar, ¿está usted loco?

—¡No, señor!

—¿Es usted un cobarde?

—¡No, señor!

—¿Entonces tuvo miedo, verdad?

Jovan no respondió.

—Le he hecho una pregunta, soldado.

—No sé lo que pasó… ¡pero no tuve miedo, señor!

—Estoy de acuerdo con usted. Le digo lo que pasó, usted no tuvo miedo, tuvo un ataque de pánico que es mucho peor. ¿Sabe usted la diferencia entre miedo y pánico?

—¡No, señor!

—El miedo es de todos, es humano, pero el pánico es de una sola clase de persona, la más repugnante que existe: el desertor. A partir de ahora será Zivkovic, el desertor. ¿Le gusta el mote?

No respondió. Miré a Cvetkovic. Sentí cómo la rabia se iba extendiendo por todo mi cuerpo. El subteniente le golpeó en el estómago y, cuando Jovan se encogió con ambas manos, descargó los puños sobre la espalda. Cayó al suelo con un gemido.

—¡Le he hecho una pregunta! ¿Le gusta el mote? ¡Responda, soldado!

Pero Cvetkovic no le dio tiempo. Con las mandíbulas apretadas le soltó una patada en las costillas, y después otra igual de contundente. Jovan se encogió, protegiéndose. El sargento miraba hacia otro lado. Las manos me temblaban de impotencia.

—Gurovic, quieto, no hagas nada —susurró Pavlovic, que debió haberme visto intranquilo—. Será peor.

Pero a la tercera patada no pude más. Tenía que hacer algo. No podía permanecer impasible ante el abuso.

—¡Ya está bien! —exclamé, sin saber que acababa de caer en la trampa.

Cvetkovic se detuvo de golpe. Se colocó los brazos en jarras y me miró.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí?

Se fue acercando a mí lentamente. En sus ojos brillaba el desprecio más abyecto.

—El soldado de primera Gurovic —continuó—, el *héroe* de Srebrenica. ¿Ahora también trabaja como defensor de las almas perdidas?

—¡No, señor!

—Ahora me encargaré de usted, ya había terminado con el desertor pero quiero que vea lo que ocurre por ser un bocazas.

En dos zancadas se plantó ante Jovan, que seguía en el suelo, doliéndose. Sin mediar palabra el subteniente pisó su mano como si fuera la colilla de un cigarro. Se oyó el sonido de un hueso al romperse. Crac. Jovan gritó de dolor.

—Dele las gracias a su querido amigo —dijo Cvetkovic, fríamente.

Creo que no extrañaría a nadie lo que sucedió a continuación. Exploté. Sin darle margen a reaccionar mi puño impactó en la mejilla del subteniente. Se trastabilló con las piernas de Jovan y cayó al suelo. Se hizo silencio. Cvetkovic se llevó la mano al vértice de la boca, de donde empezaba a brotar un hilillo de sangre. Alzó la vista y sonrió un milímetro. Fue ahí cuando entendí que había picado el anzuelo. A través de Jovan había ido a por mí, su verdadero objetivo.

—¡Sargento, deténgalo y llévelo al calabozo hasta nueva orden!

16

Lo primero es marcharme de aquí. Tienes que pensar con calma. ¿Por qué nunca se me ocurrió relacionar a Cvetkovic con Ljubica? ¿Debía suponer que la alianza con Stimac iba más allá del Ejército? Sí, deberías haberlo supuesto. Muy mal.

¿Eh? Empiezan a aplaudir. Parece que empieza. ¿Dónde me siento? Ahí. Necesito pasar desapercibido. ¿Se acordará Cvetkovic de mí? ¿Cuántos Marko Gurovic se han cruzado en su vida? Catorce años desde aquella noche, Cvetkovic. La misma expresión fría, sin alma.

Ljubica sube al escenario. ¿Estaba sentada todo el tiempo? No la he visto. Hay expectación, se nota, sí. Es una mujer en un reino de hombres. Una Stimac.

—Buenos días. Gracias por venir, compañeros. Me gustaría aprovechar la oportunidad para explicar mi punto de vista sobre cómo está la situación en la península balcánica. Como sabéis llevamos mucho tiempo sufriendo a gobiernos marionetas que actúan manejados por las potencias extranjeras. De esta manera su soberanía se queda en nada. El tiempo pasa y la presión es cada vez más fuerte sobre los que defendemos lo que es nuestro. Los gobiernos llamados democráticos dicen que quieren una Serbia libre de guerras y violencia, que Serbia prosperará, que tendrá una economía fuerte, que ingresará en la ONU, y así hasta el infinito. Lo siento mucho, ¡pero todo es mentira! Y es nuestro deber advertirlo antes de que sea demasiado tarde. Lo que hay que hacer es simple: seguir reconstruyendo Serbia, potenciar nuestra agricultura y la industria, más empleos y mejores salarios. ¡No necesitamos a la ONU para lograr todo esto! ¿Me equivoco?

Dicen que no o niegan con la cabeza.

El timbre agitado, los gestos vehementes, la gravedad calculada, su vestido elegante… Todo en ella transmite supremacía.

La supremacía Stimac.

La supremacía que seduce, ilumina y adoctrina.

Nadie se mueve de los asientos. Su voz transmite una supuesta epifanía. Señor, ayúdame a substraerme de su influjo. Hermanos, rezad por mí.

—…Si dejamos que los de afuera sigan manejando Serbia a su antojo, dividirán nuestro país y nuestra cultura. ¿Vamos a dejar que lo hagan? ¿De verdad alguien con un mínimo de inteligencia puede pensar que los mismos que nos bombardearon nos van a recibir con

los brazos abiertos? ¡No seamos ingenuos! El oeste quiere usarnos como una fuente más para sus riquezas. El oeste quiere que seamos sus esclavos. No quieren que seamos libres. Pero no pasarán por encima de nosotros, no pasarán por encima del Partido Nacionalista. Si no lo han hecho durante veinte años no lo harán en el futuro. Somos el partido de la resistencia admirado en todo el mundo. Sí, en todo el mundo. Con nosotros en el poder, ¡recuperaremos Kosovo! ¿Estáis conmigo?

Más aplausos. Se levantan de los asientos, tú también. Nadie sospecha que eres un impostor. Bien. Ljubica nos observa como una general que observa a su tropa. Sí, tiene el carisma de su padre.

¿Quién hablará ahora? Supongo que el último será el presidente. Debe de ser ese señor de traje y corbata roja. El mayor de todos. Se le ve en paz consigo mismo. Me imagino que Cvetkovic ya habrá salido del baño. Cuidado.

~

ME ESCOLTARON HASTA EL CALABOZO, que no era más que un barracón arrinconado. Desde afuera su aspecto se asemejaba a cualquier otro, austero y funcional, aunque su interior era diferente, con módulos que funcionaban como celdas. Abrieron una y me metieron ahí. Las ventanas estaban enrejadas y se disponía de una litera llena de polvo que sacudí con la mano. Al menos me habían dejado el tabaco, así que encendí un cigarrillo y jugueteé con el mechero. Me apetecía algo más: emborracharme o drogarme, olvidar todo.

¿Qué pasará conmigo? ¿Me expulsarán o me enviarán a la cárcel?

No había pasado más de media hora cuando oí el sonido de una reja al abrirse, y unos pasos arrastrándose por el pasillo. Me extrañó que alguien ocupase otra celda sin que me hubiera llegado antes algún tipo de ruido. Un hombre apareció. Era bajito, grueso y peinado hacia atrás, con unas entradas profundas. Lo más curioso era que no vestía con el tradicional uniforme de soldado, sino con el de cocinero. Se quedó mirándome con un brazo detrás de la espalda.

—¿Es la hora de comer? —pregunté.

—No —dijo con voz ronca—. Yo también estoy preso. Lo que pasa es que hice un trato con ellos. Les traigo barquillos con *slatko* y me dejan a mi aire. ¿Por qué estás aquí?

—¿Qué quieres? —pregunté con rudeza.

—Pensé que a lo mejor estabas tan aburrido como yo, y he traído esto.

Sonrió con timidez y mostró lo que había estado ocultando detrás de la espalda: un tablero plegable de ajedrez tamaño bolsillo. Suspiré.

Nunca había sido un gran aficionado, y además no me apetecía jugar con mi futuro como militar en el aire.

—En otro momento —dije.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Volvió a sonreírme. Mi mundo se desmoronaba y alguien me ofrecía un pasatiempo ligero.

—Te vendrá bien despejar la cabeza —insistió—. Hazme caso, siempre tengo razón. Prometo no esforzarme demasiado.

Desplegó el tablero por la parte inferior. Las piezas estaban encajadas cada una en la gomaespuma.

—¿Blancas o negras? —preguntó.

—No voy a jugar.

—Pues te quedas con las negras —dijo, encogiéndose de hombros.

Mientras colocaba las piezas sobre el tablero imantado me fijé en las heridas de su mano. Eran como arañazos recientes. Una vez que la partida estuvo lista, torció la boca pensando en su movimiento inicial. Finalmente, desplazó el caballo por encima de los peones hasta la tercera fila.

—Te toca —dijo.

—He dicho que no. Estoy cansado, no tengo ganas. Déjame solo.

Giré la cabeza hacia la ventana. Absorbí una calada del cigarro y solté el humo.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —preguntó—. Porque aplasté la cabeza con mis manos a uno que no quiso jugar conmigo. Mueve o le diré a los guardias que abran la celda para que te de una paliza.

Suspiré mientras pensaba que ni siquiera en el calabozo podría encontrar algo de soledad.

—Peón de reina al centro —dije.

—Para ganar siempre hay que conquistar primero el centro. Buen movimiento. Mi turno.

El cocinero movió el peón de rey dos casillas.

—Te toca —dijo—. ¿Por qué estás aquí?

Le respondí y sus ojos se agrandaron.

—Oh, señoras y señores, tenemos un rebelde en la casa —dijo con sarcasmo—. Un fuerte aplauso. Pensé que de esos ya no quedaban, que eran una raza en extinción.

—Y tú, realmente, ¿por qué estás aquí?

—¿Eres duro de oído? Te lo he dicho antes. Venga, mueve.

Me acerqué a la reja y desplacé el peón de alfil a la fila siguiente. El cocinero negó con la cabeza.

—¿Seguro?

—No.

En mitad de la enésima partida de ajedrez con Ristovski, que así se llamaba, oí un bullicio en la entrada, una mezcla de risotadas y

diálogos confusos. Le pregunté al cocinero qué pasaba. Los dos nos habíamos sentado en el suelo, uno a cada lado de la reja. El estómago había empezado a gruñirme de hambre.

—Será mejor que no lo sepas. No merece la pena —dijo, desplazando la reina para defenderse de mi torre.

Llegó la voz desgarrada de una súplica. Me pareció que decía «no, no, no, por favor…». Era de una mujer y temblaba de miedo. Dejé de concentrarme en el juego y le volví a preguntar. Antes de responder se rascó el antebrazo, incómodo.

—Ellos tienen el control, Gurovic —dijo con tono apesadumbrado —. Me parece indignante, pero ¿qué se puede hacer? ¿Crees que nos van a hacer caso si le decimos que paren?

—¿Qué me quieres decir? —pregunté.

Con dieciocho años aún desconocía que las palabras sirven para enmascarar la realidad. La mujer gritó auxilio de una forma que me produjo un escalofrío. Ristovski se mordió el labio superior.

—¿La están interrogando? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿En qué mundo vives? Los muy cabrones la están violando.

De nuevo las risas pero esta vez con voces jaleando. La mujer dejó de oírse.

—¿Cómo puede estar pasando esto aquí? —pregunté—. Es de día. Cualquiera los puede ver.

—No tengo respuesta para eso. La habrán traído de Srebrenica con el permiso de alguien. ¿De verdad no sabías que eso pasa? Pensé que todos lo sabían.

—Tenemos que hacer algo —dije, levantándome.

—¿El qué?

—Decirles que paren, que no es justo. Esa pobre mujer…

—¿De verdad eres tan ingenuo? ¿Quién te crees que eres? Eres un don nadie y no te van a hacer caso. Perdona, no quiero reírme pero es que se nota que eres un crío.

—Ya lo veremos…

Agarré los barrotes e intenté moverlos esperando causar algo de ruido, pero estaban bien atornillados. Ristovski se quedó con la boca abierta. No se esperaba que fuese en serio.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, levantándose también.

—¡Eh, compañeros! —exclamé colocando las manos como un altavoz.

—Me marcho, te quedas solo. No quiero que lo paguen conmigo. Fue un placer conocerte —dijo, antes de desaparecer.

—¡Eh, compañeros! —exclamé otra vez, ignorándole.

Ante la falta de reacción, empecé a gritar más alto y a patear las paredes sabiendo que acudirían tarde o temprano.

—¿Se puede saber qué quieres, Gurovic? —Oí a lo lejos.

—¡Dejadla en paz o habrá consecuencias!

Risas. Los imaginé sentados con la mujer en el catre, fumando, bebiendo, turnándose, qué sé yo… Alguien se acercaba, los pasos sonaban apremiantes. Apareció un compañero con una barbilla prominente y un rasguño en la mejilla. ¿La mujer se había resistido?

—¡Cállate, Gurovic! No te conviene montar ningún escándalo o sí que habrá consecuencias para ti.

—¡Tenéis que dejar tranquila a esa mujer!

—¿Te has vuelto loco? Eres una mierda, un soldado de mierda. ¡Tú aquí no das ninguna orden!

—¡Hablaré con Stimac! ¡Puedo hacerlo, he estado en su despacho!

—¿Cómo?

El compañero, enrojecido por la ira, metió la mano en el bolsillo y sacó un juego de llaves. Parecía que echaba humo por la nariz. Cuando entendí que abriría la reja, retrocedí. El ataque era inminente. Apreté los puños y me preparé, pero su movimiento fue inesperado. Me embistió con la fuerza de un tren de mercancías. No pude reaccionar y me golpeé la espalda contra la pared. El barracón tembló. Cuando estaba en el suelo, boca abajo, el compañero se colocó encima de mí y me agarró de un brazo tirando hacia atrás con fuerza.

—Escúchame, Gurovic. Una sola palabra al general o a alguien y eres hombre muerto. ¿Está claro?

Asentí. El dolor eran tan profundo que pensé que rompería el hueso.

—Ya es hora de que sepas dónde estás —dijo, acercándose a mi oído—. Considérate avisado, ¿vale?, y ahora relájate, fuma un cigarrillo y prepárate porque el general quiere verte.

El compañero de la barbilla prominente y otro más de espalda ancha me condujeron en un coche hasta Srebrenica. Durante el trayecto nadie habló. El brazo aún me dolía. Tenía mono de cigarro y el tabaco se me había agotado, pero no quería pedirles nada. Serpenteamos por el centro hasta que llegamos a la cima de una colina, desde donde se disfrutaba de una vista excelente de la pequeña ciudad. Nos detuvimos frente a la mezquita. Más allá empezaba el bosque sobre una loma.

—Baja y entra —dijo, volviéndose hacia mí, el compañero de la barbilla prominente—. El general te espera.

Observé varios todoterrenos aparcados y una motocicleta. Intrigado, bajé y cerré la puerta. Ellos también bajaron, aunque se quedaron cerca del vehículo. Los oí murmurar a mi espalda mientras recorría el sendero de piedra. La mezquita, blanca, con la cubierta de tejas intacta parecía que había resistido estoicamente el envite de la guerra. Reparé en una ventana con el cristal roto y una mancha oscura

en la pared con forma de llamarada.

Al entrar vi negrura y ruinas. Enseguida me envolvió el fuerte olor a quemado. Había muebles calcinados, paredes y columnas sucias, ceniza amontonada por el suelo cuyo olor me taponaba la nariz. Era como si la mezquita estuviera en carne viva. Avancé observando paredes desconchadas, alfombras ennegrecidas y techos carbonizados. A través de lo que fue el umbral de una puerta y ahora era un agujero rectangular desnudo y frío, atisbé a Stimac. Estaba de espalda con los brazos cruzados junto al mimbar. Anduve hacia él con los pasos resonando por la deteriorada cúpula. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas. Parecía que estábamos a solas.

—Acércate, Gurovic —dijo sin mirarme.

El general llevaba gorra y pensé que quizá iba de camino a alguna reunión decisiva. No sabría decir si llevaba mucho tiempo esperándome o acababa de llegar.

—Sí, señor —dije con el cuerpo rígido.

Me coloqué a su lado y admiré el paisaje de Srebrenica rodeado de valles y montañas. Permanecimos en silencio unos instantes. Me resultó curioso que desde un lugar devastado pudiéramos deleitarnos con una vista tan hermosa.

—Como deberías saber, me formé en el célebre Ejército Popular Yugoslavo. Fue una pena lo que le pasó, pero en sus momentos de gloria, como cuando fue enviado a Egipto a una misión de paz, yo solo era un adolescente con sueños de ser militar. Teníamos unos setenta mil oficiales de carrera, la mayoría serbios, pero se contaba también con croatas. Entonces nuestro Ejército era considerado el mejor de Europa con una reputación intachable por todo el mundo. Eran los tiempos de Tito. Pero después de su muerte se vino abajo. Croacia, Eslovenia empezaron a independizarse y el Ejército se vio abocado a transformarse en otro, más pequeño aunque, por supuesto, igual de aguerrido. ¿Qué fue lo que destruyó al Ejército Popular Yugoslavo? La secesión. El enemigo dentro de casa. Se olvidaron los valores de una unidad fuerte. Se buscaron pequeños y estúpidos beneficios individuales, y al final nos enfrentamos unos contra otros. Los croatas quieren venganza, los musulmanes convertir Bosnia en un estado islámico. Nunca entenderé el porqué de tanto egoísmo. En fin, cada uno barre para casa. Pero si hay algo que no tolero es la indisciplina, Gurovic, y si además es contra uno de los nuestros considero que es el peor de los delitos, porque no ganaremos esta guerra si no estamos unidos. La división crea fragilidad. En otras circunstancias su delito se penaría con seis meses de prisión en el cuartel, pero como me siento responsable le condeno a un año.

Se giró hacía mí y me arrancó del brazo el emblema de la doble águila.

—¿Algo que deci, soldado?

Tenía que expresarlo. No podía callarme. Ahora o nunca. Era mi oportunidad.

—Señor, en el calabozo están violando a una mujer. Se debería intervenir.

Stimac clavó en mí sus temibles ojos azules.

—Fuera de mi vista.

17

Ya había atardecido. La débil lluvia de la mañana había dado paso a una temperatura agradable. A lo lejos, en las montañas, oí una serie de detonaciones. Incapaz de estar quieto, me levanté de la litera y empecé a deambular. De vuelta al calabozo después de mi encuentro con Stimac, pensé en que el año en la prisión militar era el revés más grande que había afrontado en mi vida. Me pareció que era un castigo excesivo e hizo sentirme un criminal. Comprendí otra vez a base de golpes demoledores que el Ejército era una dictadura que trituraba a las personas.

¿Cómo has sido capaz de tanto en tan poco espacio de tiempo? ¿Qué dirán mis padres cuando se enteren de todo esto? Que me he convertido en otra persona, en una especie de asesino. Sí, es probable que merezca la prisión, pero no por golpear a Cvetkovic, sino por acabar con la vida de esos bosnios indefensos.

Evoqué la manera de Stimac de arrebatarme el emblema, la mirada penetrante y su desprecio como una dentellada en el alma. Debía reconocerlo: aún me causaba efecto su carisma a pesar de que ignorara mi denuncia sobre la violación. De alguna manera él lo aprobaba y eso era repugnante. ¿Cómo se puede admirar a una persona y, sin embargo, sentirse profundamente decepcionado por ella? Cuanto más lo pensaba, menos lo comprendía, por eso debía alejarme de su influencia.

Cvetkovic le había dicho a Jovan delante de todos que era un desertor. ¿Me lo estaba diciendo a mí en realidad? No lo sé, quizá estaba yendo demasiado lejos en mis suposiciones. Una cosa estaba clara: cumpliría mi condena. Aunque no me arrepintiese de haberle golpeado, iba a asumir la responsabilidad, pero antes liberaría a la mujer. Pensé en una manera de conseguirlo.

—¡Ristovski! —exclamé, con las manos agarrando los barrotes.

—¿Qué tripa se te ha roto, Gurovic? —respondió desde su celda—. ¿Quieres que te gane otra vez al ajedrez?

Apenas le había conocido esa misma mañana y ya necesitaba pedirle ayuda urgente al carecer de alternativas.

—No, nada de ajedrez. Acércate, tengo que hablar contigo.

—Habla, te escucho desde aquí.

—No, pueden oírnos. Acércate.

—Iré cuando pueda. Ahora estoy ocupado reposando los párpados —dijo, algo molesto por mi tono exigente.

El tiempo no corría a favor, por eso debía pactar con él lo antes posible.

—Vengo de hablar con Stimac, me han condenado a un año de prisión —dije.

Enseguida oí al cocinero levantándose y acercándose a mi celda. En cuanto se asomó, supe que al menos contaba con su simpatía.

—¿Cómo? ¿Un año de prisión por un puñetazo a ese idiota? Esta guerra nos está volviendo locos… ¿Cuándo te van a trasladar?

—No lo sé, pero imagino que lo antes posible.

—Conocí a uno al que le cayeron tres meses por dormirse conduciendo un tanque. Me dijo que estaban hacinados en celdas y que dormían en el…

—Ristovski, me gustaría que me hicieras un favor —dije, interrumpiéndole.

—Claro, lo que sea, camarada.

—Quiero que consigas mi pistola.

—¡Ni hablar! —exclamó e hizo el gesto para darse la vuelta, pero lo agarré por un brazo.

—Escúchame, solo tienes que buscar a Jovan Zivkovic, otro recluta que vino conmigo y pedirle que te la entregue. Eso es todo. Nadie se va a enterar.

El cocinero frunció el ceño.

—¿Para qué la quieres?

—Para ayudar a la mujer. Me la llevaré fuera de la base, a Srebrenica si hace falta. Se la entregaré a los cascos azules para que la cuiden.

—¿Y cómo sé que no has perdido la cabeza y te vas a liar a tiros con todos? No te conozco…

—Dámela sin munición.

—¿Y después qué, vas a desertar?

—No, volveré y que pase lo que tenga que pasar.

—¿Cómo va a saber Zivkovic que me envías tú? No nos conocemos, seguro que desconfía.

—Dile que me la traiga él mismo.

—Vale, pero ¿qué pasará conmigo después? Dirán que yo te ayudé a conseguir la pistola. Me caerá una bien gorda.

—Es cierto… —dije. No había pensado en ese punto. Me llevó unos minutos encontrar una solución—. Les diré que ya la tenía desde el principio guardada en la presilla del pantalón, que no me registraron bien. Si quieres finge que intentas detenerme.

El cocinero se quedó pensativo. Algún cabo le quedaba suelto. Miró hacia el pasillo para comprobar que nadie nos escuchaba.

—¿Qué gano yo con todo esto? —preguntó—. Algo habrá para mí, digo yo. Tengo que ingeniármelas para salir del barracón, también es

un riesgo.

—Sí, la satisfacción de ayudar a una persona que lo necesita.

—Ya…

—¿Qué es lo que quieres, Ristovski? —pregunté, sorprendido por su egoísmo.

—No lo sé, ¿qué tienes?

—¡Nada, no tengo nada, ni dinero, ni me queda tabaco, ni nada! Bueno, un mechero. ¿Lo quieres? Es tuyo.

—Dejé de fumar la semana pasada. Piensa en algo que sea interesante para mí y lo hablamos —dijo, y se marchó a su celda.

Miserable, pensé.

Eché una cabezada y cuando desperté ya había anochecido. La luz del techo de la celda parpadeaba de vez en cuando, pero lo irritante era el mono de fumar. Seguí dándole vueltas a buscarle una compensación a Ristovski. ¿Cómo es posible que no sienta la misma indignación que yo? ¿Qué clase de persona es? La risa burlona de los guardias se volvió a oír interrumpiendo mis pensamientos. Me pareció oír también el lamento de la mujer o quizá solo era mi imaginación. La rabia me consumía por dentro porque lamentaba no haberme plantado ante Stimac en la mezquita y exigirle que interviniera. Mal, muy mal.

—Ristovski, ¿es que no lo oyes? —le dije, molesto, con las manos en los barrotes—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo, eh? ¡La están violando!

No me respondió. Quise suponer que su vergüenza era tan profunda que prefería guardar silencio. Transcurrieron varios minutos hasta que el sonido de sus pasos saliendo de su celda atrajo mi atención.

—Ristovski… —le dije con apremio, queriendo insistirle una vez más.

—Toma —dijo nada más aparecer.

Me tendió un trapo blanco enrollado a través de la reja.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo —dijo, mirando con inquietud hacia el pasillo.

Al examinarlo de cerca supe que no era un trapo, sino una de mis camisetas interiores. La habían usado para envolver la pistola que Stimac me regaló. Seguramente Jovan se confundió y pensó que era la mía. Aun así, me valía.

—¿Cuándo has salido?

—Cuando te echaste la siesta. Les dije a los guardas que iba a colarme en la cocina a por más *slatko* y barquillos, y me fui a buscar a Jovan —dijo el cocinero—. Me tropecé con Pavlovic. Lo conozco. Entramos más o menos al mismo tiempo en el Ejército. Él le dijo a Jovan que no había nada raro, aunque costó convencerle. Es duro de

mollera ese Jovan. Si no te dije nada al volver era para no llamar la atención de los guardas.

—¿Cómo está Jovan?

—Magullado pero bien.

—No tengo con qué pagarte, Ristovski.

—Olvida lo que dije antes. Todos deberíamos poner nuestro granito de arena para que eso no pasara —dijo, serio—. Recuerda darme un buen puñetazo para que se crean que no tengo nada que ver.

—De acuerdo. Una pregunta: ¿el todoterreno sigue ahí afuera?

—Afirmativo.

Ristovski volvió a su celda. Empuñé el arma y comprobé que estaba descargada. Debía guiarme por un impulso frenético para no arrepentirme y echarme atrás. Respiré hondo varias veces hasta que me armé el valor suficiente para iniciarlo todo.

—¡Eh, vosotros! —exclamé desde la reja—. ¡Dejadla en paz! ¡Salvajes, os denunciaré! ¡No merecéis estar en el Ejército!

La luz fría del techo parpadeó de nuevo con un zumbido, como un mal presagio. Justo cuando oía a alguien acercándose, que luego resultó ser el guardia de la barbilla prominente, unos golpes en la ventana llamaron mi atención. Era Pavlovic. Y parecía asustado.

—¡Gurovic, aborta la misión! ¡Lo sabe! —exclamó a toda prisa.

¿Eh? ¿Qué está pasando aquí? Sin tiempo para reaccionar el guardia apareció con cara de pocos amigos.

—Vas a recibir la paliza de tu vida por bocazas —dijo, crujiéndose los huesos de las manos.

Retrocedí unos pasos para fingir preocupación. Abrió la reja y se guardó las llaves. Entró con la expresión de un gorila en celo, pero en cuanto le mostré el cañón de la Zastava se frenó en seco.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, sorprendido.

—Dame las llaves —ordené, confuso aún por la advertencia de mi amigo. «Lo sabe». ¿El qué, sabe? ¿A quién se refiere?

El guardia se lo pensó, calculaba sus opciones. Lanzarse sobre mí, pedir ayuda u obedecer. Le animé a que tomara la mejor decisión.

—Me han condenado a un año de prisión que no pienso cumplir —mentí—. Y estoy dispuesto a todo. ¡Dame las llaves!

El guardia metió la mano en el bolsillo del pantalón y me las entregó a regañadientes. Las guardé en mi bolsillo trasero.

—Lo pagarás caro, Gurovic.

—¡Cállate! Quítate el cordón de las botas.

Le ordené que se tumbara y se colocara boca abajo con las manos detrás. Le hinqué la rodilla en la espalda. Con la Zastava entre el pantalón y el abdomen, le até las manos con el cordón. Descarté hacerlo a las patas de la litera porque me hubiera requerido más

tiempo. Le metí la camiseta en la boca para que no alertara al resto de la manada, después saqué las llaves, salí y cerré la reja. El cocinero salió al paso.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo? —dijo guiñándome un ojo—. Vuelve a la celda.

Le golpeé en la frente con la empuñadora del arma. Dejó escapar un grito. Tambaleándose, se apoyó en la pared y finalmente cayó al suelo.

—Si me sigues, te mato —le dije en voz alta para que me escuchara el guarda.

Lo arrastré hasta su celda y cerré la reja. Fue la última vez que lo vi. Deseo que el Señor le ayudara a evitar represalias. Apretando con fuerza la pistola, avancé lentamente por el pasillo, que se estrechaba y ensanchaba en un movimiento rítmico e infernal. Volteé la cabeza por instinto varias veces hasta que me convencí de que nada me atacaría por la espalda. «Lo sabe». ¿Quién sabe y qué, Pavlovic? Joder. Si hubiera dispuesto de un segundo para reflexionar, uno solo, habría recuperado la sensatez y ahí hubiera acabado todo. Pero no fue así.

Cuando me asomé me llevó unos segundos procesar la imagen. La reja estaba abierta. Primero vi una espalda con camisa caqui y marrón apoyada en la pared. La mano sosteniendo una botella de cerveza. Más allá un hombre con los pantalones bajados embistiendo a una mujer sobre el catre. Paseé la mirada en busca de un arma que pudieran usar. Al dar el primer paso el guardia se giró de perfil al momento.

—¡Al suelo! —le ordené, apuntándole a la cabeza.

Por el sobresalto casi escupe la cerveza. Su reacción me pareció genuina. ¿Estaría Pavlovic equivocado?, pensé.

—¡Al suelo! —repetí.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó, titubeando.

—Hazlo, ¡ahora!

El otro, alertado, dejó de moverse y se volvió. Al ver el arma se le crispó la cara. Empezó a balbucear preso de los nervios. Le ordené que se tumbara junto al otro. La mujer se incorporó, se tapó su desnudez con un brazo y con la mano se enjugó las lágrimas. Tenía el pelo revuelto. Era joven, muy joven, pálida y flaca. Me miraba cómo preguntándose quién era yo y qué quería.

—Vámonos —le dije.

Ella, desconfiada, miró a los guardias, que seguían tumbados boca abajo. Regresé al pasillo para comprobar que todo estaba en orden. La mujer, sentada sobre el borde del catre, vacilaba. Me fijé en un pequeño hematoma amarillento que tenía en el brazo derecho.

—No hay tiempo. ¡Venga, muévete! —exclamé.

Se calzó lentamente con las manos temblando. Después se puso de pie, encorvada. Era más alta de lo que parecía. Llevaba un vestido de

topos rojos que le cubría hasta los tobillos. Dudé si atar también a esos dos, pero al final preferí huir cuanto antes. Cuando ella se acercó tambaleándose la cogí del brazo. Creo que no tenía conciencia de lo que pasaba. La acababan de violar y su mente aún lo procesaba. Cerré la reja, cruzamos el vestíbulo y salimos a la calle. La luna alumbraba el techo de los barracones creando una penumbra silenciosa. Me dio la impresión de que era de madrugada, aunque debían de ser alrededor de las once. Refrescaba. Daba la sensación de que en la base nadie se había percatado de la fuga, pero no esperaba que durase mucho tiempo. Los guardias, tarde o temprano, darían la voz de alarma.

«Aborta. Lo sabe».

Creía que Pavlovic se había equivocado porque de lo contrario yo no debería haber llegado tan lejos. ¿O sí? La sombra de una idea me rozó la mente. ¿Y si todo fuera una trampa? Como lo de Cvetkovic con Jovan. Pero entonces algo debería suceder ya. Tuve la sensación de que me observaban. Sí, esperarían a que regresara para arrestarme. Me estoy volviendo paranoico, pensé. Ahí está el todoterreno con las llaves puestas. La mujer seguía secándose las lágrimas. A pesar de su frágil estado emocional, creo que al menos empezó a ser consciente de que intentaba ayudarla. Le señalé el todoterreno. Siguió sin preguntarme quién era o a dónde nos dirigíamos. Cualquier destino era mejor que el infierno que acababa de sufrir. ¿Cómo se llamaba? Nunca lo sabré, y tal vez eso ha hecho sentirme más culpable.

Una bala penetró en su garganta y ella perdió el equilibrio al instante. Quise sujetarla con los brazos pero se desplomó. Con una mano se apoyó en el suelo y con la otra se cubrió la herida, aunque la sangre se abría paso a borbotones. Desesperado, puse mi mano sobre la suya, con la otra aún sosteniendo la pistola. No sirvió de nada. Una segunda bala le penetró la cabeza. Cayó hacia adelante y se quedó inerte.

Quizá tiempo después de acabar la guerra, sus padres, sus hermanos o incluso sus hijos, desesperados, acudieron a alguna instancia a preguntar sobre ella al no saber si estaba viva o muerta. Nadie estuvo allí para decirles la verdad. Si al menos hubiera dispuesto de la oportunidad de contarles lo que sucedió, como hice con la esposa de Pavlovic…

Al girarme descubrí a Cvetkovic. Me apuntaba con el kalasnikov a unos veinte metros de distancia. Yo seguía de cuclillas con la mano ensangrentada. A eso se refería Pavlovic. Era Cvetkovic el que estaba al tanto de mi plan y no alguno de los guardias.

—Dame una razón para no volarte la tapa de los sesos a ti también —dijo Cvetkovic.

—¿Por qué has tenido que hacerlo, hijo de puta?

No me respondió. Habló como para sí mismo.

—Sería tan fácil de justificar… Un preso que se escapa del calabozo con un arma y una mujer a la que secuestra. ¿Quién podría culparme de que te matara?

Inclinó la cabeza y cerró un ojo para disparar con precisión. Cerré los ojos y me preparé para morir.

18

—¡Quieto! —exclamó una voz que reconocí al momento.

Cvetkovic y yo giramos la cabeza, sorprendidos. Pavlovic le apuntaba con una pistola desde la esquina de un barracón.

—¡Baje el arma, señor! —exclamó mi amigo.

Cvetkovic seguía encañonándome aunque miraba a Pavlovic, que avanzaba lentamente hacia él. Pensé en esconderme detrás del todoterreno, pero rechacé la idea: no me daría tiempo si el subteniente decidía apretar el gatillo. Para alguien con la habilidad del subteniente dispararme en movimiento era sencillo.

—¡Esto no es asunto suyo, soldado! ¡Retírese, es una orden!

—¡He dicho que baje el arma! —insistió Pavlovic. Se había detenido a unos diez metros.

—¿Y si no lo hago? ¿Va a disparar a un suboficial?

—¿Y usted, va a disparar a uno de los nuestros?

—¡Váyase y le prometo que no habrá represalias!

—Ya es tarde para ofertas, señor. Tiene cinco segundos para bajar el arma o no respondo de lo que pasará. ¡Queda advertido!

Cvetkovic me miró desconfiado. Probablemente era la primera vez en su carrera como militar que un soldado de su ejército le apuntaba dispuesto a todo. No estar al mando le devoraba por dentro. Bajo ningún concepto debía permitirlo, por eso actuó como lo hizo a pesar de que se trataba de un suicidio. Primero se agachó con rapidez, después se giró y disparó en una décima de segundo, sin embargo, Pavlovic reaccionó a tiempo y apretó el gatillo. Cvetkovic dejó caer el fusil y se llevó la mano al hombro con un gesto de dolor.

De un momento a otro saltaría la voz de alarma y acudirían decenas de soldados. ¿Qué hacer, esperar y dar explicaciones? ¿Quién nos creería? Todo se había complicado de una manera que parecía imposible aclararlo. Compañeros encerrados, un suboficial herido y una mujer asesinada. Pavlovic involucrado por mi culpa. Catorce años después sigo pensando que huir fue una decisión acertada. Antes de que Cvetkovic recogiera el fusil, corrí para apoderarme de él.

—¿Quién le avisó de lo que me proponía? ¿Ristovski, verdad? —le pregunté.

Cvetkovic resopló lleno de desprecio. Ni en un millón de años me hubiera respondido. Oímos voces tensas a lo lejos. A Pavlovic y a mí se nos agotaba el tiempo. Venían a buscarnos.

—Acabas de firmar tu sentencia de muerte, Gurovic —dijo

mientras su mano se teñía de sangre.

Pavlovic y yo nos apresuramos a usar la única vía de escape: el todoterreno. Cuidar de nuestras vidas, eso fue lo que hicimos, ¿y eso fue desertar? En aquel momento la precisión de ese concepto era irrelevante. Encendí el motor, puse primera, aceleré y enfilamos hacia la salida con desesperación. Una ráfaga de balas hizo añicos el cristal trasero. ¿Quién nos disparaba? Cualquiera, todos nuestros compañeros ya eran el enemigo. El vehículo embistió la barrera de seguridad. No teníamos claro adónde ir, solo alejarnos, alejarnos, alejarnos. Delante, la carretera en medio de las oscuras siluetas de la montaña. Miré por el retrovisor: nadie nos seguía.

—¡Estamos vivos! ¡Es un milagro!—exclamó Pavlovic, como si no se lo acabara de creer. Y besó repetidas veces su cruz de madera.

Pero el Señor quiso que la alegría desapareciera enseguida. A pesar de que apretaba el acelerador hasta el fondo, el vehículo disminuyó la velocidad de repente. ¿Qué pasa? La aguja del depósito anunció que no quedaba gasolina. La inercia apenas alcanzó para la siguiente curva. No había tiempo para lamentaciones. Cvetkovic habría mandado que nos dieran caza. Debíamos huir por el bosque. Al bajar, apestaba a gasolina. Gracias a la linterna de Pavlovic observamos que uno de los proyectiles había perforado el tanque.

En silencio bajamos a oscuras por la ladera a través de zarzales y arbustos, sorteando ramas y piedras, quemando la adrenalina, con la sensación turbadora de que en cualquier momento una bala nos alcanzaría por la espalda. Una bala de nuestro Ejército, de nuestros compañeros, con los que habíamos luchado a brazo partido contra bosnios y croatas. Pavlovic, poco a poco, se fue quedando atrás.

—¿Estás bien? —le grité.

No oí su respuesta. Preocupado, volví sobre mis pasos mientras recuperaba el fuelle. Agucé el oído esperando el ruido de vehículos deteniéndose donde habíamos dejado el todoterreno, pero solo oía mi respiración agitada. Supuse entonces que Cvetkovic mandaría a buscarnos al amanecer, lo que me pareció lo más sensato. Al ver que Pavlovic se había tumbado hecho un ovillo fue cuando me temí lo peor. Las balas no solo habían agujerado el tanque de gasolina.

—Esos cabrones me han dado —susurró.

—¿Dónde?

—No lo sé, aquí, el páncreas —dijo, y me entregó la linterna, que dejé sobre una piedra.

Palpé la humedad de la sangre con la mano. Hice una mueca de disgusto.

—Voy al coche, a lo mejor hay un botiquín.

—Olvídalo, Gurovic. No hay nada. Además, es arriesgado.

—¿Qué puedo hacer, un torniquete? —pregunté, con la voz ronca.

—No, con esta herida no sirve —respondió cada vez con menos energía—. Escucha, Gurovic, tengo algo que decirte antes de… Es importante… Fue Jovan…

—¿Jovan?

—Él le dijo a Cvetkovic que habías pedido una pistola… que te proponías… liberar a esa mujer a toda costa. ¿Entiendes?

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo… el sargento Yurkovic. Lo escuchó por casualidad. Me lo contó enseguida, pero no me dio tiempo a avisarte… Enseguida apareció el guardia ese. Joder, intenté ir lo antes posible.

—No lo entiendo, ¿por qué se lo chivaría a Cvetkovic?

—Para ganarse su confianza… qué sé yo… esa rata… —Se quitó el colgante con la cruz y me lo entregó—. Escucha, dáselo a mi mujer. Si te gusta cásate con ella y cuida de mi hijo… No quiero que estén solos mucho tiempo. Necesitan un hombre…. Un buen hombre con principios. Se llama Hana.

—Lo haré, Pavlovic —dije, con un nudo en la garganta.

—Toplica… cerca de la frontera, al sur oeste. A dos o tres días siguiendo la carretera… Come bayas, eso te mantendrá con vida. Llévate la brújula, el cuchillo y el porro… Vendrán bien.

Apoyó la cabeza sobre mis piernas y aguardó la muerte. Agarré la cruz como si fuera su último aliento. Recuerdo cómo su cuerpo se volvió frío y rígido poco a poco. Me preocupaba el hecho de que no podría enterrarle, de que lo dejaría ahí mismo y que acabaría siendo alimento de las bestias. Me entraron ganas de vomitar. ¿Y si me rindo? Les diría donde se encuentra Pavlovic, irían a por él, lo enterrarían, contactarían con la viuda, le informarían que murió «en acto de servicio»… ¿Acaso mi amigo no se lo merecía después de lo que había hecho por mí? Pero eso no lo hubiera traído de vuelta a la luz, y a mí me hubieran pegado un tiro por desertor. En un acto de egoísmo, elegí vivir y confié en que su alma encontraría reposo en el Cielo.

Debía seguir huyendo, aprovechar la ventaja que tenía sobre Cvetkovic, pero no quería dejar a Pavlovic desamparado tan pronto. Me obligué a permanecer unas horas más, aunque fuera en balde, hasta que mi cuerpo quedara entumecido. Quizá esperaba que me encontrasen, no lo sé, y sentir que había sido inevitable. Mi mente se había descontrolado y no atendía a razones.

Al día siguiente, cuando empezaron a caer las gotas del rocío, coloqué a Pavlovic boca arriba, manos sobre el pecho, pies juntos y lo cubrí con matorrales y ramitas. Quería aliviar mi conciencia más que procurarle dignidad. Le quité el cinturón donde, entre otras cosas, guardaba el cuchillo, munición, la brújula y el porro. Lo ajusté a la cadera y creí sentir un escalofrío. Me eché al hombro el fusil de Cvetkovic. Yo ya no era un soldado del Ejército de Srpska. Era como

un hombre con partes de otros.

LAS PLANTAS de los pies me ardían, la camisa estaba empapada de sudor y la piel, quemada por el sol. Las águilas volaban en círculos y sus chillidos retumbaban en mis oídos. Anhelaba descansar bajo la sombra para reponer fuerzas y aliviarme del calor, pero siempre me decía que aún podría aguantar un poco más. Si me detengo ahora darán conmigo. Ya habrán encontrado el cuerpo de Pavlovic. Siguen mi rastro. Estará Cvetkovic. Si desfallezco, me apresarán o me matarán.

Una pregunta me acechaba desde el principio. ¿Por qué Jovan me había traicionado? Mi amigo. Aún costaba creerlo. Le presionaron de alguna manera. Sí, es una explicación razonable. Quizá le amenazaron o le pegaron. Jovan nunca me vendería… O le ofrecieron una recompensa, o él mismo la solicitó. Un ascenso o transferirlo a la retaguardia, por ejemplo. Cuanto más pensaba que no sabía nada, más loco me volvía.

Avanzaba rodeando laderas, encaramando rocas, conquistando cimas. A veces me giraba y, usando la mano como visera, expandía la vista sobre un valle mustio de robles y pinos, una colina solitaria, una llanura de tierra carbonizada. Buscaba un movimiento súbito, un ruido delator, una sombra que se oculta. Otras veces, cuando me alejaba de la carretera, me detenía un instante a consultar la brújula con el conocido temor de que una bala traspasara mi cabeza. Si caía muerto y no llegaba a Toplica, la viuda de Pavlovic jamás sabría la verdad acerca de la muerte de su marido.

Llegué a un riachuelo seco lleno de piedras, hojas y ramas. La orilla se elevaba unos palmos para formar el cauce. Un puñado de árboles se extendían con las raíces desesperadas por encontrar agua. Percibía la aridez en mi garganta. Oí un ruido no muy lejos y agarré el fusil en las manos, listo para disparar. Al girarme solo vi piedras, troncos, ortigas y más allá lo mismo: piedras, troncos, ortigas. El silencio era tan abrumador que me recordó el instante previo a una explosión. No ocurrió nada más y pensé que algún animal estaría merodeando.

Seguí caminando. El cauce reseco se abrió hasta fundirse con la tierra. Las piedras dieron paso a rocas junto a arbustos marchitos que parecían llevar ahí siglos. Aparecieron grietas y surcos en lo que fue el lecho. El cordón de la bota volvió a desatarse. Al agacharme las articulaciones se quejaron. Me levanté y en ese momento fue cuando sentí un mareo. Un nuevo aviso de que necesitaba descansar.

—Solo unos minutos… —murmuré.

Antes de que me sentara una serpiente pequeña apareció de debajo de una roca. No tenía fuerzas ni para apartarme. Se detuvo como de

camino a otra parte y creo que me examinó con sus ojos de reptil. La serpiente desapareció y la imagen del tatuaje de Cvetkovic me golpeó el cerebro. ¿Ya habría informado a Stimac de mi huida? ¿Cómo habría reaccionado?

Miré atrás, hasta donde alcanzaba la vista. La naturaleza parecía muerta. Si de verdad iban detrás de mí, sabían ocultarse a la perfección. Me dispararían por la espalda, caería sobre las piedras y ahí me quedaría. No regresaría con mi familia. Si volvía a Sarajevo, ¿mis compañeros del ejército me matarían? ¿Alguien me escucharía? Debía avisar a mis padres en cuanto pudiera. ¿Habría un teléfono en Toplica?

Pasado un rato, el sol me dio un respiro bajo la sombra de un pino. Me senté y mi cuerpo lo agradeció. No muy lejos había troncos rodeados de maleza, y un caminito que se perdía montaña arriba. Cerré los ojos y me propuse mantener la mente en blanco. No sé qué hubiera sido de mí sin la misión de presentarme ante Hana. Eso mantenía mi espíritu inquebrantable. Yo creo que en ese momento Dios se fijó en mí.

Al atardecer decidí construirme una diminuta cabaña en la que pasar la noche. Busqué primero una pared rocosa y después ramas fuertes y largas. Clavé una de ellas en la pared y otra en el suelo, vertical. Seguí colocando ramas a ambos lados. Las cubrí con matorrales y me introduje boca arriba. Era estrecho aunque suficiente para una persona y el fusil. Cerré los ojos, crucé los brazos y vislumbré el último rayo de sol filtrándose por las ramas. El estómago gruñó de hambre por enésima vez. Las piernas me pesaban. Tenía la boca reseca.

Llegué a dudar de la existencia de Toplica. Dudaba si me lo había dicho Pavlovic o si lo había imaginado. Saqué del bolsillo la cruz de madera de mi amigo como si fuera la prueba irrefutable de que no estaba perdiendo la razón. Después de un rato largo se hizo de noche. Encerrado en una especie de ataúd, pensé que me había enterrado vivo.

19

Amanecí apestando a sudor, con los músculos de las piernas agarrotados y un ligero dolor en la espalda. Desmonté a duras penas la improvisada cabaña y borré mis huellas procurando dedicar el mínimo de esfuerzo. Dios sabe que para sobrevivir debía aprovechar la escasa energía que aún me quedaba.

Con el kalasnikov al hombro y una rama gruesa a modo de bastón, caminaba sin más pensamientos que avanzar a toda costa sin importar el calor o la fatiga. Al cabo de un rato el paisaje montañoso de repente se había transformado. Ya no era un lugar vasto y árido, sino pequeño e impenetrable bajo un cielo gris. ¿Qué ha pasado?, me pregunté. Saqué la brújula. A pesar de que marcaba lo esperado, el sur oeste, tuve la amarga sensación de que me había perdido.

A partir de ahí mi mente se convirtió en el verdadero enemigo. Pensé que tarde o temprano me desplomaría y que jamás encontrarían el cadáver. Que mis padres y mi hermana colgarían una de mis fotos en el salón junto a otros familiares muertos, como la tía Senka. En blanco y negro, pelo engominado, raya a la derecha, mirada vacía y sonrisa fantasmal. Mi hermana le pondría mi nombre a su primogénito. Le hablaría de mí y de cómo desaparecí del Ejército sin dejar rastro. El gran misterio de la familia. Con el tiempo quizá a alguien le dé por investigar o encontrarán el cuerpo de Pavlovic, y después buscarán el mío o lo que quedará de él. La verdad saldrá a la luz pero, muerto, ya no me importará.

En medio de mis siniestras elucubraciones me giré de nuevo, casi sin pensarlo, para comprobar que nadie me perseguía. Envuelto en el susurro del viento examiné el bosque lúgubre. Algo se movió entre el follaje, pero no le presté atención y ese error pudo haberme costado la vida. Imagino que bajé la guardia por el extremo cansancio. Sucedió a unos cincuenta metros, aunque bien pudieron ser veinte. Con el rabillo del ojo vi un movimiento rápido en el flanco derecho. Cuando quise fijarme ya asomaba algo oscuro entre las hojas de un árbol: el cañón de un fusil. Detrás, una figura alargada y borrosa. El corazón latía como una punzada detrás de otra, y otra, y otra. Solté el bastón, y mientras el kalasnikov pasaba con celeridad del hombro a mis manos, flexioné las rodillas esperando que no fuera demasiado tarde. Pero el otro disparó justo antes de que presionara el gatillo. Noté el proyectil a un milímetro de la sien. Dios mío, nunca se me olvidará ese zumbido mortal que llevaba mi nombre.

Apreté la mandíbula y disparé una ráfaga larga. Ignoraba contra quién o cuántos. Podía ser un compañero. O un croata. O un bosnio. O un partisano. O un chetnik. Me quedé sin munición. Arrojé el rifle de Cvetkovic. Ya no me servía. Oí voces y chasquidos metálicos. Corrí hacia la espesura. Más disparos. Me tiré al suelo y rodé por encima de piedras y matorrales. El bolsillo del pantalón se abrió y se cayeron varios objetos. Entre ellos la brújula, aunque de eso me percaté más tarde. Las balas destrozaban todo a mi alrededor. Mientras me arrastraba las piedras y ramas se clavaban por mi cuerpo. No podía detenerme. Tenía que seguir.

Los disparos fueron disminuyendo y eso me animó a no rendirme. O me habían perdido de vista o les importaba poco que huyera. Me levanté y con la cabeza agachada empecé a correr esperando recibir una bala por la espalda. Pero no sucedió. Corrí hasta que no pude más. Derrengado, me tumbé a descansar temiendo sufrir un ataque al corazón.

~

¿A QUIÉN NO LE gusta ver la nieve caer sobre los tejados y las calles de Belgrado? Esta es la cara del invierno. Siguen las luces de Navidad por todas partes. Desde aquí parece otra ciudad. Me gustaría ver la cúpula iluminada del Templo de San Sava asomándose por algún lado, pero los edificios se interponen. No importa porque se percibe su influencia poderosa en nuestras almas y por qué no también en las del resto del mundo. En noches nevadas como esta, la bellísima cruz de oro en lo más alto es un faro rutilante en un mar de pecadores que necesitan salvación. Solo el Señor sabe cuándo terminarán de reconstruir el interior.

Ya no soy monje y, sin embargo, sigo pensando como un monje. ¿Pensabas que hay que pulsar un interruptor y ya está? El abad me dijo que me costaría adaptarme, que yo sería una cola de león en la sociedad. Sí, esta mañana a veces me he notado torpe, vulnerable. No sé, es una extraña sensación la de estar físicamente en el interior de algo pero a la vez sentirte afuera. Puede ser que cuando regrese a Sarajevo y me reúna con la familia la sensación desaparezca. Volver a casa… ¿Qué me impide salir mañana mismo hacia Sarajevo? Coger el autobús o el tren sin pensar en nada más.

—¿Seguro que no recuerda ningún dato más de ese señor? —me pregunta Dusan.

Debería sentarme en la cama. Olvídate de la ventana. Céntrate, Marko.

—No, solo que fue subteniente del Ejército de la República Srspka, de la Brigada Independiente, y que se llama Boban Cvetkovic.

—Solo con esa información es difícil encontrarlo, Marko. No sé, haría falta más información. Lo probaré en Google.

—Pero con Ljubica Stimac sí que se pudo.

—Claro, porque es conocida. Sale en la prensa y televisión. La gente habla de ella y hay fotos por internet. ¿Tiene familia en Bosnia?

—No lo sé. Apenas sí tuve tiempo de conocerlo. Sé que tenía fama de muy buen francotirador. Esta mañana asistió a un mitin del Partido Nacionalista.

—Pero ¿es un político?

—Lo dudo. Supongo que acudió como espectador.

—Internet llega hasta donde puede. No está todo el mundo.

¿Qué recuerdas de él que sea relevante, Marko? Parece uno de esos hombres que nacieron en el Ejército, sin pasado, solitarios. Qué raro haberle visto con ropa de calle, con gafas; parecía más un disfraz que una verdadera ropa. El cráneo rapado y esa expresión de amargura terrible con la que abofetear a quien se cruce por su camino. Vivirá en un callejón tosco y sombrío, seguro.

—Tiene el tatuaje de una serpiente en el antebrazo, una cobra.

Dusan dice que no sirve ni el nombre completo. Entonces nada sobre Cvetkovic. Un fantasma. ¿Cómo se ganará la vida, de la pensión del Ejército? Me gustaría preguntarle qué pasó al final con Pavlovic. ¿Dónde lo enterraron? Quizá a Hana le interese saberlo. No sé lo que digo. Jamás lo confesará.

En el mitin no descubrí ninguna relación entre Ljubica y Cvetkovic. No sé si se conocen. Sí, Cvetkovic podría ser mi plan B. Me cuesta quitarme de la cabeza a Hana. ¿Debería regresar a Toplica algún día o dejar el pasado tal y como está? Pavlovic me dijo que me casara con ella y la protegiera, pero seguro que Hana se las ha arreglado muy bien sola. Quizá se ha vuelto a casar. Qué curioso. Hana y su hijo, Mirjana y Dusan. Viudas. Guerra. Señor, ¿hay algo que me quieras decir?

~

A VECES PENSABA que ya había cruzado la frontera de Bosnia con Serbia y que había dejado atrás Toplica. Otras veces tenía la certeza de que Pavlovic, allá donde estuviera, me guiaba por el camino adecuado. Llevaba ya dos o tres días marchando. Dudaba de que me siguieran. Me había quedado a mi suerte en el último rincón del mundo.

Agradecí liberarme del peso del fusil de Cvetkovic, pero no estaba desarmado porque aún contaba con la Zastava M57 de Stimac. En el cinturón de Pavlovic había un cargador y decidí conservar la pistola hasta el final. Era mucho más que un recuerdo, un símbolo.

Incliné el cuerpo para esquivar una rama y entonces vi a lo lejos algo que me dejó estupefacto. En lo alto de un cerro un color desentonaba entre las copas de los pinos. Me olvidé del cansancio y apreté el paso unos metros para obtener una mejor perspectiva. En la inmensidad de la naturaleza descubrí un techo rojo a dos aguas. Volví a apretar el paso hasta que encontré un lugar aún más despejado desde el que obtener una visión más limpia. Alcé la vista. Bajo ese techo había una fachada de color blanco: una casita. Y más arriba había otra, y más abajo otra idéntica a esas dos. El pueblo estaba instalado en una colina y me pareció que brillaba por el efecto del sol. Dios mío, ¿es Toplica?

Solo había una forma de averiguarlo. Elegí la ruta más directa sin importar qué estuviese de por medio. Si había que saltar un barranco me atrevería. ¿Será una alucinación? ¿De verdad es Toplica? Aún no me lo creía. Estaba tan desesperado por comida y agua que ni siquiera consideré que el pueblo estuviera tomado por alguien del Ejército de Srspka.

A medida que me acercaba empezaron a revelarse más detalles. No todas las casitas eran blancas. Había algunas que aún no habían sido pintadas y que se mostraban grises. Me pareció que una se encontraba a medio construir o quizá abandonada. Estaban como desperdigadas aunque unidas por un sendero. Por si acaso oculté la pistola bajo el faldón del uniforme. No quería levantar suspicacias.

El silencio era tan profundo que temí que fuera un pueblo fantasma. Sudando a mares y con la respiración agitada, me dirigí a la primera casita que me encontré. El porche era de cal y con un techo de paja. Un señor sentado a la sombra con los brazos cruzados, al verme ni se inmutó.

—Hola… —dije, extrañado de oír mi propia voz después de mi larga huida.

Me quedé a unos metros por si su reacción fuera violenta. Tenía las orejas enormes y la piel llena de arrugas. Vestía con una camisa arremangada de cuadros azul marino y un pantalón con manchas de tierra.

—¿Tiene agua? —pregunté.

Un perro salió de la casa y se acercó a olisquearme. Era de un tamaño medio, un pastor alemán de tres o cuatro años. Al terminar se acercó al hombre y se tumbó, como dando el visto bueno. El viejo se puso de pie de un salto y se acercó a mí con un andar jovial. Sin decir nada me tomó de la cintura y me dirigió suavemente al interior de la casa. Olía a tabaco. No sé qué ocurrió pero las piernas de repente se volvieron rígidas y me costaba andar. Al entrar los ojos tardaron en acostumbrarse al cambio de luz. Lo primero que vi con nitidez fue la cocina. Limpia, recogida, con un ligero olor a lejía. El viejo me sentó a

la mesa y sirvió un vaso de agua de una garrafa. Bebí con ansia. Después de unos cuatro vasos me preguntó.

—¿Ha comido?

Negué con la cabeza. Abrió un armario y sacó una lata de *cevapi*. Encendió la cocina de gas, puso la sartén y vertió el contenido. Se puso a canturrear.

—Me lo puede dar frío. No me importa —dije, hambriento.

El viejo soltó un respingo y sirvió las bolas de carne en un plato junto con el pan de pita. Antes de que me facilitara un tenedor, empecé a comer con la mano como un salvaje. Las tripas seguían rugiendo a pesar de que tragaba sin cesar.

—Cuidado, se va a atragantar —dijo.

Mientras masticaba suspiré por el alivio de llenar el estómago y el cansancio acumulado. Descansé los brazos sobre el regazo. Usé el tenedor para servir la carne en el pan y le pegué un bocado. Notaba las mandíbulas extrañadas de tanta faena. El viejo, apoyado en la encimera, y yo nos miramos. El reloj de la cocina marcaba las ocho y nueve, aún lo seguirá marcando.

—Voy a ver qué está haciendo el perro —dijo señalando con el dedo hacia afuera.

Emocionado por el regreso paulatino a la vida de los sentidos, no pude articular palabra para agradecerle su inmensa generosidad con un extraño; eran demasiadas emociones a la vez. Rebañé el plato con la lengua y me quedé sentado, todavía incapaz de moverme. Si me levanto caigo al suelo. ¿Adónde ha dicho que iba? ¿A ver el perro? ¿Estaré o no estaré en Toplica? Ni siquiera se lo he preguntado. Tampoco su nombre. Empecé a fijarme en varios detalles: fotografías colgadas en la pared, muchas de ellas en blanco y negro, el cuenco vacío del perro y un rincón acogedor donde supuse que pasaría la noche. La tabla de planchar estaba apoyada sobre la pared. Una puerta medio abierta donde supuse que se encontraba el baño. ¿Vivirá solo?

Me sentía tan débil que me entraron ganas de tumbarme en el suelo. ¿Qué estará haciendo el viejo? No oía nada y ese silencio empezaba a resultarme incómodo. Palpé la Zastava para recordarme que era un soldado y que mi obligación era no confiarme. No lo podía olvidar bajo ningún concepto. Mi vida seguía en peligro. Quería levantarme de una vez y salir de esa casa, ¿por qué no me decidía? Era una mala señal no oir al viejo. Cuando reuní la energía suficiente para levantarme fue demasiado tarde. Noté el frío cañón de un arma tocando mi cuello.

—¡Levanta las jodidas manos! —exclamó una voz de mujer.

20

Quise girar la cabeza, pero la mujer lo impidió con una orden contundente:

—¡No te muevas, hijo de perra, o te vuelo la cabeza!

Deduje que el viejo la había avisado de mi llegada pensando que quizá fuera peligroso. Ella había entrado por la puerta con el sigilo de un gato y el arma a punto. La experiencia les había enseñado que no debían fiarse de nada ni de nadie.

—¡Levanta las manos que yo las vea! —insistió con el mismo tono autoritario—. ¿Quién coño eres?

—Me llamo Marko Gurovic, soldado de la Batallón Independiente del Ejército de Srspka. Busco a…

—Cállate —interrumpió—. Dame tu cartilla militar.

—No la tengo.

—¿Por qué no? Debes tener una. Todos la tienen.

—La perdí.

—¿Cómo?

—Nos dispararon, salimos corriendo de la base.

—¿Eres un desertor?

—¡No!

—¿Te crees que somos tontos? —preguntó ella, clavando el cañón en el cuello—. Mientes, has robado el uniforme. Regístrale, Djoko.

El viejo se agachó y abrió los bolsillos laterales de mi pantalón. Aproveché para que escuchasen mi historia.

—¿Estoy en Toplica, verdad? Busco a Hana —dije.

Djoko me quitó el cinturón y la pistola y, después de examinarlos, los depositó sobre la mesa. Dijo que no había nada más.

—¿Por qué la buscas? —preguntó ella.

—Se lo diré en persona. Pavlovic me dio esto —dije mostrando el colgante con la cruz de madera que llevaba alrededor del cuello—. Fuimos compañeros.

Se hizo un silencio y después oí la fuerte respiración de la mujer, que seguía detrás de mí. El perro apareció, bebió agua de su cuenco y se marchó con parsimonia.

—Ella es Hana —dijo Djoko.

Me giré con las manos aún levantadas. Hana me apuntaba con una escopeta de caza. Sus ojos se agarraron a los míos como si fueran zarpas. Mechones de pelo castaño le caían sobre la frente. Era menuda, vestía con una camiseta blanca una talla mayor y un

pantalón holgado y feo. Todo en ella reflejaba una dureza a prueba de bombas.

—¿Eres tú? —pregunté, sin saber qué decir.

No respondió. Le sostuve la mirada pensando que debía andar cuidado con lo que decía.

—Sí, es ella —insistió Djoko.

—Voy a dártelo —dije para que no pensara que tramaba algo.

Me lo quité lentamente mientras buscaba en mi cabeza un modo de revelarle la mala noticia. Después se lo tendí pero no lo cogió, sino que lo examinó sin dejar de apuntarme. El viejo miró a Hana. Creo que fue el primero en darse cuenta de que Pavlovic nunca regresaría a casa. Apoyó con delicadeza la mano sobre el cañón y lo fue bajando. Hana, con los ojos empañados, no opuso resistencia. Djoko le entregó el colgante, ella lo encerró en el puño y lo apretó contra su pecho. El viejo la rodeó por los hombros y la estrechó entre sus brazos. La aspereza de Hana desapareció al romper a llorar.

Me levanté para dejarlos a solas. Debido al cansancio arrastraba los pasos. Cogí mis cosas y pasé por su lado sintiendo un nudo en el estómago. Al salir de la casa me senté donde había visto por primera vez al viejo. El perro, tumbado bajo la sombra, me dedicó una lánguida mirada. El llanto desconsolado de Hana me aguijoneaba el alma. Pensé que lo justo hubiera sido mi muerte y no la de mi amigo.

¿Y si me quedaba el resto de mi vida con Hana y Djoko en Toplica? Calmado y oculto trabajando en el campo, vaciando los recuerdos, despertando en un día corriente y vistiéndome con ropa limpia. Hana, Djoko, el niño y yo nos sentaríamos en el porche para cenar y hablar de cualquier cosa. Oiría la risa de Hana y me encantaría. Escribiría cartas a mi familia para contarles cómo iba todo, postergando siempre el regreso a Sarajevo. El tiempo seguiría detenido y nadie envejecería.

Lo primero que oí al despertar de la siesta fue el chirrido lejano de las cigarras. No recuerdo si soñé o no, pero sí la sensación de haber caído en un prolongado estado de relajación. Al abrir los ojos reconocí la modesta habitación que Djoko me había ofrecido. La ventana estaba tapada por una cortina, aunque se filtraba algo de luz creando una confortable y refrescante penumbra. Miré la pared, el techo y el armario empotrado dudando si de verdad me encontraba en Toplica y no en la base. Esperaba oír las voces de Stimac o Cvetkovic de un momento a otro. Acostumbrado a ellas me parecía extraño que las hubiese dejado atrás. Me quedé en silencio mientras el cuerpo se activaba, aún notando el cansancio exagerado y que tardaría en marcharse. Sobre una silla Djoko había dejado una toalla, pastilla de jabón y una muda. Debía de oler como un demonio, y me estremecí ante la idea de agua deslizándose sobre mi piel.

Sobre la mesita de noche había un tocadiscos portátil. Antes de

echarme sobre la cama no le presté demasiada atención, pero ahora había llegado el momento de satisfacer la curiosidad. La caja que lo guardaba se veía desgastada, aunque el plato y el brazo de la aguja parecían en condiciones óptimas. Al lado, un disco de vinilo con la funda amarillenta en cuya portada aparecía un joven Djoko vestido con birrete y chaleco, tocando el *saz*. Me sorprendió descubrir que fue cantante de *sevdah*. ¿Qué hacía viviendo en Toplica? Lo imaginé tumbado en la cama y escuchándose a sí mismo con melancolía. Me abstuve de reproducir el disco sin permiso aunque me apetecía.

Mientras me desnudaba en el baño rememoré las canciones de *sevdalinke* que había oído en mi adolescencia en Sarajevo, en las celebraciones con familiares y amigos. Cerré los ojos mientras caía el agua tibia evocando la voz melodiosa e íntima de mi primo acompañada del violín. ¿Cuándo regresaré a casa?, me pregunté. Debido a la fatiga sujetaba con las dos manos el mango de la ducha. Me sorprendí al comprobar que mi cuerpo era tan delgado como un junco, y que estaba lleno de moratones, arañazos y las uñas de los pies se veían negras.

Salí de la ducha y miré el uniforme sobre el suelo, arrugado. Soldado de Infantería de la Batallón Independiente del Ejército de Srspka. Dios mío, en ese trozo de tela ocre y marrón, sucio, con sangre reseca y desgarrones se quedaba algo de mí que me costaría años recuperar. Recuerdo observar con asombro cada pliegue, cada botón, cada costura. Entonces tuve una revelación compleja. El uniforme en sí mismo era un cadáver y yo era el alma perdida que había salido del cuerpo y que vagaba sin rumbo. Con el pelo húmedo, vestido con una camiseta blanca y unos pantalones cortos, salí al porche. Djoko fumaba en pipa, concentrado, con las piernas cruzadas y su nariz aguileña destacando del perfil. Me senté no muy lejos de él. El perro se acercó para olerme y le acaricié la cabeza. Lo agradeció meneando el rabo.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

Djoko soltó una bocanada de humo. Pensé que un cigarrillo no me vendría mal, pero no quería abusar de su hospitalidad.

—Minka —respondió, mirando el paisaje.

La perra se giró hacia Djoko esperando una orden y al no producirse se tumbó sobre la hierba. ¿Había ladrado cuando yo me acerqué a la casa? Como vi al viejo sin ánimo de conversar, apoyé la cabeza sobre la pared, estiré las piernas y crucé los brazos sobre el pecho. Estar acompañado por una persona, aunque fuese en silencio, me producía una euforia contenida. La luz del sol ya no revelaba ese paisaje ruinoso y agrietado de la montaña que me había acompañado hasta Toplica, sino uno más esplendoroso y rico, y eso me provocó un atisbo de resurgimiento, de que no estaba todo perdido.

Volví a fantasear con la idea de vivir en Toplica, arrastrándome en tardes eternas de sol duro hacia la sombra. Tendría una habitación, fresca en verano y fría en invierno, con lo indispensable: una cama, una mesita de noche y una ventana al bosque. A dormir temprano y levantarme con el canto del gallo a trabajar en la pequeña huerta. Una vida sencilla, sin complicaciones. Lo necesitaba. Envidié a Djoko.

—¿Quiere saber cómo murió? —le pregunté.

El humo salió con parsimonia de su boca.

—No hace falta, ya sabemos cómo murió, la guerra…

Se calló de repente, sin alterar la expresión. El silencio volvió a llenarse de cigarras y humo.

—Sí, pero… —dije.

Me llevó un instante saber qué ansiaba contar y qué no.

—Hay muchas formas de morir —continué—. Las circunstancias…

—Yo solo conozco una —interrumpió—. El corazón se para y deja de bombear sangre. Siguiente parada: cementerio y lombrices. No hay más.

—¿Y Hana piensa igual?

Se encogió de hombros.

—Tengo que decirle que su marido murió como un valiente —dije.

—Seguro que le gustará saberlo, aunque no le sorprenderá. Era un buen hombre y muy trabajador. Le gustaba sentarse donde tú estás y tomarse un vaso de rakia —Pipa en mano negó con la cabeza—. La suerte le dio la espalda, justo cuando había encauzado su vida después de los problemas que su mujer y él habían tenido…

—¿Porque ella es musulmana y él ortodoxo?

—Sí. Se mudaron a Toplica para encontrar tranquilidad, para que nadie los juzgase, pero entonces se metió la asquerosa guerra de por medio, y todo se fue a la mierda. Ahora Hana criará sola al pequeño. Bueno, el pueblo le echará una mano, seguro.

—Pavlovic me pidió que cuidara a Hana.

Volvió a encogerse de hombros.

—Le quería mucho, todos los sabemos, pero ¿no vas a volver al frente? —preguntó, mirándome.

—No, los compañeros nos persiguieron supongo que para que no contáremos lo que habíamos visto… Querían matarnos por eso huimos. Ahora no sé adónde ir. A casa, en Sarajevo, no puedo regresar. Irán a buscarme.

—Entonces tarde o temprano vendrán aquí —dijo con actitud serena.

Hana me contaría que Djoko era la persona con más edad de Toplica y que lo consideraba lo más parecido a un abuelo. Desprendía un aire de hombre que abandona sin miramientos una vida para construirse otra como si fuera lo más sencillo del mundo.

—¿Cuál es tu plan?—preguntó.

—¿Sobrevivir?

—No será suficiente. Voy a pensar qué podemos hacer—anunció.

Tomó una calada. A veces se rascaba la cabeza con un mohín de disgusto, como si hubiera dado con una idea que no le acabara de convencer.

—¿Hay teléfono? Me gustaría llamar a mis padres —dije—, quizá ellos sepan qué puedo hacer.

—No pensarás regresar a casa mientras dure la guerra, ¿verdad?

—Claro que no. Es lo que he dicho antes, probablemente me estarán esperando.

—Aquí no hay teléfono, pero les puedo llamar desde Karakaj. Bajo una vez por semana en coche para comprar comida y medicinas.

Volvió a quedarse pensativo. Imaginé la reacción de mi familia al enterarse por un desconocido que me había fugado del Ejército. Mi madre no dormiría en una semana. No veía la hora de narrarles en persona lo que había sucedido en Srebrenica, pero me pregunté cuánto tiempo pasaría hasta reencontrarme con ellos.

—Tengo un primo que es abad en un monasterio de Serbia, el de San Esteban —me explicó—. Lleva casi toda su vida siendo monje; ingresó muy joven. Apenas si hemos tenido contacto en los últimos años, pero recuerdo que jugábamos mucho cuando éramos pequeños hasta que tuvo un accidente con la moto. Le afectó la columna o a una arteria y se quedó ciego, pero no se deprimió y convenció a sus padres de que se sentía más cerca de Dios que nunca, que lo guiaba. Lleva en el monasterio unos cuarenta años y lo más seguro es que muera allí. Una vez fui a visitarle, tenía algo que hacer en Belgrado y me apetecía verle. Aún no era abad, sino Gran Shima, y le vi tan entregado… Dile que vas de mi parte, de Djoko Nastasic, su primo de Modrica. Si alguien puede ayudarte es él. Lo único que te pedirá a cambio será que le cuentes toda la verdad.

—Un monasterio… En la familia somos religiosos, pero nadie ha sido sacerdote o monje —dije.

Parecía el lugar idóneo para esconderme una temporada. Nadie me buscaría en un lugar sagrado. Solo lo sabrían Djoko y quizá Hana. Solo tendría que arreglármelas para viajar desde la frontera de Bosnia hasta Belgrado. Pensé que podría hacer auto stop, ¿por qué no?

—Y cuando termine la guerra podré volver a Sarajevo.

Djoko expulsó el humo.

—En los Balcanes las guerras no terminan nunca, se camuflan. ¿Qué significa una firma en un papel que dice Tratado de paz? Nada. Nunca ha servido para borrar el odio y el rencor acumulado por los años. Por suerte, para la siguiente guerra yo ya no estaré aquí.

21

Djoko me dijo que Hana pasaba el mal trago del fallecimiento de Pavlovic acompañada de la gente del pueblo, y que después de cenar sería un buen momento para hablar con ella. Sin nada que hacer regresé a la habitación. Me tumbé deseando que las horas transcurrieran con rapidez, algo que en Toplica parecía misión imposible. Volvieron las ganas de fumar aunque me aguanté de nuevo. La fatiga no había desaparecido, pero sentía que era capaz de cruzar la frontera a pie para llegar a Serbia. El plan de Djoko había despertado una esperanza en mí con la que superar cualquier obstáculo. ¿Quién me buscaría en un monasterio? Era el lugar perfecto antes de volver a casa. Dispondría de comida, compañía y un techo sin necesidad de relacionarme con el exterior.

Tenía dieciocho años y mi vida había girado de una manera que no alcanzaba a comprender. Debía huir del país como un criminal por haberme enfrentado a Cvetkovic y a mis compañeros. Si la justicia existiese ellos deberían haber pagado por lo que hicieron a esos inocentes. Sí, Stimac permitió todo desde el principio. Él mismo lo dijo la noche en la que le conocí en persona. «Sembrar el horror». A eso se refería, y yo no estaba preparado para lo que sucedería después.

Catorce años más tarde la justicia aún no ha cumplido su parte. Stimac sigue libre. ¿Cómo es eso posible? Señor, ¿en qué mundo vivimos? Puse el disco de Djoko. Escuché su voz nostálgica, acompañada de las notas que surgían del saz con ese aire oriental tan cautivador. La letra hablaba de un amor adolescente perdido.

Al levantarme ya era de noche. Había dormido poco y mal. ¿Qué hora será? Pero no había ningún reloj a mano. Notaba un ligero mareo que supuse que desaparecería a los pocos minutos. Encendí la luz de la mesita de noche. La casa, como de costumbre, estaba en silencio. Cuando me preguntaba dónde estaría el viejo, apareció la perra con la lengua fuera. Me miró fijamente durante un instante y se marchó no sin antes comprobar que le seguía. Recorrimos el pasillo, el salón y la cocina en la penumbra hasta que salimos. Supuse que Djoko estaría en la casa de algún vecino y que Minka me llevaría hasta él.

La noche refrescaba. El sendero dividía el pueblito y a cada lado las casas se sucedían, alumbradas con una o dos luces, rodeadas de la oscuridad silenciosa de la colina. Minka me guio hasta la más alejada. El porche era de madera y decorado con flores. A un lado distinguí lo que me pareció un gallinero. Del interior de la casa surgía un rumor

de voces. Minka empujó la puerta con el hocico y entró con absoluta libertad.

Nada más franquear el umbral tres o cuatro cabezas se giraron hacía mí. En sus caras arrugadas había extrañeza, aunque ya debían de saber quién era. Les saludé con una leve inclinación de la cabeza. El salón era más pequeño que el de Djoko. Transmitía una calidez especial quizá por los ramos de azucenas que lucían los rincones y estanterías. Había juguetes por todas partes: muñecos, peluches, trenes; sobre la mesa del centro, un paquete de pañales junto a la escopeta.

—¿Vienes a ver a Hana? —me preguntó una mujer algo gruesa.

Asentí con la cabeza.

—Pasa, hijo —dijo señalando una habitación.

Al asomarme vi a Hana tumbada en la cama con la espalda reposando en el cabecero. Tenía la cara roja y la mirada triste. Con un brazo rodeaba al niño, que dormía con placidez. Reconocí la nariz de Pavlovic y el pelo rubio de su madre. Dios mío, ahora será un adolescente. Ya le habrá preguntado por su padre, y Hana le habrá contado cómo era, cómo se conocieron y cómo murió. Quizá también le haya contado por qué se refugiaron en Toplica, a lo que debieron enfrentarse para que su relación saliera adelante. Se habrá lamentado más de una vez por crecer sin padre. Quizá si recibe la bendición de tener un hijo le llamará cómo él. Sí, sería bonito.

Hana conversaba con otra vecina que, acomodada en un taburete, sostenía una taza de té. Su pelo era gris y recogido en un moño. Vestía con un chaleco abrochado y una camisa arremangada con zurcidos. Al percatarse de mi presencia callaron de golpe y me miraron.

—Lo siento mucho, Hana.

—Gracias —dijo con dolor.

Sin saber cómo continuar, dije lo primero que se me ocurrió.

—Pavlovic no paraba de hablar de su hijo…

—Sí, le quería mucho —murmuró.

Me fijé en que llevaba puesto el colgante de su marido. ¿Aún lo llevará después de todo este tiempo o se lo habrá quitado? ¿Qué le habrá pesado más, la religión o el amor?

—Marko, ¿quieres una taza de té? —preguntó la vecina.

—No, gracias —respondí.

—Qué diferente te ves sin uniforme —dijo Hana—. Ven, acércate. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Eres un niño. Cuando te vi pensé que eras mayor.

Minka apareció por la puerta con un muñeco en la boca. Se plantó cerca de la cama y lo dejó en el suelo, como si fuera para el niño. La vecina le acarició la cabeza.

—Marko… —dijo Hana, apartando los pies para que me pudiera sentar en el borde de la cama—. ¿Cómo murió?

Le miré a los ojos. No pude decirle la verdad.

—En el frente, como un héroe. Una bala le dio en el pecho… Estábamos muy lejos de la retaguardia, la asistencia se había quedado muy atrás. Me dio el colgante y me dijo que viniera a entregártelo —no quise continuar con la mentira—. Fue un golpe muy duro para todos los compañeros. En muy poco tiempo él y yo nos hicimos amigos.

—Ya veo, por eso estás aquí —dijo Hana.

—Siempre se le dio bien hacer amigos, ¿verdad? —dijo la vecina.

—Sí, ese era mi Dragan. Siempre saludando a todo el mundo.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? —le pregunté—. Lo que sea. Le debo la vida.

Ella negó con la cabeza apretando los labios. Un mechón de pelo rubio le cayó sobre la frente. La vecina se inclinó un poco más, dejó la taza sobre una cómoda y la tomó de la mano. Hana mañana tendría que levantarse temprano y alimentar a su hijo, ordeñar la vaca, sacar los huevos del gallinero, pastorear… La vida seguiría adelante sin su marido. Al menos en Toplica se respiraba humanidad.

—Me dijo Djoko que has desertado —dijo Hana.

Le dije que sí. ¿Qué iba a ganar explicándole que fui obligado por las circunstancias? La vecina puso su otra mano sobre mi antebrazo. Los cuatro estábamos unidos como en una especie de puente del duelo. No sé cuánto tiempo permanecimos así, en silencio, pero recuerdo tener la sensación de que algo invisible nos unía.

—Yo te indicaré el camino a Serbia por el desfiladero, así cruzarás la frontera sin problema —dijo Hana.

Se lo agradecí. La vecina se levantó, cogió la taza y dijo que volvería enseguida. La oímos hablando en el salón con el resto de los vecinos, y entonces Hana me preguntó lo que le rondaba por la cabeza.

—Marko —dijo—. ¿Qué pasó de verdad, cómo murió?

—Pero…

Levantó una mano, interrumpiendo.

—Por favor, no me cuentes esa historia otra vez. Necesito saber la verdad…

Suspiré mientras me fijaba en un lienzo colgado de la pared que decía: Que Alá bendiga esta casa. Me costó iniciar la historia, no me resultaba sencillo resumir todo lo que había sucedido; en algunos momentos tartamudeé, otras veces me puse de pie, me senté y me volví a levantar. Al finalizar quedé sentado en el borde de la cama, vacío. Esperaba que Hana se levantara de un salto y quisiera pegarme

o echarme de la casa. Ella había pedido la verdad y yo se la había dado sin omitir detalles, incluido la traición de Jovan. Hana había escuchado con interés, a veces asintiendo o abriendo los ojos, sorprendida, o dejando escapar una indignada exclamación. Cuando le dije que Pavlovic murió en el bosque, desangrado, se llevó la mano al pecho y sollozó. Nunca lo podría enterrar, y quizá eso le dolió incluso más que su muerte.

—Qué horror —dijo—, qué horror. ¿Cómo ha podido pasar?

Finalmente no arremetió contra mí, sino que apoyó la cabeza en la pared, asimilando la locura que acababa de contarle.

—Alá le recompensará, le dará paz y le perdonará todas sus faltas —sentenció.

Después miró con ternura al niño, seguramente pensando en qué le diría cuando preguntase por su padre. Algo debió de ver en mí cuando la miré sin saber qué hacer. Hana se hizo a un lado y abrió el brazo, invitándome a la cama. Sin pensármelo me acurruqué, medio encogido. Noté la calidez de su consuelo, el olor de su ropa, y el roce de su mano sobre mi brazo. Me besó en la coronilla. Cerré los ojos y me dormí con placidez.

PARTE II

ДРУГИ ДЕО

22

¿Estás preparado, Marko? En realidad es sencillo, sin misterio, aunque nunca lo has hecho porque es contrario a los principios que te inculcaron. Dios mío, perdóname; me encuentro sin opciones. Ya no eres monje pero… Espero que lo que voy a hacer nunca tenga que repetirlo. De momento, calmado. El café es bueno, aunque el del monasterio era mejor, más fuerte. ¿Hace cuánto tiempo que no pisabas una cafetería? Bastante, supongo que de antes de la guerra.

Desde aquí tengo una visión muy buena. Veo lo que hacen los camareros en la barra, los clientes entran y salen del baño, algunos están solos y otros acompañados. Soy como una patrulla de vigilancia formado por una sola unidad. Creo que voy a pedir otro café. Si me viesen los hermanos beber tanto café se extrañarían. ¿Qué estarán…? Rezando, claro.

Llega el ruido de la calle, tráfico, frío, viento, la acera brilla por la nieve derretida. Entra un… Sí, es él. Viste igual que ayer y que el otro día. Elegante. Gomina. Podría ser un banquero o un ejecutivo. Espero que no me persiga cuando tenga que salir corriendo. Ella está a punto de llegar. ¿Se sienta ahí? Ni bien ni mal. Es mayor que yo, aunque no creo que llegue a los cuarenta.

Se va llenando de gente. Antes de trabajar café para aguantar el día. ¿Cuántos acudirán a misa? Así que esto es el mundo exterior por la mañana en una cafetería. Parece que a nadie le importa que Stimac siga libre. ¿Saben lo que pasó en Srebrenica? Si les pudiera contar, pero parece que no les importa. Solo quieren comprar, comprar, comprar. ¿Qué hace esa persona con el móvil? Lo coge como si fuera un micrófono y le habla. ¿Debería comprarme uno? No veo la utilidad de que te llamen en la calle, a no ser que sea una emergencia, claro. Lo pensaré.

Marko, ya eres uno de ellos, uno más del rebaño. Ya no te miran con curiosidad. Ahora pasas desapercibido. Qué extraña la sensación de pasarme la mano por la cabeza y notar el pelo corto. Paso desapercibido y eso es bueno. El hombre toma un botellín de agua. Mira por la ventana. ¿Cuándo llegará Ljubica?, se estará preguntando. Yo también. Pero sabes, yo tengo todo el tiempo del mundo. Llama por teléfono. Sí, aparenta que estás ocupado… A mí no me importan que me vean a solas. ¿Qué hay de malo? En realidad, nunca estamos solos. El Señor siempre nos acompaña.

Periódico. ¿De hoy? Debería estar un poco informado de lo que

pasa en el mundo. La televisión no me atrae. Parece que solo interesa la política. ¿Cómo se llama el presidente? Aquí no lo dice. No deberían existir partidos políticos. ¿Cuál es la diferencia? Salvo por algunos detalles, todos me parecen lo mismo. Un traje y una sonrisa falsa.

Ljubica surge entre la nieve. Bella. Va a entrar. Lleva el bolso. Grande y marrón. Algunos hombres y mujeres se giran, murmuran. ¿Es Ljubica Stimac? No me facilita la misión que sea un poco conocida. Será un obstáculo más de tantos. Sonríe al ver al hombre. Besos en la mejilla. ¿Es su pareja? Tengo que averiguarlo. No puedo acceder a su secreto más hondo si no la conozco. ¿Lo sabrá? Él guarda el móvil. Se levanta. Caballeroso.

—Perdón por el retraso —dice ella.

—Está bien, acabo de llegar.

Mientes. Mentir es un pecado, ¿lo sabes?

—¿Lo de siempre? —pregunta él.

Su voz, afilada. Su cara, despierta.

—La duda ofende.

Ella sonríe, se ilumina. Cuelga el bolso de la silla. ¿Eh? La mesa de al lado se ríe a carcajadas. Ya no oigo nada. Cuidado, no mires tanto. Eres un fantasma y los fantasmas no observan, son invisibles. Noto el nerviosismo de lo que va a suceder. Ignóralo. Has sobrevivido a una guerra, esto es pan comido. Debería haber dicho he sobrevivido a Stimac. ¿Es una obsesión?

Supongo que Ljubica se siente observada. Parece que no quiere privilegios. Se mezcla entre la gente, se deja ver. En su mente: «Aquí estoy, no me escondo como los demás». Esta mañana ha salido de casa. Después irá a la sede del partido a preparar otro discurso de odio contra el mundo. Ljubica, basta, por amor de Dios. Haz lo que es justo. Yo te vi en la foto con tu padre y tu madre. ¿En qué te has convertido? ¿En una obra de tu padre?

—Está bien, gracias por preguntar —dice ella—. Fui a visitarle. No me acostumbro, pero así está la situación.

¿De quién está hablando? Un camarero pasa, deja el café. No sé qué les pregunta. Tengo que actuar ya.

—¿Duermes bien? —dice él.

Lo piensa. Se miran en silencio. Ella cambia de postura.

—Sí, pero hay noches en que los pensamientos no me dejan en paz. ¿Cómo lo haces tú?

—Escucho música para relajarme.

El tiempo se me echa encima. Maniobra de distracción. ¿Llevas el mechero? Sí. Cuando te levantes no los mires. Directo a… Mirada al frente, paso decidido.

¿Huele a lejía? Está ocupado. Esperar. Debería rezar para que el

plan funcione, pero no sé si sería justo. Voy a cometer un pecado. Ya sale. Nadie más está esperando. Bien. ¿Dónde está el papel? Necesito uno grueso. Este servirá. La llama toca el papel. El papel está ardiendo. ¡Suéltalo! Rápido, afuera.

Siéntate. Siguen hablando pero ya no los oigo. Cuestión de minutos. ¿Cómo está tu pulso? Actuar como una cobra. Morder y huir. Habrá que pagar el café. ¿Cuánto será? No sé los precios del mundo exterior. Te dará cambio. Me tiene que alcanzar para los gastos de después. Comeré lo justo, como si estuviera en el monasterio. La espalda, dolor. Anoche no pude dormir. Ese colchón demasiado blando.

—¡Humo! —exclama alguien.

Se callan, miradas, ruido de sillas, sorpresa, pequeño caos. El camarero corre. Sosiégate, no es para tanto. Algunos clientes se han levantado. Solo veo espaldas. Ljubica y él no saben qué hacer. Ahora es el momento. Las pulsaciones. El bolso.

Ya está. Lo he hecho. Calma. Nadie se ha dado cuenta. Dobla la esquina y corre por si acaso. Cuidado con la nieve. ¿Te siguen? No. Ahora lo estarán buscando. Hablarán con los camareros, saldrán a la calle, indignación, pero estoy lejos. Sigue doblando esquinas. Sí, ahora mira hacia atrás. Despejado. Recuerda: vas contrarreloj. Aquí, el callejón es perfecto.

Respira. Estoy sudando. Primero, las llaves. ¿Dónde estarán? Tiene un montón de cosas. Pañuelos de papel, desodorante, pastillas para el resfriado, un pintalabios, ¿esto qué es? Tampones, crema para las manos. Dios mío, esto parece un supermercado. Un ticket de aparcamiento. Me lo quedo por si acaso. No lo echará de menos. Una barrita energética sabor manzana. La mujer se cuida. Se lo dejo. ¿Esto es el móvil? Sony-Ericsson. Sería perfecto ver el contenido. Vaya, tiene contraseña. Lo dejo. ¿Esta tarjeta? Gimnasio Power. Información muy interesante. Las llaves. Del piso, del buzón, del portal. Esta parece la del coche. Billetera. No está su carta de identidad, claro. Por si le roban el bolso para que nadie sepa dónde vive. Precavida, sí. Cargador del móvil. Carné de la biblioteca. ¿Lo necesito? ¿Qué puedo hacer con él? Billetes. Mil dinares. El dinero me lo quedo y lo donaré a la iglesia. Cuando recupere el bolso en la comisaría ella tiene que creer que la causa del robo fue el dinero. Un libro de poemas. Petar Kocic. «De la montaña, y bajo la montaña».

Querida hija:

Acaba de salir una nueva edición de tu poeta favorito. Lo he visto en la librería (ya sabes cuál) y he pensado en ti. De pequeña tuviste que aprender uno de sus poemas para un concurso del colegio. ¿Te acuerdas?

Te quiere,
Tu madre.

¿Cómo se llamaba? Vesna. ¿Podrá serme útil para encontrar al general? No lo sé. Ya lo pensaré más adelante. ¿Hay más cosas? Sí. ¿Un papel? Aviso de correos. Hace unos días. La dirección de su casa. Calle Kapetan-Misina, 46. Segundo piso. A-1. No necesito más. Ahora a la ferretería a copiar las llaves, paso ligero. Después a la comisaría, a dejar el bolso como si lo acabara de encontrar.

PRIMERO: asegurarme de que no hay nadie en la casa. El portal está cerrado. Pero esas dos señoras forman una barricada. Mejor espera a que se marchen. Que no te vean la cara. La fachada es antigua, algo señorial, buen estado. Uno, dos, tres, cuatro pisos. Ese debe de ser el de Ljubica. Amplio, con varias habitaciones. Un balcón con flores. Sin movimiento. Piso de abajo, cortinas echadas. Arriba, sin cortinas. Hay movimiento, ¿una persona? Por aquí debería de estar el gimnasio adonde acude Ljubica. ¿De qué hablarán esas? Se estarán contando la vida. Una de ellas vivirá en el edificio. Fíjate en sus caras por si acaso. Son mayores. Se arreglan. El perrito es el de la más joven. Se ve que son amigas.

Creo que el hombre de la gomina no es su prometido. En la cafetería se saludaron con cordialidad, no romántico. No creo que en catorce años hayan cambiado las costumbres. ¿Un compañero de trabajo? Creo que todavía huelo el perfume de Ljubica. Si yo fuera Stimac, ¿cómo me comunicaría con mi hija? No sería con una llamada de un teléfono oculto. Pueden pincharlo. Mensajes encriptados, sí. Que solo ella y yo pudiésemos entender. Sencillo y eficaz. No es un juego de espías. Me aseguraría personalmente antes de esconderme que mi hija supiera cómo descifrarlos. ¿Hora? Las diez, más o menos. Estaría bien tener un reloj. ¿Los móviles dan la hora? Quizá necesite uno al final. ¿Esas dos van a estar hablando toda la mañana?

Si fuera Stimac no me arriesgaría a reunirme con mi hija en la calle, tampoco a acercarme a su casa. A lo mejor está vigilada. ¿Disfrazado? No lo sé. ¿Por qué no? ¿Los vecinos podrían sospechar de las visitas? ¿Stimac disfrazado de mujer? ¿He dicho disfrazado de mujer? Dios mío, creo que estoy perdiendo la razón. Puede estar en cualquier punto de Serbia. Yo no soy padre, pero imagino que le gusta estar en contacto con frecuencia. ¿Cuánto, una vez al mes, dos? ¿De qué hablarán?

Existen métodos para los mensajes encriptados pero algunos son… Lo adivinaría un niño, como el de cambiar el orden de las letras del abecedario. O disponer de unos símbolos determinados, crear un

lenguaje específico, como hacían los masones. O también seleccionar letras o palabras de varias páginas al azar de un libro que solo conocen él y ella. Petar Kocic. ¿Será ese el libro? ¿Por qué llevarlo en el bolso? Parece demasiado evidente. Quizá ahora mismo estén en la comisaría. Comprueban el bolso. Llaves, monedero, móvil. Está todo pero ya tengo las copias. ¿Qué harán después, cambiar la cerradura por si acaso? Se lo estarán preguntando.

No veo claro eso de entregar papeles con mensajes encriptados. ¿Lo dejan en el buzón, en su despacho, por debajo de la puerta de su casa? Arriesgado. Es un papel, un objeto físico que probaría que están en contacto. Una prueba. ¿Les interesa que se sepa? Claro que no.

Espera, un momento. Pavlovic. Sí, el equipo de radio que usaba el Ejército para que las patrullas de vigilancia se conectaran con la base. JNA, JNA, JNA, aquí C2, C2. C2, C2, C2 aquí JNA, JNA. Primero se nombra tres veces la estación a la que se llama, después el emisor se identifica dos veces. Stimac lo conoce bien. La frecuencia determinada, el mensaje cifrado, los códigos misteriosos. Ella necesitaría otro sistema de radio y ya está. Veremos. Pueden ser mensajes del tipo: Llámame a este número. Veámonos en… Nadie puede descifrarlo si no es con el auricular. Tampoco es fácil de esconder.

Se marchan. Despejado. He perdido un tiempo valioso. No pierdas más. Cruza y llama al portero automático. Tranvía rojo. Cuidado, no. Asegúrate de que no vuelven.

Silencio. No contesta nadie al telefonillo. Prueba otra vez. El portal, vacío. Parece la entrada a un ¿sótano? Ningún vecino. Es temprano. Silencio.

Abre con la llave. Esta no es. Prueba otra. Bien. Estoy dentro. Ahí están los buzones. En el suyo no está su nombre, claro. A su lado están Borisa Radanov, Marko Radanov. En el piso de abajo: Milos Vukanovic. ¿Conocerán mucho a Ljubica? Prefiero no al ascensor. Hay que evitar a los vecinos. La correspondencia puede ser interesante. Quién le escribe. Si dispusiera de tiempo abriría el buzón. Quizá a la vuelta.

Recuerda: segundo piso. ¿Qué? Ruido de un televisor a lo lejos. No sé bien de dónde viene. ¿Del primero? ¿Izquierda o derecha? Las puertas se ven robustas. Clase pudiente. Quizá alguno haya ido a la iglesia del monasterio. No creo que sin la barba me reconozcan fácilmente. Pero mejor no tentar a la suerte. Escaso ruido de la calle.

Esta es. Llama al timbre por si acaso no oyeron el portero. Escucha. Al mínimo ruido te marchas corriendo. La puerta de enfrente. En calma. Pueden estar mirando pero tengo que arriesgarme. El momento perfecto no existe. Además, el Señor está de mi parte. Él me va a proteger si actúo por una buena causa sin hacer mal a nadie.

Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios. El edificio sigue en calma.

Silencio, despejado, entrando.

23

Oigo música. ¿Hay alguien aquí? No, escucha, se oye lejos, de abajo. ¿Los vecinos? Sí. Cuidado, no hagas ruido. Pies de plomo para que no avisen a la policía. ¿Qué tipo de cerradura? A la izquierda, la cocina. A la derecha, el salón. El dormitorio debe de estar al otro lado.

Primero, una inspección rápida. No quiero encontrarme a nadie durmiendo. Cocina, recogida. O no desayuna o lo hace y friega. ¿Será una buena cocinera? La nevera está llena. Un radiocasete Sony. ¿Dial? 91.2. No se oye nada. Sí, enchufada a la corriente. A lo mejor su padre se comunica de madrugada con un equipo de radio. ¿Quién puede sospechar? ¿Cómo averiguar el mensaje? ¿A una hora fija o cambia?

Salón. Cuidado con las ventanas, no te asomes. Desde la calle pueden… Libros por todas partes. Gran lectora. Icono de San Jorge. Dormitorio. Cama matrimonial. Cuadros de bosques. Foto en la mesilla de noche. ¿Su prometido? Acércate.

¿Qué? ¿Es Jovan?

Sí, es. Bum. No puedo creerlo. Jovan es el prometido de Ljubica. Señor, esto no lo vi venir. Estoy… ¿Soñando? ¿Qué está pasando aquí? Ganas de gritar de sorpresa o de rabia, no lo sé. Jovan, vuelves a aparecer, como todos. Cada día es una trampa. ¿En qué mundo es posible esta unión? ¿Stimac los presentó? ¿Cómo se enamoraron? Tengo que averiguarlo, tengo que hablar con él. ¿Dónde está Jovan? Vaya pieza este Jovan Zivkovic. Seguro que no me ha olvidado. Traidor.

Ella le agarra del brazo. Está más delgado. Quién me lo iba a decir. Debe de ser en alguna cena importante. ¿Hace cuánto tiempo? Sonríen. Pero la sonrisa de él es más tímida. La carga del pasado. La carga de Srebrenica. Todos la tenemos. ¿Has podido dormir desde…? Nunca te gustó Stimac y te vas a casar con su hija. Los caminos del Señor. Lo que no sabes es que te perdoné, Jovan. Si cayeron los muros antiguos de Jericó por la potencia de Dios, de la misma manera cayeron las rocas del odio. Y sé que Pavlovic también te perdona.

Cajón de la cómoda. La ropa interior de Ljubica. Pastillas para dormir. Joyas. Cremas. ¿Serán de Jovan o de...? Bajo el colchón no hay nada. Tampoco debajo de la almohada. Veo vestidos y trajes, zapatos y más zapatos. ¿En qué trabajará Jovan? Entran dos salarios en casa. La casa será suya, claro. Parece que el Señor no les ha bendecido con niños. Aún son jóvenes. Si mueves algo déjalo en su sitio, exactamente en su sitio. No veo una caja fuerte. El uniforme

militar. ¿Se lo pondrá alguna vez?

¿Dónde guardarán lo importante? Pasaportes, dinero.

Al salón otra vez. CD de música. U2. Coldplay. Slobodan Trkulja. Stanisa Stosic. Mezcla de moderno y clásico. ¿Qué pertenecerá a Jovan y qué a ella? La célebre Ljubica Maric. ¿Tendrá que ver con ella? ¿Sus padres le pusieron el nombre por esta compositora? ¡El libro de El Señor de los anillos! Es de Jovan, no hay duda. Qué bien conservado. Una tarjeta de visita. Jovan Zivkovic. Recepción Hotel Yugoslavia. Guárdalo en el bolsillo, nunca se sabe.

Fotos de cuando era pequeña. Con su padre, con su madre, y más familia que no sé quiénes son. Esto es la Fuente Sebilj. Qué recuerdos. Volveré a Sarajevo cuando termine la misión. ¿Habrán vuelto alguna vez Ljubica y Jovan a Bosnia? Parecen fotos de adulta. Aquí imagino que celebrando una victoria electoral con los compañeros del partido. Debe de ser en algún restaurante de Belgrado.

¿Qué más hay? Ah, el portátil está encendido, pero con contraseña. ¿Cómo entrar en su mente? Si pudiera oír sus confesiones…

¿Qué es esto? Ljubica Stimac. Licenciatura en Ciencias políticas. Universidad de Belgrado. 2000. El año en que cayó Milosevic. ¿Por qué estudiaste esto? Quizá para contradecir a tu padre. Él odiaba a los políticos. La política también es como un ejército. ¿Tú también tienes esa cara doble que tenía tu padre? Facturas: luz, agua, internet.

Me tengo que… ¿Algo más? No está mal para una primera maniobra de acercamiento de un soldado raso. Espera, papeles mecanografiados.

«REPRODUCCIÓN DE LAS NOTAS TAQUIGRÁFICAS TOMADAS EN EL CURSO DE LA PRIMERA DECLARACIÓN PRESTADA POR ZORAN JERETINA. FECHA: 15 DE MAYO DE 1997. JUEZA: SNEZANA NIKOLIC. TRIBUNAL SUPERIOR DE JUSTICIA. PRIMERA INSTANCIA. BELGRADO.

JUEZA NIKOLIC: Nombre y apellido.

ZORAN JERATINA: Zoran Jeretina.

JN: Nacionalidad.

ZJ: Serbio.

JN: ¿Edad?

ZJ: 45 años.

JN: ¿Número de documento de identidad?

ZJ: 33568922B

JN: ¿Profesión?

ZJ: Ingeniero informático.

JN: ¿Dónde vive?

ZJ: En la calle Murisa Zivojevica, portal 12. Quinto piso.

JN: ¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Belgrado?

ZJ: Se puede decir que toda la vida. Nací en Sarajevo pero mis padres se mudaron cuando yo era muy pequeño.

JN: ¿Qué ocurrió el 25 de abril de 2000?

ZJ: Salí del trabajo a eso de las diez de la noche, muy tarde comparado con otros días, pero es que nos robaron la noche anterior y todo el día fue un poco caótico. El otro compañero está de vacaciones, así que me tocó trabajar el doble. Volví a casa y aparqué donde siempre, en el aparcamiento de la calle Makenzijeva. Debido a la hora estaba ya muy lleno, y me tocó aparcar al final, frente a un terraplén. Al salir del coche me fijo en que dos coches más allá veo una sombra muy quieta en el asiento del conductor. Tenía la cabeza apoyada en el cristal. Me pareció raro que esa persona estuviese durmiendo en un aparcamiento. El coche era un BMW nuevo, creo, y pensé que era más raro todavía. Pero cuando me marchaba hacia la salida y pude ver mejor la parte del maletero, veo que el intermitente de la izquierda está parpadeando. Me imaginé a una persona durmiendo, borracha o pasando una resaca.

JN: ¿Qué hizo después?

ZJ: Me quedé unos segundos pensando, y al final me digo que tengo que acercarme por si acaso esa persona necesita ayuda. Nunca se sabe. Al acercarme veo una mancha en la ventanilla y…

JN: ¿En cuál?

ZJ: En la del conductor.

JN: Prosiga.

ZJ: Veo que es sangre y salgo corriendo para avisar el empleado. Se lo cuento y volvemos. El empleado ve lo mismo que yo y da la vuelta y mira a través de la ventanilla del acompañante, que está bajada hasta el final creo recordar. Grita que está muerto y que hay que llamar a la policía. Y nos quedamos esperando.

JN: A la policía dijo que vio algo. ¿Es correcto?

ZJ: Bueno, no lo sé, igual no es importante. Vi una sombra a lo lejos, entre matorrales, en lo alto del terraplén. A mí me dio la impresión de que era una persona, pero no pondría la mano en el fuego.

JN: ¿Qué hacía esa persona?

ZJ: Se giró y se fue andando, pero deprisa. Todo ocurrió muy rápido. No le vi la cara.

JN: ¿Se lo dijo al empleado?

ZJ: No, no me dio tiempo.

JN: ¿Había visto antes el coche en ese aparcamiento?

ZJ: No, nunca.

JN: ¿Algo más que quiera añadir?

ZJ: Nada más».

¿Qué tiene que ver Ljubica o Jovan con esto? ¿Por qué lo guarda? ¿Quién es el muerto, algún familiar? Sigue, hay más hojas. Leo esto y me marcho. Estoy tentando demasiado a la suerte. Pueden venir en cualquier momento.

«ANTECEDENTES DE HECHO

PRIMERO: El Juzgado de Instrucción número 3, instruyó Procedimiento del Tribunal con el número 1/96, y una vez concluso, fue elevado al Tribunal Superior de Belgrado, en el Procedimiento número 4/97, que con fecha 11 de diciembre de 1998 dictó sentencia

que contiene los siguientes hechos probados: "De conformidad con el veredicto emitido por el Tribunal del Jurado, se declaran probados los siguientes hechos:

El acusado, Jovan Zivkovic, de 33 años, en hora no determinada, entre las 21:50 y las 22:00 del 25 de abril de 2000 acudió a pie al aparcamiento situado en la calle Makenzijeva, sin número, y esperó hasta que la víctima, Vidoje Jakovic, llegara con su coche, un BMW con matrícula BG-113-205, a las 22:04 (según consta en el registro de la caseta). Esperó a que aparcara donde era habitual y se acercó a la ventanilla del acompañante, pidió a la víctima que la bajara o ya estaba bajada, y descerrajó un disparo en el cuello causando una hemorragia masiva que le originó el deceso. El arma en cuestión es una pistola Beretta del calibre 10 mm, que fue encontrada en la taquilla del acusado en el hotel Yugoslavia, en el registro efectuado el 27 de abril del mismo año, a las 10:23 de la mañana. La víctima y el acusado se conocían porque el primero regentaba el gimnasio Power en la calle Caro Dusana, del que Zivkovic era socio.

SEGUNDO: El Sr. Jakovic, en el momento de su fallecimiento, tenía una esposa, Nikolina, y dos hijas menores de edad. Aunque no se han encontrado pruebas fehacientes, la viuda testifica ante juramento que el Jovan Zivkovic y ella mantenían una relación desde hacía unas semanas. Situación de la que tuvo conocimiento la víctima por parte de su esposa. Se establece la hipótesis de que la víctima comunicara la intención de establecer contacto con la prometida de Jovan Zivkovic, Ljubica Stimac, para mantenerla al tanto de la situación. El acusado niega esta hipótesis.

TERCERO: Se condena al acusado, Jovan Zivkovic, por autor responsable de un delito de asesinato, sin atenuantes, ya que el acusado fue dueño de sus facultades mentales. Así pues, se le condena a veintitrés años de prisión, y la prohibición de comunicarse con la viuda y sus hijas, así como de aproximarse a menos de 1000 metros de ambas».

¿Jovan, un asesino? ¿Es una broma, Señor? No me lo puedo quitar de la cabeza. ¿Un hombre que sufrió ataques de pánico en el frente? ¿Que pidió desesperadamente un balazo en la pierna para quedarse en la retaguardia? ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué mundo es este? ¡El maligno se ha apoderado de todas las almas!

Me tengo que marchar ya. Dios mío, llevo mucho tiempo, pueden estar de camino. No quiero arriesgarme. Fuera del piso, a la calle, vamos a casa, necesito aire. Urgente.

No salgo de mi asombro. Jovan matando a sangre fría, acabando con una pobre alma que tiene esposa e hijas. ¿Es que lo hizo en la guerra después de que yo desertara? Ahora entiendo por qué no lo he visto junto a Ljubica estos días. Tengo que rezar por el alma de la víctima, Vidoje Jakovic. Que no se me olvide. Veo la cara de Jovan apretando el gatillo. ¿Arrepentido? ¿Lo sabrán sus padres? Qué sufrimiento, los pobres. No sé cómo puede cambiar tanto una persona.

Necesito fumar, ya. No, no vas a fumar. Lo dejaste hace catorce

años. No lo he preguntado pero creo que Mirjana no permite fumar en la casa. No he visto ceniceros. Te vas a quedar en tu cuarto hasta que te duermas. Están viendo la televisión pero eso no es lo mío. ¿Debería ir y decirles buenas noches? ¿Les molestará si no digo nada? Qué amable es Mirjana. Incluso me ha invitado a la *Slava*. Por supuesto, asistiré, me siento honrado. Dios mío, será la primera que haga fuera del monasterio. Qué gloriosa tradición.

Es peligroso guardar la pistola aquí. Si la encuentra, muchas explicaciones.

¿En qué cárcel estará? ¿Le voy a ver? ¿Para qué? Quizá me necesite. Un amigo. ¿Lo somos? ¿Por qué lo hiciste, Jovan? No querrá verme, es una posibilidad. Físicamente no habrá cambiado mucho. Lleva unos nueve años en la cárcel. ¡Nueve años! Qué destino el suyo: guerra y cárcel. Ljubica parece que sigue fiel. Es una mujer inteligente y con fortaleza.

¿Qué le habrá contado Jovan a Ljubica sobre la masacre en Srebrenica? ¿Le confesará lo que vimos todos con nuestros ojos, las fosas? Dios mío, no hay mayor ciego que el que no quiere ver. Ella creerá a pies juntillas lo que le diga su padre.

Es mi hija y me idolatra, dice Stimac.

Cállese, general. No le he dado permiso para que hable.

Jovan sacó la bestia que lleva dentro, general. Usted le enseñó al igual que a mí. No me cabe ninguna… ¿Qué le regaló, una granada con el emblema del Ejército? Déjate de bromas estúpidas, Marko. Esto es serio y Dios te oye.

¿Cómo puedo averiguar en qué cárcel está? ¿Internet? Le preguntaré a Dusan o iré a la biblioteca otra vez. El personal es agradable. Petar Kocic, su escritor favorito. En la biblioteca quizá haya disponible la biografía de Kocic. Sí, mañana iré a la biblioteca a primera hora a ver si tienen a Kocic. Me vendrá bien para conocer a fondo a Ljubica.

Srebrenica, 12 de julio de 1992

Hoy conquisté Srebrenica con orgullo patriota, sangre serbia y una brillante táctica. La moral de los soldados está por las nubes porque es un punto estratégico dentro del mapa de la Gran Serbia. El ferviente deseo de reunir a todos los serbios en un mismo estado ya no es una quimera, sino una próxima realidad. Con Srebrenica en nuestro poder desaparecen las fronteras intermedias y se despejan nuestros sueños. Ahora solo queda afianzar la posición, no bajar la guardia y promover el éxodo de los musulmanes en cuanto sea posible. ¡Nuestro destino glorioso está al alcance de la mano!

Las bajas son numerosas, más de dos mil, según informa Boban, por eso rezaré por todas las vidas sacrificadas por la noble causa. Leeré de rodillas sus nombres en voz alta como un tributo con el fin de que su esencia se instale entre nosotros, y sepa protegernos frente a la adversidad que nos aguarda en los meses venideros.

Siempre los recordaré como unos héroes que disfrutaron de la suerte de experimentar cuál es la belleza de la Guerra, y que los convirtió en verdaderos hombres. Me consta que sus familias están orgullosas y esa es la mejor recompensa. Ninguna gesta se ha logrado sin derramar sangre, pero el pilar de la civilización empieza construyéndose con muerte cruel e indiscriminada. Es una asignatura que no me enseñaron en la academia, sino que he tenido que aprenderla a base de cruzarse con ella y mirarla de frente hasta que ha desvelado su secreto. La muerte endurece la tierra, transformando la raíz hasta que se vuelve de acero.

Amaneció nublado, con esa luz color ceniza que todo lo envuelve creando una atmósfera tibia y desganada, sin embargo, en mi interior latía una creciente excitación. Según el último parte, el último foco de resistencia se estaba apagando y era cuestión de horas que los bosnios abandonaran la ciudad a su suerte, lo que nos permitió a nosotros, sus legítimos dueños apoderarnos de ella reivindicando un agravio histórico.

Desayunamos como cualquier otra mañana, con esa camaradería que se extiende como un manto cálido sobre la mesa a base de chanzas y carcajadas, que fortalece el espíritu de combate y resulta indispensable en los momentos cruciales. Como de costumbre el menú era pésimo, pero la gesta que estaba a punto de culminarse compensaba con creces la desazón de no hincar el diente a un sabroso trozo de pan, o de degustar un café acorde a nuestro rango.

Estudié a mis oficiales y me regocijé al constatar que más allá de la cohesión interna anida un anhelo infinito de gloria. Todos ardemos en deseos de disfrutar de nuevo cómo una ciudad hinca las rodillas y se postra ante nuestra bandera.

A las pocas horas, mientras en el despacho ultimaba los detalles de la próxima táctica, Boban informó de que la rendición de Srebrenica ya era oficial. La habían abandonado a su suerte. Ordené el envío de un ZSU —un tanque soviético— con objeto de plantarlo en mitad de la plaza mayor, como símbolo de conquista e intimidación. Se organizaron los preparativos para formar una comitiva, encabezada por mí y formada por varios vehículos blindados, cuya misión estribaba en tomar posesión del ayuntamiento a la mayor brevedad posible.

En las afueras de Srebrenica empezaron a verse camiones abandonados en las cunetas con las ruedas reventadas; fachadas de casas con rastros de metralla. Al poco, desde la sinuosa carretera, entre un frondoso pinar apareció Srebrenica colgando del valle, como si estuviera aguardando hacía siglos mi llegada al ser yo el único capaz de revivirla.

El aire me acariciaba el rostro mientras me deleitaba con el ronroneo metálico del carro blindado y la visión de los cañones apuntando sin piedad. Me encontré con una ciudad fantasma como jamás había imaginado. La calle principal, la que conduce al mercado, estaba sumida en un silencio fúnebre. En la acera se apiñaban los restos de barricadas junto a los contenedores de basura quemados y en ruinas. Felicité a los soldados y a los chetniks con apretones de manos y besos en la mejilla.

—Felicidades. Buen trabajo. Bravo. Me pongo a vuestros pies —dije hasta la saciedad, a la vez que avanzaba calle abajo en dirección al ayuntamiento, junto a Boban y el resto de los oficiales.

—¡Registrad los edificios! ¡Entrad con cuidado! —les ordené.

Observé de reojo cómo acataban las instrucciones sin rechistar.

—¡Adelantaos! ¡Id a Bratunac! —les ordené a los que se acercaban a saludarme—. ¡Hay que aprovechar la ventaja! ¡Los turcos tienen miedo!

Señalé el camino a los tanques cuando surgieron pulverizando la quietud. Insistí en que parte del regimiento se desplazara a Bratunac. En la guerra no hay que regodearse en la victoria; detesto que se pierda la tensión. Odio ver a los soldados relajados, con el kalesnikov sobre los hombros y fumando sin cesar.

Caminaba con paso firme observando las casas, los comercios cerrados, comprobando la huella que la guerra había dejado a su paso.

—Srbrenica surgirá de sus cenizas —le dije a Boban.

—Sí, señor —respondió con las manos a la espalda.

A lo lejos se extendía el valle bañado por el sol, pero no era eso lo que atrajo mi atención. En la esquina de una casa reparé en la placa metálica que anunciaba el nombre de la calle: Crni. Se me antojó como un exquisito recuerdo de la reconquista, así que me dirigí a uno de los soldados, lampiño y delgado.

—¡Consigue a tu general la placa!

El soldado parpadeó. Miró hacia donde yo señalaba y, a renglón seguido, se rascó la cabeza, como si no acabara de entender su misión.

—¡Vamos, muévete, Milutinov! ¡Consigue una escalera y tráeme la placa!

—Sí, señor —dijo el soldado con voz temblorosa.

—Allí vivía yo con mi familia —dijo mi fiel Boban.

—¿Dónde?

—En el segundo piso, a la derecha.

—¿En qué trabajaba tu padre? Nunca me lo has contado.

—Relojero. El mejor de Srebrenica. Los vendía y los reparaba. Él mismo fabricaba muchas de las piezas. Era un modesto genio de los relojes antiguos.

—¡Señor, la bandera serbia! —interrumpió uno de los oficiales.

—¿Dónde? —pregunté, cogiendo los prismáticos.

—¡En la iglesia!

En lo alto de un cerro, recortada bajo el cielo, la iglesia ortodoxa despuntaba como un sol al amanecer. La envolvía un aura de protección mística, la voluntad de Dios, que a pesar de su apariencia pequeña y frágil sobrevivirá a cuantas guerras sean necesarias. Nuestra bandera serbia caía lánguida a través de una ventana. Mientras caminábamos con apremio entre los escombros, alguien sugirió tomarnos una fotografía, sin embargo, les dije que no había tiempo, que debían marchar todos ya a Bratunac.

—¡Srebrenica es nuestra! —exclamé—. Se ha hecho justicia después de que los *dahije* echaran injustamente a nuestros antepasados de estas tierras. ¡La Gran Serbia está cada vez más cerca!

25

Son las 20:00. Ahí viene otro tranvía. Será mejor que dé una vuelta a la manzana para que nadie sospeche. Como máximo podré estar una media hora, calculo. También puedo tomar un té ahí en ese bar. Veremos. Cansado de la calle por la noche. Preferiría regresar a la biblioteca y seguir leyendo. Qué agradable es el silencio por el afán de conocimiento.

¿Cuántas horas vigilaré a Ljubica? La noche y el frío me vienen bien para ocultarme. La gente sale, pero se está más a gusto en casa. Recuerdo las guardias con Pavlovic y Jovan. Eran más entretenidas, sí, pero más peligrosas.

El frío me está matando. Espero que no nieve. Este abrigo me protege lo justo, pero no tenía dinero para más. Me he acostumbrado rápido con las ropas del mundo exterior.

Tendré que pedirles a mis padres que envíen más dinero. Les he dicho que se los devolveré en cuanto empiece a trabajar en Sarajevo. Tendré que estudiar y trabajar al mismo tiempo.

Interesante la lectura de esta mañana de la vida de Kocic. Veo paralelismo entre Petar Kocic y Ljubica a pesar de que nacieron en siglos diferentes. Él nació en Stricici. Ella en Sarajevo, así que los dos son políticos nacidos en Bosnia. Petar lo tuvo más crudo porque nació durante la ocupación austrohúngara. Su biografía decía algo así como que publicó varios artículos a favor de la abolición de la esclavitud, a favor de la huelga de los trabajadores y por la unidad de los serbios.

Pero su postura crítica contra el gobierno le llevó a la prisión tres veces en la que sufrió el aislamiento. Como Jovan. A Kocic le afectó a su salud mental. Imagino que una prisión en aquella época debía de ser inhumana. ¿Le estará afectando a Stimac vivir recluido? Seguro que sí, su egocentrismo le hará subirse por las paredes. Ahora es un viejo general sin ejército. Tiempo de reflexionar sobre sus pecados para cuando le llegue el juicio final.

Kocic perteneció al parlamento bosnio. Para Ljubica es complicado regresar a Bosnia, por ser la hija de quién es. Estaría en peligro. Seguramente su objetivo sea entrar en el parlamento serbio. Kocic luchó por los derechos de los agricultores frente a los abusos de los terratenientes musulmanes. Además, Kocic inspiró a muchos nacionalistas. También a Ljubica por lo visto, por eso lleva su libro en el bolso. Bosnia y Serbia tienen calles con su nombre.

No se sabe bien lo que ocurrió en los últimos días de Kocic.

¿Enfermó o se suicidó? Solo Dios lo sabe. Murió el 26 o el 27 de agosto de… 1916 en un psiquiátrico de Belgrado. ¿Cuánto años tenía? Solo 39. No es justo morir tan joven.

Pero ¿qué es el nacionalismo en realidad? ¿es el mismo nacionalismo de Kocic que el de Ljubica? Kocic luchaba contra el gobierno austrohúngaro que ocupaba Bosnia. Pero ¿contra qué lucha Ljubica? ¿Contra los que se oponen a la Gran Serbia de su padre? Yo también soy serbobosnio y lo primero que quiero es vivir en paz. Todos somos hijos de Dios.

Ahí viene otro tranvía. Nunca he estado en una prisión. Sí en un calabozo, pero no es una prisión. Pensaré bien lo que voy a decirle a Jovan cuando lo vea. Y cómo, y lo que no voy a decirle. Creo que los presos tienen un sacerdote para confesarse. Eso está bien. Le reconfortará contar sus pecados. No quiero hablar del pasado con él, pero saldrá, es complicado no hacerlo.

¿Quién vive en el piso de arriba? Ah, la señora de la barricada en el portal. Radanov. Parece que con su marido. ¿Lleva un plato? Cenan muy temprano. Ya no los veo. En el piso de abajo están sin luz. ¿Cuándo llegará Ljubica del trabajo? ¿Hora? 20:12. Me tomaré algo para matar el tiempo y entrar en calor. Ese bar con ventanas.

¿Habrá cambiado ya la llave de la puerta? La del portal no puede, claro. Es una llave común de todos los inquilinos. Buzón. Puede haber algo interesante. No se ve a nadie. Abro el buzón y salgo rápido. Quizá encuentre cartas o documentos. Merece la pena intentarlo.

Cruzo la calle. Abro el portal. Sí, hay correo, cógelo y vete rápido.

Bien hecho. Ahora a sentarse en el bar y estudiar las cartas.

Gente, acogedor, camarera. Botella de agua. Ahí, de espaldas, puedo ver la calle. Esto no me sirve, pero esta… Sobre blanco. Ligerísima. No parece una factura. «Ljubica Stimac». Curioso, la dirección escrita a mano. Sin remite. No la abras ahora, ábrela en casa con vapor. Quizá tengas que devolverla al buzón.

Mi padre me lo enseñó. ¿Cuántos años tendría? Ocho o nueve. La carta se abre mágicamente, dijo, y yo me quedé con la boca abierta. ¿Por qué fue? Creo que lo vimos en una película. No sé dónde estaría mi madre y hermana, con algún amigo. Domingo tenía que ser, sí, domingo. Y también me enseñó la tinta invisible hecha con jugo de limón. Le gustaba enseñarme esos trucos simples. ¿Qué otro más? Sí, ese que metías un papel por un rodillo y salía un billete. Me dijo que lo había aprendido en el colegio, cuando era pequeño. Me vendría bien ahora uno de tus truquitos, papá.

Dios mío, Ljubica. ¿Qué hace aquí? ¿Va a la barra? El camarero se da cuenta, no sé si la conoce. Parece que…

—Una botella de vino blanco, por favor.

—¿Alguna marca en particular?

Se lo piensa. Melena suelta y rubia.

—Tamjanika —dice con voz alta y nítida.

Ljubica sonríe. Ella mira hacia donde estoy, pero no me ve, no me está viendo. Soy invisible. Viste un abrigo diferente. Guantes de lana. Imagino que subirá al piso. Paga y se marcha. El bar se queda sin ella. Le daré tiempo para que se suba y se acomode. ¿Hora? 20:32.

—Una copa de Tamjanika —le digo al camarero.

¿He pedido una copa de Tamjanika igual que ella? Sí, lo has hecho. Oscuro. Le digo al camarero que gracias. Uf, cómo huele. Brindo por mi primera bebida con alcohol fuera del monasterio. Muy fuerte. No está mal.

Desde aquí puedo verla. Hay luz en su casa, bien. Parece que está con amigos. Sí, el de la gomina. Esa mujer no la conozco. Viste bien, joven, se la ve cómoda hablando. Quizá tiene una relación con el de la gomina. Supongo que Jovan los conocerá. Ríen, beben, ¿celebración? Ya no es la Ljubica del mitin, nacionalista, enérgica, militar; ahora es otra, informal, risueña. ¿Serán sus mejores amigos o compañeros? Estaría bien saberlo. Se fotografían. Imagino que estarán así toda la noche. ¿Por qué beben tanto?

«Sremska Mitrovica, 9 de diciembre de 2009

Amor mío:

Te envío esta carta de contrabando gracias a un preso/amigo de confianza, que ha salido gracias a un permiso de fin de semana. Le dije que la depositara en el buzón o que la deslizara bajo la puerta. Me han quitado el teléfono y no sé cuánto tardaré en conseguir otro porque las aguas andas revueltas por aquí. Ya han empezado las protestas por las pésimas condiciones, quizá te has enterado por la televisión. Se está organizando un motín y aunque es peligroso porque puede haber muertos (espero que no), es del todo necesario. ¡Ese idiota del gobernador no nos hace ni puto caso! ¡No acepta reunirse con nosotros para escuchar las demandas! En realidad, lo único que queremos es que nos traten como a seres humanos. Al menos tengo la tranquilidad de que esta carta no la van a censurar porque no sabrán de su existencia, por eso me desahogo.

Sea como sea, espero que mis palabras lleguen a ti lo antes posible. Calculo que será el sábado o el domingo de la semana que viene. El lunes, con seguridad, ya habrás recibido esta carta. Hay una gran diferencia entre vivir con la duda o tener la certeza de que me has leído. Cuando es así los días no son iguales. La luz del sol, los copos de nieve e incluso el aire es diferente. Parece que todo brilla más.

Estoy sentado contra el catre y escribiendo apoyado sobre la pierna, en medio del barullo del resto de los presos. Supongo que estarás ahora sentada en el sillón amarillo. No sé por qué pero imagino que será de noche cuando me leas. Me gusta esa idea. Que mis palabras te envuelvan por unos minutos, que estés a solas conmigo, como una de tantas noches cuando tú releías los cuentos de Kocic o las novelas de Andric. Yo te miraba desde el sofá preguntándome por qué la vida no

puede ser eso, un pequeño momento, silencioso, cómplice, lleno de admiración y gratitud.

Vivir sin ti es lo más duro. Echo de menos tu cuerpo. No sabes cuánto, Ljubica. Un día de estos me escaparé veinticuatro horas para encerrarme contigo en cualquier parte del mundo, y tenerte hasta que no pueda más, hasta que me estalle el corazón de puro cansancio.

¿Sabes? Te he dicho siempre que lo llevo bien (dentro de lo que cabe), que la guerra endureció mi piel y que mentalmente no pierdo el norte, sin embargo, ayer sufrí un bajón anímico que sorprendió hasta el bueno de Milovan. De vez en cuando los sufro. Hasta ahora nunca te lo he confesado porque no quería preocuparte, pero ahora suceden con más frecuencia. Creo que empiezo a perder la esperanza de que algún día la verdad (sea cual sea, pero la verdad) salga a la luz. ¿Crees que podemos volver a contratar un detective privado? Sé que dispones de escaso tiempo, que el trabajo te mantiene ocupada, pero, sin prisa, estaría bien explorar esa opción de nuevo. Alguien con experiencia contrastada que sea capaz de mirar el caso con objetividad, será de gran ayuda. He preguntado por aquí pero desconfío, además luego siempre piden un favor a cambio con independencia del resultado.

Si quieres respóndeme, pero la carta ha de estar lista el lunes 14 (este amigo de confianza regresa a la prisión a mediodía). Por la mañana, déjala bajo el felpudo cuando salgas al trabajo. Él me la hará llegar. No te preocupes, se las apañará para entrar en el portal sin llave.

Te quiere, Jovan».

Cómo pasa el tiempo, Señor. El Jovan que conocí en el ejército ya es un hombre. El pasado del Batallón lo ha dejado muy atrás, y ha rehecho su vida después de la guerra con una mujer de la que está enamorado, con un empleo estable en el hotel y quizá con futuro, pero sigues poniéndolo a prueba, como a tantos de nosotros. Se preguntará por qué a él. Ahora más que nunca te hablará en busca de consuelo. La cárcel. Qué terrible experiencia. Ver la vida a través de unos barrotes. De alguna forma yo también estuve recluido durante catorce años. No, no es lo mismo, no puedes decir eso.

Sresmka Mitrovica está en las afueras, en la provincia de Vojvodina. Nunca he estado. A una hora y media en coche, supongo que dos en autobús. ¿Qué quiere decir con que la verdad salga a la luz? ¿Es que no fue él quién mató a ese pobre hombre? ¿O hubo alguna irregularidad durante el juicio? Sí, definitivamente tengo que hablar con él. Parece que Ljubica mantiene la relación. Eso dice mucho de ella. Parece que todo alrededor de Ljubica es guerra, cárcel o aislamiento. ¿Le esperará hasta el final de la condena?

Espero con ansia la carta de ella.

«Belgrado, 13 de diciembre de 2009.

Cariño:

Te escribo en la mesa del salón, con el corazón abierto y el tiempo suspendido mientras suena la voz aterciopelada de tu cantante favorito, Stosic, que me sirve de inspiración. Ya ha dejado de nevar, la noche ha caído sobre la ciudad y se prepara para sumergirse en el sueño perfecto. Como predijiste, te leí sentada en mi sillón, aunque seguramente no pensaste que lo haría vestida con la chaqueta de tu uniforme del Ejército. Sentí un profundo estremecimiento cuando imaginé que me rozabas con tu piel, cuando estabas dentro de mí llenándome de éxtasis…

Tu carta me ha suscitado una extraña alegría; incontenible, maravillosa y única de sentir tu presencia, arrullándome, dándome forma, sosteniéndome… Te invento junto a mí a cada instante. Veo tus ojos castaños, tus labios fruncidos y ese gesto de pensativa despreocupación que me sedujo desde el principio. Sé que no me dejas sola y que somos uno a pesar de esos muros infranqueables y desgarradores que nos abisman. Contigo siempre he sido yo misma, me he podido despojar de la máscara con la que me enfrento al mundo, y recuperar la mirada íntima con la que sentirme apasionada por los minúsculos detalles de la vida.

Sin embargo, es una alegría empañada por lo que me cuentas. Lo del motín me ha dejado espeluznada. Aprovecharé mis contactos con los medios para otorgarle la máxima cobertura posible. Por favor, prométeme que tomarás decisiones juiciosas y no te dejarás gobernar por la rabia. Mi padre dice que las batallas no siempre las gana el ejército más experimentado o preparado, sino aquel que es más hábil para obtener una visión inteligente del conjunto.

Cariño, privarme de oír tu voz supone un durísimo golpe del que apenas me iré recuperando con el transcurrir de los días. En mi próxima visita te llevaré un teléfono, así que piensa en la mejor forma de entregártelo sin despertar las sospechas de los guardias. Mientras tanto, reviviré con pasión nuestras conversaciones en las que jugábamos que eres un aventurero intrépido en una misión descabellada en el Ártico; o aquella en la que eras un astronauta y me describías con delicia y minuciosidad la Tierra en todo su esplendor.

Después de tantos años juntos no me sorprende que me leas la mente, ya que llevaba tiempo con la idea de contratar a un nuevo detective privado. Estamos de acuerdo en que una mirada inédita puede encontrar un ángulo hasta ahora nunca contemplado. Me pondré manos a la obra en los próximos días, una vez que termine el ajetreo de las elecciones municipales, en las que tenemos depositadas grandes esperanzas.

No hago más que pensar en ti. Te quiero con toda mi alma,

Ljubica».

26

—Espere aquí. Vamos a llamarle —dice un guarda.

No sé si voy a aguantar sentado, el cuerpo me pide moverme. Este sitio creo que pone nervioso a cualquiera. Los guardas con kalasnikov y perros, las alambradas y las tristes paredes y columnas. ¿Cuántos presos habrá? Parece que muchos van vestidos con abrigos grises; y ese ¿se encierra a sí mismo? A simple vista no veo nada de lo que critica Jovan en su carta pero, claro, eso ocurrirá de puertas hacia adentro.

Jovan. Las viejas cuentas del pasado. Me imagino que hablaremos de ellas, aunque me gustaría hablar sobre a lo que he venido, pero si no, el ambiente se enrarece. No sé por qué. Dios mío, recuerdo esa primera noche en la que nos conocimos en la instrucción. Sí, congeniamos enseguida. Dos muchachos de Sarajevo, asolada por la guerra, ante la aventura de convertirse en adultos con un kalasnikov en la mano. Él no fue voluntario. Le habían obligado y quizá nunca comprendió en realidad mis motivos para serlo. Ahora me doy cuenta de que él tuvo una revelación a la que yo accedí demasiado tarde.

Cuando le llegó la notificación de su ingreso a filas pensó seriamente en desertar. Enseguida le acudió a la mente una imagen que le había obsesionado desde que Sarajevo quedó sitiada por nuestro ejército. Su mejor amigo, Darko, tirado en la calle en medio de un charco de sangre, y bajo su cuerpo en un gesto protector, el de Jasna, su novia, también muerta. Un francotirador bosnio les había disparado cuando corrían a protegerse. Jovan tenía dieciséis y ya conocía la violencia y la muerte. ¿Cómo recriminarle que pensara en desertar? «Y si lo hago, ¿adónde voy? ¿al extranjero? ¿cuándo podré volver a mi país y ver a mi familia? No quiero ir a la cárcel». Los primeros muertos que veía en su vida habían sido asesinados. Hasta entonces pensaba que en las guerras solo morían soldados. Lo había visto en…

—Sígame —dice el mismo guardia.

Esta noche rezaré por las almas de Darko y Jasna. Recuerda que tienes que sacar información sobre Stimac. Todo lo que él sabe. Cuidado, que no te descubra. ¿Ese es? Canoso, cejas tupidas y bigote. Dios mío, qué delgado, parece enfermo. Quién te ha visto y quién te ve...

—Hola, Jovan.

Se toma su tiempo. Nos miramos.

—Así que de verdad eres tú. Marko Gurovic —Sonrisa lánguida—. No puedo creerlo, creo que estoy teniendo una alucinación. ¿Cómo has dado conmigo?

—Por internet. ¿Cómo estás?

—He estado mejor. ¿Qué ha sido de ti todos estos años? ¿Vives en Belgrado?

—Inicié una carrera monástica en 1995, en el monasterio de San Esteban. Acabo de colgar el hábito.

—¿Monje? ¿Estás de broma? Es lo último que hubiera pensado de ti. Me dejas de piedra. Qué sorpresa. Monje… ¿Por qué? ¿Cómo?

—Supongo que estaba escrito que sucediera. El Señor me abrió los brazos en un momento en el que lo necesitaba porque había perdido mi alma. Me acogió y me formó para recuperarla y así sucedió.

—¿En el 95? ¿Después de…?

—¿Desertar? ¿Es eso lo que…?

—No quería decirlo, pero como estabas en el calabozo…

—Yo no deserté, Jovan. Cvetkovic nos disparó a matar y escapamos. Pavlovic murió y yo sobreviví de milagro.

—¿Pavlovic murió? No lo sabía. Pensamos que se había marchado contigo. Me extrañó, claro que sí. Vaya, todos estos años pensando que estaba vivo… ¿Cvetkovic lo mató?

—Él dio la orden. Estaba herido cuando lo dejamos. ¿Sabes algo?

—No, nada. Lo que oí después de esa noche es que Pavlovic te había ayudado a escapar.

—Hubo una mujer, ¿se dijo algo?

—La primera noticia que tengo. ¿Qué ocurrió con esa mujer?

—La mató Cvetkovic. Descanse en paz. Los guardias abusaban de ella y quise llevarla a los cascos azules para que la cuidasen.

—Ese Cvetkovic, maldito perro asesino. Por su culpa estoy aquí. ¿Sabes por qué?

—No. ¿Qué quieres decir?

—Me tendieron una trampa, Marko. Quisieron borrarme del mapa. ¡Plantaron pruebas falsas!

—Un momento, ¿«Tendieron», quién más te tendió una trampa?

—Stimac.

—¿Por qué?

—Para romper mi compromiso con Ljubica, su hija. Estamos prometidos.

—¿Con la hija de Stimac? No lo sabía.

¿Se habrá dado cuenta de mi mentira?

—Conocerla fue una casualidad tremenda. Después de la guerra pasé una temporada en París. No quise volver a Sarajevo y enfrentarme a miradas acusatorias, o a una economía destruida, o peor, que me metieran en la cárcel. Preferí convertirme en un exiliado

voluntario en un país que no me recordase nada a la guerra, ni siquiera el idioma. No hablaba nada de francés y eso me pareció excitante porque al principio no entendería nada de lo que me dijeran, y era lo que necesitaba, aislarme del mundo por un tiempo, que nadie me mirase con la pena de la derrota o de la tragedia. Tenía solo veinte años y ya me sentía viejo, cansado y solo. Empezar de cero me ayudó a conocerme un poco mejor, a desarrollar habilidades que pensé que no tenía. Solo años después comprendí que en realidad me estaba echando sobre los hombros la condena por todo lo que hicimos en Srebrenica y en Gorazde, y en… bueno, ¿para qué seguir?

Una vez que terminé de regodearme en el abatimiento con borracheras y hurtos de poca monta, un día desperté y me dije que ya era suficiente. ¿Qué fue lo que provocó esa idea de cambio? ¿Fue la voluntad de Dios? Puede ser. El caso es que conseguí trabajo como vigilante en una obra por la noche, sin contrato, muchas horas y mal pagado, como te puedes imaginar, pero al menos era un principio. Aunque pueda parecer absurdo, yo estaba contento porque venía de una guerra y comparado con eso no hay nada peor. Bueno, qué te voy a contar a ti... Después encontré trabajo en un hostal para turistas, en la recepción de noche. Hay gente joven que busca una cama barata y comparten la habitación con un montón de desconocidos. ¿Sabes? Todo el mundo estaba informado de que hubo una guerra en los Balcanes, pero nadie sabía quién había luchado contra quién y para qué.

Después de tres años decidí vivir en Belgrado. Estaba cada vez más cerca de Sarajevo, pero era como si aún no me atreviese a regresar del todo. Gracias a mi francés y a algo de inglés, encontré trabajo en el hotel Yugoslavia como recepcionista de noche. Fue un principio muy esperanzador, la verdad. Pude alquilar un apartamento para mí solo y reanudé el contacto con la familia. Como no tenía mucha vida social, se me ocurrió ofrecer clases gratis de francés en la universidad. Lo que ofrecía era conversar en francés porque la escritura es mucho más complicada. Así fue como conocí a Ljubica.

Se presentó con unos amigos y enseguida pasamos las tardes de los miércoles, mi día libre, tomando cervezas mientras hablábamos de cualquier cosa, bueno, sobre todo de libros. No seguía ningún manual. Simplemente hablábamos y veíamos películas en el instituto francés. Me atrajo enseguida. Al principio era muy distante y seria, pero conforme se dejaba conocer…

—¿Sabías que era la hija del general?

—No, no lo supe hasta más tarde. Cuando le conté que había estado en la guerra me preguntó qué pensaba de Stimac. Le dije que me sorprendió gratamente que estuviese en el frente, pero que se le idolatraba demasiado y que eso nunca fue bueno.

—¿Cuál fue su respuesta?

—No dijo nada, pero años después, cuando ya éramos pareja, me dijo que le gustó mi respuesta porque le había parecido sincera. Ella cree en la versión de su padre sobre Srebrenica. Que hubo salvajadas por todos los bandos y que Europa y Estados Unidos nos la tienen jurada. Yo le he contado lo que vi con mis ojos, pero ella no cree que hubiese una masacre. Y tampoco cree a su padre capaz de cometer los crímenes de guerra que dicen que hizo o que mandó hacer. Con el tiempo eso se convirtió en un tema tabú entre nosotros. Te digo una cosa, Marko, si hubiera sabido con antelación que era la hija de Stimac, quizá me hubiera alejado de ella porque no quería recordar nada de lo que pasó allí, pero cuando lo supe ya estaba profundamente enamorado.

—¿Volviste a ver a Stimac después de la guerra?

—¡Él vino a verme! Fue un año o dos antes de que desapareciera, cuando el gobierno le dejaba pasear por la calle sin problema. Apareció en el hotel, de repente, en mitad de la noche. Le reconocí enseguida, aunque vestía con ropa de calle. Como apareció sin equipaje y por la hora que era pensé que ya estaba alojado en el hotel. Recuerdo que tuve el impulso de cuadrarme, ¿te lo puedes creer? Seguía imponiendo. Dijo: ¡Zivkovic, tengo que hablar con usted! Te confieso que me costó reaccionar. Demasiadas emociones para procesarlas de golpe. ¿Le ocurre algo?, me preguntó. No, señor. Pues hablemos ahora, dijo. Nos sentamos en el lobby, algo que yo no podía hacer, pero dada la hora supuse que no importaba, además, solo serían unos minutos. Imagínate mi cara de asombro.¿De qué quiere hablarme con urgencia el general Stimac?

¿Cómo está de moral?, me preguntó. Le felicito, es usted la persona que más tiempo ha durado con mi hija. Un año, pero estoy aquí para evitar que Ljubica cometa el error de su vida. Seguro que está de acuerdo conmigo. Se merece a alguien mejor que usted. Vamos, sea honesto consigo mismo. ¿De verdad piensa que usted le puede ofrecer el futuro que ella se merece? ¿A qué puede aspirar alguien con ataques de pánico en el frente? Es ahí donde se mide la hombría. Es usted débil y siempre lo será. Olvídese de la boda. Le doy una semana para que rompa su relación con ella. Si no lo hace, aténgase a las consecuencias. Ah, y ni una palabra de esto a nadie, sobre todo a mi hija.

Eso fue lo que me dijo ese malnacido. ¿Cómo es posible que de algo tan monstruoso pueda salir algo tan bello como Ljubica? Los siguientes días no fueron nada fáciles para mí, Marko. Estaba herido en mi amor propio y además no dejaba de preguntarme a qué se refería con «aténgase a las consecuencias». ¿Me iba a matar? ¿Sería capaz de hacer algo así? Por suerte, había cambiado, y supe que si

accedía a su chantaje jamás me lo iba a perdonar. Descarté hablarle a ella de la visita de su padre porque sabía que no me creería. Podía ser el fin de nuestra relación, ella le idolatra. ¿Qué hubieras hecho tú?

—El pecado es el único mal de este mundo. Él nos aparta del mayor bien que podemos poseer: la amistad de Dios. El pecado nos quita a Dios y, por tanto, la paz, la felicidad, la alegría, y la verdad. Pero dime, ¿crees que su padre y ella siguen en contacto?

Mira hacia un lado y a otro. Le preocupa que nos oigan. ¿Sabe algo?

—No me sorprendería —dice—. De hecho, yo creo que es más que probable que se hayan visto al menos una vez. Cuando yo me quedaba a dormir en su piso más de una vez salió de madrugada, para volver al cabo de un par de horas. Nunca le dije nada.

—¿Regresaba después de un par de horas?

—Sí, eso significa que su padre se esconde cerca, en alguna parte de Belgrado.

27

El hotel Yugoslavia, cerrado, como dijo Mirjana. Es todo hormigón y cristal, enorme, decadente, muerto. Qué lástima, Señor. Irónico que se llame Yugoslavia y que esté así, como un símbolo de un país que ya no existe, que es solo un recuerdo. En su día fue el hotel más lujoso de Belgrado y míralo ahora. Tarde o temprano la ostentación pierde su brillo. ¿Qué habrá pasado? Mirjana dice que una empresa extranjera lo compró, pero ¿por qué no hacen nada? ¿Se podrá entrar? El rótulo. Al menos conserva todas las letras. Eso le da una modesta dignidad. A los pájaros les gusta revolotear. Ahora son los dueños. Coches viejos, paredes sucias, habitaciones silenciosas, cortinas fantasmales. Las vistas del Danubio han de ser una maravilla, aunque ya nadie las disfruta.

Debería marcharme. Espera, Ljubica aún no estará en casa. ¿Hay algo que te atrae? Acércate, curiosea. Nadie te dirá nada. La gente camina sin fijarse, parece que le es indiferente. Invisible. ¿Habrá alguien dentro? Quizá por la noche. Esa debe de ser la entrada. Dice Mirjana que se alojaron reyes, políticos, actores de cine… Caminaban por aquí, se giraban para contemplar la ciudad y entraban para ser agasajados.

Eso debió de ser el vestíbulo. Desolador. Falta moqueta por… Parece como si hubieran entrado a robar. ¿Dónde estaría la recepción? ¿Ahí? Escaleras que llevan a la segunda planta. Las madrugadas debían de ser calmadas para Jovan. Demasiado tiempo para estar a solas. Quizá alguna extravagancia de un huésped le sacara del tedio. ¿Qué pensaría si estuviese aquí? Supongo que a Ljubica le habrá contado que nos vimos. Imagino que alguna vez se citaron a la salida de su turno. ¿Soñaría Jovan con convertirse en director algún día? Puede ser. Ignorando que Stimac se volvería a cruzar en su camino.

«—Supe que Ljubica era la hija del general cuando le pedí conocer a sus padres. Llevábamos saliendo unos seis meses y yo ya tenía claro que quería pasar el resto de mi vida con ella, pero temía confesarlo y que se asustara. Conocer a sus padres era un paso adelante, pequeño, para qué negarlo, pero consolidaba lo nuestro y allanaba el camino hacia mi gran objetivo: casarme. Pensé en que un tiempo razonable después de conocer a sus padre le pediría vivir juntos. Como ves, Marko, empecé a construir castillos en el aire, seguramente por el ansia de sentar la cabeza y, de encauzar, de darle sentido a mi vida después de años huyendo hacia adelante.

Cuando ella desveló que Stimac era su padre, me quedé sin voz. De repente, todo se derrumbó y me sentí una víctima cruel del destino. Yo, que quería olvidar lo que había vivido en la guerra… de una forma rocambolesca volvía a ella. Estaba confuso y atrapado por una fuerza superior. Lo fácil hubiera sido romper, buscarme otra mujer, olvidarme de complicaciones, pero pensé que si quería casarme con ella, quizá ese fuera el precio que debía pagar un hombre corriente como yo. ¿La amaba tanto como para mantener viva hasta el fin de mis días esa llama del horror que fue Srebrenica? La respuesta era sí.

Comprendí enseguida que si quería un futuro junto a ella no podía sacar el tema de Srebrenica. Me aterrorizaba de que si ella tenía que elegir entre su padre y yo, sería yo quien perdiese.

Marko, entonces tuve claro lo que debía hacer: perdonar a Stimac para que no afectara a la relación. Me obligué a verlo no como al general que fue, sino como a un padre interesado por el bienestar de su hija. Tendrías que ver cómo se comportaba delante de su hija, nunca había visto un padre tan cariñoso y atento. De la misma manera trataba a Vesna, su mujer. Incluso a mí me trataba con una amabilidad y un respeto que me dejaba sin palabras. Costaba creer que ese hombre había mandado ejecutar a mujeres y niños.

Pero a veces me despertaba en mitad de la noche porque veía esa sonrisa suya tan cálida y envolvente, y una parte de mí se resistía a aceptarlo. Ahora entiendo que era como una premonición, porque cuando nos prometimos y se demostró que lo nuestro era inevitable y que Ljubica tenía ideas propias, él debió de empezar a elaborar el plan para acabar conmigo».

¿ESTA NOCHE, sola, Ljubica? A veces no viene mal un poco de… Parece que ignoras la televisión y eso me parece bien; en los demás es poco frecuente. No hay nada como el recogimiento de la lectura al calor de una estufa. Quizás estés escuchando música, la favorita de Jovan o una de tu predilección. ¿U2? ¿Slobodan Trkulja? Este parece más del gusto de tu padre. Imagino que no escuchas la grabación de los rezos de San Esteban. Puede que no consigan un premio de la MTV pero, créeme, la recompensa es infinita: alimentan el alma y te conectan con el Señor. ¿Qué lees en tu sillón favorito, a Kocic? ¿O algún escritor nuevo?

Mañana nos veremos. Entraré en tu vida. No deja de ser extraño que conozca tu intimidad sin que sepas que existo. Los secretos. En cuanto piso el mundo exterior me lleno de secretos y me he de ocultar con la máscara, ¿no es un poco trágico? ¿Tenía secretos de adolescente? No lo recuerdo. Ha de ser bonito que alguien te espere en casa, como cuando Jovan te esperaba. Yo podía haber sido Jovan, huir a otro país, renacer, volver, labrarme un porvenir, conocerte…

¿Por qué no?

Te llaman por teléfono. Relajada, quizá hables con tu madre o una amiga. ¿Cómo te comunicas con tu padre? Si está en Belgrado es por ti, claro. ¿Te encuentras con él de madrugada, en un día y lugar concretos? Poco probable. ¿Y si surge una emergencia? Es una lástima que Jovan lo desconozca. Me hubiera gustado preguntarle si él cree que usaban la radio y el auricular encriptado, pero quizá, ante el interés, hubiera sospechado.

Ha sido curioso verme con Jovan después de tanto tiempo. Delgado, un bigote espeso y unas canas prematuras ¿quizá debido a las preocupaciones? Todo el tiempo esperaba a que resurgiera esa vieja química entre nosotros, pero no. La situación es diferente, nuestras vidas también. Perdimos espontaneidad, ganamos en madurez. Es un hombre que no ha cesado de buscarse a sí mismo, y cuando por fin una luz aparece en su camino y la niebla se despeja, todo se vuelve a apagar. Sé que el Señor lo acompañará, solo espero que él se percate. El Jovan que conocí no era muy devoto, pero nunca es tarde para lograr la salvación eterna. Ahora más que nunca él necesita tener fe. Si la tienes, Jovan, este calvario será más llevadero. Cuentas con el amor de Ljubica y ese será tu otro gran apoyo. Y yo también rezaré por ti, viejo amigo.

«Fue una trampa de Stimac para acabar mi relación con Ljubica». Lo dijiste con un convencimiento como nunca lo había visto en ti, aunque no hubiera sido necesario, porque creo a Stimac capaz de propagar el mal más allá de la guerra. Y tú no tienes la sangre fría para asesinar. Pero ¿cuáles son las pruebas para demostrar la inocencia ante un juez? ¿El «atente a las consecuencias» de aquella noche de parte de Stimac, y que alguien debió de colocar la pistola del crimen en tu taquilla? Eso es como decir nada.

«—Conocían mis rutinas al dedillo y lo hicieron justo cuando estaba en el estadio, viendo el partido de fútbol del Estrella Roja. Según la fiscalía, salí, fui al aparcamiento, disparé y volví a entrar. El plan no fue improvisado, fue ejecutado a la perfección, supongo que por Cvetkovic, que siempre fue su lacayo. El primer detective privado que contratamos consiguió unas fotos de él cerca del hotel, justo un día antes.

—¿Cómo las consiguió?

—De la cámara de vigilancia de un banco. No son de buena calidad, pero se nota que es él.

—¿Y Ljubica qué piensa?

—Me cree, sabe que soy incapaz de matar a alguien y menos por una razón como esa, una relación sexual con esa mujer. Sigue conmigo a pesar de que no es beneficioso para su carrera política, y eso dice mucho de ella. Pero, como imaginarás, no quiere oír que su

padre es el responsable. Piensa que es una paranoia mía para buscar a alguien a quien cargar el muerto. Tuvimos una gran discusión por ese motivo. Incluso pensé que la relación se había terminado porque no supe de ella en meses, hasta que un día apareció y me dijo que si volvía a mencionar a su padre como responsable lo nuestro se terminaba. Ya te imaginarás lo que le dije. Lo último que deseo en este mundo es perderla. Tenemos una relación muy delicada que en cualquier momento puede estallar».

Jovan cree que Ljubica idolatra a su padre, pero si fuera así no le hubiera hecho falta a Stimac amenazarle para que rompieran. Hubiese bastado con manifestar su deseo y su hija lo hubiera aceptado sin más. Ljubica confía en su padre de la misma manera que confía en Jovan. Incondicionalmente. Por eso no creyó que las imágenes de una cámara de vigilancia de un banco mostrando que Cvetkovic había estado cerca del hotel un día antes del asesinato, probaban que su padre estuviera involucrado. Ella debió de pensar que era una casualidad.

Ahora yo tengo que romper la confianza entre Ljubica y Stimac para disponer de una oportunidad de saber dónde se oculta. En Belgrado, sí, pero ¿dónde? Cuando muchos pensarán que se encuentra en algún rincón de Serbia o en el extranjero, él sigue aquí, ¿Es una locura o una genialidad? ¿Alguien le ayuda? Seguro que Cvetkovic… O no, quizá eso sea demasiado evidente.

«—Ayúdame a salir de aquí, Marko —me dijo Jovan.

Al emocionarme por su profunda desesperación, me costó reaccionar.

—¿Cómo te puedo ayudar?

Se inclinó hacia mí. La palidez de su piel. Recordé que en la carta decía que las condiciones en la cárcel eran pésimas. Verdad, claro.

—La viuda de la víctima, Nikolina Jakovic. Ella declaró bajo juramento que habíamos mantenido una relación fugaz y no es cierto. Estoy convencido de que la obligaron a mentir para que hubiera una razón por la que yo matase a su marido. Tienen dos hijas. Siempre he pensado que amenazaron con hacerles algo. Ve a Novo Sad donde viven. Allí ha rehecho su vida. Habla con ella, entrégale una nueva carta que yo escribiré para rogarle que diga la verdad. Le he enviado unas cuantas pero no sé si las ha leído. Nunca me ha respondido. Ljubica te facilitará la dirección exacta y te pagaremos los gastos. ¿Lo harás?»

Ljubica sigue hablando. ¿Qué hora es? 22:31. No parece que… Mañana trabajas y preferirás acostarte. Espero que su coche esté donde lo vi la última vez. Es el momento perfecto para registrarlo. Cuidado, semáforo en rojo. Coches. A esta hora ya no pasan tranvías. Lo bueno de tener una llave de repuesto es que solo se echa en falta cuando se necesita. Nadie que pase cerca sospechará que no es mío.

Ahí está. Renault Megane. Azul. Bien, este debe de ser el duplicado de la llave. Sí, entra fácil. Deja la puerta entreabierta para tener algo de luz. Si aparece de repente saldré corriendo por ahí; sí, con suerte no me verá la cara. Revisa con calma. Ambientador aroma del bosque. Espacioso. Para moverse por la ciudad. ¿Diesel o gasolina? Guantera. Veamos que hay. Un mapa de carreteras. Permiso de circulación. A su nombre, claro. Libreta con el registro de revisiones. Parece que acude al taller oficial, más o menos cada año exacto. ¿Debajo de los asientos? Nada. No se te olvide revisar el maletero. Caramelos sabor menta. ¿Para el aliento? Uno para mí. ¿Qué más? ¿Atrás? Nada. ¿Qué esperas encontrar? Si se ve con su padre en Belgrado lo lógico será usar el coche, ¿no?

¿Cuántos kilómetros? 48.634. Tiene un reproductor de CD. ¿MP3? ¿Qué es eso? Esto parece la radio, pero no es como en el coche de mi padre. No tiene dial. ¿Para qué servirá esta pantallita? ¿Y este botón? Ah, se enciende. Música. Le gusta conducir y escuchar música. Estos números deben de ser para guardar los diales. ¿Eh? ¿De qué hablan? Noticias. ¿Y este? Política. Por Dios, ¿qué clase de música demoníaca es esta? Silencio. Aquí no suena nada. Qué extraño. ¿Dial? 91.2.

¡Es el mismo que el de la radio de su casa!

¿Lo usará para recibir los mensajes de su padre? Coge el coche de madrugada, escucha el mensaje. Si alguien lo oye no sabe a quién va dirigido ni para que sirve, le dice dónde está su padre esa noche, se ven. Ojo, coge el coche de madrugada a una hora determinada, sí, pero cuando sabe que se emitirá el mensaje. ¿Tiene sentido?

Stimac puede tener un equipo de radio portátil de onda corta. Es fácil de transportar y esconder. Lo que sería un indicio más de que se encuentra en Belgrado. Dios mío, ¿me estoy volviendo paranoico o estoy de verdad más cerca de él?

Srebrenica, 5 de agosto de 1995

—Caballeros, por desgracia, hemos perdido Krajina. Deseo que en sus vidas eso les ocasione un sinfín de pesadillas. Imagínense la cara de desolación de nuestro pueblo, que contaba con ayuda para proteger su independencia. Les pregunto: ¿qué fue mal? Durante la contienda pensé que seríamos capaces de doblegar a los croatas, sin embargo, se rehacían con una facilidad pasmosa, logrando sortear la defensa una y otra vez. ¿Nadie? Entonces lo diré yo: nos desbordaron. Desde el principio el enemigo se armó hasta los dientes, pues contaban con cien mil soldados, aviones Mig-21 y helicópteros Mil-24. ¿Cómo los consiguieron a pesar del embargo de la ONU? Todos los aquí presentes sabemos la verdad: la ONU es una gran patraña eficaz para cometer crímenes de guerra y disfrazarlos como causas humanitarias. Afirman que son neutrales, pero ayudan a croatas y bosnios con descaro solo porque bailan al ritmo marcado por Clinton. Por eso defender Krajina se convirtió en una quimera. El ataque frontal a la primera línea croata sustentado por un flanqueo remoto resultó ser precario; además, la brecha entre medios y efectivos se hizo insalvable. ¡En solo cuatro días! ¿Alguien me lo puede explicar? ¿Nadie? ¿Es que nadie tiene una respuesta coherente? ¿Se dan cuenta de que han echado a su general a los pies de los caballos, que Karazdic procederá a relegarme en las próximas horas? ¿Es eso lo que quieren, que él ocupe mi lugar?

Afuera ya era de noche. Había recibido a mi Estado Mayor con besos y palmadas en los hombros. Después los había invitado al salón, donde el fuego de la chimenea envolvía ahora sus rostros.

Ahí estaban Staki, con su nariz ancha de boxeador; Tanic «el Tanque», con su pelo canoso, siempre con la imperturbable línea a la derecha; Nastasic, el más alto y fuerte de todos; Ilincic con sus mandíbulas de acero; Spasojovic, las cejas más espesas del mundo; Markovic con su llamativa cicatriz en el cuello; Blagojevic «el Mortero» y su pose siempre perfecta, espalda recta, hombros hacia atrás; el cráneo afeitado y liso de Crvo; Lukic «el Filósofo», con su cara huesuda y angulosa; y, por último, Panic, el más joven de todos y el más caviloso.

Todos negaron con la cabeza.

—Caballeros, no esperaba una respuesta distinta —dije, de pie con las manos apoyadas sobre la mesa—. Me alegra saber que compartimos la misma opinión. Un civil al mando del Ejército solo puede dar como resultado la destrucción del mismo, y eso es algo que

no podemos consentir. Si deseamos sentirnos orgullosos de nuestro Ejército se impone una respuesta contundente.

En medio de la expectación general, abrí la carpeta de piel (la que siempre he usado desde hace veinte años y que se conserva sin mácula), y extraje el documento redactado la noche anterior. Estaba firmado con los nombres y apellidos de cada uno de los oficiales allí presentes.

«Ante la noticia de que el general Stimac ha sido desposeído de su cargo y de sus atribuciones como Comandante en Jefe del glorioso Ejército de la República Srspka, consideramos nuestro el deber inexcusable de manifestar oficialmente el rechazo y la indignación a tal medida. Consideramos que una decisión tomada al libre albedrío, sin fundamento alguno, menoscaba la integridad y la credibilidad del mismo y pone en peligro el rumbo de la guerra.

Por todo ello, no solo nos oponemos con firmeza a la designación de Radovan Karazdic como Comandante en Jefe sino que nos comprometemos, por el bien de nuestro país, a no acatar ninguna orden que proceda de su persona. Así como de cualquier otra orden que no provenga del general Stimac».

En cuanto anuncie mi destitución, le enviaré el documento y seré restituido a la velocidad del rayo. De lo contrario provocará un revuelo sin precedentes que le restará influencia. Esto es lo que sucede cuando un político me subestima.

29

—Ljubica Stimac, encantada.

—Marko Gurovic, lo mismo digo.

—Siéntese, por favor… Jovan me habló mucho de usted. Gracias por aceptar una tarea tan importante para nosotros.

—Cuando me enteré de su situación supe que tenía que ir a verle. Aunque nos conocimos en un periodo breve, fue muy intenso. Siempre tendremos un vínculo especial.

—Sé a lo que se refiere. Admiro a todos aquellos que lucharon por la República Srspka.

—Bueno, usted también lucha aunque desde una trinchera diferente. Le vi en el mitin de la semana pasada.

—Ah, no lo sabía. ¿Es usted afiliado al partido?

—No, pero nunca había estado en un mitin, y me llamó la atención.

—¿Y qué le pareció?

—En honor a la verdad le confesaré que su discurso me recordó a su padre. Tienen la misma… vehemencia.

—Se lo agradezco. ¿Le llegó a conocer?

—Hablamos un par de veces y poco más. Me imagino que no puedo preguntarle cómo está.

—Ojalá lo supiera.

—Le debe de echar de menos.

—Por supuesto. Ah, aquí tengo la carta que me ha dado Jovan para Nikolina Jakovic.

—¿Sabe que su padre tenía una foto suya en el despacho de Srebrenica? Fue ahí cuando la vi por primera vez.

—No me acuerdo del todo. ¿Quién más salía?

—Estaban los tres sentados en un banco. Usted debería tener unos dieciocho o diecinueve años.

—Ah, sí. Ya sé cuál es. La tengo en casa. Es una de mis fotos favoritas.

—¿Por qué?

—A mi madre no le gusta salir en las fotografías. Tengo pocas de los tres juntos. Tome, guarde la carta. Asegúrese de que la recibe Nikolina Jakovic en persona, no su familia o terceras personas.

—¿Cree que funcionará?

—No cuesta nada intentarlo. Puede que con el tiempo ella vea las cosas desde otra perspectiva. Nunca hay que perder la esperanza.

—Estoy de acuerdo, aunque yo prefiero llamarlo fe, al ser Dios el Creador de este mundo. En sus manos está revelar la verdad absoluta.

—Jovan me dijo que fue monje hasta hace muy poco.

—Así es, por eso he rezado y seguiré rezando por él.

—¿Por qué colgó el hábito?

—Tuve una revelación personal. Debía llevar a cabo una misión que solo yo podía hacer y por los votos de obediencia no podía hacerla siendo monje.

—Ya veo que es usted una persona íntegra.

—Reparar una injusticia cuando se produce debería ser una tarea de todos.

—Pienso lo mismo, por eso me metí en política.

—¿Lo dice por su padre?

—Sí. Usted que luchó a su lado debe de estar de acuerdo conmigo.

—Estoy de acuerdo en que deben repararse las injusticias. Milosevic y Karazdic han sido detenidos, ¿cree que su padre podrá aguantar escondido mucho tiempo más?

—Prefiero no pensarlo demasiado. No es una pregunta que deba responder una hija. Aquí tiene dinero para los gastos del viaje, la dirección de Nikolina Jakovic en Novi Sad y una fotografía suya.

—¿Por qué cree que Jovan está en la cárcel siendo inocente?

—Por mi culpa, por ser la hija de mi padre. Él tiene muchos enemigos. Alguien quiere manchar la reputación de la familia o acabar con mi carrera. Si me hubiera pasado a mí sería demasiado evidente. Han debido amenazar o sobornar a la viuda para que afirme que tenía una relación íntima con Jovan. Parece que ataron bien todos los cabos. Es indignante que hoy en día puedan actuar así, con tanta impunidad. ¿Cuándo se marcha a Novi Sad?

—Mañana mismo.

—Deme su número de móvil, por si acaso tengo que localizarlo.

—¿Mi número de móvil?

—¿Tiene uno, verdad?

—Sí.

—Me han tenido que dar unas clases avanzadas sobre su funcionamiento. Vaya invento que se pueda usar como una cámara fotográfica, con flash y todo ¿eh? Pero no recuerdo dónde se guarda el número…

—No importa —dice—. Yo le doy el mío. ¿Y qué hará después, cuando vuelva a Sarajevo?

—¿Después?

—Sí, ¿piensa establecerse en Belgrado o volverá a Sarajevo?

—Volveré a Sarajevo. Me gustaría empezar Derecho.

—Su familia estará contenta de tenerlo en casa.

—Así es, estaré en Belgrado unas semanas más mientras me voy

habituando al mundo exterior. Después de un periodo tan largo como monje necesito acostumbrarme a algunas rutinas.

—Ah, comprendo.

—Ljubica, por curiosidad, Jovan me comentó que el día antes del asesinato Cvetkovic estaba cerca del hotel. Como también le conozco me preguntaba si sabía algo sobre el tema.

—¿Se lo ha contado Jovan? Fue una coincidencia. Es una calle muy transitada. No prueba nada. Además, ¿por qué iba Boban a tener algo que ver con el asesinato? Es absurdo.

—¿Qué dijo Cvetkovic?

—¡Ni se lo planteé! Es un gran amigo de mi padre. Eso hubiera sido como insultarle, y de ninguna manera iba a manchar su amistad con la familia. Ya bastante tiene con lo de cuidar a su pobre madre.

—¿Está jubilado?

—Más o menos. Se dedica a asesorar sobre seguridad a pequeñas empresas, incluso alguna vez ha ejercido de guardaespaldas, aunque eso fue nada más acabar la guerra.

—¿Y qué le ocurre a su madre?

—Que está muy mayor. Boban es un buen hombre, la acompaña todos los días a la misa de la iglesia San Marcos.

¿CUÁNTO DINERO ME HA ENTREGADO? 25.000 dinares. Supongo que estará bien. Tengo el número de teléfono de Ljubica y eso es una ventaja, aunque aún no sé para qué me va a servir. Le llamaré cuando regrese con la excusa de contarle cómo me fue en Novi Sad. O quizá sea mejor presentarme directamente en su despacho. No tiene un equipo de radio o al menos no lo he visto. De todas formas, sería extraño que en el trabajo recibiera mensajes de su padre pero ¿quién sabe? Dios mío, qué suave parece su piel; es un ángel, pero eso no será una distracción.

Perdón, Señor, he tenido que mentir en la conversación con Ljubica pero era necesario. Me confesaré en cuanto pueda. «Ojalá lo supiera», me respondió cuando le pregunté por su padre. Sonrió. ¿Qué oculta esa sonrisa? Todo. ¿Le hablará de mí a su padre? No creo que él me haya olvidado, seguro que aún tendrá esa memoria prodigiosa. ¿Estará Stimac enterado de lo que sucedió en el calabozo cuando liberé a esa pobre mujer? ¿Por qué iba Cvetkovic a revelárselo? Quizá al preguntarle por mí. «Desertó, señor», le habría dicho para no admitir lo que sucedió en realidad. Eso le hubiera dejado en mal lugar.

¿Y la carta? ¿La abro? ¿Realmente es una buena idea, Marko? ¿Necesitas saber el contenido? No creo que desvele nada importante, o al menos para lograr mi objetivo de saber dónde está Stimac. Rechazo meter la nariz en sus vidas sin ningún propósito. Señor, me siento

honrado al llevar su mensaje. Preguntaré dónde compro el billete para el autobús a Novi Sad. Lo compraré para mañana por la tarde. Por la mañana vigilaré a Cvetkovic. Nunca se sabe.

ESCONDERSE AQUÍ, en medio de un jardín tan amplio, es complicado. Estoy cansado de deambular, aparte de echar pan a las palomas no sé qué hacer para matar el tiempo. Lástima encontrarme a un paso y no entrar en la iglesia. Qué hermosa reluce la casa de Dios aún. El ladrillo parece nuevo. El abad me dijo que fue reconstruida y demolida por los bombardeos alemanes, como tantas veces esta ciudad. La misa estará a punto de terminar.

¿Eh? Salen los últimos, ahí deben de estar, atento. Esos no son. Demasiado joven, tampoco. Ahí está Cvetkovic. Sí, es él. Confirmado: misa de las doce. Se detiene y se gira hacia el interior. Se aparta del resto. Evita mirarlos. Como a mí me evitaba también. No quiere saber nada de la gente. Va bien vestido, arreglado. Abrigo negro. Se me hace raro verle así. ¿Qué hace, fuma? Habrá empezado después de la guerra. ¿Espera a su madre? Habla y fuma y mira adentro. Recibe una llamada. ¿Personal, del negocio de seguridad? Cobra pensión y regenta un negocio. ¿Es lo correcto? Lo dudo. Tendré que…

¿Se acordará de mí? ¿Mi nombre le dirá algo? No creo que su memoria sea tan prodigiosa como la de Stimac. Me encantaría plantarme delante de él y preguntarle por Pavlovic. ¿Dónde lo enterrasteis? Si es que lo hicisteis, claro. ¿Qué recuerdos tienes de aquella noche en la quisiste matarme, en la que mataste a esa pobre mujer que fue violada? Sosiégate, Marko. ¿Vienes a pedir cuentas a todos? ¿El hombre del pasado que viene a ajusticiar toda la maldad del mundo exterior? Solo si el Señor me lo pidiera.

Presenció el discurso de Ljubica. Quizá esté afiliado al Partido Nacionalista. Mantiene contacto con ella, aunque ignoro con qué frecuencia. Debe de tener una casa en propiedad o en alquiler. No creo que viva con su madre. Mientras Stimac estuvo en libertad Cvetkovic continuó siendo su brazo derecho, su cómplice. Señor, las amistades inquebrantables que se crean en el ejército. Los imagino sentados a una mesa, con un vaso de *rakija* y recordando viejas batallas del horror hasta el amanecer. ¿Qué pensaría cuando Stimac le ordenó organizar el montaje para derribar a Jovan? ¿Obediencia ciega? ¿Dijo «Sí, señor» y ya está? Sí, hay sadismo en Cvetkvokic. Ahora lo veo claro. El sadismo es alejarse completamente de Dios. No, no tiene excusa. Era plenamente consciente cuando mató a esa pobre desdichada. A saber qué más crímenes cometió. Y sigue impune. Nadie le reclama, nadie le busca, nadie quiere apresarle. Qué decepción de mundo exterior.

La cobra tatuada en su brazo. La recuerdo bien. El pecado original.

Así es usted, Cvetkovic. Rebelándose contra la bondad, contra el amor, contra Dios. Arrepiéntase. Ljubica y usted son las personas de la máxima confianza de Stimac. No sería una locura pensar que mantiene contacto con el maligno. ¿También con el radio transmisor y el auricular para encriptar mensajes? Complicado. Si es así Cvetkovic borrará cualquier rastro, pero eso no quiere decir que usted no pueda serme de utilidad.

¿Ese es su plan de ataque, Gurovic?, pregunta Stimac, ¿espiar? ¿esperar a que suceda un milagro?

Ya no tengo que darle ninguna explicación. Ya sabe de quién solo acato órdenes. No se moleste más en hablar.

¿Sabe cuál es mi método favorito en la guerra para intimidar al enemigo y perjudicar su moral? Una demostración de fuerza. Sirve para decirle quién es y de lo que es capaz. Por eso mandé sitiar Sarajevo.

Cállese, Stimac.

Yo ya estoy muerto, Gurovic. Busca a un muerto y eso solo lo hace una persona desesperada y solitaria.

Esa debe de ser la madre. Sí, bajan juntos. Pelo gris en un moño, delgadita, con algún problema en la cadera, muy abrigada. Caminan a paso de tortuga. Setenta u ochenta años. Veremos si cogen un coche o un taxi. Ella gesticula con vehemencia, parece que le gusta hablar. Cvetkovic baja la cabeza y asiente. La madre es un punto vulnerable. ¿Para qué? No lo sé. Ella no me conoce, ventaja para mí. ¿De qué hablará con tanto ahínco? ¿De qué hablan las personas en la vejez? ¿Sobre el presente, de los que ya no están? Imagino que su marido estará con Dios. Cvetkovic quizá pase más tiempo con ella. A los ojos de la sociedad exterior es un hijo que cuida de su madre, pero ambos sabemos que la realidad es diferente.

¿A qué viene tanta lealtad entre Stimac y Cvetkovic después de la guerra? No lo entiendo, Señor. Quizá el general le ayudó en los inicios de su empresa de seguridad. Aún no recibía su pensión, faltaba para convertirse en un jubilado… o la pensión del Ejército es escasa, insuficiente para vivir con tranquilidad. Stimac, conectado con las altas esferas, le consiguió la oportunidad de ganarse un dinero extra escoltando a algún empresario. Un militar de su experiencia… Sí, es posible. Después incluso formó a más personas, veteranos también sin un futuro claro. A cambio se ganó la fidelidad de Cvetkovic, ¿para siempre?

Sí, le veo disparando a ese hombre en el aparcamiento. ¿Cómo se llamaba? Vidoje, Vidoje Jakovic. Limpio, sencillo, sin motivos personales, «solo cumplo con mi trabajo», salir corriendo, nadie le ha visto, un muerto más sobre sus espaldas. La vida continúa.

Parece que no se suben a... La madre sigue hablando. Cvetkovic

escucha, cabeza abajo. ¿Tendrá hermanos? Caminan hacia el apartamento de la madre, supongo. Cvetkovic la dejará y se marchará a trabajar. Ella se quedará sola.

30

Se me hará extraño si hoy falto a la vigilancia de Ljubica, pero Novi Sad forma parte de la misión y tengo que estar. Quiera el Señor que no ocurra nada trascendente en mi ausencia. Aunque si cojo el último autobús puedo regresar a Belgrado a eso de las diez y media. El parte del tiempo dice que esta noche nevará. Veremos. Hemos salido con retraso. Los imprevistos pueden darse. Señor, permite un viaje tranquilo, sin… Será la primera vez que pise Novi Sad. El abad nació allí. Pero nunca nos habló de sus recuerdos de infancia o adolescencia. Lo único que sé de la ciudad es que no existe el tranvía. Recuerda llamar a tus padres, estarán preocupados elucubrando cómo te las arreglas en el mundo exterior. ¿Llevas la carta? Sí, aquí. «Para Nikolina Jakovic». Tinta azul. Debe de ser la letra de Jovan. Firme y clara.

Está bien que no la abras. Íntimo, muy íntimo. ¿Qué le dirá? ¿Acaso unas palabras en algo tan serio cambian la voluntad de una persona? Espero que sí. Le describirá, con el convencimiento de quien atesora la verdad, su sufrimiento, su soledad, su miedo. ¿Puede haber mayor injusticia que encarcelar a un hombre inocente? Probablemente no. ¿Has dicho probablemente? Dilo con rotundidad: no, no hay nada más injusto. Jovan le rogará con desesperación a Nikolina que rectifique. No tiene nada que perder. El tiempo puede haberla cambiado. El ser humano siempre está cambiando, así lo dispuso el Señor. Yo no soy el mismo que ayer. Veo a Jovan al alba escribiendo de su puño y letra en la celda, pensando en la mejor forma de pedirle que se convierta en su aliada. «Si Cvetkovic u otra persona le amenazó, la policía y nosotros le ayudaremos». Le promete que no presentará cargos contra ella cuando se aclaren las cosas, que solo querrá retomar su vida junto a su prometida. Vivir en paz.

Según decía la sentencia Nikolina trabajaba en el gimnasio. ¿Como monitora o en administración o en qué? No olvides que es una viuda que habrá tratado de rehacer su vida después de la tragedia. Mudarse a Novi Sad. Abandonas Belgrado, dejas atrás quién fuiste para emprender un nuevo camino junto a tus hijas en la casa familiar, necesitas calor y protección; tus padres, la hija pródiga. Regresas al mismo lugar para empezar de nuevo, como si lo otro no hubiera existido nunca. Una huida. ¿Encontraste un nuevo trabajo? Y nueve años después de aquello llego yo. El fantasma del pasado eterno llamando a todas las puertas.

Otra vez actúo como humilde mensajero de alguien. Primero de Pavlovic, para informar a la viuda de su muerte. Ahora de Jovan. El destinatario también es una mujer con hijos, también una viuda. De una forma misteriosa es como si se repitiese el largo y sufrido viaje por aquellas montañas. ¿Qué me quieres decir, Señor? Los arcángeles portan las buenas nuevas, revelan las profecías y la sabiduría de Dios, yo solo traigo malas noticias, súplicas, secretos, destrucción, muerte…

—¿Por qué luchamos en la guerra? —le pregunté a Jovan en la cárcel.

Suspiró mientras dirigía la mirada hacia la ventana enrejada. Su mente le transportaba hasta a algún lejano recuerdo.

—No fue culpa nuestra, Marko. Tú y yo, y miles de compañeros solo fuimos soldados obedeciendo órdenes de psicópatas que tenían ansia de poder, pero que nos lo vendieron muy bien, lo disfrazaron de miedo. Miedo de que los bosnios y los croatas nos arrinconaran, que nos quitaran nuestras tierras o que convirtieran todo el país en un estado islámico. Miedo que nos fueran a aniquilar.

—También nosotros fuimos culpables, no solo ellos. Con qué facilidad nos dejamos convencer para disparar a nuestros vecinos, y nos tragamos esos discursos de Karazdic y Milosevic apelando al orgullo patriótico. Qué tragedia, Dios mío.

—¡Nadie quería un nuevo Kosovo! —exclamó, y después negó con la cabeza, apesadumbrado—. Sentíamos rabia y frustración por los relatos que nos contaron nuestros abuelos, y volvimos a temer que lo perderíamos todo.

Se pasó la escuálida mano por la cara. Me fijé en que tenía las uñas sucias.

—Sí, pero eso no justifica lo que hicimos.

—También era una venganza porque después de que Yugoslavia se fuese al carajo nos dejaron solos en vez de estar unidos. A Eslovenia, Croacia y Bosnia les faltó tiempo para buscarse la protección de la maldita Europa. Ese dolor lo llevamos adentro, muy adentro.

—Y lo seguimos llevando, Jovan —dije, encogiéndome de hombros.

Lo más asombroso era que parecíamos dos hombres en su vejez mirando el pasado con indignación y desconcierto, aunque en realidad éramos dos treintañeros que se habían dado de bruces con lo que significaba ser adulto. La guerra nos había unido, separado y ahora vuelto a unir. Y ambos sabíamos que volveríamos a separarnos, tarde o temprano.

—Entonces ¿no crees que nos manipularan? —insistió Jovan.

—Lo que digo es que también fue culpa nuestra.

A mi espalda oí murmullos, el chirrido de una reja y pasos de guardia acercándose.

—Tú, que te presentaste voluntario atraído por el carisma de Stimac —me dijo—. Te guste reconocerlo o no fuiste una víctima. Lo he pensado mucho, te puedes imaginar el tiempo que tengo aquí. Todo eso de que Stimac seguía la batalla en el frente y no en la retaguardia, no era valor sino de una estudiada estrategia para atraer reclutas, que nuestra moral estuviera alta, que nos esforzáramos más y no tuviéramos miedo a la muerte. No éramos más que ganado para él, Marko.

Antes de que pudiera abrir la boca, apareció el guarda para dar por concluida la visita. Vestía con una guerrera azul y su mentón se veía afeitado. Jovan le rogó que nos dejara unos minutos más, pero el guarda lo ignoró, dedicándome una mirada apremiante. Nos levantamos. Al abrazarle noté su extrema delgadez. Le dije: rezaré por ti, ve con Dios. Él sonrió con amargura.

Recuerdo que al salir del edificio caminé hacia la calle, imaginando que Jovan me seguía con la mirada desde alguna estancia o incluso desde su celda. Se quedaría un tanto extrañado de mi presencia, de mi paso por la carrera monástica, de que aceptara ayudarle porque no sabe que supe de su traición y le he perdonado. Me compararía con el Marko que conoció en la guerra; rememoraría sus ataques de pánico en el frente. Llegué a girarme para contemplar por última vez la inmensidad de la lúgubre cárcel.

LA CASA ES GRANDE, entre gris y verde, techo rojizo con nieve, tres plantas, ventanas y cortinas, sin muros de ladrillo. Humo por la chimenea. Bien, hay alguien. No he hecho el viaje en… El jardín está cuidado y con arbolitos. ¿Esa es la entrada? Mucho verde con nieve. Sí, les gustan las plantas.

No se ve un alma por la calle. Vecindario en calma. Solo el viento helado. Casas también grandes, aunque diferentes, blancas, amarillas, ahí una que se ve antigua. Cada vecino la construye a su gusto. Se respira paz y naturaleza como en el monasterio.

El taxista insiste que sí, que es la casa de la dirección que le he dado. Me pregunta que cuánto tiempo estaré. Le digo: Lo ignoro, ya le llamaré cuando necesite volver a la estación. El taxista asiente con la cabeza, me da su tarjeta y se aleja.

Atardece y hay luz. Si Dios quiere creo que anochecerá en un par de horas. Ya ha nevado esta mañana y espero que no nieve otra vez. Adelante, Marko. ¿Eso es un coche? Sí, se ve pequeño, viejo, azul. Quizá ya me hayan visto. Se preguntarán quién soy y a qué he venido. Huele a tierra húmeda. Esa pared se está descascarillando. Necesita una mano de pintura. Cualquiera se pone a trabajar con este tiempo.

La tía Senka vivía en una casa similar. Me viene el olor de su delicioso *burek* de carne y sus postres suntuosos. Volvíamos a casa con

el estómago lleno para una semana. Qué alegría me llevaré cuando me reencuentre con ella en el Cielo. No se oyen voces o ruidos o música. Si no fuera por el humo pensaría que… Mis pisadas parece que no avisan. Nadie se asoma. ¿Tendrán un perro? Dos puertas. Esta creo que es la principal. Se ve robusta, de madera. ¿Timbre? Sí, aquí. Llama a ver qué pasa. Podría deslizar la carta bajo la puerta, marcharme, esperar como quien lanza una granada, pero no. Estoy en una batalla y tengo que crear un punto de ruptura en el frente. Conocer a Nikolina, hablar, escuchar, convencerla…

—¿Qué pasa? —dice una voz hostil de mujer.

Carraspeo.

—Buenas tardes. Quisiera hablar con Nikolina Jakovic.

—¿Por qué?

—Tengo un mensaje para ella, una carta para entregar personalmente.

Llave que gira, chasquidos metálicos. La puerta se abre con desconfianza. Señora en silla de ruedas. Ojos de cuervo, expresión avinagrada, pelo teñido y revuelto. Descontenta con la vida que le ha regalado el Señor.

—Démela —ordena, tendiendo la mano enfundada en guantes de lana.

—Lo siento —digo sonriendo con amabilidad—, pero tengo orden de entregársela a ella. Solo a ella.

—O me la da a mí o se olvida.

—Es muy importante. Vengo de Belgrado. Le ruego que lo tenga en cuenta.

—Qué pesado, como si viene de China. Decídase.

—¿Está ella en casa?

—Ha perdido su oportunidad, paleto, y ni se le ocurra vengarse con el jardín o llamaré a la policía.

Bum. Portazo. ¿Qué hago? ¿Quién es esa mujer? ¿Su madre? Claro, debe de tener miedo de que hagan daño a su hija. Quizá yo no sea el primero que viene a buscarla. No contaba con este… Desliza la carta por la puerta y que al menos la tengan, pero no sé si vive Nikolina aquí. A lo mejor está de viaje o se ha mudado de nuevo con las niñas a otra ciudad, a otro país. Las ventanas siguen sin movimiento. ¿La madre estará sola? No lo creo. Una persona en silla de ruedas necesita ayuda. Vuelve a llamar. Sí, pero antes comprueba la segunda puerta. A lo mejor abre otra persona o te cuelas como en el hotel. Sí, a veces los flancos están desprotegidos.

Mira por dónde pisas. Parece como una vivienda aparte. Miraré por la ventana antes de… Nada, solo cosas viejas: trastero. El coche tiene nieve encima del parabrisas. Hoy no se ha usado. Eso debe de ser un huerto. La tía Senka también tenía uno. En verano la cosecha de

hermosos tomates era una bendición. Sigo sin oír nada del interior. Esas hojas secas son de un haya. Estará deseando que llegue el sol.

¿Eh? Alguien me… Un hombre. Cara de sorpresa, mirada interrogativa aunque calmada. Piel sonrosada y sin afeitar en tres días. La ventana se desliza. Acércate, rápido.

—¿Usted ha llamado a la puerta? —pregunta.

—Sí, he sido yo. Estoy buscando a Nikolina. Tengo que entregarle una carta.

Frunce el ceño.

—¿Una carta? ¿Quién escribe cartas hoy en día?

—Jovan Zivkovic. Es importante que ella la lea. ¿Sabe quién es Jovan Zivkovic?

—Sí. ¿Qué dice la carta?

—No lo sé. ¿Está ella en casa?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que diga la carta. No voy a permitir que nada perturbe a mi hija, ¿me comprende? La pobre ya ha sufrido bastante.

—Lo único que quiere Jovan es pedirle ayuda.

—¿Y usted quién es?

—Marko Gurovic. Un amigo de Jovan. Me pidió que viniera a entregar la carta en persona. Y usted, ¿cómo se llama?

—Goran. Démela a mí. Yo se la daré.

—¿Puedo verla y entregarla yo mismo? Me preguntarán si lo hice o no.

—Qué terco es. Ya le he dicho que no. Primero tengo que leer la carta y después ya veremos.

—Ya veo… Está bien, léala si después puedo entregársela a Nikolina y hablar con ella. ¿Le parece bien ?

Goran asiente con la cabeza lentamente.

Le entrego la carta. Goran abre el sobre, despliega la cuartilla, me mira con algo de recelo, saca las gafas y empieza a leer. Tiene manos gruesas y peludas. Debe de tener unos sesenta años. No parece tener mucho frío, solo lleva un jersey de cuello vuelto. Parece un hombre de palabra que desea proteger a su hija. Lee como si hablase para sí mismo.

Ruido. Entran dos niñas gritando ¡abuelo! Once, doce años. Coletas. Dicen que tienen hambre. ¿Son gemelas? Altas, delgadas, inquietas. Goran las mira con ternura. Deja la carta sobre la encimera y va a preparar ¿un bocadillo? Una de ellas me saluda y le pregunta quién soy. Son curiosas y obedientes. Goran responde que nadie. Les entrega la merienda. ¿Qué hace? Ah, busca la carta. Se pone las gafas y sigue leyendo. Su cara es seria, no expresa nada. ¿La mujer en silla de ruedas sabe lo que está pasando? Vamos, Goran, date prisa. Si

entro contigo, no me echará.

Parece que ha terminado. ¿Qué está haciendo? ¿La está rompiendo?

—¡No!

Me ignora. Dios mío, ¿qué ha leído? ¿qué voy a hacer ahora?

—¡Me dio su palabra!

—No, no lo hice. Además, la carta es inútil.

Tira el sobre y la carta, supongo que a la basura.

—¿Por qué? —pregunto—. ¡Abra la puerta!

Goran abre y ¿me invita a entrar? Sí. Las niñas nos miran. Me dice que le siga.

—¿Por qué la carta es inútil? —insisto.

Al fondo del pasillo, la señora de silla de ruedas me ha visto. La escalera cruje.

—¡Goran! ¡No quiero a ese en esta casa! ¿Me has oído?

—Quédate tranquila, que yo me encargo. Sigue con los ejercicios, ahora bajo.

—¡No me gustan los extraños! ¡Que se vaya!

¿Adónde me lleva? ¿A un dormitorio? Alfombras, espejos, paredes blancas. No hay adornos navideños. Goran entra. Chimenea encendida. Una mujer tumbada en la cama. Luz encendida de mesita de noche junto a pañuelos. ¿Nikolina?

—Ella es mi hija.

Inmóvil. ¿No oye que estamos aquí? Le cubre una manta. ¿Dormida o muerta? Pelo corto oscuro. Lunar en la mejilla. Pendiente bañado en oro. Sí, es la de la fotografía. Esa es su respiración, lenta, rítmica. Esa mesita está llena de botes de pastillas. Y una botellita de agua vacía.

—No se levanta en todo el día, apenas come y ni mucho menos puede leer.

La mujer de la que depende Jovan está enferma.

—¿Qué le ocurre? —pregunto.

—Los médicos no lo tienen claro, pero yo sí. Fue todo lo que pasó en Belgrado. La muerte de Vidoje, el juicio, la condena a ese hombre fue demasiado.

—Rezaré por ella.

—Gracias, Marko.

—¿Puede oírnos?

Se siente en el borde de la cama.

—A lo mejor.

—¿Qué le ha contado sobre por qué dijo que ella y Jovan mantenían una relación?

—Todo. Me lo ha contado y más de una vez.

—¿Le importaría si me lo cuenta a mí? —pregunto.

—¿Por qué debería hacerlo? A excepción de nosotros, mi hija no ha querido contárselo a nadie.

—He sido monje en el monasterio de San Esteban durante catorce años. Y he colgado el hábito solo para encontrar la manera de que haya justicia. Nikolina incumplió un Mandamiento de la Ley de Dios: no dirás falso testimonio contra tu prójimo. Todos estamos obligados a cumplirlo según el libro de Moisés. Causar daño por medio de la palabra unida al sentimiento de falsedad es grave. Es hora de quitarle ese peso de encima a su hija, ¿no cree? Para ello debe volver a amar al prójimo con la verdad absoluta. Si ella no puede por impedimento físico, usted debe hacerlo. A ojos de Dios será como si ella hablase.

Silencio. Mira a su hija. Goran se rasca la frente. Amplia y despejada. Si dice que no, insistiré.

—Papá, cuéntaselo, por favor —dice Nikolina—. Ya es hora de que se sepa todo.

—Está bien, hija. Si es lo que quieres… ¿Quieres contarlo tú?

—No, estoy cansada.

Enseño el móvil y pregunto si puedo grabar la conversación.

—No, no quiero que ese chisme me grabe. Nunca se sabe lo que pueda pasar.

—Pensamos que el hombre que presionó a Nikolina es íntimo amigo del padre de la prometida de Jovan, Ljubica Stimac, que está interesada en que se sepa lo que pasó. Su padre no quería que Jovan se casara con su hija y organizó el montaje para encarcelarle.

—Pues que venga ella y se lo contaré en persona.

—Ljubica no vendrá, Goran. Lo presiento. Necesitaré una prueba convincente, por eso necesito grabarle.

—He dicho que no, Marko.

—Conozco a Ljubica Stimac y no es una mujer fácil de persuadir. Le ruego que lo considere. ¡Hay un hombre inocente en la cárcel!

—No. Si quieres saber lo que pasó, tendrá que ser a mi manera.

HA SIDO MÁS que provechosa la visita a Nikolina y su padre. Obraste bien al no conformarte con entregar la carta. Llegaste en un buen momento, cuando había la necesidad de revelar la verdad después de tanto tiempo sufriendo el silencio de la mentira. Son personas de corazón que saben que es justo reparar lo que no es correcto. Goran me lo ha puesto más… díficil. Claro, quiere proteger a su hija. ¿Quién se lo puede reprochar? No quería que lo grabase y no lo hice, pero al final todo ha resultado bien gracias a Dios.

Las niñas tienen los rasgos de Nikolina. Viven sin saber lo que pasó en Belgrado. Ella me preocupa. Parecía envejecida por la depresión. La piel estaba oscurecida alrededor de sus ojos castaños. Solo al final, cuando su padre terminó el relato, vi un atisbo de sonrisa, aunque

ocultaba la desesperación, o eso me pareció. Sé que recordar trae tormento. Si quieres pasar página de una vez, tienes una oportunidad de hacerlo, Nikolina.

Ponte cómodo, llegaremos a Belgrado en una hora. Tengo ganas de tumbarme en la cama de mi habitación y reposar… Que no se te olvide, mañana es la *Slava*. Me voy de Novi Sad sin ver nada, bueno, la estación y el fuerte desde la distancia. Fue otra ciudad herida por los bombardeos de la OTAN. Todavía nadie se ha disculpado. Regresaré algún día con más calma. ¿Y esa chica a quién espera ahí sentada? ¿De qué color tiene el pelo, rojo? Parece que escucha una música que le gusta mucho.

Por la descripción que hicieron del hombre que la amenazó de muerte a ella y a sus hijas, se confirma que es Cvetkovic, lo que no es una sorpresa. Solo espero que vayan conmigo a ver a Ljubica. Goran es el que pienso que puede echarlo todo a perder. Arrepentirse en el último momento. ¿Y si les llamo? No, no los presiones. Ha dicho que su hija se lo pensaría. Solo me queda rezar.

Nikolina tiene que identificar al subteniente delante de Ljubica con una fotografía de Cvetkovic, si no, no servirá de nada. A mí no me creería por el vínculo con Jovan si le digo lo que ha contado Goran. Tiene que oírlo de su boca. Creo que pueden servir las fotografías donde sale Cvetkovic pasando delante del banco. Que estarán en el piso de Ljubica, claro.

—Sí, es él. Este es el hombre que me amenazó —le dirá Nikolina a Ljubica.

Bum. Después Ljubica exigirá explicaciones a Stimac y lo buscará, entonces ahí apareceré yo, justo detrás. De noche o de día. Lo mismo da. Aquí estoy, general. Solo de pensarlo me altero. Pero antes tengo que encargarme de Cvetkovic para que no sea un estorbo.

31

Añoro celebrar la *Slava* en el hogar de una familia. El salón cobra vida con los numerosos invitados. Elegantes y risueños. Una parte de mí quiere refugiarse en el cuarto, es tanto el bullicio… pero te vendrá bien quedarte porque no conviene aislarse. Recuerda que la vida apacible del monasterio forma parte del pasado. Además, Mirjana ha sido muy cortés al invitarte.

Ya se me ha olvidado el nombre de casi todos los invitados. A mi padre le sucede lo mismo. Nos cuesta retenerlos. La anciana me inspira calidez con su velo negro y sonrisa desdentada. Mirjana ahora está más relajada después del enorme trabajo en la cocina. Espero que Dusan y ella disfruten la velada.

—¿Cómo fue la visita a Novi Sad, Marko? —pregunta Dusan.

—Muy bien, gracias a Dios. Fue una visita relámpago y vi poco de la ciudad. Apenas estuve una tarde.

—¿Y qué ha hecho hoy?

—Nada especial. Pasear por el centro y llamar a mis padres.

—¿Fue a visitar a una amiga? —Mirjana me guiña un ojo.

—Aquí no conozco a nadie.

—Usted está en la flor de la vida, ¿ha pensado en echarse novia y casarse?

—Es muy pronto, acabo de salir del monasterio y todavía estoy recordando cómo funciona el mundo.

—¿Y ha llegado a alguna conclusión? Ilumínenos —dice la anciana sonriendo.

—Que no rezamos lo suficiente, y que solo nos acordamos de Dios cuando lo necesitamos.

Silencio. ¿Es que he dicho algo equivocado?

—Sabias palabras que son buenas de recordar —dice Mirjana.

—Tengo curiosidad, ¿en qué va a trabajar? —pregunta Dusan.

—Me gustaría matricularme en la universidad y estudiar Derecho, pero ya lo veremos con sosiego cuando regrese a Sarajevo, que espero sea pronto.

—Su familia estará ansiosa por verle, ¿a que sí? —dice la anciana.

—Y yo a ellos. La última vez que me visitaron fue hace un año.

—Oh, cuánto tiempo. ¿Qué le dijeron cuando les anunció que dejaba el monasterio?

—Que si me había golpeado la cabeza.

Risas. ¿Por qué? Es la verdad.

—Dusan, anda, enciende la vela del santo —dice Mirjana.

Qué emocionante, su mirada se llena de ilusión. Ahora la luz de Cristo enciende el hogar. Reparten el *kolac*, bendecido esta mañana, dicen. Recemos para recibir con humildad abundancia y salud. El silencio es sobrecogedor.

¿Hora? Las diez y veinte. Ya es tarde para llamar, ¿no? Mañana hablaré con Ljubica y concertaremos una cita. Si es posible en su casa. La oficina es demasiado fría, puede que no quiera expresar sus emociones, además nos pueden interrumpir. Cuando sepa la verdad necesito alimentar su ansia de pedir explicaciones. Forma parte de la táctica para atrapar al general. Procura no adelantar nada sobre Nikolina por teléfono. «Mañana hablaremos, Ljubica». Sí, eso le diré para zanjar la conversación.

Felicidad, agradecimiento, tradición. La comida se ve riquísima, aunque solo probaré un trocito de *gibanica* para ser considerado. Dusan habla con todos, disfruta en el papel de anfitrión. Es una responsabilidad, claro. Parece que el señor mayor está algo sordo. Todos en pie para un…

—Alzo mi vaso —dice Dusan—, y bebo por el Santo Nicolás para que nos ayude, y que Dios nos ofrezca una larga vida y buena salud en la casa y en el trabajo. ¡Brindemos!

Clin. Clin. Clin.

—No importa las veces que haya que reconstruir Belgrado —dice Mirjana—, o las desgracias que se pongan en el camino, los serbios siempre celebraremos la *Slava* porque nos une y nos hace libres. ¡Brindemos!

Clin. Clin. Clin.

Mmmm… El vino entra con suavidad. Sigamos comiendo y pasándolo bien, que la fiesta continúe generación tras generación, recordando a nuestros antepasados. Ah, suena la música. La anciana desdentada baila con desparpajo. Los niños ríen. ¿Bailar, yo? Digo que el Señor no me ha concedido ese don. Este hombre medio sordo dice: me gusta acudir con mi mujer a las misas del monasterio de San Esteban. Le digo: me alegro mucho. Yo las echaré de menos. Me pregunta: ¿Volverá para visitar a sus hermanos? Le respondo que me gustaría.

¿Traen más comida? Dios mío, parece que vamos a estar así toda la noche. En el estómago no cabe un gramo más y eso que me he comedido. Me pesan los párpados. Levántate sin llamar la atención y sal despacio. Dusan está en la cocina y Mirjana habla con sus sobrinos. Creo que he bebido demasiado alcohol. ¿Vomitar? No, por Dios. ¿Debería decirles que me retiro a descansar? ¿Cuál es la regla social? No quiero interrumpir sus conversaciones.

Me voy discretamente y ya está.

Se oye la música, pero estoy tan cansado que dormiré a pierna suelta. Debería llamar a mis padres. Mañana lo hago a primera hora. A ver qué les digo. Me preguntarán otra vez si ya he comprado el billete de autobús para Sarajevo.

¡La pistola! Tengo que comprobar que… Sí, aquí está. ¿Le cambio el escondite? ¿Dónde, en el armario? Es fácil abrir un cajón. Debería colocarla bajo la ropa. No me fío. Poco probable que Mirjana o Dusan levanten el colchón. ¿Por qué iban a hacerlo? Un momento. ¿Estaba así cuando la dejé, con el cañón ligeramente inclinado? Juraría que… Dios mío, ¿alguien la ha cogido y después la ha dejado como pensó que estaba? Mirjana o Dusan. ¿O se ha movido al tumbarme? Ya no sé qué pensar. Si fuese Mirjana me habría dicho algo, claro. Dusan, quizá. La cambio de sitio. ¿Y si la llevo conmigo? Peligroso. ¿Y si me deshago de ella? Stimac y Cvetkovic no se andarán con rodeos. Necesito protección cuando llegue el momento. Quizá son imaginaciones mías y nadie la ha tocado. La pistola es la prueba de que lo vivido en el Ejército fue real y de que Stimac no es una alucinación. Dios sabe que sacó lo peor de mí, pero no puedo perderla, no hasta que lo atrape. Después ya veré.

La radio que me compré sigue muda. ¿Usarán de verdad la estación de radio para comunicarse Stimac y su hija? Quizá sea un método demasiado sofisticado para una civil, o no sofisticado pero debería guardar un equipo muy aparatoso en casa, o quizá tiene una radio más moderna y pequeña oculta en algún rincón de su casa. Tampoco puedo descartar que su padre le lance por radio un mensaje encriptado en mitad de la noche. Por ejemplo, una serie de números que luego ella consulta en un libro, cada número, una palabra, y así va componiendo un mensaje. Citémonos en tal sitio a esta hora. ¿Por qué no?

Señor, me duele cabeza y no sé si es por darle vueltas a todo o por el efecto del alcohol. A veces me gustaría regresar al monasterio, a la vida simple y armoniosa. Aquí siento que llevo una máscara cuando salgo, pero no es impenetrable, tiene resquicios y la gente me escudriña, y no sé por qué, duele.

¿Eh? ¿Y esa música? ¡El móvil! «Número desconocido». ¿Lo cojo? Sí, botón verde.

—¿Quién es?

—¿Marko? Soy yo, Jovan.

—¿Qué?

—Soy Jovan. ¿Te he despertado?

—Ah. No, estaba despierto. ¿Por qué hablas tan bajo? Apenas si te oigo…

—Está prohibido tener móvil, si me pillan me cae una buena. Si te cuelgo es porque pasa el guarda. ¿Has visto a Nikolina?

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir?

—Toma pastillas y no puede hablar. Se pasa todo el día en la cama. Es lo que me ha dicho su padre.

—¿Qué le pasa?

—Creo que depresión.

—Entonces no le has dado la carta.

—Su padre la leyó. Él sabe todo lo que ocurrió. Se lo confesó ella.

—¿Te dijo por qué mintió?

—Cvetkovic amenazó a sus hijas, que les pasaría algo si no decía que ella y tú… Nikolina se asustó, y nada más contarlo a la policía se mudó a casa de sus padres para rehacer su vida. Pobre mujer.

—¿Ella quiere cambiar su versión?

—Creo que sí, pero no sé si delante de un juez. Vendrán para hablar con Ljubica y decirle que fue Cvetkovic quien le amenazó. Jovan, Ljubica oirá que a Nikolina le obligaron a mentir.

—¿Cómo sabe ella que fue Cvetkovic?

—Veremos a Ljubica en su casa. Me dijiste que tenéis fotos de Cvetkovic en el banco, ¿verdad?

—Sí. ¿Cuándo vas a verla?

—No sé. En unos días, muy pronto.

—¿Muy pronto, eh?

—¿Qué ocurre? Parece que no te alegras.

—No, sí me alegro. Lo que pasa es que…

—¿Qué, qué es lo que pasa? No lo entiendo, Jovan.

—He estado pensando… Cancela ese encuentro. No quiero que se vean.

—¿Qué?

—Si se entera que su padre está detrás de lo que pasó, le destrozaría.

—Pero, espera, ¿no es lo que querías?

—Sí, pero por aquí circulan rumores sobre Stimac…

—¿Cuáles?

—Que está muerto.

—¿Qué?

—Si se entera Ljubica de lo que me hizo, ya no sería la misma, sería un golpe muy duro, le cambiaría la vida. La conozco muy bien. Todo en lo que ella creería se vendría abajo. Ella le idolatra, Marko. Si además de que se entera de que está muerto, sale a la luz el complot que organizó para acabar conmigo. Eso la dejaría muy tocada.

—¿Has perdido la razón? Estás cumpliendo una condena por algo que no hiciste. Ella tiene que saber que su padre lo organizó. ¡Es injusto!

—Estoy enamorado, y ella es mi roca cuando tengo que apoyarme,

su amor me hace sentir libre. Si cambian las cosas no sé qué pasará en el futuro con lo nuestro. Sé que es difícil de entender. Marko, yo no sé si has estado enamorado pero cuando lo estés me entenderás. Cuando encuentres una mujer sin la que no puedas concebir la vida, me entenderás. No le digas nada sobre Nikolina. Te lo suplico. Adiós, tengo que colgar.

¿Stimac muerto? Pero solo son rumores. Quizá hasta propagados por él mismo o el gobierno. Y ahora qué, ¿continúo con el plan o busco una alternativa? No sé si estoy conmovido por el gesto de Jovan o frustrado por su cambio de opinión, o una mezcla de… Yo también he estado enamorado, Jovan. Me hablabas como si nunca lo hubiera estado. ¿Se puede uno enamorar de verdad siendo adolescente? ¿Hubiera sido capaz de dar mi vida por Anna, mi amor de juventud? ¿Qué estás diciendo, qué tipo de pregunta es esa? Comenzaba a saber lo que es el amor cuando me alisté voluntario. Solo tenía malos pensamientos. No, no es verdad, también la querías pero ¿lo suficiente para dar mi vida por ella como Jovan? Quizá no, pero aprendí el amor incondicional a Dios. Señor, ¿cuántas clases de amor caben en un hombre? Oh, ¿qué hora será? Va a ser imposible que me duerma. Ya no oigo ruido. Se han ido todos. La *Slava* terminó hace rato. ¿Y si me levanto? Para deambular por la casa como un fantasma, mejor no.

Señor, santifica nuestras almas, purifica nuestros cuerpos, corrige nuestros razonamientos, limpia nuestros pensamientos y líbranos de toda aflicción, mal y dolor. Protégeme con tus ángeles para conservar la fe porque eres bendecido por los siglos de los siglos. Amén.

Señor, ¿qué es más importante la amistad o encarcelar a un criminal de guerra? Jovan me vendió a Cvetkovic y justo después ocurrió el desastre. Sí, pero lo perdonaste ante Dios. Ahora no puedes usarlo como argumento en su contra.

Jovan me dijo: «Su amor me hace sentir libre». Ljubica parece una mujer fuerte, pero su padre es su debilidad. Si continúo adelante con el plan, ¿seré yo el culpable del infierno que viva Jovan en la cárcel? La verdad nos hace libres, ¿y la mentira también? Dios mío, qué corrupto es este mundo. Stimac. ¿A qué viene pensar en él? Algo te dijo acerca de los dilemas… Sí, aquel día en el coche de mando después de reunirte con él, cuando le oíste tocar el violín.

—Gurovic, en la guerra se presentan terribles dilemas continuamente, por lo que es indispensable el sentido común y no dejarse llevar por las emociones. Sin ir más lejos, el 3 de noviembre de 1994 recuerdo que se me planteó uno extraordinario, de esos que curten incluso al más veterano. Habíamos defendido Kupres como titanes contra el avance envolvente de bosnios y croatas. Al cortar las vías de suministro nos quedamos sin munición justo en el momento de la ruptura, y el enemigo logró una penetración frontal a costa de

innumerables muertos y prisioneros. La realidad me golpeó con dureza. En cuestión de horas nos arrebatarían Kupres. Así pues, se imponía una retirada inmediata pero existía un contratiempo: los tanques estaban llenos de gasolina, por lo tanto el enemigo los usaría para repostar sus carros blindados. ¿Cómo iba a permitir algo así? Debía impartir instrucciones para que una compañía se encargara de incendiarlos y, además, evitar que nos cortaran la retirada; sin embargo, eso implicaba condenarlos a una muerte segura. Todos esos valientes soldados eran padres, hijos o hermanos de alguien. No solo morían ellos, sino también sus familias. Pero es del todo imposible tomar decisiones acertadas si se carece de una comprensión nítida de los hechos. Si esos tanques de gasolina se mantenían intactos se usarían, y eso acarrearía una consecuencia fatal: muchas más bajas de los nuestros. A cualquiera le temblaría el pulso al tomar una decisión de semejante calibre, pero por algo soy el Comandante en Jefe. Gurovic, no lo dudé ni un segundo. Mandé a esa compañía a las garras de la muerte y nunca me arrepentí de ello.

Belgrado, 11 de junio de 2004

Hay algo poético en la destrucción. En la forma en la que arde un edificio en mitad de la noche, en la que una ciudad queda reducida a escombros por un terremoto, en la que estalla una bomba dejando una columna de humo. Basta un instante para dejar huella toda una vida. Esa es su grandeza.

La capacidad de destrucción es un poder divino, por eso solo los audaces son elegidos para desencadenarla porque no se excusan, no ruegan clemencia ni sufren remordimientos, sino que son capaces de enorgullecerse de haber sido visionarios contra viento y marea. Para crear, primero es necesario destruir.

Hoy me he acordado del primer incendio que presencié, el de mi casa, allá entre las colinas verdes de Brcko. En esa tierra me crie, esa tierra me vio rodar por las laderas, saltar entre las piedras, respirar el aire de montaña, pisar el musgo del arroyo, el olor a resina, las rodillas con arañazos y la cabeza llena de chichones. Mi infancia fue el olor a granja, el despertar al salir el sol, ordeñar las vacas, el heno en la ropa, la lluvia azotando las paredes, el frío crudo de invierno y las duchas heladas. Y las llamaradas lo arrasaron todo por voluntad de Dios.

Una destrucción colosal. El fuego mordió las entrañas de mi infancia para convertirla en escombros. Qué majestuoso su modo de devorar cada viga, cada puerta, cada mueble, cada rincón, como si se regocijara en su delirio. Y ahora comprendo lo que sucedía en realidad; se estaba produciendo una transformación: la mía. Dentro de mí, esa misma noche, empezó a germinar el adulto en el que me convertiría.

En su esplendor, el fuego era una sinfonía de exterminio y se movía implacable sin que nadie pudiera detenerlo; mis padres estuvieron sollozando hasta que no pudieron más. Sin embargo, yo me sentía entusiasmado porque el fuego se revelaba como una epifanía alumbrando mi alma. Al día siguiente mis padres me contaron que los culpables del incendio habían sido los musulmanes. Mientras ellos se enfrentaban a la desolación, yo me sentía testigo privilegiado de la huella de un poder sin igual, el poder de la devastación.

33

—Gracias, Mirjana. Dios te lo pague —digo en su coche.

El motor al ralentí, fuera el cinturón. Ahora abres la puerta.

—¿Seguro que no quieres que te espere? —dice ella—. Si es solo un momento puedo esperar. Voy bien de tiempo para llegar al trabajo.

—No, gracias. Prefiero hacer las cosas sin prisa. Ya encontraré a alguien que me lleve de vuelta.

—Entonces nos vemos en casa, Marko.

El sonido de las ruedas pisando la tierra. El coche se aleja.

Llénate con el aire puro de la montaña. Ahí, el monasterio, silencioso y eterno. Se me encoge el corazón. Ya no soy uno de los hermanos. Nadie espera mi regreso y eso es bueno. Debería haber llamado al abad por teléfono y anunciarle mi visita. Sí, eso hubiera sido lo correcto, pero entonces le hubiera faltado a la verdad y no quiero ese peso sobre los hombros. Uno más. El plan de hoy me gusta porque es simple: me presento y regreso a Belgrado con la llave de la cripta. Dios me perdonará, lo sé.

La mayoría de los hermanos ahora estarán rezando. Si no me hubiera cruzado con Ljubica yo estaría ahí con ellos leyendo del Libro de Oraciones con la idea de ser Gran Shima. Echo de menos ese estado de gracia y comunión donde lo imposible es posible. Tengo la sensación de que el Señor me estaba preparando para la misión de atrapar a Stimac. Todos estos años conversando con Él me han servido para combatir y derrotar a los espíritus malignos. Me convertí en un soldado de Dios con el único propósito de aniquilar las rocas del mal. Ahora lo veo claro. Las lágrimas, la humildad, el arrepentimiento... formaban parte del aprendizaje. Orad sin cesar, dijeron los apóstoles.

Si me hubiera encontrado con Ljubica por la calle en otro momento hubiera seguido mi camino sin detenerme ni un instante. Tres, seis o diez años de carrera monástica no hubieran sido suficientes para comprender la señal. Solo de pensar en seguir a la hija de Stimac me hubiera asustado. ¿Has dicho asustado? Sí, lo he dicho. Admítelo. Te hubieras asustado ante la idea de enfrentarte a tu pasado. Ni siquiera hubieras sido capaz de recordar el horror de todo aquello. Sí, el encuentro con Ljubica no fue… Estaba preparado de antemano por el Señor desde que ingresé en el monasterio. Él vio que seré capaz de lograr la victoria en su nombre. Había que esperar el momento justo. Esa precisa mañana el Señor me llamó para combatir. Y yo respondí. No me atemoricé. Reaccioné con titubeo, claro, pero

después de comprender la revelación actué con rapidez. Los recuerdos vinieron a mí claramente. Fui capaz de soportar la mayoría. Antes era todo como un vacío insondable. Tengo el convencimiento de que seré capaz de encontrar a Stimac, y ese convencimiento nace de mi nueva alma, porque enterré la vieja, teñida de la sangre de los inocentes.

Llama y espera. Saldrá uno de los hermanos a abrir. ¿Quién? Vuelve el hijo pródigo aunque de visita. No vendría si no fuera imprescindible. Cuanto más atado tenga el plan, mejor.

Atento, la puerta se abre. El hermano Stojan. Expresión de agradable sorpresa. Parece que hace mil años que no nos vemos. Le digo que vengo a recoger un objeto que se me olvidó en mi celda. Me dice: Pasa, pasa. Estoy haciendo el pedido del día.

Nos sentamos. Se quita las gafas para leer. Bendito sea, sonríe de oreja a oreja.

—Dime, Marko, ¿cómo te trata el mundo exterior?

—Bien, hermano Stojan, aunque tiene sus desafíos. Intento pensar con sosiego. En momentos de flaqueza me acuerdo del Señor y de vosotros.

—Saldrás adelante, Marko, eres joven y tienes fe, que es lo importante. ¡Se me hace raro verte afeitado y sin el pelo largo!

—A mí también. Cada mañana al verme en el espejo me parece que estoy viendo a otra persona.

—¿Has ido a Sarajevo?

—Todavía no. Estoy como en un periodo de transición.

—Aunque eres la primera persona que conozco que ha abandonado la carrera monástica, te entiendo. Acostumbrado a una rutina… pero sé fuerte y evita caer en tentaciones.

—Rezo todos los días. El mundo exterior es complejo, aquí todo es más sencillo.

—¿Acaso tienes dudas, hermano?

—No, solo que se nota más la soledad a pesar de estar rodeado de personas. Tengo que acostumbrarme. Son casi tres semanas fuera.

—Lo harás. Además, hemos rezado por ti para que consigas tus buenos propósitos.

—Gracias, hermano Stojan.

—Ahora, ve a tu antigua celda y tómate el tiempo que necesites mientras yo termino mi labor.

El hermano Stojan se queda. Marko, sigue con tu plan. Recorre este largo pasillo. Por allí se va a la cocina, pero… ¿Eh? Me llegan las emocionantes voces de los hermanos salmodiando. Sí, es la oración a la Santísima Trinidad.

«Venid, adoremos al Rey, nuestro Dios.

Venid, adoremos y prosternémonos ante Cristo Rey, nuestro Dios.

Venid, adoremos y prosternémonos ante Cristo mismo, Rey y Dios

nuestro».

Me llaman al móvil. Es Ljubica. Aquí no puedo… La llamaré más tarde. Querrá que le cuente cómo me fue en Novi Sad. Será mejor que nos veamos. Ahora sube a la celda, espera un rato y regresa a por la llave cuando el hermano no esté. Me parece buena idea visitar la cripta por si acaso. Quiero evitar cualquier sorpresa para cuando traiga a Cvetkovic.

¿CUÁNDO FUE la última vez que bajé a la cripta? Hará seis o siete años. El entierro del hermano Tihomir. Con qué cariño se dirigía a todos… Recuerdo su voz cascada cuando salmodiaba volviéndose armoniosa por la gracia de Dios. Me dijeron que fue abad mucho antes de mi llegada. Las lágrimas que derramamos por su marcha… Ahora sus restos descansan en el osario y él junto al Señor.

La segunda vez que visito a solas la cripta. La primera fue a las pocas semanas de ingresar en el monasterio. Recuerdo bien esos primeros días. La incertidumbre de no saber qué hacía aquí y cuánto tiempo me quedaría, preguntas que nadie sabía responderme. La contradicción de verme libre pero a la vez atrapado dentro de unas paredes enormes y gélidas, sumido en un silencio sobrecogedor que lo envolvía todo. Seguía rodeado de hombres con uniforme mayores que yo, pero las miradas no estaban cargadas de violencia o tristeza, sino de una serenidad que me parecía irreal. Yo era un joven que había visto demasiado pronto la oscuridad del ser humano y que aún no sabía comprender la huella que iba a dejar en mí. A pesar de las palabras de aliento del abad, no me sentía a salvo y me imaginaba una implacable persecución de Stimac y Cvetkovic hasta el fin de mis días.

Pensaba en mis padres y mi hermana. Quería volver con ellos, pero sospechaba que de regresar a casa cometería un gran error. Los que habían sido mis compañeros de armas me esperaban para detenerme y organizar un consejo de guerra por desertor. No, yo no había desertado, solo había huido para salvar mi vida. ¿Por qué era tan difícil de explicar incluso para mí mismo? Pero esa no era la pregunta más relevante, sino ¿qué iba a hacer con mi vida? ¿Debía buscar un trabajo en Serbia como si no hubiera pasado nada? ¿Y si en Serbia también me buscaban? ¿Cabía la posibilidad de huir al extranjero? Me asustaba recordar lo fácil que había sido acabar con otros seres humanos. Había apretado el gatillo demasiadas veces por las razones equivocadas y el remordimiento me corroía por dentro.

Una semana después llamé a mis padres. Por si acaso interceptaban la llamada, ya sabían por Djoko que había dejado el Ejército, solo les conté que me encontraba en casa de unos conocidos. Respondí con evasivas a sus preguntas justificadas. Colgué rápidamente con la sensación de que les había dejado aún más intranquilos.

Fueron días en los que el pasado y el presente y el futuro no dejaron de mezclarse, y a veces me costaba distinguirlos. No estaba seguro de si lo que imaginaba lo había vivido ya. Si, al despertarme en la celda, seguía en el monasterio o en el barracón o en el calabozo. Las voces de los hermanos me llegaban suaves pero lejanas porque había desarrollado una nueva conciencia en la que ninguna voz ajena se asentaba. Solo quería escucharme a mí mismo y a nadie más. Había perdido la confianza en los extraños y, sin embargo, estaba rodeado de ellos.

Una vez perdí los nervios. Fue durante el almuerzo; precisamente el hermano Tihomir rezaba en el púlpito mientras comíamos en silencio. Hasta ese día seguía sin involucrarme en la liturgia diaria y oír las palabras sobre la bondad de Dios me revolvió el alma. Obedeciendo un impulso cogí un vaso, me levanté y lo estrellé contra el suelo. Tahamir calló de inmediato. A lo largo de la mesa el abad y los hermanos palidecieron.

—¿Se puede saber dónde estaba Dios en Srebrenica, eh? —grité—. ¿Por qué permitió esa masacre?

De una forma ridícula, quería que bajo ese sosiego desesperante se revelase la cara oculta del abad y los hermanos; que me insultasen y expulsasen del monasterio a patadas. Pensaba que solo con violencia podía conocerse el verdadero espíritu del ser humano.

—¿Nadie va a darme una respuesta, eh? —insistí con el corazón acelerado.

Durante un instante reinó la quietud hasta que el abad se levantó y me dijo con solemnidad que Dios nunca había estado tan presente como en Srebrenica. Los hombres y mujeres y niños que murieron derramaron sus sentimientos en Él mediante la oración, para despegarse de la tierra desarraigando todos los sentimientos de ira. Por eso rezar te acerca a Dios, por eso Dios, querido Marko, estuvo en Srebrenica.

Al terminar, el abad y los hermanos reanudaron el almuerzo. El hermano Tihomir continuó con la oración y allí, de pie, quedé rápidamente sumido en la indiferencia. Días después, intrigado por el misterio del rezo, me uní a las vigilias para salmodiar. Al principio solo me esforzaba en leer y pronunciar correctamente, mientras de reojo observaba las expresiones concentradas de los hermanos. Poco a poco, la monótona musicalidad de la liturgia me fue arrastrando hasta lugares desconocidos dentro de mí. Sin darme cuenta había empezado un proceso de purificación que nunca culminaría, pero que actuaba como un bálsamo incluso en la lectio divina. Mi mente se fue expandiendo hacia una nueva vivencia que jamás había experimentado: la fe. Sí, en Sarajevo había acudido con mis padres a misa, creía en Dios, pero como una costumbre respetuosa más que una

auténtica devoción. Con el paso de los meses, gracias al ayuno, mi fe se consolidó y me nombraron novicio. Verme de negro con la incipiente barba y el pelo largo fue la bendición que necesitaba para sentirme protegido al completo de las amenazas del mundo exterior.

Y ahora regreso al monasterio como parte de la misión para atrapar a Stimac, pero ¿y si no es más que una excusa? Quizá necesitaba volver para recuperar fuerzas. Estas sólidas paredes y columnas que fueron mi casa durante más de diez años, son ahora el centro físico de mi equilibrio espiritual. Los musulmanes tienen La Meca, los católicos el Vaticano, y yo, el monasterio de San Esteban. Me gustaría regresar de vez en cuando, que mi futura esposa y mis hijos lo conozcan, que vayamos a misa juntos. Vas demasiado deprisa, Marko. Calma. Ya llegará cuando el Señor lo disponga.

¿Dónde retendré a Cvetkovic? Aquí estará bien, lejos de la puerta. Nadie le oirá si hace ruido. Compraré una botella de agua y pan por si… Ah, y una manta. No creo que esté más de cuarenta y ocho horas. Rezaré para que ningún hermano baje mientras tanto. Lo tendré atado y amordazado. Señor, no lo haría si no fuera necesario, pero es que no conozco otro sitio, y además, Cvetkovic es peligroso. Te ruego que todo salga bien.

34

Ahí vienen Cvetkovic y su madre. Puntuales. Ella habla y habla y él asiente y fuma. Una anciana con energía. ¿Qué le estará contando? Caminan a paso de tortuga. Desesperante, Dios mío. Calma, Marko. Cuidado, no los mires, muévete un poco, que parezca que esperas a alguien. Lleva otro abrigo y se ha afeitado. ¿Se reúne con algún cliente después? ¿Cómo le irá en su empresa? Es imposible saberlo todo.

¿Eh? ¿Nieva? No, es agua nieve. Siempre olvido comprar un paraguas y guantes. Si todo va bien cuando deje al subteniente en el monasterio regresaré aún con luz. Quizá su madre no salga más en todo el día. Este es su momento de respirar con agrado el aire frío de la calle, de pasear junto a su hijo. Cvetkovic sigue sin hablar. Nunca fue de muchas palabras.

La pistola, ¿la has traído? Sí. No sabrá que está descargada. Pero quizá esté oxidada. Demasiado tiempo acumulando polvo en el monasterio. El factor sorpresa no dejará a Cvetkovic pensar con claridad. Aunque solo al principio, después tendré cuidado para que no escape. ¿Me reconocerá? Lo dudo. En el mitin, no. Ya están llegando al portal. En unos minutos te verás cara a cara con el hombre que intentó asesinarte. ¿Nervioso? Un poco, para qué negarlo.

¿El agua, las bridas? Sí, lo tengo todo y la llave de la cripta. Cuento con tu ayuda, Señor, para que nadie la eche de menos mientras ejecuto la segunda parte de la misión.

¿Qué hace? El bolso, supongo que busca la llave. Él mira a su alrededor. ¿Sospechas o esperas a alguien? Un vecino sale y les saluda. Llevarán viviendo años en ese edificio, quizá toda la vida. Cvetkovic subirá y le acompañará hasta la puerta de la casa. El otro día así lo hizo, me imagino que ahora también.

¿Qué hora es? Está tardando en bajar. Quizá esté hablando con otro vecino o… con su padre. Ljubica no dijo nada sobre si su padre está vivo o muerto. Espero que no tenga que entrar en la casa para registrarla. Si lo necesito robaría antes las llaves del bolso de la madre, pero con Cvetkovic al lado, complicado. ¿En la misa? Dios mío, no, qué locura.

¿Eh? Ya sale. Marko, ha llegado el… Síguelo. Va hacia su coche. Cruzas la frontera hacia el pecado. No hay vuelta atrás. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados. Ten piedad de mí, Dios, conforme con tu gran misericordia y según la multitud de tus bondades borra mi iniquidad.

Alarma, se detiene. Ese es su coche. Entra por detrás y lo sorprendes. Nadie mirando, bien. Saca la pistola. No arriesgues más de lo necesario.

Me siento detrás.

—¿Eh? —dice, girándose.

Mira la pistola. Se echa hacia atrás.

—No se mueva o disparo.

—¿Qué quiere? —pregunta, calmado.

No me reconoce.

—Arranque y le diré dónde vamos.

—¿Quién es usted?

—Le he dicho que arranque. Ahora.

—¿Quiere dinero, eh? ¿Eso es lo que quiere? ¡Tome la cartera y déjeme en paz!

—Arranque, no se lo quiero repetir.

—No, no voy a arrancar. Coja el dinero y váyase.

—Haga lo que digo o le dispararé.

—Adelante, dispare.

—Lo haré y después le haré una visita a su madre. He visto cómo le acompaña todos los días a misa. Arranque o su madre lo pagará.

—¡Cómo le ponga las manos encima a mi…!

—¡Maldita sea arranque de una vez, Cvetkovic!

Se queda pálido.

—¿Me conoce?

—Sí, le conozco. Boban Cvetkovic. Último aviso, subteniente. Esto no es una casualidad.

Ojo a sus manos. Gira la llave. El motor suena, bien. Coge su móvil y quédatelo. En llamadas recientes no, aquí no veo el nombre de Ljubica. Se verán de vez en cuando. ¿Para hablar de Stimac? «Mensajes». Ningún mensaje.

Está callado. Quizá piense que ha llegado la hora de pagar por sus pecados. Sí, que lo piense. No está de más. Huele a…¿aceite? No le vendría mal un ambientador. Tendrás que abrir la ventanilla.

—Vamos a Slanci —le digo.

—¿Para qué?

—Ya lo verá. No se preocupe, en 24-48 horas estará libre, aunque bien sabe el Señor que no lo merece.

Nos miramos por el retrovisor. Piensa con claridad, Marko. No te dejes llevar por las emociones.

—Dame tu cartera —le ordeno.

Qué abultada, con muchas tarjetas de visita. Supongo que de clientes o potenciales clientes. La tarjeta del banco, carné de conducir y la carta de identidad. Sí, esto es lo que… Foto. El tiempo le ha tratado bien. Su cara recia, mirada opaca con gafas, su vieja seriedad

llena de pecado e impureza. «Dirección. Belgrado. Calle Cara Dusana, 77». Debe de ser su casa. ¿Por dónde estará? Tendré que averiguarlo.

—¿Sirvió en Bosnia conmigo? —me pregunta.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—No se lo voy a decir.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que conduzca y calle hasta que yo lo diga.

ESTAMOS LLEGANDO. Solo un kilómetro más.

—Siga recto —le digo.

—¿Vamos al monasterio?

—Ya lo verá.

Los hermanos estarán a punto de almorzar. Si alguien me pregunta vengo a mostrar el monasterio a un conocido que tiene curiosidad. Mejor, no digas nada. No tienes por qué explicar todo. Recuerda dejar las llaves en el contacto.

Nieve, bosque, los tejados, la iglesia.

—Aparque ahí.

Esos coches deben ser de visitas familiares o de algún profesional que viene a reparar algo. La calefacción central nos daba siempre problemas. Allí, los robles y el abedul favorito del abad.

—Pare el motor.

El silencio habitual. Lo echo de menos.

Ahora sé claro y contundente.

—Escúcheme, Cvetkovic. Vamos a salir y espero que no intente escapar porque le estaré apuntando. Si es necesario, le mataré. Por su bien no me ponga a prueba. Fui soldado y sé manejar esta pistola. Si obedece, sobrevivirá. ¿Me ha entendido?

No habla. Mira hacia afuera. ¿Me desafía? Stimac y su demostración de fuerza, lo que me enseñó en Srebrenica. Le golpeo en la cabeza con la empuñadura. Las gafas caen. Se retuerce, pero no se queja, ni un gruñido. Veo un hilillo de sangre.

—¿Me ha entendido?

Asiente.

—Saldré yo primero. Recuerde, le estoy apuntando.

No veo a nadie. Si alguien nos mira desde las celdas se preguntará qué hago aquí pero no hará nada más. Le digo que salga. Cvetkovic obedece. La sangre puede llamar la atención. Hiciste mal en…

—Límpiese la sangre —le ordeno—. Quítese el abrigo y déjelo en el coche. ¡Rápido!

Ahora soy yo quién da las órdenes.

—Tome, póngase la brida alrededor de la muñeca.

No dejes de encañonarle. Tiene los dedos huesudos. Bien, una cosa

menos. Ahora, el abrigo sobre sus manos para ocultar la brida. Si alguien lo ve se extrañará de que no lo lleve puesto, pero habrá que arriesgarse. ¿Qué ha hecho con las gafas?

—Camine hacia allí.

Quédate un paso atrás, sí, así está bien. Si escapa no irá lejos. La carretera, despejada. Debería haberme quedado con las llaves del coche. Demasiado tarde para regresar. Mal, muy mal. ¿Tendrá el depósito lleno? Me fijaré. Importante.

—¿En qué Cuerpo sirvió? —pregunta.

Aún tiene un poco de sangre.

—En ninguno.

Las velas en honor a los muertos están apagadas. Habrá sido el viento. Le digo que se coloque de cara a la pared. La puerta se abre. Gracias a Dios nadie nos ha visto. Pulso el interruptor. La lámpara se enciende, bien.

—Vamos, entre. Cuidado con las escaleras. No lo olvide, Cvetkovic, le sigo apuntando.

Estoy a punto de lograrlo. Unos pasos, unos minutos más y ya está hecho. Le digo que se siente. Guardo la pistola. Otra brida, en los tobillos. Así, no aprietes mucho. Hay aire suficiente para respirar. Aléjate unos pasos.

—Está cometiendo un grave error —dice.

—¿Alguna vez se ha arrepentido de sus pecados en la guerra y en la vida de civil? ¿Tuvo usted la conciencia plena de lo que estaba haciendo?

—¿De eso se trata? ¿Por eso estoy aquí? ¿Qué va a ser esto, una especie de juicio? ¡Vaya farsa!

—Se equivoca. No es ningún juicio. Pero este es el sitio y el momento ideal para que reflexione con la ayuda de Dios sobre lo que hizo y no hizo en la guerra. Si lo hace obtendrá el conocimiento sobre el que se asentará el nacimiento de la verdadera fe. Si no lo hace, su alma estará condenada. Aún está a tiempo de salvarse.

—¡Métase sus creencias por donde le quepa, idiota!

—«Bienaventurados sois, cuando os injuriaren y os persiguieren y dijeren toda palabra contra vosotros por causa de mí». Va a necesitar la Gracia de Dios. Arrepiéntase de asesinar a aquella pobre mujer en la base. ¿Lo recuerda? Julio de 1995. Un disparo en la cabeza.

—¡No sé de qué está hablando! ¡Suélteme!

—¡Sí lo sabe! ¡La mujer del calabozo que fue violada!

—¡Yo no fui!

—¡Y por su culpa murió Dragan Pavlovic!

—¡No sé quién es!

—¡Un soldado que no mereció morir como un perro! ¿Dónde está su cuerpo, dónde lo dejaron?

—¡Yo no he matado a esas personas!

—¿Ah, no? ¿Y a Vidoje Jakovic?

Silencio. Parece que ha visto un fantasma.

—¿No dice nada, Cvetkovic? ¿Por qué se queda callado?

—¿Quién es usted y qué quiere?

—¡Le vieron el día anterior a la detención de Jovan Zickovic en los alrededores del hotel Yugoslavia! ¡Fue allí a colocar la pistola en su taquillero! ¡Confiese que lo hizo por orden de Stimac!

—¿Qué locura es esa?

—Stimac ideó el asesinato y usted lo ejecutó.

—¡No!

—¿Dónde se esconde, eh, dónde se esconde el general? ¿Se comunican con la radio, verdad? ¡Le ordeno que responda!

—Usted estuvo bajo nuestras órdenes. ¿Dónde, en Sarajevo?

—¡Yo soy quién hace las preguntas, Cvetkovic!

Centelleo en su mirada.

—Ya sé quién es usted. Le recuerdo. Uno de los protegidos del general que acabó siendo un cobarde y un desertor. ¿Y piensa que trayéndome aquí voy a decirle dónde está el general? Pégueme un tiro ahora porque jamás se lo diré.

CARA DUSANA, 77. Sí, esa es la casa de Cvetkovic. Ahí tienes un hueco para aparcar. Apaga el motor. Una casita encajonada de ladrillo. La ventana tiene reja y la persiana echada. Aparato de aire acondicionado. Nieve aquí y allá. 13:42. Esta es una buena hora para entrar. La gente del barrio se prepara el almuerzo. ¿Vecinos? Sí. Cuidado con hacer ruido. Una chica pasea con su perrito. Pasará de largo. Un autobús de línea. Aquí no hay tranvías. No está mal el barrio, no es el centro, pero no está nada... Se ve tranquilo. Esos árboles son más altos que algunas casas. ¿Eh? Viene otro autobús.

Bip. Mensaje. Ljubica confirma nuestra cita a las ocho en su casa. Eso me dará tiempo para descansar y repasar la táctica. Ni por asomo se espera a Nikolina. Llegaré con tiempo para evitar imprevistos de última hora. Señor, ¿y si esta noche me encuentro cara a cara con Stimac? No te descentres, Marko. ¿Las llaves? En el bolsillo, sí. ¿El móvil de Cvetkovic? También. Apagado.

Cruza la calle. Llama a la puerta por si acaso hay alguien. Toc, toc. Silencio. Vuelve a llamar. Toc, toc. Más silencio. Nadie a la derecha. Nadie a la izquierda. Primera llave no. La segunda sí. Entro. Oscuro. Aquí, el interruptor. Luz en el pasillo. Hace calor. Agradable. ¿Se dejó la calefacción encendida? Salón. Sofá. Televisor. Mesa. Cortinas. Todo barato y viejo. El calor me está agobiando. Dios mío, parece verano. ¿Grados? Qué sé yo. 35º por lo menos. ¿Por qué tan alto? Un terrario vacío.

Entro al dormitorio. Huele a cerrado. Colchón con sábanas y maletas abiertas con ropa. Pantalones, camisetas militares, ropa interior, botas embarradas. Qué desorden. Un fusil de asalto con mira telescópica. Nada de fotografías. Curioso. Estoy sudando. Me ahogo un poco.

En el salón, estanterías. Un hacha pequeña con la hoja de silex. Un cuchillo. Bien tallado. Colección de armas primitivas. ¿Lo ha hecho Cvetkovic? No me extrañaría. Más cosas. Cargador del móvil. Facturas. Tickets de la compra. Pasta, salsa tomate, latas… Una foto con Stimac en la guerra. Stimac sonríe con encanto. Cvetkovic no. Las dos caras de la moneda. Las dos caras de la muerte.

¿Qué es ese ruido? Ya no oigo nada. Un reproductor de CD. Solo hay uno. «Música de Ljubica Maric. Concierto para piano y orquesta». Firmada por Stimac. «La primera compositora serbia», dice. Ljubica también tiene el mismo CD. ¿Le puso el nombre Ljubica a su hija por ese motivo? Tengo curiosidad por escucharla pero ahora no es… ¿Qué es esto? ¡Un equipo de radio de onda corta! «RU-2/1». Sí, el mismo modelo que usábamos en el Ejército para enviar mensajes encriptados. Los que se construyeron en Banja Lunka. ¿Cuál es el botón de encendido? Creo que este. No, no puedo llevármelo. ¿Qué hago con él? Cvetkovic lo usa para enviar los mensajes, Ljubica o Stimac lo reciben. Quizá se transmitan información relevante, un aviso para el general de que se acerca la policía, por ejemplo.

¿Eh? ¿Qué es eso?

—Dios del Cielo…

¡Una cobra! ¡Alarma! No es una alucinación. Es real, está pasando. ¿Una cobra? Sal corriendo. No la pierdas de vista. ¡Viene hacia mí! Calma. Atrás, más atrás. ¿Puedo lanzarle algo? Venenosa. Mortal. ¿Adónde vas, qué quieres, morderme? ¡El maligno! Sal de la casa. La pistola. Se mueve demasiado para apuntar bien. ¿Qué estás diciendo? Pero si no está cargada. No te arriesgues. ¡Vete!

Cierro la puerta. Respira, Marko, respira tranquilo. Ya ha pasado. Dios te ha ayudado y lo ha impedido. He dejado la luz encendida, pero no pienso volver. ¿Qué hace una…? ¿Cómo iba a pensar que…? ¿Se escapó del terrario o qué? Todavía me cuesta creer lo que acaba de pasar. Una trampa, era una trampa. Escondido entre la penumbra y las fotos. La serpiente. Adán y Eva. Señor, el símbolo de la tentación. El tatuaje de Cvetkovic en el brazo, sí. Esa cobra repugnante. Ahora entiendo el calor agobiante, ellas necesitan altas temperaturas.

No llames la atención y sube al coche.

35

No le dije a Mirjana que voy a la estación de tren. Si mañana me preguntan les diré que fui a dar un paseo. Sí, en plena noche. Nada más. Mi vida privada. Vivo en su casa pero no tengo que rendirles cuenta de mis acciones. La primera vez que conduzco de noche en mi vida. Recuerda: la documentación en la guantera, a la izquierda.

Semáforo en rojo. ¿Qué hora es? Casi las ocho. Cvetkovic lleva unas cuatro horas en la cripta. Señor, que no se libere. Sería mi perdición.

Para asegurarme debería visitarle esta noche, sea la hora que sea. Entrar con cuidado en la cripta. Pero el coche llamaría la atención a esas horas. Si aparco detrás del bosque… Arriesgado, ya veré. Sería decente llevarle agua y algo de comida. ¿Alguien le echará de menos? Quizá tenga cita con algún cliente. Su madre, mañana. No parece tener más familia. Estará soltero.

Cada vez que pienso en la serpiente… Con qué rapidez se movía. ¿Se escapó del terrario? ¿Por qué Cvetkovic la tendría suelta? No lo entiendo. Solo hay una explicación: se escapó por descuido. Pero la calefacción estaba encendida, eso puede significar que Cvetkovic deja que la serpiente se mueva con libertad por el salón o por toda la casa. Necesitan calor para sobrevivir. La muerte siempre acechando. Como si él buscase el suicidio de una forma diabólica. Ahora entiendo su tatuaje de la cobra. Semáforo verde. Pon primera.

No tuve tiempo de examinar la estación de radio. ¿Funcionará? Sería la pista definitiva. Tampoco he oído ninguna transmisión por mi radio en el dial de Ljubica. 91.2. Siempre la tengo encendida. Supongo que serán mensajes tan breves que no me extrañaría que no me hubiese dado cuenta. Cinco o diez segundos, lo suficiente para decir unos números y repetirlos. Si los perdiste no hay forma de recuperarlos. Debería probar una noche sin dormir a ver si cazo alguno pero ¿cuándo?

Será imposible obtener esa información de Cvetkovic. Es duro como una piedra. Lo negará todo, como siempre. Quizá pueda obtener una pista más en casa de Ljubica, pero con ella ahí no sé. De momento céntrate en el plan. Desvelarle la verdad sobre Cvetkovic y su padre en el caso de Jovan. Estudiar su reacción. Seguirla por Belgrado porque ¿qué hijo no pediría explicaciones a su padre? Tarde o temprano, claro. Ruego a Dios que sea esta misma noche.

Jovan, lo siento, perdóname. Tengo que contárselo a Ljubica. Creo

que hay algo más grande que tú y que yo, que nuestra amistad o el amor por ella. Srebrenica. Ocho mil almas. La justicia. Si no lo hago el mundo exterior siempre vivirá en la impunidad. Espero que puedas entenderlo.

Ya estoy llegando. ¿Adónde aparco? No será fácil. Muchos llegan a casa después de trabajar. Aún quedan unos tres cuartos de hora para las ocho. Comprueba si su coche sigue donde el otro día. Después vigila sus movimientos desde la calle hasta que sean las nueve. Ahora supongo que estará cenando. Ljubica, la revelación sacudirá tu vida para bien. Dios así lo desea.

Apago el motor. Ya casi es la hora. Llamo al teléfono de Goran. Un tono, dos, tres… ¿Qué? ¿Corta la llamada? Dios del cielo, eso es que no quiere hablar conmigo. Parece que no van a venir. Se arrepintieron. Ten fe, Marko. ¿Qué te pasa, estás nervioso? Claro que sí.

La Estación Central. Son ya las siete y media. ¿Cuántos años llevará ese reloj ahí? Por lo menos cien. En la de Sarajevo mi hermana se encontró una cartera de hombre en el suelo. Estaba llena de dinero y nosotros, locos de contento. No creo que fuese mucho, pero para nosotros fue como si nos tocara la lotería. ¿Qué hicimos con la cartera? Ya no me acuerdo. Con todos esos caramelos que compramos nos sentamos en un banco, y a engullir uno tras otro. Normal que acabásemos con dolor de tripa, cada uno tumbado en su cama, mientras mamá iba de una cama a otra para consolarnos. A ninguno de los dos se nos ha olvidado aquel desastre de tarde. Qué críos. Parecíamos a punto de morir, si hasta nos dimos la mano. Solo nos faltó rezar.

Anuncian una llegada… de Valjevo. ¿Dónde estará el andén de Novi Sad? Tengo que encontrar un alma caritativa que me oriente. Probemos suerte con este joven.

—Perdone, ¿dónde se detendrá el tren de Novi Sad?

—Ahí, creo.

—Gracias, que haya alegría en su espíritu.

Poca gente y eso es agradable. Una pareja de turistas, ingleses, si no me equivoco, tienen esa palidez característica. Luces brillantes. Brotes verdes entre los raíles. Un chico sujetando una bicicleta. ¿La subirá al vagón? A Anna le encantaba salir en bicicleta los domingos. Siempre fue muy deportista. Cuando regrese tengo que verla. La herida ya habrá cicatrizado, gracias a Dios. El abad me dijo que me costaría intimar, ¿con ella también? Estará casada, con hijos. Mis padres nunca me han hablado de ella, yo tampoco les pregunté. Tal vez porque sería doloroso recordar. Ya no es pecado recordar su cuello. Ese cuello que se ofrecía en todo su esplendor para ser admirado y que yo recorría ansiosamente con la boca hasta morderlo,

y ella suspiraba como si agonizara. El sabor intenso y profundo de su piel. Ellas ahora me llevan mucha ventaja… No temas. La humildad será mi camino, sí.

—El tren de Novi Sad se detendrá en el andén principal —dice la megafonía.

El amor, el amor es una bendición, una gracia divina. La llamarás. La llamarás en cuanto llegues a Sarajevo. Quizá no te ha olvidado, quizá sepa que deserté, pero le diré: no soy un cobarde, Anna. Marko, ¿por qué te preocupa tanto que piensen que eres un cobarde? ¿Es que no has madurado? Le diré: sí, deserté, y lo haría una y otra vez, Anna. Me mirará con el fulgor de sus ojos verdes y será como aquella noche en el bar. Ella dirá: ¿Dónde has estado, Marko, dónde has estado todo este tiempo? No sé lo que le responderé.

Ahí viene el tren. Lentamente, rojo, metálico y viejo. Ahí dentro vienen Nikolina y Goran. Tienen que estar. Si no, todo se va al traste. Creo que me pondré aquí para verlos mejor. Goran es un hombre rudo, de unos sesenta años. Nikolina tiene el pelo oscuro y un lunar en la mejilla. ¿Por dónde bajarán? Buscas a un hombre mayor y a una mujer de unos treinta o cuarenta. Esos no son, tampoco esos. Me pondré a la vista por si acaso. Nada, no los veo. Llama a…

—¡Marko!

¿Eh? Nikolina y Goran. Aquí. Conmigo. Gracias, Dios mío. Abrigados, de negro. Ella sonríe con timidez. Él frunce el ceño.

LJUBICA DICE por el portero automático que suba. Enciendo la luz de las escaleras. La cara que pondrá cuando vea a Goran y a Nikolina. Tal vez se moleste por no avisarla pero es lo que debo hacer. Además, tampoco estaba seguro de que vendrían. Recuerda que para Ljubica nunca has estado en su casa. No conoces la disposición de los muebles, ignoras dónde está el baño o la cocina, no sabes nada, que no se te olvide. Me llega el sonido lejano de un televisor, la voz airada de un vecino, unos ladridos. ¿Será por nosotros?

—Es en el segundo piso —les digo.

Nikolina se siente confiada agarrando el brazo de su padre. No lo ha soltado en todo el trayecto. Goran no habla mucho. Los dos estarán reviviendo escenas del pasado, y eso te consume por dentro aunque apenas se nota. Es lamentable lo que le ocurrió a su marido. Ese marido tiene un nombre. Se llamaba Vidoje.

—¿Regresáis mañana a Novi Sad?

—Sí, por la tarde —responde Nikolina—. Por la mañana queremos ir al cementerio. No fui desde que lo enterraron. Creo que ya es hora.

Goran asiente y mira el reloj de su muñeca. Se rasca la frente. Parece un gesto típico suyo.

—Después tengo que llamar a las gemelas —dice Nikolina—.

Seguro que habrán hecho alguna travesura de las suyas.

Ahí está Ljubica en la puerta, impaciente. El cabello rubio recogido en una coleta. Nos miramos. Se extraña. No parece segura de quiénes son. Nos decimos hola.

—Ljubica, son Nikolina y su padre, Goran. Los he traído porque tienen algo que decirte. Antes de que digas nada, escúchalos, te lo ruego. Será cuestión de cinco minutos.

Ljubica se muerde el labio superior. Un brillo de reconocimiento en su mirada. Su rostro se endurece. Ahora sí sabe quién es ella. La mujer cuyo testimonio envió a Jovan a la cárcel.

—Acordamos que entregarías una carta y ya está —dice Ljubica.

—Lo que Nikolina tiene que decirte lo cambiará todo.

—¿No sabía que veníamos? —pregunta Goran—. Vámonos, Nikolina. Hemos perdido el tiempo.

—Un momento, Goran —le digo con calma—. Ljubica, confía en mí.

Se lo está pensando. No la presiones. Ten fe.

Gracias a Dios nos invita a pasar. La seguimos hasta el salón. Calor agradable. Una copa de vino medio llena. La televisión apagada. El libro de Peter Kocic no está. Lo debe haber terminado. Todo sigue igual: muy ordenado. No, ese duende navideño de nariz gruesa y el arbolito de luces son nuevos. ¿Se habrá dado cuenta de que falta la llave de repuesto de su coche? El móvil. Si pudiera saber el código de desbloqueo… Los cuadros y el icono del santo continúan en su lugar. La estufa es lo único que no estaba ahí. Creo que estaba pegada a la pared. Papeles del Partido Nacionalista. Imagino que no será importante, de lo contrario los hubiera guardado. Parece el borrador de un discurso ¿suyo o de otra persona?

Nos sentamos.

—Jovan me dijo que guardas una carpeta con toda la información del caso… —le digo.

—Sí. ¿Hará falta?

—Por supuesto.

Ljubica se dirige a un pequeño armario y se agacha. Huele a su perfume. Goran tose y Nikolina está nerviosa, sí, no hay duda. Venga, empecemos ya. ¿Por qué tarda tanto? Tengo que ver a Cvetkovic. Ah, por fin. Viene y deja los documentos sobre la mesa. Silencio. Se oye un tranvía.

—Nikolina, me dijiste que un hombre te había amenazado de muerte a ti y a tus hijas para que mintieras sobre Jovan. ¿Es correcto?

—Sí. Parecía conocernos muy bien. Lo sabía todo de mí y de mis gemelas.

Papeles, muchos, mecanografiados, recibos, un plano del aparcamiento, una foto del cadáver, otra, entrevistas, sentencias, esto

no sé lo que es, declaraciones…

—¿Por qué no acudiste a la policía? —pregunta Ljubica.

—Por miedo. Se plantó en mi casa una noche y… fue horrible. Me amenazó de muerte, y me enseñó fotografías íntimas que había robado de alguna manera. Lo siento, Ljubica. Cometí un error y estoy dispuesto a corregirlo hasta la última consecuencia.

—¿Incluso delante de un juez?

—Ya veremos —dice su padre.

Aquí está. Cvetkovic pasando delante del banco. Sí, los rasgos de su cara sombría son visibles.

—¿Es este el hombre? —le enseño una foto de Cvetkovic.

Se lo piensa.

—Sí, es él. Solo de verlo me da escalofríos.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Sí, es él.

—¿Le conocías o le habías visto antes?

—No, jamás.

Miro a Ljubica. No se inmuta. Guarda las apariencias.

—¿Por qué ahora, Nikolina? —pregunta Ljubica.

De su abrigo saca un papel escrito que parece una carta. Es la de Jovan, reconstruida con celo. La deja sobre la mesa y toma aire.

—Después de la visita de Marko, le dije a mi padre que no tenía fuerzas para venir, pero por casualidad mis hijas encontraron la carta de Jovan rota en la basura y me la entregaron pensando que era un juego. La recompuse y la leí. Me conmovió. Creo que es fácil de comprender. Después de todo lo que me pasó, caí en una depresión de la que no me está resultando fácil salir. Cuando no tienes ganas de levantarte de la cama es porque no puedes soportar ni siquiera respirar. Ni siquiera mis hijas me ayudaban a afrontar el día con un mínimo de fuerza. Vidoje era mi mundo y no sabes de qué manera. Si no estaba él conmigo, todo me importaba una mierda. Llegué a pensar algo monstruoso, que prefería que mis hijas hubieran muerto antes que él. Fue ahí cuando toqué fondo. ¿Por qué ahora digo la verdad? Vidoje lo hubiera querido así, y estaría orgulloso de mí, y porque he de dar ejemplo a mis hijas. Por eso quiero decir la verdad. No he hecho grandes cosas en esta vida, pero al menos esta quiero hacerla bien. Te pido que me perdones por lo que has debido de sufrir, Ljubica, aunque sé que no lo merezco.

QUÉ BIEN LO HIZO NIKOLINA. Gracias, Señor, por iluminarla con el deseo ferviente de reparar una injusticia. Todavía siento su abrazo al despedirnos (se me ha hecho extraño el contacto físico). Sus ojos hundidos y oscuros pero con un atisbo de consuelo. Y la mirada dura pero honesta de Goran al despedirnos, el apretón de manos… Cuidaos,

no sé cuándo os volveré a ver. Tengo el número de teléfono de Goran. Él sabe que lo que ha pasado en casa de Ljubica es bueno para su hija. ¿Qué hora es? 20:34. Bien, ya estoy llegando. Mañana en el cementerio honrando a Vidoje cerrarán una herida abierta desde hace tiempo, o al menos será un inicio. Hay que aprender a convivir con el dolor.

No hay movimiento en la calle. Mejor, así podré vigilar a Ljubica sin levantar sospechas. Cualquiera que pase puede extrañarse de ver a un tipo mirando fijamente un apartamento. Aquí me quedo. ¿Dónde estás, Ljubica? Sí, ahí. ¿Qué haces? Te sientas, te levantas, las manos a la cabeza, quieres desaparecer, te vuelves a sentar, te vuelves a levantar, te invade la furia y la noche se te viene encima. Pareces un león enjaulado moviéndote por el salón. Recuerdas la voz tímida de Nikolina acusando al amigo leal de tu padre, y te envuelve y te atrapa y te desconcierta. Y aun así dudas, notas que algo no te convence pero no sé el qué. Debe de ser complicado asumir la revelación, asumir quién es en realidad tu padre, su esencia maligna. Y te preguntas, ¿y yo soy su hija? ¿yo también acabaré en el infierno? Notas que de repente el amor a tu padre desaparece o se convierte en otro sentimiento, ya no eres su hija y caes al vacío y nada puede detenerlo.

Y ahora piensas en Jovan y te destruyes poco a poco porque no le creíste cuando él más lo necesitaba. Coges el móvil y llamas a alguien. ¿Cvetkovic? Quieres y exiges explicaciones. Dios mío, las necesitas para no perder la cordura. Le preguntarás: ¿Qué hacías cerca del hotel antes de que detuvieran a Jovan? Ya no parece una simple coincidencia, son demasiadas pistas para no sospechar. Pero, lo siento, no te va a contestar. Está ocupado reviviendo sus pecados en la cripta. Te apetece estrellar el móvil al suelo, claro, lo comprendo, pero no lo haces porque sería una insensatez. Maldices o quizá blasfemas. La situación es preocupante. Has perdido la fe, ¿verdad? Miras por la ventana de repente y ¿me descubres? no, solo es una ilusión, ves la penumbra de Belgrado, no a mí. Porque el Señor protege a su soldado. Lo hace invisible. Ljubica, disculpa si todo esto te hace daño en lo más hondo, nada más lejos de mi intención, pero alguien, sin importar las consecuencias, debe actuar de una vez por todas.

¿Eh, qué haces ahora? Aprietas un botón del equipo de música. ¿Sacas un cd y lo guardas? No lo entiendo. ¿Has estado escuchando música todo este momento? ¿En un momento como este, crítico para ti?

Ahora desapareces del salón, pero creo que ya sé adónde has ido. Imagino que te desvistes en el dormitorio o quizá no, te pones el abrigo gris de algodón y una bufanda, y ya está. Miras el uniforme de Jovan. Vuelves a pensar en él. O no. Te duele el alma, pero aun así rezas para que todo sea falso, para que Nikolina se haya equivocado.

Pensarás: Tengo que hablar con Cvetkovic ahora mismo.

Y eso es lo que yo había previsto.

Te acercas a la puerta, te vas a marchar. Sí, llevas el abrigo, coges las llaves y el móvil. Rápido, Marko, síguela, al coche. Cuando ella suba al suyo ya tienes que estar preparado. Se acerca el gran momento.

36

Ignoro cómo se llama esta calle pero no importa. Lo que importa es que ella no te descubra. Cuidado con que un semáforo te deje en la… Va un poco acelerada, creo que demasiado. Calma, Ljubica, no quisiera que la policía te detuviese justo ahora por exceso de velocidad. Acércate un poco, así. La pistola me sigue incomodando entre la espalda y el asiento. No puedo hacer nada con eso. Tienes que estar preparado porque nunca sabes los designios del Señor.

Llegará a la casa de Cvetkovic y llamará a la puerta. Nadie le abrirá. Quizá le vuelva a llamar al móvil desde la calle o le enviará un sms desde el coche. «Tengo que hablar contigo con urgencia». Algo así le dirá. Al no obtener respuesta ansiará comunicarse con Stimac. Según Jovan a veces sale de su apartamento y regresa de madrugada, lo que significa que su padre se esconde cerca, en Belgrado o en los alrededores. ¿Y si ella quiere usar la estación de radio de Cvetkovic para enviar un mensaje cifrado a su padre? No me quito de la cabeza la idea de los códigos numéricos.

Sí, quizá se dirija a la casa de su madre después de la de Cvetkovic. Es una remota posibilidad pero no la descartes. Ella tiene la apremiante necesidad de pedir explicaciones o hablar con alguien, pero ¿y si la madre no sabe nada, será capaz de preocuparla solo para aliviar su desesperación? ¿Cómo se llamaba? Vesna, sí, Vesna. La esposa calmada. La esposa del monstruo. Verse rodeado de ellas, de su familia, quizá le dio a Stimac una sensación de impunidad moral. ¿Para qué? Para seguir cometiendo fechorías. No me gustaría ser su confesor.

Gurovic, dice la voz de Stimac, está demostrando una encomiable iniciativa disciplinada, ¿por qué eso no sucedió en el campo de batalla?

No era libre. Era un esclavo, señor.

Le felicito por esa demostración de fuerza a Cvetkovic. Dejó bien claro quién manda.

Gracias, señor.

Ahora Ljubica va a cruzar el puente camino al norte de Zemun. He leído que es un barrio antiguo. Belgrado de noche es otro Belgrado. Es como vivir en una inmensa cueva iluminada, helada y salpicada de nieve. Hay gente paseando… La noche debería ser para la reflexión o el reposo del cuerpo y el alma. Si se preocuparan cada día de presenciar el amanecer y agradecerlo a Dios vivirían más en paz

consigo mismo. A veces es mejor no pensarlo.

Semáforo en ámbar. Frena.

—¿Eh, qué haces, Ljubica? Ya está en rojo. Cuidado, un coche…

Crash. ¡Oh, no, Dios mío! ¡Qué accidente más absurdo!

Corre, ayúdala, sal del coche. Más deprisa, acércate. ¡Dios del cielo! ¿Estará bien? Por Dios misericordioso que esté bien.

—Ljubica, Ljubica…

No responde. Rápido, abre la puerta. Parabrisas con grietas. Muévela hacia atrás. Así, con cuidado. El pelo enmarañado. ¡Sangre, una brecha, ojos cerrados! ¿Muerta? Despierta, por lo que más quieras. Voces tensas, un claxon, caos.

—¡Llamen a una ambulancia!

El otro coche tiene el capó abollado. Los pasajeros se mueven. Parece que están bien. Ljubica se ha llevado la peor parte. Esta noche no va a hablar con su padre. Mi plan tendrá que esperar.

—¿Tiene pulso? —pregunta uno.

—No lo sé.

—Déjeme —dice. Toca su cuello con dos dedos. Quizá sea médico o enfermero—. Sí, menos mal. ¿La conoce?

Digo que sí. Pregunto si han llamado a la ambulancia. Dice que está de camino y la policía también. Sigue inconsciente. Gracias a Dios que no ha sido más grave. Calma y respira hondo. Le he dicho sin pensarlo que la conocía, no sé si he hecho bien. Herida en la frente. Ha debido de golpearse con la ventanilla. Manchas de sangre en su abrigo. ¿Qué le ha pasado? No se ha dado cuenta de que estaba en ámbar… La tensión, los nervios, qué sé yo… ¿Aviso a Jovan? ¿Qué dices? No, por Dios, mejor no. Espera hasta que la lleven al hospital. Cuando vengan les preguntaré a dónde la llevan. No puedo dejarla sola. Ahora vendrá la policía. Se llevarán el coche. ¿Y las cosas de Ljubica? También. El bolso, el móvil, las llaves… ¡las llaves! Ahora puedo entrar en su apartamento. Tu oportunidad de registrarlo otra vez y encontrar el equipo portátil de radio. El RU-2/1.

SIN LUZ en las ventanas de su apartamento, claro. ¿Esperabas otra cosa? Nadie por la acera, bien. Cuidado con la nieve. Abro el portal. Ahora sube sin despertar sospechas de los vecinos. Puede que alguien se asome por la mirilla si oye pasos apresurados. Ljubica ya estará ingresada en el hospital. Quizá esté consciente. Señor, no la abandones. Ya habrán avisado a su madre que habrá acudido asustada. Mi plan de seguirla ha sufrido un revés, pero no caeré en lamentaciones.

Primera planta. Por las llaves me despreocupo. Ljubica pensará que se le han perdido en el accidente. Las guardaré por si acaso. ¿Qué no pude registrar la otra vez? El baño.

Segunda planta. La puerta de la izquierda. Aquí es. Meto la llave y oigo el resbalón y se abre. Oscuridad. Enciende la luz. Cuidado, muévete con sigilo, los vecinos. ¿Dónde está el interruptor del…? No, espera. La luz del salón dirá a la gente que hay alguien. No la enciendas. Me tendré que apañar con la del pasillo. El cuarto de baño es pequeño. Enciende. Si fuera Ljubica, ¿dónde escondería algo importante? Qué complicado. Armario. Toallas, cremas, una maquinilla, tampones, creo que la misma marca que encontré en su bolso, champú, acondicionador, un secador. ¿Y los azulejos? Parecen todos bien colocados. Ninguno esconde algo. Aquí debajo, nada. Aquí, tampoco. ¿Debajo del lavabo? No. ¿Qué hora es? 22:16.

Cocina. Ventana al patio interior. Penumbra. Los platos de la cena, la copa de vino sin fregar, claro. Eso parece salsa de tomate. El radiocasete Sony sigue en el mismo sitio, en el mismo dial, enchufado a la corriente pero apagado. Reliquia del pasado. En las estanterías, al final, nada. Libros de recetas de postre. Parecen nuevos. Texto y fotos en color. ¿Los ha usado? En la nevera hay cuatro piezas de fruta y poco más. Debe estar bien escondido. Debería examinar lo más alto. Ella ha tenido que pensar que a lo mejor la policía le registraba la casa. Quizá ya lo ha hecho.

¿Eh? Suena una música. Qué raro.

¿De dónde viene? ¿De los vecinos? Un violín, sí. Cada vez más alto y claro. Me viene bien para cubrirme si hago ruido. Si no encuentro nada iré al salón a por una silla. Me falta esta alacena por revisar. Dios mío, cuánto alcohol. ¿No es un poco tarde para ensayar? Oh, suena agudo, vibrante e hipnótico. ¿Qué melodía estará tocando? Noto un hormigueo extraño. Un momento… será porque… ¿la reconozco?

¿Dónde la he oído antes, dónde? Cierra los ojos. Concéntrate. Ilumíname, Señor, que la música llegue a lo más remoto de mi memoria. Aún no, necesito más, más, más… Lo has oído antes… Piensa, piensa, piensa, deja que resuene en la cabeza, que te atraviese… Violín, no te detengas…

Lo tengo.

¡El despacho de Stimac!

¿Cuándo?

¡El día que fui a dar explicaciones por la agresión a Cvetkovic!

¡Dios mío, sí, es la misma melodía! La misma sensación de desasosiego y perplejidad que me produjo en ese… Pero ¿cómo es posible? ¡En el piso de abajo! ¿En el piso de abajo? ¿Significa que Stimac vive en el piso que siempre está a oscuras? No, no puede ser. Creo que me voy a desmayar. Necesito sentarme. Pero es lógico, cerca de su hija, para hablar con ella. El vínculo entre padre e hija ha sido su perdición. Te equivocas, quizá la música sea una grabación, un CD. Abre la ventana. Escucha…

La música me llega con más potencia y nitidez. Ese lamento perturbador tan emocionante retumba en el patio. No veo ni siquiera un resplandor de luz en el piso de abajo. Ningún vecino parece reaccionar. ¿Tocará a oscuras? ¿Es que Stimac se ha querido reír de todos? El mundo buscándole por Serbia, Bosnia y Rusia y resulta que… Señor, ha perdido la razón. O es una locura o una genialidad. No, todavía no puedo creerlo. Pero ¿cómo estar seguro?

Tengo que bajar. Oírlo más de cerca, rápido, muévete, al pasillo del edificio.

Cierra la puerta. ¿Enciendo la luz del rellano? No. Nadie se asoma. Quizá sea algo habitual. Quizá toque a la misma hora siempre. Pégate a la pared. Alerta, muy alerta. ¿Cómo distinguirla de una grabación? No oigo más instrumentos. Dios mío, qué música más hermosa. ¿Cómo es posible que de un ser tan maligno pueda surgir algo tan hermoso? Por eso ha de ser una grabación. Sí, tiene que serlo. Pero yo le vi tocar. Recuerdo cómo el arco subía y bajaba acuchillando el aire. Todo su cuerpo estaba poseído por la música. ¿Qué hago ahora? ¿Llamo a la puerta y pregunto por Stimac? Qué tontería, Dios mío.

Tengo que llamar a la policía. No hay otra opción. Imposible que vigile todo el tiempo hasta que decida salir. Sube. Pero ¿cuál es el número de la policía? ¡No lo sé! ¡Nunca me ha hecho falta! ¿A quién llamo para preguntar? A mis padres no. Al abad tampoco. A Mirjana, sí. Búscala en Contactos. Respira hondo. Si te nota nervioso se preocupará. Inventa una excusa.

Llamando. ¿Cómo no he caído antes que me vendría bien saber el número de la policía? Mal, Marko.

—Hola, Marko. ¿Cómo est…?

—Hola, Mirjana —interrumpo—. Perdona la hora. Te llamo porque me acabo de encontrar un monedero por la calle. Tiene dinero y la carta de identidad. Se me ha ocurrido llamar a la policía porque no sé dónde está la comisaría más cercana. ¿Sabes el número?

—¿En qué calle estás?

—En… Visnjiceva.

—Hay una comisaría cercana, Marko. Ve y déjales el monedero. Será lo mejor. Ellos llamarán al dueño.

Sosiégate. Ella solo quiere ayudarte.

—Lo haré… Pero dime el número para tenerlo en el futuro. En el monasterio no me ha hecho falta y es bueno saberlo por si acaso pasa algo.

Como encontrar a un criminal de guerra en busca y captura, por ejemplo.

—Ah, claro. Es el 192.

Le digo que gracias y cuelgo. Llamo a la policía. Vamos, cogedlo ya. El violín sigue sonando. Melancolía tensa. ¿Por cuánto tiempo

más? Ningún vecino reacciona.

—Policía… —dice una voz de mujer.

—Tienen que venir. Creo que sé dónde está Stimac.

—¿Cómo?

—El criminal de guerra de los Balcanes. General Stimac. ¿Lo conoce? En busca y captura y creo que sé dónde está.

—¿Dónde lo ha visto?

—No lo he visto pero tiene que ser él. Fui militar a sus órdenes. Le conozco. Y su hija vive en el piso de arriba. No puede ser una casualidad. En la calle Visnjiceva número ocho. Primera planta, puerta derecha.

—¿Cómo sabe que es él?

—Es largo de explicar.

—¿Está con alguien más?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama usted?

—Marko Gurovic. Por Dios, envíe a alguien ya.

Silencio.

—Aviso a una patrulla ahora mismo.

Cuelgo. ¿Qué hago? ¿Me quedo aquí o espero dentro? ¿Eh? Silencio. ¡La música ya no suena! Voy a salir a la calle y espiar. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Espera, cuando venga la policía tendré que abrirles el portal. ¿Y si Stimac huye al verlos? Pero ¿adónde va a ir si vigilamos el portal? No me fío.

Oigo un clic metálico. Viene de abajo. El pasador de una puerta. Alerta. Alguien va a salir. ¿Stimac? Pasos. La luz se enciende. Asómate por el hueco de la escalera. Muy lentamente.

Una mano sobre la barandilla. Empieza a bajar. Lleva un abrigo negro. No puedo ver más. Síguele. Cuidado, no hagas ruido, ni respires. Siento un agujero en el estómago. ¿Será él? ¿Adónde va, a la calle? Cuidado, si se asoma tal vez me vea. La patrulla tardará un rato. Calma, que no te oiga. Ya está llegando al portal. Unos cuantos escalones más y ya está.

Marko, saca la pistola.

Qué raro. No se detiene en el portal, sigue bajando. ¿Al sótano? Sigo sin verle la cara. Los buzones. Si pudiera ver el nombre que corresponde al apartamento, pero no tengo tiempo ahora. Más lento, Marko. Si te oye… Le veo de espaldas. Se ha detenido. Melena plateada hasta los hombros. Es alto. El abrigo le llega hasta las rodillas.

Marko, ¿quieres sacar la pistola de una vez?

La noto en la mano. Hay una trampilla con candado. Se agacha. Parece que la va a abrir. Está sacando una llave. Apúntale.

—Stimac…

Se queda inmóvil. Acércate más. Se gira lentamente y me mira. Sus ojos azules brillan, siniestros. Barba. Arrugas. Dios mío, qué envejecido está. Se levanta con calma. Sigue apuntándole. No le digas general o señor, dile Stimac. Ya no está por encima de ti. Ya no está por encima de nadie.

—Gurovic…

Me reconoce. Sonríe con astucia.

—El «traidor» —dice—. Ha dado conmigo. Le felicito. No esperaba menos de un soldado de Srspka. ¿Ha venido a pedir cuentas solo o ha llamado a la policía?

—Las manos detrás de la espalda.

—¿Es esa la pistola que le obsequié por su gran hazaña en Srebrenica?

—He dicho las manos en alto.

—Es la que usó para matar a sangre fría a toda una fila de musulmanes. ¿O es que ya no se acuerda de ese caluroso día? No, no se le ha olvidado, por eso está aquí. Cree que deteniéndome conseguirá redimirse. Siempre fue un idealista. Tendrá pesadillas el resto de su vida.

—Yo ya he pagado por lo que hice. Usted no. Le espera la cárcel por mandar ejecutar a ocho mil setecientas treinta y dos vidas. ¡Manos a la espalda o le vuelo la cabeza!

—En la guerra no hay diferencia entre matar a una persona o miles. Se necesita lo que usted tuvo: un alma inhumana y, por supuesto, a Dios de nuestra parte.

—¡No se le ocurra nombrar a Dios! ¡En su boca es pecado mortal!

—Dios quiso que fuera el destino de esos pobres infelices. Todo estaba escrito, Gurovic.

—Dios no es una excusa para perpetrar una masacre. Eso sí es de cobardes. Como lo que le hizo a Jovan para evitar que se casara con su hija. Usted no tiene salvación. Irá al infierno.

—Ya veo que está bien informado. ¿Ha hablado con él, verdad? ¿Se encuentra a gusto en la cárcel?

—Es la última vez que se lo ordeno. ¡Manos a la espalda!

—Está bien. Usted gana, Gurovic. Siéntase como un héroe. Se lo merece.

Obedece. Lentamente. Alrededor de sus ojos se forman manchas oscuras. La barba le cubre media cara. Encorvado. Catorce años después, le tengo.

—Esperaremos a la policía. Viene de camino.

—Antes muerto que la cárcel.

¿Eh? ¿Qué hace? ¡Se lleva algo a la boca! ¿Una pastilla? ¡Se convulsiona! ¡Dios mío, cae al suelo! Pero ¿qué…? ¡Espuma por la boca! ¿Se está muriendo? ¡Se lleva las manos a la garganta!

—¡Stimac! —digo, agachándome.

Suicidio. ¡La pastilla es un veneno! No se mueve. ¡Está muerto!

Dios mío, ¿por qué? Así no. ¡Él tenía que pagar lo que hizo! ¿Por qué has dejado que se libre de su merecido castigo? ¡Qué injusto has sido, Señor! No tenía que acabar así.

¿Eh? ¡Se mueve, está vivo! ¿Qué…?

—Aaagh…

¡Caigo al suelo! Dolor. ¡Me ha golpeado en la garganta! ¡Era una treta! Casi no puedo respirar… La pistola está en el suelo. Se pone de pie. Patada en el estómago. Dolor. La punta de la bota debe de ser de acero.

—Aquí tiene su recompensa, Gurovic. ¿Le gusta?

Otra patada más. Dolor. Coge la pistola y la reconoce con una sonrisa. Me apunta. Se llevará una sorpresa.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Gracias… a su hija.

—Ja, ja, ja. No pretenderá que crea una mentira tan burda.

—Es… la verdad.

—Como quiera —dice, encogiéndose de hombros—.¿No es irónico? Ha conservado catorce años esta pistola para que al final ella acabe con usted. Adiós, Gurovic.

Clic.

Clic.

Clic.

—¿Qué…?

—No está… cargada, general.

La arroja al suelo.

—¡Maldita sea! Le advierto de una cosa maldito estúpido: Si me sigue, le mataré.

Abre la trampilla y baja. Se escapa. ¡Recupérate, Marko, por lo que más quieras!

Belgrado, 10 de febrero de 2006

Llevo ya seis años escondido como una vil cucaracha, con frecuencia pensando que había dejado de ser una persona para convertirme en una conciencia, flotando sin rumbo por los túneles secretos, engullido por la oscuridad. Oscuridad que es un ser total, incólume, indomable, abrumador, cuyo tenebroso aliento he percibido envolviéndome a cada paso, como si quisiera dejar constancia de que en cualquier momento puede aniquilarme con pasmosa facilidad. Otros, mucho tiempo atrás, sucumbieron a su poder falleciendo por asfixia, aplastamiento, suicidio o asesinato. Los que sobrevivieron contaron que debajo de Belgrado se esconde otro Belgrado, un enjambre de túneles sucios, angostos, interminables, los cuales se construyeron con la finalidad de ser pasadizo secreto, refugio antiaéreo, almacén de armamento, cementerio… pero jamás para que fueran habitados por la imperiosa necesidad de sentirse vivo en medio de un cautiverio implacable.

12 de octubre de 2006

He visto por primera vez en mi vida a un murciélago de cerca. Se abalanzó sobre mí cuando salía del almacén y fue tan inesperado que dejé caer la linterna. Mientras lo notaba revoloteando me agaché para recuperarla con un brazo en alto, protegiéndome. Intenté espantarlo con la mano, le grité atrás, atrás y, con la linterna ya en mi poder, le alumbré para seguir su movimiento. Juro ante Dios que si hubiera empuñado un arma le hubiera descerrajado un tiro sin compasión. Cuando la luz le dio de lleno a una distancia de un metro, obtuve una visión fugaz pero clara. Me causó repugnancia. Un bicho peludo, grisáceo, con una cabecita de la que salían dos orejas enormes, afiladas y cartilaginosas. Aún puedo ver sus ojillos idiotas, dos puntos negros, y su diminuta y espantosa boca dispuesta a morderme. Por fin, después de un intenso enfrentamiento desapareció de golpe, fundiéndose en la oscuridad, y ya no volvió a dar señales de vida.

26 de octubre de 2006

Ayer, mientras recorría el túnel de la izquierda me he acordado del murciélago. ¿Y si en realidad no se trataba de un ataque? ¿Y si mi presencia solo le creaba curiosidad o fascinación? Quizá fuese yo el primer ser humano no al que veía, sino al que oía, puesto creo recordar que estos bichos son ciegos.

29 de octubre de 2006

He visto al murciélago de nuevo. Me giré de repente, dirigí la

linterna y ahí estaba. Me figuro que se trata del mismo. Colgaba del techo de la gruta con placidez, como ajeno a mí. (Aunque parezca extraño es probable que antes, unos segundos antes, sintiera su presencia). Primero me quedé inmóvil a cierta distancia, expectante, por si acaso echaba a volar hacia mí o se alejaba; después, en vista de que no reaccionaba, me fui acercando con lentitud. No deja de ser sorprendente su capacidad de sobrevivir en este reino de oscuridad. Con las alas —de un color negruzco— dispuestas como una suerte de sarcófago, su cabeza de aspecto ratonil asomaba boca abajo. Me pregunto si estaba hibernando.

1 de diciembre de 2006

Le he dejado una cucaracha muerta sobre una piedra. Pienso que es uno de sus alimentos predilectos. Descarté quedarme hasta comprobar cómo se apoderaba del insecto, ya que supuse que desafiaría mi paciencia. Mañana descubriré si se la llevó o no.

2 de diciembre de 2006

En efecto, se comió la cucaracha. A no ser que alguien se la hubiese sustraído, hecho que no descarto porque en este reino no creo que seamos los dos únicos seres vivos. Le bautizaré. ¿Cuál puede ser un buen nombre? Gris, por ejemplo. Mañana me llevaré el violín para ejecutar Sonata de violín de Ljubica Maric en su honor, ya que siempre me ha parecido perturbadora. Me intriga su reacción y la acústica del túnel, que conseguirá que la música suene aún más misteriosa.

15 de enero de 2008

Anoche tuve un sueño de lo más extraño. Soñé que era el verdugo de Gris. Destrozaba con mi mano su diminuto e inmundo cuerpo poco a poco, como si se tratase de una máquina trituradora. Chillaba con todas sus fuerzas pero no se oía nada, era un horror mudo. Al mismo tiempo que su vida se extinguía con sencillez pasmosa me invadió la perplejidad. Fui consciente, rodeado de la nada más absoluta, que lo desconocido me aguardaba, y que era algo más que un pensamiento, un estado natural que se manifestaba con todo su esplendor. Y debía avanzar de compulsión en compulsión hasta el centro de la nada, donde impartiría instrucciones.

38

La escalerilla. Calma, no te caigas. Un peldaño a la vez. ¿Dónde me estoy metiendo? ¿Qué es esto? Este es el último. Tocas suelo. Aire cerrado pero no es una alcantarilla. Oscuridad. ¿Cómo voy a ver? ¿Y si enciendo la pantalla del móvil? Insuficiente. ¡El flash de la cámara! ¿Dónde estoy, en una cueva? Silencio sepulcral.

¡Pasos! ¡Allí, Stimac tiene una linterna! ¡Corre! No, espera. Mira bien por donde pisas. Primero ilumina. El suelo es de tierra. Aquí hay una pared de ladrillo. El techo es bajo. Parece un túnel. Muévete, muévete, rápido. Qué poco alumbra el flash pero ya es algo. Stimac se ha ido por ahí. Seguirle es una locura, Dios mío. Pero se escapará si no… Nunca tendré otra oportunidad. Conoce esto como la palma de su mano. ¿Un túnel debajo del edificio? ¿Cómo es posible? ¿Adónde llevará?

—¡Stimac!

Sin respuesta. Vaya eco. Una curva. Me pregunto qué iba a hacer en el túnel si no llego a aparecer. Terminó la música y en el acto salió a las escaleras. ¿Guarda relación?

¿Eh? ¡Algo me ha rozado!

No veo nada. Sigue caminando. ¿Por qué llamar la atención con la música? Tal vez viviera con otra identidad y no importaba. Pero ahora que recuerdo… Ese piso estaba siempre a oscuras, como si no viviese nadie.

¡Algo me roza! ¿Otra vez?

Sea lo que sea se ha ido. Sigue caminando. ¿Por qué vivir con otra identidad? Es un riesgo. Aún con la barba espesa y blanca, su cara es conocida. Pero claro, este túnel imagino que le llevaré a algún lugar seguro. Ljubica viviendo arriba. ¿Cómo se comunican? Dudo ahora que con el equipo de radio portátil. ¿Y si…? ¿Con la música? Ella tiene que hablar con su padre. ¿Ljubica estaba poniendo música en el CD como una señal para que la oyese su padre? ¿Y su padre le responde tocando el violín?

¡Otro roce! Quieto. Mira a tu alrededor. ¡Allí! ¡Tiene alas! ¡Un murciélago!

—¡Vete, vete! ¡Déjame en paz!

¿Dónde está? ¿Se ha ido? Atento, no te confíes. Sigue rápido, no te quedes parado. Esto tendrá una salida, quizá conecte con alguna alcantarilla. Stimac no tiene un arma. Ha podido salir cuando ha querido sin que nadie lo descubriese. Claro, por eso nadie le ha

atrapado en ocho años. ¿Quién iba a suponer que vive debajo de la casa de su hija? ¿Lo sabe Cvetkovic? Ella avisó a su padre para más tarde y se fue a visitar a Cvetkovic. Eso me encaja. Lo que faltaba, me estoy quedando sin batería.

Oigo mis pasos. Cada vez es más oscuro. Y no es fácil respirar. ¿Algo detrás de mí? No, mi imaginación.

—De improviso —murmuro— vendrá el Juez y las obras de cada uno serán descubiertas; por eso, en medio de la noche, te invocamos. ¡Santo, Santo, Santo eres Tú, oh Dios! Por tu Santa Madre ten piedad de nosotros.

¿A qué es irónico, Señor? Ahora soy yo el perseguidor, y él corre desesperado por los bosques de Srebrenica. Pero ¿cómo puede Stimac moverse en completo sigilo? ¿Qué clase de pacto ha sellado con el Diablo?

—¡Stimac, no lo conseguirá! ¿Me oye?

Imagino cómo debe de sentirse. El fracaso, la traición, el olvido, la soledad, el pasado, la vejez…

—Stimac, si se hubiera entregado al verdadero y único Dios, nada de esto sucedería ahora. No le compadezco, nadie le compadece ya. Usted y su enfermiza egolatría. Solo Ljubica creía en su inocencia pero le ha decepcionado. ¡Ella ya sabe que usted envió a Jovan a la cárcel! Ella le mirará con ojos de tristeza infinita porque usted quiso arruinar su felicidad.

El túnel se ensancha. Ilumina ahí. Una pared de rocas. Qué áspero. Ya no sé dónde está el norte o el sur. Esto es un laberinto del demonio.

¿Eh? ¿Y ese ruido? Cada vez más cerca. Luz, rápido. ¡Dios mío! ¡Una mancha oscura! ¿Qué? ¡Cuidado, murciélagos! ¡Agáchate, cúbrete la cabeza! ¡Decenas, cientos! ¡Son como una plaga, la plaga que arrasó Egipto! ¿Adónde van, a alguna cueva? ¡Dios del Cielo, son infinitos, no se acaban nunca! Pasan de largo. ¿Qué hacen? Tuercen a la derecha.

Hay que seguir. Cada vez tengo menos batería. No bajes la guardia, pueden morderte. Pégate a la pared, sí, así. Parece que no se han dado cuenta de mi presencia o no les importo. Ah, aquí hay una bifurcación. No, no es. Tres túneles. ¿Cuál escoger? Señor, ayúdame a no fallar. Este es muy estrecho, habrá que arrastrarse. Este, por donde se fueron los murciélagos. Prefiero evitarles. Voy por este, el del centro. Espera, cambio de opinión, ve por el de los murciélagos. Quizá busquen una salida.

Las paredes son grandes pedruscos. ¿Quién construiría algo así y desde cuándo? ¿Cien años? Parece que el túnel puede derrumbarse de un momento a otro. ¿Batería? Nada, a punto de apagarse. ¿Cómo es posible? En cuanto he encendido el flash ha descendido muchísimo.

Me quedaré a oscuras en breve. ¿Regreso a la entrada? ¿Para qué? Sin Stimac no tiene sentido. Este es un desafío más del Señor. Nunca fue sencillo. Un momento, para. Murmullo. ¿Oigo el correr del agua? Me llega muy lejano, como un riachuelo. ¿Alcantarillado? Ya no. ¿A cuántos metros estaré de la superficie?

Maldita sea. El flash se apaga. Oscuridad total. Increíble, tener los ojos abiertos o cerrados es lo mismo. Estoy ciego. Ni siquiera oigo ya a los murciélagos. Silencio. Pero no es como el del monasterio, este es denso, asfixiante, mortal…

¿Y si ha llegado mi hora? ¿Y si esto es el final, morir en este reino de la oscuridad? Me encontrarán loco o muerto. Si me encuentran. Nadie sabrá la verdad. Adiós a mi éxtasis, al instante perfecto de comunión con la justicia divina. Tienes una misión que cumplir. El soldado de Dios. No te rindas, Marko. Ten piedad de mí, Dios mío. Padre nuestro que estás en los Cielos, tú eres la culminación de todo lo bueno, Cristo mío, colma de alegría y felicidad mi alma y sálvame, ya que eres el único Misericordioso…

Solo oigo mi respiración.

—Gurovic, —dice Stimac en el despacho de Srebrenica, catorce años atrás—, yo sé muy bien lo que le pasó a usted con el bosnio. No fue una cuestión de desigualdad, fue algo que está en la naturaleza del ser humano: el miedo. El miedo le paralizó, y su mente buscó la excusa de lo injusto de la situación para que usted se sintiera a gusto con su pueril conciencia. ¿A que se dijo a sí mismo que el bosnio no le había hecho nada? Pues bien, escuche con suma atención. Stimac le va a revelar cómo se combate el miedo. Sacando a la bestia que uno lleva dentro. Todos tenemos una en las entrañas del alma. Solo necesitamos una chispa que prenda la mecha para que surjan llamaradas en la oscuridad.

Las llamaradas del infierno. La tentación del mal absoluto. Olvida a Stimac. Que no te domine la mente. Sigue rezando. Dios mío, ayúdame a mí, pecador, a fin de que por tu gracia concluya la obra que voy a empezar… Gurovic, usted no es nadie para mirarme por encima del hombro. Nunca ha comprendido que en el Ejército no existe un lugar ni para los que huyen ni para los que se esconden.

¿Eh? Un punto diminuto a lo lejos. ¿Es una luz eso que brilla? Díos mío, sí, sí, lo es. Tienes que acercarte. Camina con precaución, así, muy bien, paso a paso, despacio. Parece que voy flotando en la nada. Cómo me retumba el corazón. Ahora la veo más clara. Resplandece como una estrella en la noche. Está en el suelo. ¿Una linterna? ¿Qué es ese bulto tumbado en el…?

¡Stimac!

¿Está inconsciente? ¿Le han atacado los murciélagos? Cuidado, puede ser otra trampa. Ojos entrecerrados. ¿Qué tiene…? ¡Coge la

linterna! ¡Sangre en los labios y la barba! Murmura algo. ¿Qué dice? Acércate más.

—Llame a un médico —le cuesta hablar— Llévesela… la linterna, al final… hay una escalerilla…

Tose. Muy débil. ¿Está enfermo? Los ojos azules se van apagando.

—…que llevan a la calle…

¿Dejarlo aquí, después de todo…? Míralo, ¿adónde va ir? No se puede mover. ¿Por qué fingir? Ya se estaba escapando. No, esta vez es de verdad. Mira la sangre… Es real, el diablo derrotado, aquí, a mis pies. Dios está de testigo. Ya es mío.

—¿Seguro que es lo mejor dejarlo aquí? Lo llevaré hasta la escalerilla.

¿Y si le dejo atado? Pero ¿con qué? Regístralo, sí, eso es, en los bolsillos, aquí también, el pantalón, aquí hay algo, las llaves, imagino que las de casa y del candado de la trampilla. Guárdalas. ¿Qué es esto? ¿Un escarabajo muerto? ¿Por qué lo tiene en el…?

—No pierda… el tiempo… —dice.

La fragilidad personificada. Jamás pensé que lo vería así. Dios mío, nunca olvidaré esta imagen, nunca olvidaré este momento. He dado con usted, general. Ahora mi misión es proteger su vida para que responda ante la justicia. No, no le dejaré que muera.

—Volveré con ayuda médica. Se quedará a oscuras.

Cierra los ojos. Asiente con dificultad. Rápido, Marko, a buscar ayuda.

SE LLEVAN ESCOLTADO a Stimac al hospital. Sobrevivirá al ataque al corazón. Tenía razón su mujer. Su corazón ya estaba débil. Pero se hará justicia. Por fin. Tendrá mucho tiempo para reflexionar. Espero que ya sea aquí o en La Haya se arrepienta con honestidad de todos sus pecados. Lo deseo de verdad. Quizá esa sea la razón para encarcelarlo, que el tiempo y la soledad le ayuden a juzgar sus terribles actos con objetividad. ¿Estoy pidiendo demasiado? Puede ser.

La sirena de la ambulancia, cada vez más lejos. Stimac se marcha y yo aquí. Otra vez separados y esta vez para siempre. Se acordaba de mí. No lo dudó ni un segundo. Gurovic, dijo con su legendaria determinación. No sé qué pensar sobre esto. Por un momento me sentí halagado, pero eso no me nubló el juicio. Supe sobreponerme. Lo hice bien, sí.

¿Cómo te sientes, Marko? Satisfecho, exhausto, vacío. Me gustaría volver a Sarajevo ahora mismo, pero la policía me ha citado. Claro, tengo que ofrecer explicaciones detalladas. Ellos quieren comprender lo que ha sucedido. Al principio no me creían cuando les dije quién es ese hombre barbudo y canoso. Pensaban que era una llamada más que no iba a conducir a nada. Señor, las caras de sorpresa de los policías

fueron…

La nieve empieza a caer, silenciosa y ligera, sobre calles, árboles y tejados. Nada ha cambiado en Belgrado. ¿Debería? No lo sé. Algunos pueden decir que ha recuperado su integridad. Yo creo que ha recuperado su alma.

Marko, aún tienes dos asuntos pendientes. La noche aún no ha terminado. Has recuperado la pistola, gracias a Dios.

¿DÓNDE HAY ALGUIEN PARA PREGUNTAR? Ah, ahí. Además, parece desocupado. Digo buenas noches, estoy buscando a una persona a la que han ingresado hoy en urgencias. Se llama Ljubica Stimac.

El empleado consulta el ordenador. Imagino que mata el tiempo libre leyendo esa revista de motos. Quizá esté incluso Stimac ingresado aquí también.

—Sí, está ingresada —dice—. ¿Es usted familiar? Solo pueden entrar familiares directos.

—Solo quiero saber si está bien.

—No tengo más información. Si quiere esperar en la salita y preguntar dentro de un rato, pero no le prometo nada, ¿eh?

—Gracias. Que haya alegría en su espíritu.

Podría esperar como sugiere esta amable persona, pero por desgracia no dispongo de tiempo. Cvetkovic me espera con urgencia. Tengo que liberarlo. Esa puerta dice «No pasar. Solo personal autorizado». El de la recepción está a lo suyo, ojeando la revista. Acércate, quizá puedas entrar. ¿Qué es lo peor que puede suceder si alguien te ve? Sale una enfermera hablando con otra. Entra con seguridad, como si fuera tu derecho.

Muy bien, estoy dentro. Muévete rápido. Estará en una de estas camas. Uf, hace calor. Esa mujer delante de la máquina expendedora… Pelo oscuro, cara serena, menuda, bien vestida. ¿Dónde la he visto antes? Se está pidiendo un café. Ya lo sé. La madre de Ljubica. Vesna. Ella debe saber. Acércate antes de que se marche.

—Disculpe, la he visto en un vídeo. Usted es la madre de Ljubica…

—Sí…

—No nos conocemos, pero yo estuve en el accidente. Además, conozco a Ljubica a través de Jovan. Estuve en su casa una hora antes. ¿Cómo está?

—Bien, bien, por suerte. Solo tiene magulladuras y un fuerte golpe en las cervicales.

—Gracias a Dios. Cuánto me alegro. Me llevé un buen susto cuando la vi en el coche. ¿Cuándo le darán el alta?

—Suponemos que mañana. Pasará la noche en observación.

—¿Ha comentado algo sobre el accidente?

—Que se despistó, nada más. No la veo con ganas de hablar. Solo

ha preguntado si ha habido más heridos, por suerte no. Se ha quitado un peso de encima. ¿Cómo se llama? Le alegrará saber que se ha interesado por ella.

—Marko Gurovic. Y usted, ¿cómo se encuentra?

—¿Yo? Nerviosa. No me gustan nada los hospitales. Hasta que no estemos en casa no estaré tranquila.

—Todo saldrá bien, Vesna. Confíe en Dios.

APENAS QUEDAN un par de horas para que amanezca. La luz de la entrada del monasterio. El abad y los hermanos, descansando con placidez. Dejaré que Cvetkovic coja su coche y yo regresaré andando a Belgrado. Le soltaré en la entrada pero con la mano agarrando la Zastava por si intenta atacarme. Desconfía. Seguirá siendo muy hábil y ahora estará lleno de rencor. ¿Le digo que han capturado a Stimac? Mejor no. Eso le puede alterar. Ya lo sabrá cuando sea oportuno. Podrás visitarle en la cárcel, Cvetkovic. No sabes lo que lamento que tú no estés con él. Si Stimac confiesa la participación de Cvetkovic en el crimen, Jovan quedará libre. Llevará tiempo. No será de un día para otro. Ojalá el Señor nos dé esa maravillosa noticia.

Si pregunta Cvetkovic por su móvil le digo que está en la guantera. Espero que haya hablado con Dios y le haya confesado sus pecados. Quizá algo bueno salga de esto. Qué optimista eres, Marko.

Nadie debe verte llegar. No creo que ningún hermano esté mirando por la ventana, pero apaga las luces por si acaso. Te sabes el camino de memoria. Bien, todo en calma, como debe ser. Deja la llave en el contacto. ¿Llaves de la cripta y linterna? Sí. Buff, qué frío y qué oscuro. Cierra la puerta con… Así, perfecto. Nieve. Cuidado, no resbales. Me gustaría estar presente cuando esposen a Stimac. Olvídalo, Marko, tú ya has cumplido. Espero que le juzguen rápido y le sentencien.

Alumbra la cerradura. Todos los sentidos alerta. Sí, seguirá atado y puede que parezca debilitado por el frío y el hambre, pero eso no quiere decir nada. Por favor, no lo olvides. Descarta una demostración de fuerza salvo que sea necesario. Quizá intente provocarte pero no caigas en su trampa. No me extrañaría que nombrase a Pavlovic para hacerme daño o lo que pasó en Srebrenica. ¿Cuántos Cvetkovic dio la guerra? Prefiero ni pensarlo.

Enciende la luz. Baja los peldaños uno a uno. Saca la Zastava y atento.

¿Eh? Bridas rotas.

¡Se ha ido! ¡No está! ¡No puede ser! ¡Dios del Cielo!

¿Cómo es posible, la puerta estaba cerrada? Solo…

—¡Marko! —dice una voz desde afuera.

Es el abad. Dios mío, no. Sabe lo que he hecho. Lo sabe. Lo sabe.

Sube, haz frente y avergüénzate. Cvetkovic ha debido escaparse o alguien entró a la cripta con una copia de la llave.

Oh, están todos los hermanos. Me esperaban. Dios mío, ¿qué va a pasar? El abad se apoya en el bastón. Párpados cerrados.

—El señor Boban está dentro con el hermano Zubin, que cuida de él. Se encuentra en buen estado, aunque dolorido. Mañana le llevaremos a ver un médico y dependerá de él acudir a la policía. Nos dijo que tú lo has encerrado aquí. ¿Es eso cierto?

Carraspeo.

—Así es, padre.

—Por el amor de Dios, Marko, ¿es que has perdido la cordura?

Nudo en la garganta. No me salen las palabras.

—Has faltado el respeto a la casa del Señor, además de poner en peligro la valiosa vida de un ser humano. Jamás lo hubiera esperado de ti. ¿Qué te ha hecho el mundo exterior para que actúes de esa forma tan irrespetuosa?

Me arrodillo.

—Perdóneme, padre.

—A mí no tienes que pedirme perdón, Marko. El Señor nos avisó de que algo extraño estaba pasando cuando el hermano Vuk no encontraba la llave. Tuvimos que recurrir a la de repuesto, y gracias a Dios que lo hicimos, porque ese hombre podía haber fallecido. Me duele el alma como nunca lo hubiera imaginado, y conozco a los hermanos para saber que a ellos también. ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—Detener a Stimac.

El abad suspira. El silencio, el vaho. Niega con la cabeza.

—Hermano, Dios lo ve y escucha todo, cada lugar es su dominio. Te inculcamos que había que enamorarse de Él eternamente para lograr la salvación, pero preferiste el camino ancho al estrecho como aconseja el Señor. Por eso, estamos muy decepcionados. El Señor es nuestra referencia y él habla de contrición, no obstante, es mucho más que una emoción que se deja atrás o a la que se recurre a ella para regodearnos en la culpa. Se ha de ser muy consciente del alejamiento de Dios y del prójimo. Es una batalla continua, día a día para que el mundo deje de girar sobre uno mismo y gire sobre Dios, porque es la única forma de darnos cuenta de que somos imperfectos. Confesando nuestro arrepentimiento recibimos la iluminación del Espíritu Santo a lo largo de nuestra vida; es un regalo divino, no una palabra que lo cura todo como si fuera una pomada. Deja que palpe tu cara por última vez. Mira dentro de ti y responde a esta pregunta, ¿te arrepientes, Marko? ¿te arrepientes de todo corazón?

Cierro los ojos, noto sus cálidas manos, ¿me arrepiento? Si volviera en el tiempo, ¿haría lo mismo que hice desde que me crucé con Ljubica? ¿Cómo me sentiría si Stimac siguiese en libertad? Mira en tu

interior, Marko. Ahí está la verdadera revelación. Habla de una vez.

—Padre, lo siento mucho. No puedo arrepentirme. Sería deshonesto por mi parte.

Retira sus manos, abro los ojos, una lágrima por su mejilla.

—Con gran dolor retiro mi bendición porque no puedo otorgarte el indulto de tus horribles actos. ¿Sabes lo que significa, verdad?

—Así es, padre. Pierdo mi alma para siempre.

Hace ya un año que, gracias a Dios, La Haya sentenció a Stimac a cadena perpetua por la matanza de Srebrenica. El día en que la noticia saltó a los medios, un periodista en la televisión relataba la crónica a la vez que se ofrecía la imagen del general recibiendo la sentencia. A pesar de que en su rostro se reflejaba la huella del tiempo, procuró sonreír de aquella manera tan seductora que le había caracterizado, sin embargo, consiguió el efecto contrario. La sonrisa pareció una mueca absurda y patética.

Mis padres y mi hermana, que casualmente nos visitaba, reaccionaron con gestos de comedida satisfacción. Sabían que no era más que una de tantas heridas que debían cicatrizarse de una guerra que había partido a Bosnia. Yo, en cambio, permanecía en silencio. Era extraño sentir que ya no bullía en mí ninguna hostilidad hacia Stimac y que había dejado paso a una especie de lástima. Cuando se acaba persiguiendo a una persona de la manera en la que yo perseguí a Stimac, resulta asombroso descubrir que en vez de furia y desesperación, pervivía el sosiego y la desconfianza. Sí, la desconfianza. Porque, aunque se encuentra encarcelado para el resto de su vida, su sombra sigue en libertad.

—¿Qué te pasa, no estás contento? —preguntó mi hermana.

—Sí, claro que sí —respondí con un amago de sonrisa.

A mi familia les conté que las semanas posteriores a colgar el hábito las había empleado en pasear por Belgrado, como una medida de transición al mundo que me aguardaba. Desconozco el motivo por el que decidí desvelarles lo que sucedió en Srebrenica cuando me visitaron en el monasterio y, sin embargo, guardarme la aventura frenética de buscar a Stimac. Quizá porque era demasiada oscuridad, quizá porque sentía vergüenza de ciertos actos, quizá porque les crearía más confusión que claridad, o quizá todo a la vez.

Ellos prefirieron no insistir sobre los motivos de mi abrupta renuncia a la carrera monástica. Se alegraban de mi regreso y no necesitaban nada más de momento. Su hijo se había marchado de casa siendo un adolescente y volvía convertido en un hombre de treinta y dos años, después de haber sido monje y soldado, el día y la noche. Se imponía mirar hacia adelante aún con las mayores contradicciones.

Pero yo acarreaba un morral cargado con más secretos. Es imposible olvidar el día en que acudí a la cárcel a visitar a Jovan, poco después de que la policía hubiera detenido al general. Apareció con la cabeza agachada y arrastrando los pies. Cuando su cara

compungida estuvo justo delante de mí, y me dijo que Ljubica le había dejado porque le resultaba insoportable el remordimiento de no haber creído en la implicación de Cvetkovic, supe que le era indiferente que el testimonio de Nikolina supusiera una mísera luz al final del túnel. Él había perdido algo más preciado que su liberación, lo que más amaba.

—Tuve que decírselo —le dije.

Sobre la mesa su mano izquierda ocultaba la derecha. Jovan desvió la mirada hacia una de las ventanas enrejadas y endureció la expresión. Afuera se erigían los muros impenetrables que rodeaban la prisión. Según me enteré después por la prensa, gracias al empuje de la opinión pública el motín había logrado que algunas reivindicaciones se llevaran a cabo.

—Fue culpa mía por haberte pedido que me ayudaras a que Nikolina rectificara su versión de que estábamos liados. Debí haber recordado que tú —Me señaló con el dedo— nunca te paras a pensar en las consecuencias.

Quise que Jovan se desahogara. Ese era el motivo de mi visita y por lo que aún seguía en Belgrado. Al día siguiente regresaría a Sarajevo, a casa.

Me pregunté cuánto quedaba del Jovan que había conocido en el Ejército. Si quedaba algo de esa sabiduría que supo entrever que detrás de la fachada de Stimac no había nada glorioso. Llevaba una incipiente barba que contrastaba con su frondoso bigote poblado de canas. Se restregó la frente con la mano izquierda, como si quisiera quitarse de encima un pensamiento obsesivo.

—Ten fe, ella necesita tiempo. Ha pasado por muchas desventuras —dije—. ¿Se ha desatendido del caso, acaso te ha dejado solo?

—No, me está ayudando contratando ayuda legal, pero nada más.

—¿Stimac le ha confesado que ordenó a Cvetkovic el asesinato de Vidoje?

—No lo sé.

—El testimonio de Nikolina le debe haber abierto muchos interrogantes a Ljubica sobre su padre —dije, para infundirle ánimo.

Creo que no me escuchó porque asintió mecánicamente, a la vez que se acariciaba la mano derecha con vehemencia. Parecía nervioso.

—Hay algo que te quiero decir, Marko —dijo entornando los ojos y levantando un índice huesudo—. Estos días no hago más que darle vueltas a la cabeza, ¿sabes?… He llegado a una conclusión. Pensé que cuando viniste a verme habíamos dejado atrás el pasado, que te interesaba de verdad saber cómo estaba, pero fui un iluso, solo viniste para utilizarme, para llegar al general a través de Ljubica, ¿verdad?

Le habría llegado la información de que al día siguiente de reunirme con Ljubica, su padre había sido detenido. Jovan había

atado cabos con celeridad, lo que no fue una sorpresa, así que había llegado el momento de rendir cuentas.

—Sí —dije con rotundidad.

Golpeó la mesa con los puños.

—Hijo de puta. ¿Y vienes para restregármelo en la cara?

—No, Jovan. No he venido para eso. He venido para que comprendas mis motivos…

—¡Me interesan una mierda! ¡Por tu culpa he perdido a Ljubica!

Sin dejar de mirarme con odio me sujetó la muñeca izquierda con la mano. Todo sucedió tan deprisa que me faltó tiempo para reaccionar. Alzó el brazo y fue en ese instante cuando descubrí un filo puntiagudo y blanco que sujetaba como un cuchillo. Después supe que era la esquina de un azulejo partido. Apretando los dientes como un loco clavó la punta en mi antebrazo traspasando el abrigo. Retrocedí dolorido, oí mi silla caer, sentí la humedad de la sangre. Los guardias acudieron corriendo para reducirlo y se lo llevaron entre gritos. Desde entonces tengo esta bonita cicatriz, su manera de decirme adiós.

¿Qué será de Jovan? Estará en la cárcel, claro. Al menos el testimonio de Nikolina habrá servido para sembrar dudas sobre su sentencia. Sin un móvil evidente, ¿por qué iba a asesinar a Vidoje? Y Cvetkovic continuará desaparecido. Nadie le ha vuelto a ver desde que le rescataran en el monasterio. ¿Habrá leído Cvetkovic los cuadernos de Stimac encontrados en el piso? Ljubica sigue insistiendo en que son apócrifos, quizá porque en algún pasaje, el del murciélago, se deja entrever la inestabilidad mental de su padre. La prensa los publicó afirmando que son verdaderos, que el material está incompleto y la BIA guarda el resto clasificado como alto secreto. Deben ser auténticos porque recuerdo con nitidez a los murciélagos en el túnel. De eso no dije nada a la policía. Además, Stimac llevaba en el bolsillo una cucaracha muerta… En su diario decía que alimentaba a Gris y que soñó con matarlo. A veces pienso una locura, que fueron ellos quienes me guiaron hasta Stimac, pero ¿para salvarle de su enfermedad o para entregarlo como represalia? ¿Qué uso hizo el general de los túneles, fueron algo más que una salida de emergencia? Demasiadas incógnitas.

Aún no he llamado por teléfono al abad. Deberías hacerlo, Marko. O escribirle una carta o un correo electrónico. ¿Cómo sería? Querido padre, se alegrará al saber que trabajo como pasante en un despacho. Algo así estaría bien para empezar la carta. ¿Qué más? Como usted predijo encontré dificultades serias para adaptarme, los códigos sociales me parecieron encriptados y más de una vez me encerré en mi habitación durante varios días para aislarme, como si volviera a la celda del monasterio. Las personas me creaban una ansiedad tan honda que destruía el puente entre mi interior y el exterior, y las

ruinas me acompañaban a cada momento.

El Señor quiso que me reencontrara con Anna en la iglesia. Durante un tiempo, de nuevo vi la paz divina reflejándose en su mirada y el esplendor de su sonrisa. Me gustaría decir que todo volvió a ser como antes de la guerra, pero no fue así. Acostumbrado a la falta de contacto físico, los abrazos prolongados me incomodaban y sus caricias ardían al recorrer mi cuerpo desnudo. Creo que viví la relación como si ella fuera mi refugio, mi intérprete para todo. A cambio, pese a su esfuerzo para cambiar la tonalidad de mi luz, en los momentos cruciales ofrecí un silencio lleno de egoísmo. El morral cargado de secretos. Cuando caí en la cuenta de que Anna no era una parte de mí, sino una persona completa en sí misma que construía a solas una relación, alargué la mano hacia ella pero ya era demasiado tarde.

Le confieso, padre, que al comparar la intensidad de mi amor por Anna con el amor de Jovan por Ljubica, perdía con rotundidad. ¿Quizá porque soy un hombre con el alma amputada? Solo el Señor sabe la respuesta, aunque Anna decía que cuando se asomaba a mis ojos atisbaba cómo resplandecía.

NOTA DEL AUTOR

Querido lector, si te ha gustado la novela, te agradecería dejar un comentario en la web de Amazon para que obtenga una mayor visibilidad.

Además, apúntate a mi lista de correo para estar al corriente de la publicación de las próximas novelas. Pulsa aquí.

Feliz lectura,

Luis J. Pedrero